

74
21672 Matthez : La Révolution française, II

COLECCIÓN LABOR

LA REVOLUCIÓN
FRANCESA

— II —

Prof. ALBERT MATTHEZ



EDITORIAL LABOR, S. A.

10430

Como una viva proyección de las civilizaciones del pasado y de las obras más selectas y características de la época presente, los Manuales de orientación altamente educadora que forman la

COLECCIÓN LABOR

pretenden divulgar con la máxima amplitud el conocimiento de los tesoros naturales, el fruto del trabajo de los sabios y los grandes ideales de los pueblos, dedicando un estudio sobrio, pero completo, a cada tema, e integrando con ellos una acabada descripción de la cultura actual.

Con claridad y sencillez, pero, al mismo tiempo, con absoluto rigor científico, procuran estos volúmenes el instrumento cultural necesario para satisfacer el natural afán de saber, propio del hombre, sistematizando las ideas dispersas para que, de este modo, produzcan los apetecidos frutos.

Los autores de estos manuales se han seleccionado entre las más prestigiosas figuras de la Ciencia, en el mundo actual; el reducido volumen de tales estudios asegura la gran amplitud de su difusión, siendo cada manual un verdadero maestro que en cualquier momento puede ofrecer una lección breve, agradable y provechosa: el conjunto de dichos volúmenes constituye una completísima

Biblioteca de iniciación cultural

cuyos manuales, igualmente útiles para el estudiante y el especialista, son de un valor inestimable para la generalidad del público, que podrá adquirir en ellos ideas precisas de todas las ciencias y artes.

D. 36.416

COLECCIÓN LABOR

BIBLIOTECA DE INICIACIÓN CULTURAL

La Naturaleza de todos los países. La Cultura de todos los pueblos. La Ciencia de todas las épocas

PLAN GENERAL

SECCIÓN I
Ciencias filosóficas

SECCIÓN II
Educación

SECCIÓN III
Ciencias literarias

SECCIÓN IV
Artes plásticas

SECCIÓN V
Música

SECCIÓN VI
Ciencias históricas

SECCIÓN VII
Geografía

SECCIÓN VIII
Ciencias jurídicas

SECCIÓN IX
Política

SECCIÓN X
Economía

SECCIÓN XI
**Ciencias exactas,
físicas y químicas**

SECCIÓN XII
Ciencias naturales

SECCIÓN VI : CIENCIAS HISTÓRICAS

VOLUMENES PUBLICADOS

- La escritura y el libro, por el Prof. O. WEISE. Con 40 figs. y 13 láms. (3.ª ed.).
- Prehistoria, por los Prof. HORNBESS y BEHN. Con 182 figuras y 31 láminas. (2.ª edición).
- Mitología griega y romana, por el Prof. H. STEUDING. Con 60 figuras, 16 láminas y 1 mapa. (4.ª edición).
- Historia del Imperio bizantino, por el Prof. K. ROTH. Con 9 figuras, 4 láminas y 3 mapas. (2.ª edición).
- Cultura del Imperio bizantino, por el Prof. K. ROTH. Con 33 grabados, 16 láminas en negro y 2 en color. (2.ª edición).
- Islamismo, por el Prof. S. MARGOLIOUTH, de la Universidad de Oxford. Con 12 láminas y 1 mapa en color. (3.ª edición).
- Ideales culturales de la Edad Media (4 tomos), por el Prof. V. VEDEL. Con 38 grabados, 64 láminas en negro y 2 en color. (2.ª edición).
- Cultura del Renacimiento, por el Prof. R. ARNOLD. Con 16 láminas. (3.ª ed.).
- Historia de Inglaterra, por el Prof. L. GERBER. Con 60 grabados, 16 láminas y 1 mapa en color. (2.ª edición).
- Historia de la España musulmana, por el Prof. ÁNGEL GONZÁLEZ PALENCIA. Con 72 grabados, 18 láminas y un mapa. (3.ª edición).
- España bajo los Borbones, por el Prof. Pío ZABALA y LERA. Con 130 grabados y 20 láminas. (3.ª edición).
- Historia de Frauda, por el Prof. R. STERNFELD. Con 146 grabados, 25 láminas y 5 mapas en color. (2.ª edición).
- Historia de Italia, por el Prof. P. ORSI. Con 60 grabados, 16 láminas y 3 mapas en color. (2.ª edición).
- España bajo los Austrias, por el Prof. EDUARDO IBARRA. Con 57 grabados, 16 láminas y 2 mapas en color. (2.ª edición).
- Europa medieval, por H. DAVIS. Con 7 mapas en color y 16 láminas. (2.ª ed.).
- Historia del Antiguo Oriente, por el Prof. F. HOMMEL. Con 44 grabados, 16 láminas y 2 mapas en color. (2.ª edición).
- Paleografía española, por el Prof. AGUSTIN M.ª MILLARES. Con 39 grabados y 103 láminas.
- Historia de Portugal, por A. SERGIO. Con 60 figs., 16 láminas y 3 mapas.
- La Edad Media en la Corona de Aragón, por el Prof. A. GIMÉNEZ SOLER. Con 92 grabados, 32 láminas y 4 mapas en color.
- Historia de Rusia, por A. MARKOFF. Con 60 figuras, 16 láminas y 3 mapas.
- Instituciones romanas, por el Dr. LEO BLOCH. Con 63 figuras y 16 láminas.
- Historia de Grecia, por H. SWOBODA. Con 63 figuras, 16 láminas y 4 mapas en color.
- Historia de Roma, por J. KOCH. Con 137 figuras, 32 láminas y 5 mapas.
- Instituciones griegas, por R. MAISCH y F. POHLHAMMER. Con 60 figs. y 16 lám.
- Los orígenes de la Humanidad, por R. VERNEAU. Con 25 figuras, 42 láminas en negro y una en color.
- Mitología nórdica, por el Prof. E. MOGK. Con 12 láminas.
- Las civilizaciones antiguas del Asia Menor, por FÉLIX SANTIAX. Con 60 láminas y 2 mapas en color.
- Historia de Polonia, por A. BRANDERBURGER y M. LAUBERT. Con 27 figuras, 12 láminas y 3 mapas en color.
- Heráldica, por ALEJANDRO ARMENGOL. Con 57 figuras y 17 láminas.
- Historia de la colonización, I, por GONZALO DE REPARAZ. Con 105 figuras, 16 láminas y 4 mapas en color.
- Historia de la colonización, II, por GONZALO DE REPARAZ. Con 30 figuras, 16 láminas y 2 mapas.
- Historia de Sufza, por el Dr. ANTON LARGIADÉR. Con 65 figuras, 8 láminas y 2 mapas en color.
- La Revolución francesa (3 tomos), por el Prof. A. MATHIEZ. Con 48 láminas.
- Los Incas, por A. CAPDEVILA. Con 16 láminas.
- Un milenio de vida griega antigua, por E. BETHE. Con 16 láminas.
- Introducción al estudio de la Historia, por E. BERNHEIM. Con 8 láminas.
- Los Mayas, por MÁXIMO SOTO-HALL. Con 138 figuras y 33 láminas.

LA REVOLUCIÓN
FRANCESA

II

COLECCIÓN LABOR

SECCIÓN VI

CIENCIAS HISTÓRICAS

N.º 374

BIBLIOTECA DE INICIACIÓN CULTURAL

Res 6432

ALBERT MATTHIEZ

Profesor de Historia en la Universidad de París

LA REVOLUCIÓN FRANCESA

II

LA GIRONDA Y LA MONTAÑA

Traducción de la 1.^a edición francesa

por

RAFAEL GALLEGO DÍAZ



B.P. BURGOS
20819
21672



EDITORIAL LABOR, S. A.
BARCELONA - MADRID - BUENOS AIRES - RIO DE JANEIRO

Con 16 láminas

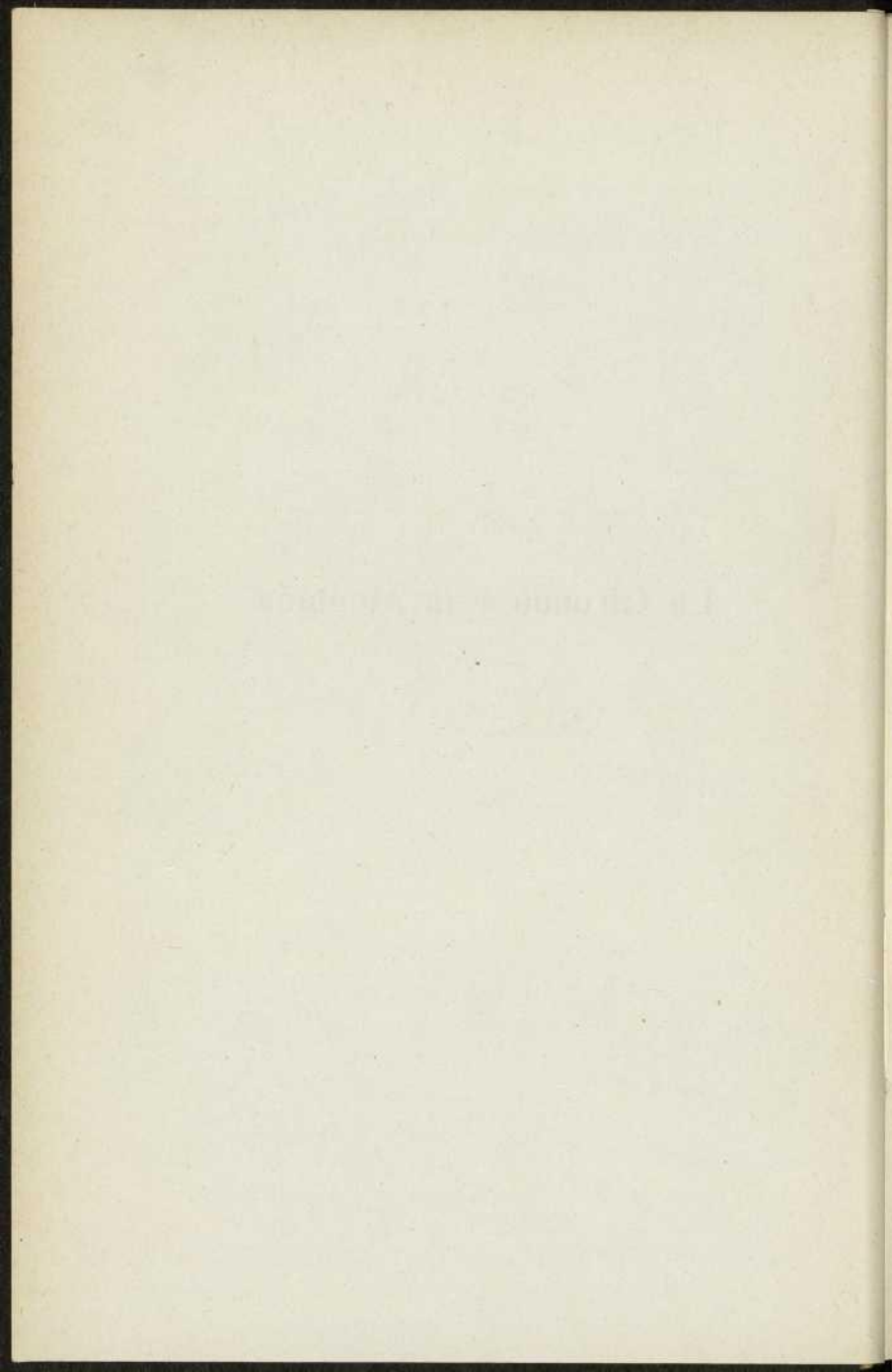
1935

ES PROPIEDAD



TOMO | II

La Gironda y la Montaña



ÍNDICE

LIBRO PRIMERO

El fin de la Asamblea legislativa

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO I	
El Municipio y la Asamblea.....	11
CAPÍTULO II	
Septiembre.....	32
CAPÍTULO III	
Las elecciones para la Convención.....	53
CAPÍTULO IV	
Valmy.....	86

LIBRO SEGUNDO

El gobierno de la Gironda

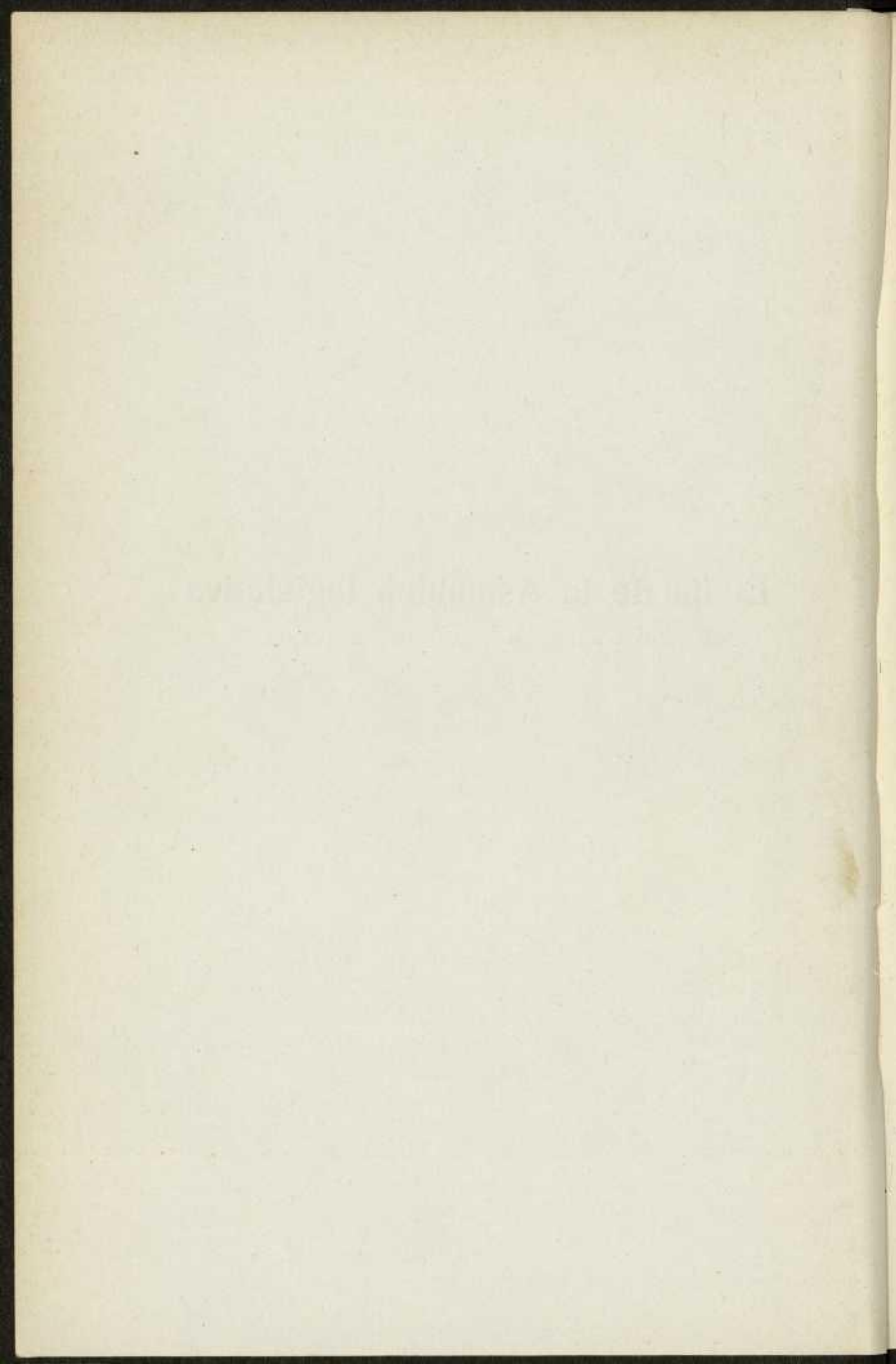
CAPÍTULO I	
La tregua de tres días.....	105
CAPÍTULO II	
La embestida contra los «Triunviros».....	122
CAPÍTULO III	
La formación del tercer partido.....	135
CAPÍTULO IV	
El proceso del rey.....	146

	<u>Págs.</u>
CAPÍTULO V	
Finanzas y vida cara	164
CAPÍTULO VI	
La conquista de las fronteras naturales.....	177
CAPÍTULO VII	
La primera coalición.....	197
CAPÍTULO VIII	
La traición de Dumouriez.....	207
CAPÍTULO IX	
La Vendée.....	219
CAPÍTULO X	
La caída de la Gironda.....	232

LIBRO I

El fin de la Asamblea legislativa

(10 de agosto-20 de septiembre de 1792)



CAPÍTULO I

El Municipio y la Asamblea

Las seis semanas que transcurren entre el 10 de agosto de 1792 y el 21 de septiembre del mismo año, es decir, entre la toma de las Tullerías y la prisión de Luis XVI en el Temple, hasta la reunión de la Convención, tienen una importancia capital en la historia de la Revolución.

Hasta este tiempo, los delegados regulares de la nación jamás habían visto contradichos sus poderes. Aun en la crisis de julio de 1789, que terminó con la toma de la Bastilla, los revoltosos parisienses se habían sometido dócilmente a la dirección de la Constituyente. En sus andanzas sólo trataron de secundar los designios de la Asamblea y de ponerla al abrigo de todo golpe de fuerza del absolutismo. Dos años más tarde, cuando, después de la marcha a Varennes, los republicanos pretendieron exigir una nueva consulta al país para decidir sobre la permanencia de Luis XVI en el trono, la Constituyente encontró pronto razones que resultaron convincentes para repudiar tal pretensión. La sangrienta represión del Campo de Marte había consagrado su victoria, que era la de la legalidad y la del parlamentarismo.

Mas ahora, la insurrección del 10 de agosto, en un todo diferente a las anteriores, no se había dirigido so-

lamente en contra del trono. Constituyó, también, un acto de desconfianza y de amenaza hacia la misma Asamblea, que acababa de absolver al general faccioso Lafayette y que había desaprobado, formalmente, las peticiones de su destitución. Créese una nueva situación: frente al poder legal aparecía un poder revolucionario. La lucha entre estos dos poderes llena las seis semanas que preceden a la reunión de la Convención.

Esta lucha tendrá una continuación, después del 20 de septiembre, en la oposición de los dos partidos que se disputarán la mayoría de la nueva Asamblea. El partido de la Montaña será, esencialmente, el partido del antiguo Municipio revolucionario; el partido de la Gironda, en cambio, será el formado por los diputados que habiendo nutrido las filas de la izquierda en la Legislativa, pasaron a ser el ala derechista de la Convención.

Los dos partidos — anotémoslo previamente antes de entrar en detalles — aparecen separados por concepciones radicalmente diferentes sobre todos los problemas esenciales. Los girondinos — partido de la legalidad — repugnan las medidas excepcionales, « revolucionarias », de las que el Municipio había dado ejemplo y que los montañeses recogen en sus programas. Son éstas, en el dominio económico y social: las reglamentaciones, las declaraciones de géneros o mercaderías, las requisiciones, el curso forzoso del asignado, en una palabra, la limitación de la libertad comercial; en el dominio político: la vigilancia de todos los adversarios al régimen, considerándolos como sospechosos, la suspensión de la libertad individual, la creación de jurisdicciones excepcionales, la concentración del poder por la subordinación estrecha de las autoridades locales, en una palabra, la llamada política de salud pública. El programa montañés no será realizado en su totalidad sino un año más tarde, con el Terror; pero es indudable que

fué bosquejado y definido por el Municipio del 10 de agosto.

La oposición de programas se tradujo en una oposición profunda de intereses y en casi una lucha de clases. El Municipio y la Montaña, que de él trae su origen, representan a las clases populares — artesanos, obreros, consumidores — que sufren con la guerra y que padecen sus consecuencias: encarecimiento de la vida, paros forzosos, desequilibrio de salarios. La Asamblea y su heredera la Gironda representan a la burguesía comerciante y poseedora que entiende debe defender sus propiedades e intereses de las limitaciones, trabas y confiscaciones que los amenazan. Lucha dramática que reviste todas las formas y que precisa seguir en sus detalles para comprender su amplia complejidad.

Echado por tierra el trono, comenzaron las dificultades para los vencedores. Les era preciso hacer aceptar el hecho consumado a Francia y al ejército, prevenir, y, en su caso, aniquilar, las posibles resistencias, rechazar la invasión que amenazaba ya a las fronteras, constituir, en fin, sobre los despojos de la realeza, un Gobierno nacional. ¡Problemas arduos que no fueron resueltos sin dolorosos y atroces sacrificios!

Los comisarios de las secciones parisienses, constituidos, en la noche del 9 al 10 de agosto y en la casa Ayuntamiento, en Municipio revolucionario, ostentaban sus poderes por elección directa del pueblo. Frente a la Asamblea, salida de un sufragio indirecto y censitario, desacreditada por sus denegaciones y por las amenazas que había dirigido a los republicanos, por los tratos secretos de sus jefes con la Corte, el Municipio representaba una legalidad nueva. Fuerte por el prestigio que le había otorgado su sangrienta victoria sobre los defensores del palacio del rey, consciente del inmenso servicio que había prestado a Francia y a la Revolución aplastando las traiciones reales, entendía que no debía

limitar su acción al estrecho círculo de sus funciones municipales locales. Pensaba que había encarnado el interés público general y que actuaba en nombre de toda la Francia revolucionaria; la presencia de los federados departamentales al lado de los sublevados de París en el asalto a las Tullerías parecía ser como el sello que había firmado la alianza fraternal de la capital con toda la nación.

Desde lo alto de la tribuna de los Jacobinos, la noche misma del 10 de agosto, Robespierre había aconsejado al Municipio que, con todo denuedo, se hiciera cargo de las responsabilidades inherentes al acto que acababa de realizar. A creerlo, sólo había un medio de obtener toda la ventaja posible de la victoria lograda: recomendar al pueblo « pusiera a sus representantes en condiciones de serles imposible dañar a la libertad ». Dicho de otra manera: maniatar a la Asamblea si no era posible suprimirla. Demostró « cuán imprudente le sería al pueblo el guardar las armas antes de haber asegurado la libertad. El Municipio, añadió, debe tomar como medida inmediata e imprescindible la de enviar comisarios a los 83 departamentos para exponerles la situación a que se había llegado y en la que se vivía ». Era esto no sólo expresar una desconfianza invencible con respecto a la Asamblea; era aconsejar al Municipio que se hiciera cargo de la dictadura entendiéndose, directamente y sin intermediarios, con los departamentos.

No había esperado el Ayuntamiento a las exhortaciones de Robespierre para afirmar su derecho a ejercer la dictadura. Pero se contentó con ello, y una vez afirmado, no se atrevió a ejercerlo en toda su plenitud. Ni aun en el calor de la lucha había querido destituir al alcalde Petion, legítimamente sospechoso de tibieza, ni se atrevió a disolver la Asamblea, que sabía era hostil a sus aspiraciones. Y es que estas gentes, en su mayoría artesanos, publicistas, abogados, directores de colegio,

que no habían tenido miedo a entregar sus vidas a la insurrección, estaban, a pesar de todo, impresionados por el prestigio parlamentario de los brillantes oradores girondinos. Ellos sólo eran conocidos en sus barrios. Sus nombres oscuros no decían nada a Francia. Disolviendo la Asamblea ¿no corrían el peligro de comprometer la causa misma a la que deseaban servir? Hubieron de resignarse a entrar en componendas. Dejaron vivir la Asamblea, pero a condición de que consintiese en desaparecer en un corto espacio de tiempo, convocando en plazo breve una Convención, es decir, una nueva Constituyente que revisara en sentido democrático la Constitución monárquica ya inservible.

A las 11 del día 10 de agosto, cuando el cañón había dejado de tronar contra el palacio real, ya conquistado, una comisión del Municipio, presidida por Huguenin, antiguo comisario de impuestos indirectos, se presentó en la barra de la Legislativa. « El pueblo que nos envía hasta vosotros, dijo Huguenin, nos encarga os declaramos que de nuevo os inviste con su confianza; pero al mismo tiempo nos ha encargado haceros saber que no puede reconocer como jueces de las medidas extraordinarias, a las que la necesidad y la opresión le han llevado, sino al propio pueblo francés, soberano vuestro y nuestro, reunido en los colegios electorales. »

La Asamblea no se dió por enterada de este lenguaje imperioso, si bien comprendió que, a pesar de la reinvestidura condicional y a término, de que se le hacía objeto, quedaba, en cierto modo, dependiente del poder irregular surgido de la revuelta.

Precisaba, pues, que consintiese en reconocer la legitimidad de la insurrección y que le diera prendas. Confirmó al Municipio revolucionario, pero afectó el considerarlo como un poder, provisional y pasajero, que debía desaparecer tan pronto como cesaran las causas que le habían dado nacimiento. Aceptó el convocar la

Convención, que sería elegida por sufragio universal, sin distinción de ciudadanos activos y pasivos, pero estableciendo un escrutinio de dos grados. Suspendió al rey — provisionalmente — hasta la reunión de la Convención, pero se negó a pronunciar la destitución pura y simple que reclamaban los insurgentes. Era visto que la Gironda trataba de salvar lo más que pudiera de la Constitución monárquica. La suspensión conservaba implícitamente la realeza. Por un nuevo acuerdo, tomado dos días después, la Asamblea decidió, a propuesta de Vergniaud, nombrar un preceptor al « príncipe real ».

El rey estaba suspendido, pero la Constitución continuaba en vigor. Como a raíz de la marcha a Varennes, el poder ejecutivo se colocó en las manos de seis ministros, que se eligieron fuera de la Asamblea por respeto al principio de la separación de poderes, pero que se designaron por votación pública y en alta voz a fin de evitar los recelos. Roland, Clavière y Servan volvieron a ocupar las carteras del Interior, de Hacienda y Guerra, de las que el rey los había declarado dimisionarios el 13 de junio precedente. Se les añadieron, por elección nominal : para Justicia al equívoco Danton, con el que Brissot y Condorcet contaban para contener a la revuelta ; para Marina al matemático Monge, indicado por Condorcet, y para Negocios extranjeros al periodista Lebrun, amigo de Brissot y al que Dumouriez había hecho jefe de sección en su Ministerio.

Se encontró, así, dividido el poder entre tres autoridades distintas : el Municipio, la Asamblea y el Ministerio constituido en Consejo ejecutivo ; tres autoridades que, continuamente, se minaban el terreno las unas a las otras. Las circunstancias, el doble peligro exterior e interior, exigían una dictadura ; pero esta dictadura no llegó a tomar forma definitiva, a encarnarse en una institución, en un hombre, en un partido o en una clase.

Fué una dictadura impersonal, ejercida alternativamente por autoridades rivales, al azar de los sucesos, inorgánica y confusa, sin texto alguno que regulase su ejercicio; una dictadura caótica y móvil, como la misma opinión de que recibía su fuerza.

«El pueblo francés ha vencido en París a Austria y a Prusia», escribía a su marido la mujer del futuro convencional Julián de la Drôme, el mismo día 10 de agosto. Tres días antes y al anuncio de que el rey de Cerdeña iba a unirse a los monarcas coligados, había escrito las siguientes frases: «Temo tan poco a los saboyanos como a los prusianos y a los austríacos. Sólo temo a los traidores». Y éste era el sentimiento general de los revolucionarios. Temían que los generales se sintiesen tentados de imitar a Lafayette, que había sublevado contra la Asamblea a la municipalidad de Sedán y al departamento de los Ardennes y que se aprestaba a dirigir su ejército contra París. Preveían resistencias en las comarcas influidas por los sacerdotes refractarios. Sabían que buen número de administraciones departamentales habían protestado contra el 20 de junio. Desconfiaban de los Tribunales, del Alto Tribunal de Orleans, que usaba de una lentitud sospechosa para juzgar a los acusados de delitos contra la seguridad del Estado. La propia Asamblea compartía estos temores. No más lejos que el propio 10 de agosto, delegó a doce de sus miembros — tres cerca de cada uno de los cuatro ejércitos —, «con poder de suspender, provisionalmente, tanto a los generales como a los demás oficiales y funcionarios públicos, tanto civiles como militares y aun de arrestarlos si las circunstancias lo exigían, pudiéndolos reemplazar provisionalmente». Tanto valía esto como conferir a los diputados designados como comisarios una parte importante del poder ejecutivo, y estos comisarios de la Legislativa anuncian ya a los procónsules de la Convención.

La Asamblea ordenó, seguidamente, a todos los funcionarios y pensionistas del Estado — sacerdotes incluidos — prestar el juramento de mantener la libertad y la igualdad o de morir en sus puestos. El 11 de agosto confió a las municipalidades, a propuesta de Thuriot, la misión de investigar los delitos contra la seguridad del Estado, autorizándolas para proceder a la detención provisional de los sospechosos. El 15 de agosto, ante la nueva del bloqueo de Thionville, arrestó en sus municipios a los padres, madres, mujeres e hijos de los emigrados, para que sirvieran de rehenes. Ordenó, asimismo, sellar los papeles de los antiguos ministros, contra los que había el Municipio dado orden de detención, que la Legislativa elevó a procesamiento. Por su parte, el Consejo ejecutivo suspendió las administraciones departamentales de Rhône y Loire, del Mosela y del Somme. Recíprocamente aquellos magistrados que habían sido destituidos o suspendidos por exceso de civismo, como el alcalde de Metz, Anthoine, y el funcionario municipal lionés, Chalier, fueron reintegrados en sus funciones.

Seguidamente se dieron a la publicidad las listas encontradas en casa de Laporte, intendente de la lista civil. Tales documentos probaban que el rey no había cesado de estar en inteligencias secretas con los emigrados, que se había continuado pagando sus sueldos a los antiguos guardias de Corps huídos a Coblenza y que la mayor parte de los periódicos y libelos de la aristocracia se habían pagado con dinero del tesoro particular del monarca.

Todas estas medidas, de las que la mayor parte habían sido arrancadas a presión del Municipio, no parecían bastantes a la opinión exasperada. Tomás Lindet se extrañaba, el 13 de agosto, de que Lafayette no hubiera sido destituido inmediatamente. Mas la Gironda, a pesar de la evidente rebelión del general, rehuía el

castigarlo, manteniendo, por el contrario, negociaciones secretas con él, sin decidirse a procesarlo sino el 19 de agosto, cuando ya le constaba que había atravesado la frontera. Las sospechas aumentaban, sostenidas por esta indulgencia inexplicable. La hora de los conflictos entre la Legislativa y el Municipio se avecinaba.

El Municipio, que había renunciado a gobernar a Francia, entendía que debía, al menos, administrar a París sin que nadie pusiese límites a su soberanía en este respecto. No quería soportar entre él y la Asamblea intermediario alguno. Como medida preventiva delegó en Robespierre para que en su nombre compareciera ante la Legislativa reclamando la suspensión de las elecciones, ya comenzadas, para la renovación de la asamblea administrativa del departamento de París. « El Consejo general del Municipio, dijo Robespierre, tiene necesidad de conservar todo el poder con que le invistió el pueblo la noche del 9 al 10 de agosto, para asegurar la libertad y la salud pública. La elección de miembros de un nuevo departamento en las circunstancias actuales tiende a levantar una autoridad rival de la del pueblo mismo... ». Thuriot apoyó a Robespierre; pero Delacroix hizo decretar simplemente que el nuevo Departamento sólo ejercería sus funciones en los actos que se refirieran a contribuciones públicas y a bienes nacionales. El Municipio cedió; pero, el 22 de agosto, Robespierre presentó a la Asamblea a los miembros del nuevo Departamento quienes, con sus propios labios, patentizaron su deseo de que sólo se les llamase Comisión de contribuciones. Sobre ello, Delacroix, completamente cambiado, desde el día 12 de agosto, protestó con violencia por entender no pertenecía al Municipio el destituir al Departamento de sus funciones administrativas: « Esto sería, clamó, trastocar en un instante todos los departamentos del reino ».

Pequeños conflictos al lado de otros más graves.

La victoria del 10 de agosto había sido sangrienta. Los seccionarios y los federados, entre muertos y heridos, habían perdido, ante el palacio del rey, un millar de los suyos. Y querían vengarlos. Habían sido los Suizos los primeros en disparar sus armas y precisamente en el momento en el que los guardias nacionales pretendían fraternizar con ellos. Durante el combate los Suizos fueron, en su mayor parte, objeto de la matanza. Los que consiguieron escapar se refugiaron en la Asamblea, quien no pudo salvarles sino prometiendo que los sometería a procedimiento judicial. Se les acusaba no sólo de deslealtad, sino que se decía, también, que los insurgentes muertos o heridos por sus disparos presentaban horribles lesiones causadas por trozos de vidrio, por botones y por pedazos de plomo machacado. El 11 de agosto declaró Santerre ante la Asamblea que no podía responder del orden si no se constituía prontamente un *Tribunal militar* para juzgar a los Suizos. Se le dió satisfacción acordando una declaración de principios. La multitud encrespada pedía un juicio inmediato. Danton debía marchar a la cabeza de los Suizos para conducirlos a la prisión de la Abadía. No tuvo éxito en su primer intento de querer romper las filas de los manifestantes, y los Suizos hubieron de entrar nuevamente en el local de la Asamblea para ponerse al abrigo de toda posible agresión. Petion tuvo que intervenir. Para calmar al pueblo hubo de reclamar la institución de un tribunal extraordinario que castigara sumariamente no sólo a los Suizos, sino a todos los enemigos de la Revolución. Aquella misma noche los jefes de policía del Ayuntamiento dirigieron a Santerre el siguiente billete: « Se nos comunica que existe el proyecto de trasladarse a las prisiones de París y sacar de ellas a todos los prisioneros para realizar en ellos una *pronta justicia* (sic); os rogamos, señor, hagáis objeto de vuestra pronta vigilancia las del Châtelet, la de la

Conserjería y la de la Force. » Es éste exactamente el proyecto de matanza que se ejecutará tres semanas más tarde. Marat no había escrito aún ni una sola línea. Luego se limitará a aprovecharse de la idea que flotaba en el aire.

La Asamblea hubiera podido evitar la catástrofe, de haber dado a la multitud la impresión de que era sincera al votar la institución de un tribunal extraordinario para juzgar los delitos contrarrevolucionarios. Bastaba con que hubiera organizado prontamente dicho tribunal. Pero caminó con artificios y perdió lastimosamente el tiempo. El decreto que votó el 14 de agosto pareció insuficiente al Municipio, quien delegó a Robespierre para que, al día siguiente, reclamara en la barra de la Asamblea contra las lagunas que contenía. El decreto se refería sólo a los crímenes cometidos en París en la jornada del 10 de agosto. Precisaba hacerlo extensivo a los delitos del mismo género cometidos en toda Francia. Era necesario que quedara legalmente comprendido en él el general Lafayette. Robespierre demandó que el tribunal fuese formado por comisarios designados por las secciones y que juzgase soberanamente y en última instancia. La Asamblea decretó que no estuviesen sometidos a casación los juicios que se siguieran por los delitos cometidos el 10 de agosto; pero mantuvo su decreto de la víspera, por el cual había declarado competentes para entender de ellos a los tribunales ordinarios. El Municipio, que consideraba como sospechosos estos tribunales y que tenía pedida su depuración y renovación, se sintió desamparado y desesperó. Y nuevamente, el 17 de agosto, reclamó un tribunal especial para el cual tanto los jueces como los jurados fuesen nombrados por elección del pueblo reunido en sus secciones. Uno de los miembros de la diputación del Municipio, Vicente Ollivault, usó, al dirigirse a la Asamblea, de un lenguaje amenazador: « Como ciu-

dadano, como magistrado del pueblo, he de anunciaros que hoy, al mediar la noche, sonará la campana de alarma y se tocará generala. El pueblo está cansado de que no se le venga. Temed que se tome la justicia por su mano. Os pido que, sin tardanza, decretéis que se nombre un ciudadano por cada sección para constituir un tribunal criminal. Pido que este tribunal se instale en el propio castillo de las Tullerías. Os demando que Luis XVI y María Antonieta, tan ávidos de la sangre del pueblo, puedan satisfacer sus ansias viendo correr la de sus más infames satélites. » La Asamblea se rebeló ante esta manera de expresarse. Ya, el mismo 10 de agosto, Vergniaud había gritado : « ¡ París no es sino una sección del Imperio ! ». Esta vez fué un hombre que ordinariamente se sentaba en la Montaña y que había tomado parte activa en la revuelta, Choudieu, quien protestó contra la violencia que se quería hacer a la representación nacional : « No todos los que vienen a gritar aquí son amigos del pueblo. Yo quiero que se le ilustre, pero no que se le adule. Se desea establecer un tribunal inquisitorial. Yo me opondré a ello con todas mis fuerzas. » Otro montañés, Thuriot, unió sus protestas a las de Choudieu ; pero, al fin, la Asamblea accedió a la petición municipal, aunque de mala gana. Por sus lentitudes y por sus resistencias perdía de antemano cuantos beneficios morales pudiera obtener de sus concesiones. Su impopularidad aumentaba sin cesar.

El tribunal extraordinario se formó con jueces y jurados elegidos por las secciones parisienses. Robespierre renunció la presidencia del mismo por medio de una carta que hizo pública, en la que declaraba que la mayor parte de los delincuentes políticos eran enemigos personales suyos, y que por ende no podía ser juez y parte en la causa. En su negativa debían concurrir, tal vez, motivos que se callaba. La Gironda había comenzado

ya contra el hombre que le hacía sombra y al que consideraba como al verdadero jefe del Municipio, una serie de violentos ataques. Un pasquín, titulado *Los Peligros de la Victoria*, colocado profusamente en los muros de París y verosimilmente inspirado por Roland, le representaba como « un hombre ardientemente celoso » que quería « hacer impopular a Petion, ocupar su puesto y llegar, por toda clase de medios, a este tribunal, objeto perenne de sus insensatas aspiraciones ». Al rehusar presidir el tribunal del 17 de agosto, Robespierre oponía su desinterés a la acusación de ambición dictatorial que la Gironda forjaba en su contra.

Las secciones en que la burguesía mercantil predominaba no tardaron en estar en desacuerdo con el Municipio. La de los Lombardos, arrastrada por Louvet, protestó, el 25 de agosto, de sus usurpaciones, de las desconfianzas de que hacía objeto a Petion y de la limitación de los poderes del Departamento. Retiró sus representantes del Ayuntamiento, siendo imitada por otras cuatro secciones : las de la Casa Municipal y Ponceau, el 27 de agosto, y la del Mercado de los Inocentes y Mercado del Trigo, el 29 del propio mes. El movimiento contra el Municipio se extendía por provincias y tomaba la forma de campaña en contra de París. El 27 de agosto, el montañés Albitte denunció a la Asamblea una circular del departamento de las Costas del Norte que solicitaba de los otros departamentos se concertaran para lograr que la Convención se reuniera en otro punto que no fuera la capital. La Asamblea rehusó asociarse a la indignación de Albitte, acordando pasar a la orden del día. El proyecto de transferir la Convención a provincias había adquirido cierta importancia, tanta que el montañés Chabot conjuró a los federados, el 20 de agosto, a que permaneciesen en París « para inspeccionar la Convención nacional », impedirle restablecer la realeza y abandonar París.

El conflicto adquiría caracteres de gravedad. El Municipio había acordado sellar los papeles de Amelot, inspector de la Caja de Imprevistos y aristócrata notorio, al que había hecho conducir a la cárcel. Cambon, irritado, preguntó: « si el Municipio de París podía arrestar, a pretexto de malversación, a los administradores y funcionarios inmediatamente sometidos a la inspección de la Asamblea nacional ». Un decreto acordó se levantaran seguidamente los sellos. Cambon había formulado su pregunta el 21 de agosto.

El 27 de este últimamente citado mes, un día antes de la noticia de la toma de Longwy, el Municipio había ordenado visitas domiciliarias en casa de los ciudadanos sospechosos, a fin de incautarse de las armas que pudieran tener. Un periodista girondino, redactor del periódico de Brissot, Girey-Dupré, anunció que el Municipio se disponía a registrar las casas de todos los ciudadanos sin distinción alguna. El Municipio citó ante su barra a Girey-Dupré para pedirle cuentas de su malévolo juicio. La Gironda vió en este incidente el medio de deshacerse de su rival.

Roland comenzó el ataque en la sesión del 30 de agosto. Declaró que el Municipio había destituido al Comité de subsistencias de la villa, que gozaba de su entera confianza, y que por ello se encontraba en el caso de no poder responder del aprovisionamiento de París. Choudieu habló contra un tal Municipio que todo lo desorganizaba y que no era legal. Cambon extremó aún más la nota; Roland volvió a tomar la palabra para dar cuenta de que el inspector del guardamuebles, Restout, se la había quejado de que un agente del Municipio habíase llevado del depósito a su custodia un pequeño cañón — el objeto fué conducido al comité de la sección de la Roule — guarnecido de plata. Choudieu subió nuevamente a la tribuna para denunciar el mandato de comparecencia dictado la an-

tevispera contra Girey-Dupré. El representante Grangeneuve pidió que la antigua municipalidad volviera a hacerse cargo de sus funciones, y Guadet, para concluir y sin discusión, hizo votar un decreto ordenando la renovación inmediata de todo el Municipio. Chabot y Fauchet hicieron decretar, sin embargo, que aquel mismo Municipio, ilegal y desorganizador, había merecido bien de la patria.

La ofensiva girondina se había producido en la fiebre patriótica desencadenada por los progresos de la invasión. El 19 de agosto, las tropas prusianas, conducidas por Federico Guillermo en persona y mandadas por el duque de Brunswick, habían atravesado la frontera, seguidas por un pequeño ejército de emigrados, que ponían en ejecución, desde sus primeros pasos, las amenazas del célebre manifiesto. El 23 de agosto, Longwy se rendía después de un bombardeo de 15 horas. Se sospechaba, con razón, que el comandante de la plaza, Lavergne, al que el enemigo había dejado en libertad, no cumplió enteramente con su deber. Se supo bien pronto que Verdun iba a ser sitiado y seguidamente que los realistas del distrito de Châtillon sobre el Sèvre, en la Vendée, se habían sublevado, el 24 de agosto, en número de algunos millares y con ocasión del reclutamiento que se había ordenado. Con Baudry de Asson a la cabeza se habían hecho dueños de Châtillon y marchaban sobre Bressuire. Los patriotas hubieron de repelerlos con trabajo, teniendo que hacer uso del cañón y librando tres combates en los que tuvieron 15 muertos y 20 heridos contra 200 bajas y 80 prisioneros causados en el campo contrario. Se acababa de descubrir una vasta conspiración realista, pronta a estallar, en el Delfinado, y se sabía que los nobles de Bretaña se agitaban. Se temía que fuese la invasión señal de un amplio levantamiento clerical y nobiliario.

Esta situación trágica no había impedido a los girondinos el actuar en contra del Municipio del 10 de agosto. Aunque éste se dedicase por entero a la defensa nacional, aunque llevara con toda actividad los trabajos de atrincheramiento en las afueras de la villa para así poder establecer campos de defensa, aunque invitase a los ciudadanos a trabajar en las trincheras como antes lo habían hecho en el Campo de la Federación, aunque mandase forjar 30 000 picas y procediese, desde el 27 de agosto, a nuevos alistamientos, llevados a cabo en medio de un gran entusiasmo y que, para procurar fusiles a los que marchaban al frente, desarmase a los sospechosos, la Asamblea sólo pensaba en tomar venganza de la humillaciones por ella antes sufridas y en abatir a sus rivales políticos, a fin de dedicarse con más comodidad y menos peligros a las elecciones para la Convención que iban a comenzar. Las cóleras aumentaban y hubieran llegado a su punto máximo de desarrollo si el Municipio hubiera sabido que los jefes más notorios de la Gironda, perdiendo el sentido de la realidad, juzgaban desesperada la situación militar y que disponían a huir con el Gobierno a fin de escapar así, y a la vez, de los prusianos y de los «anarquistas». Roland y Servan preparaban la evacuación para detrás del Loire. Entre ellos era un antiguo proyecto. Roland había dicho a Barbaroux, el 10 de agosto, que precisaría, sin duda, retirarse a la planicie central y constituir una república del Mediodía. Otros aconsejaron tratar con los prusianos. El periodista Carra había ya escrito, el 25 de julio, en sus *Anales Patrióticos* — hoja muy leída — un artículo, bastante extraño, en que respiraban el miedo y la intriga. Hacía en él el elogio de Brunswick, «el más grande guerrero», decía, y el político de mayor talla de Europa... Si llega a París tengo la seguridad de que su primer cuidado será ir a los Jacobinos y tocarse con el gorro rojo».

Carra sostuvo, con anterioridad, relaciones con el rey de Prusia, quien le había regalado una tabaquera de oro con su efigie. Precedentemente, desde el 4 de enero de 1792, hubo de lanzar en los Jacobinos la idea de llamar al trono de Francia a un príncipe inglés. Su elogio de Brunswick no podía significar sino una cosa: que creía inevitable la victoria de los ejércitos enemigos y que, ante ello, aconsejaba el entenderse amistosamente con Prusia. Su opinión no era algo aislado dentro de su partido ya que, también Condorcet, en su periódico *La Crónica de París* y en el mes de mayo, había escrito en elogio de Brunswick. Es lo cierto que entre los girondinos — quienes con tanta ligereza habían desencadenado la guerra — reinaba un estado de espíritu que muy bien pudiera llamarse derrotista. Después de la capitulación de Longwy, los ministros y algunos diputados influyentes se reunieron en el jardín del Ministerio de Negocios extranjeros para escuchar a Kersaint, que llegaba de Sedán, y quien predijo que Brunswick estaría en París dentro de una quincena, « tan ciertamente como la cuña entra en la madera cuando se golpea sobre ella ». Roland, pálido y tembloroso, declaró que era preciso partir para Tours o para Blois, llevándose el tesoro nacional y al rey. Clavière y Servan le apoyaron. Mas Danton se encolerizó y dijo: « He hecho venir a mi madre que tiene 70 años; he dado orden de que se conduzcan a esta capital a mis dos hijos, que han llegado esta mañana. Antes que los prusianos entren en París quiero que mi familia perezca conmigo y deseo que 20 000 incendios hagan de este pueblo, en un momento, un montón de cenizas. ¡Roland, guárdate de hablar de huir! ¡ Y celebra que el público no te oiga! »

Advirtamos que estas valentías de Danton no se hacían sino obedeciendo al cálculo y como obra de actitudes premeditadas. Era en París en donde se sen-

tía popular y en donde su acción se ejercía sobre las secciones y los clubs. En Blois o en Tours no podía ser el hombre capaz de desencadenar y de contener, todo a la vez, las fuerzas de la sublevación. Había un motivo más para que se opusiera a la huída girondina. Jamás perdió el contacto con los realistas, de los que fué agente a sueldo. Acababa de proporcionar a Talon, antiguo distribuidor de los fondos de la lista civil, el pasaporte que le permitió escapar de la policía del Municipio y trasladarse a Inglaterra. Por mediación de su instrumento, el médico Chèvetel, mantenía relaciones con el marqués de la Rouarie, que organizaba, precisamente en aquellos momentos, la sublevación de la Bretaña. Oponiéndose a la transferencia del gobierno a provincias mataba, como vulgarmente se dice, dos pájaros de un tiro. Si el enemigo resultaba victorioso, si terminaba la guerra por la restauración de la monarquía, Danton estaría en trance de invocar, cerca de los realistas, sus relaciones con La Rouarie a través de Chèvetel, la protección que había otorgado a los Lameth, a Adrián Duport, a Talon y a tanto otro realista, y reivindicaría su parte en la victoria del orden. Si, por el contrario, los prusianos eran rechazados, se glorificaría, ante los revolucionarios, de no haber desesperado en los momentos del mayor peligro y se presentaría como el salvador de la patria.

Pero, por mucho que fuera su ascendiente, no hubiera sido él bastante para impedir la evacuación de París si hombres tan influyentes como Petion, Vergniaud y Condorcet no se apresurasen, como lo hicieron, a unir sus esfuerzos a los de Danton. La Gironda decidió permanecer en París, pero aprovecharse de la emoción patriótica provocada por las malas nuevas de que había sido portador Kersaint para aniquilar al Municipio. Pero, para tomar este acuerdo no contó con Danton.

El 28 de agosto por la noche, seguidamente de la deliberación en la que hizo rechazar la pusilánime proposición de Roland, Danton se dirigió a la tribuna. Con su voz tonante anunció desde ella que iba a hablar « como ministro del pueblo, como ministro revolucionario ». « Precisa, dijo, que la Asamblea se muestre digna de la nación. Por una convulsión hemos hecho caer el despotismo, por una gran convulsión nacional haremos retroceder a los déspotas. Hasta la fecha sólo hemos puesto en práctica la guerra disimulada de Lafayette; precisa llevar a fondo una guerra más terrible. Ha llegado la ocasión de decir al pueblo que debe arrojarse en masa en contra de sus enemigos. Cuando un navío va a naufragar, su pasaje hace arrojar al mar todo cuanto le expone a perecer; del mismo modo todo lo que pueda dañar a la nación debe ser arrojado de su seno y todo cuanto pueda servirla debe ser puesto a disposición de las municipalidades; a salvo siempre el derecho de los propietarios a ser por ello indemnizados. » Sentado tal principio sacó de él, seguidamente, las consecuencias que del mismo se derivaban: el Consejo ejecutivo va a nombrar Comisarios « para ir a ejercer en los departamentos la influencia de la opinión », para ayudar a la leva de hombres, a la requisa de las cosas, a la vigilancia y depuración de las autoridades, para arrojar del navío de la Revolución todo aquello que la exponga a perecer. Después pasó Danton a hacer el elogio del Ayuntamiento de París, que ha tenido razón al cerrar las puertas de la capital y al arrestar a los traidores. « Hay 30 000 que merecen arrestarse, que deben ser arrestados mañana y precisa que mañana mismo pueda París comunicar con toda Francia. » Terminó solicitando un decreto que autorizase las visitas domiciliarias en casa de todos los ciudadanos y propuso que la Asamblea nombrase algunos de sus miembros para acompañar a los comisarios del

Comité ejecutivo en su misión de reclutar hombres y requisar cosas.

Votó la Asamblea, sin discusión, el decreto autorizando las visitas domiciliarias; pero Cambon, apoyado por los girondinos, vió algunos inconvenientes en mezclar los comisarios de la Asamblea con los del Comité ejecutivo y con los del Municipio. Invocó, en favor de sus tesis, la división y separación de poderes. Fué preciso que interviniera Basire para que la Asamblea consintiese en delegar a seis de sus miembros para intervenir en las operaciones de reclutamiento.

Al día siguiente, 29 de agosto, como para sellar más estrechamente su alianza con el Municipio, Danton se presentó en el Ayuntamiento e hizo uso de la palabra para «tratar de las medidas de rigor a tomar en las circunstancias actuales (1)». Las visitas domiciliarias empezaron el 30 de agosto, a las 10 de la mañana, y duraron dos días sin darse al descanso. Cada sección destinó a tal menester 30 comisarios. Todas las casas fueron inspeccionadas una a una. Sus habitantes habían recibido orden de no salir de ellas hasta tanto no hubieran recibido la visita de los comisarios. Tres mil sospechosos fueron conducidos a las prisiones.

La operación estaba en plena actividad cuando el Municipio supo — el 30 por la noche — la votación en mérito a la cual era destituido y mandado renovar. Un miembro oscuro del mismo, Darnauderie, tradujo en términos elocuentes la emoción que embargaba a sus colegas y concluyó manifestando que era preciso resistir a un decreto que ponía en trance de perdición a la cosa pública, convocar al pueblo en la Grève y presentarse, acompañados del mayor número posible de personas, en la barra de la Asamblea. Robespierre mag-

(1) Según Barrière, p. 18, y Buech y Roux, p. 17 (el texto no fué conocido por los señores M. Tourneux y Andrés Fribourg).

nificó, a su vez, la obra del Municipio del 10 de agosto y fustigó a sus enemigos los Brissot y los Condorcet. Pero, en contra de lo propuesto por Darnauderie, entendió que el Municipio debía acudir a las secciones, devolverles sus poderes y preguntarles los medios de mantenerse en sus puestos y de morir, si era preciso, en ellos.

Al día siguiente, Tallien hizo en la barra de la Legislativa la defensa del Municipio: « Todo lo que nosotros hemos hecho lo ha sancionado el pueblo. » Y enumeró, expresivamente, los servicios prestados: « Si nos herís, herís, también, al pueblo que hizo la Revolución el 14 de julio, que la consolidó el 10 de agosto y que sabrá mantenerla. » El presidente Delacroix respondió que la Asamblea examinaría la petición. El día 1.º de septiembre transcurrió sin que nadie intentara poner en ejecución el decreto destituyendo al Municipio. Robespierre hizo adoptar, en la noche de tal día, por el Municipio, un recurso apologético que era una requisitoria vigorosa en contra de la Gironda; pero terminó manifestando que era preciso acatar la ley y solicitar del pueblo una nueva investidura. Por primera vez, el Municipio no siguió a su guía habitual. El procurador síndico Manuel se opuso a toda dimisión colectiva. Recordó al Consejo el juramento que tenía prestado de morir en su puesto y de no abandonarlo en tanto que la patria estuviera en peligro. El Municipio acordó seguir en funciones, y ya su Comité de vigilancia, que acababa de reforzarse por habersele adjuntado Marat, meditaba en dar a la Gironda una terrible réplica.

CAPÍTULO II

Septiembre

El día 2 de septiembre, por la mañana, llegó a París la noticia de que Verdun estaba sitiado. Un voluntario del batallón del Maine y Loire llevó a la capital el texto de la intimación dirigida por Brunswick al comandante de la plaza, Beaurepaire. El voluntario añadió que Verdun, la última fortaleza entre París y la frontera, no podría defenderse más de dos días. Otro correo anunció que los ulanos habían entrado en Clermont-en-Argonne, situado en el camino de Châlons. Seguidamente, el Ayuntamiento lanzó una proclama a los parisienses : « ¡ A las armas, ciudadanos, a las armas ; el enemigo está a nuestras puertas ! ¡ Marchad rápidamente bajo vuestras banderas, reunámonos en el Campo de Marte ! ¡ Precisa que se forme al instante un ejército de 60 000 hombres ! » Obedeciendo a sus órdenes, tronó el cañón y sonó la campana de alarma ; se batió generala, se cerraron las barreras, se requisaron todos los caballos en estado de servir a cuantos partían para el frente y las fronteras, se citó a los hombres válidos al Campo de Marte para, allí mismo, formarlos en batallones de marcha. Los miembros del Ayuntamiento se dispersaron por sus respectivas secciones : « Pintaron a sus conciudadanos, dice el acta correspondiente, los peligros inminentes que corría la patria, las traiciones

de que estábamos cercados, la amargura del territorio invadido ; les hicieron sentir que la vuelta a la más ignominiosa esclavitud era el fin de todas las tentativas y andanzas de nuestros enemigos y que debíamos, antes de sufrir tal retorno, enterrarnos entre las ruinas de nuestra patria y no entregar nuestras ciudades al enemigo, sino cuando no sean otra cosa que montones de cenizas. »

Una vez más, el Ayuntamiento, tan calumniado, habiase adelantado a la Asamblea en el cumplimiento del deber patriótico. Cuando la diputación del mismo se presentó — hacia el mediodía — en la barra de la Asamblea, para dar cuenta de las medidas por él tomadas, no pudo dispensarse Vergniaud de rendirle un homenaje solemne. Después de un vivo elogio a los parisienses, arrojó todo el peso de su desprecio sobre los pusilánimes que sembraban la alarma y excitó a todos los buenos ciudadanos a que se trasladasen a los campos que circundaban París y acabasen, por medio de su prestación personal, las obras de fortificación y defensa comenzadas, « porque ahora no es tiempo de discutir, sino de cavar la fosa de nuestros enemigos, ya que, cada paso de avance que ellos dan, cava la nuestra ». La Asamblea se adhirió a este llamamiento a la nación. A propuesta de Thuriot votó un decreto que mantenía al Ayuntamiento en la integridad de sus funciones y que autorizaba a las secciones para reforzarlo con la designación de nuevos miembros. Seguidamente se leyó una carta de Roland denunciando el descubrimiento de un complot realista en el Morbihan.

Luego, Danton, al que acompañaban todos los ministros, subió a la tribuna : « Todo se agita, todo se subleva, todo desea ardientemente la lucha, el combate. Una parte del pueblo se llevará a las fronteras, otra abrirá trincheras y levantará defensas, otra, con

picas, defenderá el interior de las ciudades.» París había merecido la gratitud de toda Francia. Danton solicitó de la Asamblea designase doce de sus miembros para concurrir, con el Consejo ejecutivo, a la ejecución de las grandes medidas que pedía la salud pública. Precisaba decretar el que cualquiera que rehusase el servir con su persona o el entregar sus armas, fuese castigado con la pena de muerte. Y Danton terminó, al fin, su corta y brillante arenga por las famosas frases que han conservado su memoria: «La campana que va a sonar no es una señal de alarma, es la embestida contra los enemigos de la patria. Para vencerlos, señores, nos precisa audacia, aún más audacia, siempre audacia. Tengámosla y Francia se salvará.» Volvió a su escaño entre una doble salva de aplausos, y cuantas medidas propuso se aprobaron sin debate.

Gracias a Vergniaud, a Thuriot y a Danton, la unión entre todos los poderes revolucionarios parecía restablecida ante el común peligro. Pero una sombría desconfianza subsistía en el fondo de los corazones. Entre los ruidos del cañón y de la campana de alarma la obsesión de los traidores aumentaba. Se creía vivir rodeado de emboscadas. Corrió como reguero de pólvora el rumor de que los sospechosos detenidos en las prisiones conspiraban y pensaban sublevarse con la ayuda de sus cómplices del exterior. Los voluntarios que se alistaban en el Campo de Marte habían leído, pocos días antes, los pasquines fijados por Marat, en los que se les aconsejaba no abandonasen París sin antes haberse trasladado a las prisiones y hacer justicia por su mano en los enemigos del pueblo. Habían leído, también, escritos con tinta aún fresca, otros pasquines, en que, con el título de *Reseña al pueblo soberano*, Fabre de Eglantine publicaba los principales documentos del expediente que hacía referencia a los crímenes de la corte y del rey. Tenían, para terminar, excitados los

nervios por la multitud de ceremonias fúnebres con las que cada sección en particular y luego el Ayuntamiento entero habían celebrado a los muertos del 10 de agosto, víctimas de la deslealtad de los Suizos. La última de estas ceremonias, que había tenido lugar en las Tullerías, en los sitios mismos en que los combates se habían desarrollado, databa de apenas ocho días y fué acompañada de discursos violentos en que se había aconsejado la venganza.

Esta venganza, que le había sido prometida, no la veía llegar el pueblo parisiense. El tribunal extraordinario, creado después de tantas excitaciones y de tantas antipatías por parte de determinados elementos, funcionaba con una gran lentitud. Sólo había condenado a muerte: a tres agentes de la corte, al reclutador realista Colletot de Angremont, en cuya casa se habían encontrado listas de enrolamiento de agentes provocadores a sueldo del rey, al intendente de la lista civil, Laporte, pagador jefe de los agentes secretos, y al periodista de Rozoy, que se regocijaba en su *Gaceta de París*, de los éxitos del enemigo. Pero, después del 25 de agosto, la actividad del tribunal se había amortiguado. El 27 de agosto había absuelto al policía Dossonville, cuyo nombre se había encontrado inscrito en las listas de Angremont. Absolvió también, el 21 del citado mes, al gobernador del castillo de Fontainebleau, Montmorin, del que se había encontrado una nota sospechosa entre los papeles ocupados en las Tullerías. Esta última absolución levantó una verdadera tempestad de protestas. La multitud hubo de increpar a los jueces y amenazó de muerte al acusado, quien no pudo ser puesto en salvo, sino a costa de grandes trabajos. Danton, por su sola autoridad, revocó el juicio, mandó abrir nuevos procedimientos y destituyó al comisario general, Botot-Dumesnil, al que hizo arrestar. «Deseo tener motivos para creer, había

escrito rudamente Danton al acusador público Real, que el pueblo ultrajado, cuya indignación sigue viva contra los que han atentado contra su libertad, demostrando con ello un carácter que le hace digno de que tal libertad sea eterna, no será obligado a tomarse la justicia por su mano, pues la encontrará cumplida de sus representantes y magistrados. » Danton encontraba natural el que el pueblo « se tomase la justicia por su mano » cuando los magistrados y los jurados se mostraran reacios en castigar a sus enemigos.

El nuevo Comité de vigilancia del Ayuntamiento, en el que a la sazón tenía asiento su antiguo capellán Deforgues, se ocupaba, por aquel entonces, en hacer una selección sospechosa entre los detenidos en las prisiones. Ponía en libertad a los detenidos por pequeños delitos, a los deudores pobres, a los presos por riña, etc. Inflamadas por las arengas de sus representantes en el Ayuntamiento, las secciones, al mismo tiempo que organizan el reclutamiento, hacen enseña de la venganza nacional contra los conspiradores. La de la barriada de Poissonnière resolvió que todos los sacerdotes y personas sospechosas, encerradas en las prisiones, fuesen condenados a muerte y ejecutados antes de que los voluntarios partiesen para sus respectivos ejércitos. Su siniestro acuerdo fué adoptado como suyo por las secciones del Luxemburgo, el Louvre y Lafontaine-Montmorency.

La acción siguió a estos acuerdos. Al mediodía sacerdotes refractarios, que eran conducidos a la prisión de la Abadía, fueron asesinados, durante el camino, por su guardia de escolta, compuesta de federados marseleses y bretones. Sólo uno de entre ellos se salvó, el abate Sicard, maestro-instructor de los sordomudos, reconocido por uno de los hombres de la multitud que rodeaba a los prisioneros. Una banda, formada por tenderos y artesanos, federados y guardias

nacionales, todos en mezclanza, se dirigieron a los Carmelitas, en donde estaban encerrados numerosos sacerdotes refractarios. Éstos fueron inmolados a golpes de fusil, de picas, de sable y de palos. Luego, al anoche- cer, les tocó el turno a los prisioneros de la Abadía. Aquí el Comité de vigilancia del Ayuntamiento inter- vino : « Camaradas, se os ordena el juzgar a todos los prisioneros de la Abadía, sin hacer excepción, salvo sólo el abate Lenfant, al que pondréis en lugar seguro. — Panis, Sergent. » El abate Lenfant, antiguo confesor del rey, tenía un hermano que pertenecía al Comité de vigilancia del Ayuntamiento. Un simulacro de tri- bunal, presidido por Estanislao Maillard, fué improvi- sado. Maillard, teniendo en sus manos el libro registro de la prisión, llamaba a los en él comprendidos e inte- rrogaba a los comparecientes ; consultaba, luego, la pena con sus asesores ; en caso de condena Maillard gritaba : ¡ « Dadle suelta ! » y las víctimas salían y se iban hacinando en el exterior. Petion, que estuvo en la Force el día 3 de septiembre, nos cuenta que « los hombres que juzgaban y los que ejecutaban lo hacían con la misma seguridad que si las leyes les hubieran llamado a llenar tales funciones. Me hacían notar y alababan — dice — su justicia y la atención que pres- taban a distinguir los inocentes de los culpables y a tener en cuenta los servicios que cada uno de los juz- gados hubiera podido haber prestado. »

La matanza continuó los días siguientes en las otras prisiones : en la Force a la una de la madrugada, en la Conserjería en la mañana del día 3, luego en San Ber- nardo, en el Châtelet, en San Fermín, en la Salpêtrière, por último, el 4 de septiembre, en Bicêtre. La embria- guez de matanza era tal, que indistintamente se daba fin a los presos por delitos comunes que a los de derecho político, a las mujeres que a los niños. Ciertos cadáveres, como el de la princesa de Lamballe, sufrieron afrento-

sas mutilaciones. La cifra de los muertos varía, según los diversos evaluadores, entre 1110 y 1400.

La población asistió indiferente, por no decir que satisfecha, a estas escenas de horror. La señora Julien de la Drôme escribía a su marido la tarde del propio 2 de septiembre : « El pueblo se ha levantado y, terrible en su furor, venga los crímenes de tres años de laxitud y traición. El furor marcial que ha hecho presa en todos los parisienses es un prodigio. Padres de familia, burgueses, tropas, descamisados, todos parten. El pueblo ha dicho : vamos a dejar en nuestras casas a nuestras mujeres, a nuestros hijos, y vamos a dejarlos entre nuestros enemigos ; purifiquemos antes la tierra de la libertad. Los austriacos y los prusianos estarán a nuestras puertas, a las puertas de París, pero no daremos un paso hacia atrás. Antes bien gritaré con más fuerza : ¡ La victoria será para nosotros ! » Que se juzgue por la exaltación de esta buena burguesa, discípula de Juan Jacobo, del sentimiento de las otras clases.

La fiebre patriótica, la proximidad del enemigo, el sonar de la campana de alarma, adormecían las conciencias. En tanto que los autores de la matanza se dedicaban a su siniestra labor, las mujeres pasaban la noche en las iglesias cosiendo trajes para los voluntarios y haciendo hilas para los heridos. En las secciones tenía lugar un ininterrumpido desfile de ciudadanos que ofrecían a la patria sus brazos o sus dones. Muchos se hacían cargo de los hijos de los que partían. Las casas de juego estaban cerradas por orden de la alcaldía. Se fundía el plomo de los ataúdes y sepulcros para fabricar con él balas. Todos los talleres de carretería estaban empleados en hacer afustes y cajas para la artillería. El impulso era magnífico. Lo sublime aparecía lindero con lo inmundo.

Las autoridades habían dejado hacer. A las excitaciones que le dirigía el Ayuntamiento, el comandante

en jefe de la Guardia nacional, Santerre, respondía que no podía contar con la obediencia de sus subordinados. El Ayuntamiento indemnizó a los autores de las matanzas de los jornales que habían perdido en tanto que se dedicaran a su labor. La Asamblea envió al lugar de los sucesos diputaciones que resultaron impotentes y baldías. El ministro del Interior, Roland, escribía el día 3 de septiembre a la Asamblea: « Ayer fué un día sobre cuyos sucesos es lo mejor echar un velo. Sé que el pueblo, terrible en su venganza, realizó en ellos un modo de justicia. » Los periódicos girondinos — y en aquellos entonces lo eran casi todos — o hicieron la apología de las matanzas o alegaron en su favor circunstancias atenuantes.

En cuanto al ministro de Justicia, Danton, no hizo nada para proteger a las prisiones. Al comisionado de Roland, Grandpré, que le demandaba tomase medidas, le contestó, según la señora Roland: « ¡ Qué me importan a mí los prisioneros! ¡ Que se las compongan ellos como puedan! » Y algunos días más tarde, cuando Alquier, presidente del Tribunal del Sena y del Oise, le fué a visitar para interesarse por los prisioneros de la Audiencia de Orleans, que la banda de Fournier conducía a Versalles para allí ejecutarlos, Danton, encogiéndose de hombros, le dijo: « No mezclaros en los asuntos de esas gentes. Podría ello acarrearos graves molestias. » Son conocidas las palabras que dirigió al duque de Chartres, el futuro Luis Felipe, en los primeros días de la Convención: « En los momentos en que toda la parte viril de la población se precipitaba para marchar a los ejércitos y nos dejaba sin fuerzas en París, las prisiones rebosaban de un enjambre de conspiradores y miserables que esperaban la proximidad de los extranjeros para asesinarnos a nosotros. No hice otra cosa que tomarles la delantera. He querido que toda la juventud parisiense llegase a Champaña

cubierta de una sangre que me asegurase su fidelidad. He querido colocar entre ellos y los emigrados un río de sangre.» ¿Precisa recordar, luego de cuanto antecede, que el secretario de Danton, Fabre de Eglantine, hizo una calurosa apología de las matanzas y las presentó como ejemplo al resto de Francia?

Desde el 28 de agosto, o sea desde el día en que Roland y los girondinos propusieron abandonar a París, Danton se había solidarizado estrechamente con el Ayuntamiento. Y en él se dedicó a excitar los odios. En su pensamiento, las matanzas no tenían como solo fin el de aterrorizar a los cómplices del enemigo, sino también el de que recayeran, en su ejecución, y en cierto modo, sobre los girondinos. Las elecciones comenzaban. La ocasión era preciosa para malquistar a los enemigos políticos. El cálculo de Danton fué el de todo su partido.

El mismo día 2 de septiembre, en la sesión nocturna celebrada por el Ayuntamiento, Billaud-Verenne y Robespierre denunciaron «la conspiración en favor de Brunswick, al que un partido poderoso quería elevar al trono de Francia». Hicieron alusión no sólo a la equívoca conducta de Carra, sino que también se hicieron cargo de cuanto en pleno club de los Jacobinos había expuesto el abate Danjou, en el mes de mayo, a favor del duque de York. En el pensamiento de ambos estaba, sin duda, la manera de obrar de Brissot, quien, al decir de Barère, en el seno de la Comisión de los Doce, había dicho a uno de sus colegas: «Os haré ver esta noche —era el 17 de julio precedente—, en una correspondencia con el Gabinete de Saint-James, que depende de nosotros el amalgamar nuestra Constitución con la de Inglaterra, nombrando al duque de York rey constitucional de Francia en sustitución de Luis XVI.» Al día siguiente de las denuncias de Robespierre en el Ayuntamiento, Brissot fué objeto de

pesquisas, siguiendo órdenes del Comité de vigilancia, y al otro se firmaron órdenes de detención en contra de Roland y de ocho diputados girondinos. Esta vez estimó Danton que se iba demasiado lejos. Él debía su cartera a Brissot y a Condorcet. Se trasladó, pues, al Ayuntamiento y, luego de explicaciones muy vivas con Marat, hizo revocar las órdenes de detención. Danton despreciaba demasiado la vida humana para mostrarse ávido de sangre. Dado el golpe, consiguió el fin que se proponía, abrió su corazón a la piedad. Y así facilitó la evasión de Adrián Duport, de Talleyrand, de Carlos Lameth y de otros muchos (1). Le repugnaban las crueldades inútiles. Si hubiera dejado atacar tan directamente a Brissot y a Roland, hubiera tenido que abandonar el ministerio, y aun no estaba decidido a romper con la Asamblea. Le bastaba con causar miedo y hasta encontraba una ruda satisfacción en aparentar aparecer como protector.

En aquellos días la Francia revolucionaria no condenó las matanzas. El mismo espíritu, la misma fiebre reinaban de un extremo a otro del territorio. En una famosa circular que fué enviada a los departamentos el día 3 de septiembre con la firma de Danton, el Comité de vigilancia del Ayuntamiento había justificado su obra y la había propuesto como ejemplo: « El Ayuntamiento de París se apresura a informar a sus hermanos de los departamentos que una parte de los feroces conspiradores detenidos en sus prisiones ha sido condenada a muerte y ejecutada por el pueblo: acto de justicia que le ha parecido indispensable para contener por el terror a la legión de traidores ocultos en sus muros, en el preciso momento en que iba a marchar

(1) Hay que advertir que Brissot, en su folleto contra los jacobinos, aparecido después de haber sido tachado su nombre de la listas del club, en octubre de 1792, insinúa que Talleyrand pagó por su pasaporte 500 luises.

en contra del enemigo, y, sin duda, la nación entera, después de la larga serie de traiciones que la han conducido al borde del abismo, andará solícita en adoptar este medio, tan necesario a la salud pública... ».

Circular superflua. Las provincias no necesitaban que se les pusiera a París como ejemplo. A veces se habían adelantado a la capital. Dos sacerdotes habían sido asesinados, el 19 de agosto, en el Orne ; otro, el 21, en el Aube ; un ujier, en Lisieux, el 23, etc. En todos aquellos lugares por los que pasaban los voluntarios en marcha hacia las fronteras, los aristócratas no lo pasaban bien. El 3 de septiembre, en Reims ; el 4, en Méaux ; el 3 y el 6, en el Orne ; el 9, en Lyon ; el 7, en Caen ; el 12, en Vitteaux, oficiales, sacerdotes, sospechosos de toda especie, encontraron la muerte, aun en sus prisiones. En la asamblea electoral de las Bocas del Ródano, presidida por Barbaroux, las noticias de las matanzas de París fueron vivamente aplaudidas. El « patriotismo », dios nuevo, reclamaba víctimas humanas, como los dioses antiguos.

Los sospechosos considerados como más peligrosos, los que habían proporcionado el mayor número de víctimas, habían sido, en todos los lugares, los sacerdotes refractarios. Sobre un solo punto, tal vez, el acuerdo de los tres poderes — Ayuntamiento, Legislativa y Comité ejecutivo — era completo : en la necesidad de colocar al clero refractario en la imposibilidad de ser obstáculo tanto a la defensa revolucionaria cuanto a la defensa nacional.

La Constituyente sólo había suprimido a una parte de las casas religiosas. No había tocado a las dedicadas al ejercicio de la caridad o de la enseñanza. El 31 de julio declaró un diputado que estas casas eran « Bastillas monárquicas de las que los sacerdotes refractarios son los guardianes », y el 4 de agosto la Asamblea decretó que las casas pertenecientes a las órdenes reli-

gias ya suprimidas fuesen evacuadas antes del 1.º de octubre y puestas en venta. Quedaban también las congregaciones llamadas seculares — asociaciones en las que no se pronunciaban votos solemnes —, tales como el Oratorio, que dirigía numerosos colegios, los lazaristas, los sulpicianos, los eudistas, y todas las que la Constituyente había olvidado. Había, además, congregaciones laicas, como los Hermanos de las Escuelas cristianas, y congregaciones femeninas, como las Hijas de la Sabiduría, de la Providencia, de la Cruz, del Buen Pastor, etc. Todas fueron suprimidas el 18 de agosto, y sus bienes liquidados. Se autorizó, sin embargo, a las religiosas empleadas en los hospitales para continuar sus servicios a título individual.

Más peligrosos que los monjes y los religiosos aparecían los sacerdotes refractarios, de los que muchos se habían mantenido en sus antiguas parroquias. Trocando aún el ruido del cañón del 10 de agosto, la Asamblea había ordenado que todos los decretos a los que afectaba el veto real fuesen inmediatamente ejecutivos. El decreto del 27 de mayo sobre la internación y deportación de los sacerdotes refractarios perturbadores fué, por lo tanto, puesto en vigor. El mismo día 10 de agosto por la noche, el Ayuntamiento enviaba a las secciones la lista de los obispos y sacerdotes sospechosos. Sin excusa ni pretexto fueron encerrados en la Abadía, en los Carmelitas, en el seminario de San Magloire, presa futura para los septembristas. Pero el decreto del 27 de mayo se refería sólo a los sacerdotes, antiguos funcionarios públicos, únicos a los que se impuso el juramento por la Constituyente. Para comprender a los demás, bastante numerosos, la Asamblea les obligó el 14 de agosto a prestar juramento de fidelidad a la libertad y a la igualdad. Un cierto número se sometió, a fin de seguir disfrutando sus pensiones y de continuar el ejercicio de su culto. El decreto del 27 de mayo

tenía aún otro defecto a los ojos de los revolucionarios; sólo podía aplicarse a los sacerdotes que fueran objeto de denuncia firmada por 20 ciudadanos activos. En muchas comarcas, en que la población entera era cómplice de los refractarios, la reunión de las 20 firmas resultaba algo imposible. Cambon y Lanjuinais reclamaron, el 19 de agosto, una nueva ley que permitiera actuar sobre todos los refractarios indistinta y sumariamente. El girondino Larivière estimuló, el 23 de agosto, a la Comisión extraordinaria encargada de preparar la nueva ley: « Si no podéis soportar por más tiempo la vista de los emblemas de la tiranía, no concibo cómo por tantos días toleráis la vista de los autores fanáticos de nuestras discordias interiores, la vista de los males, de los desastres que todos los días nos ocasionan. Pido que, seguida y rápidamente, se haga un informe relativo a su deportación, ya que cada instante de retraso constituye un verdadero asesinato. » (*Vivos aplausos.*) Los revolucionarios tenían una razón de peso y apremiante para acabar cuanto antes este asunto. Las elecciones para la Convención eran inminentes. Las asambleas primarias debían reunirse el 26 de agosto y las asambleas electorales el día 2 de septiembre. Precisaba el darse prisa a expulsar de Francia al clero refractario a fin de impedirle ejercer cualquiera influencia sobre las elecciones que iban a verificarse. Marans, Delacroix y Cambon expresaron crudamente sus temores. Marans dijo el 24 de agosto: « Los sacerdotes aristócratas, dispersos por el miedo, se atreven ya a entrar en sus antiguas parroquias con fines electorales y para trabajar en nuestra contra. Precisa que la deportación tenga lugar antes del día 20. » Delacroix añadió por su parte: « Tengo miedo de que, deslizándose subrepticamente entre las asambleas del pueblo, lleven a la elección de los diputados a la Convención nacional su influencia pestilente... lancemos, lancemos a los sacer-

dotes. » Cambon, a su vez, en medio de los aplausos de las tribunas, propuso deportar a todos seguidamente a la Guyana, en donde la agricultura, dijo, está falta de brazos. Delaunay le apoyó; pero ante las observaciones del viejo pastor protestante Lasource, quien, sostenido por el obispo Fauchet y por Vergniaud, afirmó que el enviarlos a la Guyana equivalía a conducirlos a una muerte segura, la Asamblea dejó a los refractarios el derecho a fijar el país al que habrían de dirigirse. El decreto del 26 de agosto les concedía 15 días para abandonar a Francia. Dejado transcurrir este plazo sin haberse ausentado, los que quedasen serían trasladados a la Guyana. Ello no obstante, los sacerdotes sexagenarios o enfermos estaban formalmente exceptuados de la deportación, que, por otra parte, no se aplicaría, así como el decreto por que era impuesta, a los sacerdotes a quienes no obligaba el juramento, salvo que éstos fueran denunciados por seis ciudadanos domiciliados. Millares de sacerdotes — tal vez 25 000 — se pusieron en ruta hacia los países extranjeros, en los que no encontraron siempre una acogida cordial y solícita. En España, especialmente, fueron tratados casi como sospechosos. Fué Inglaterra el país en el que fueron mejor recibidos.

A pesar de la importancia de esta emigración forzosa, la Iglesia romana no desapareció por completo. Los sacerdotes no obligados al juramento, los refractarios sexagenarios y enfermos eran aún numerosos. El obispo de Sarlat continuó viviendo en la capitalidad de su diócesis, en donde hasta llegó a ser alcalde, gozando de plena libertad, lo que duró hasta la época del Terror, en que fué encarcelado. El obispo de Riez se retiró a Autun, su ciudad natal; el obispo de Marsella, de Belloy, a una quinta de los alrededores de París, desde donde continuó administrando su antigua diócesis; al obispo de Angers, Couet de Lorry, a una quinta de Normandía; el obispo de San Papoul, Maillé de

La Tour Landry, a Paris, en donde confirió algunas órdenes ; el obispo de Senlis, a Crépy-en-Valois, etc. Bien es verdad que la mayor parte de estos prelados y de los sacerdotes refractarios que quedaron en Francia prestaron el juramento de libertad e igualdad, con gran indignación de sus compañeros emigrados, que, a veces, los consideraron como semicismáticos. Pero el Pontífice no se atrevió a condenarlos.

La consecuencia inevitable de la deportación de los sacerdotes refractarios fué la secularización del estado civil, que la Asamblea votó en su última sesión, celebrada el 20 de septiembre de 1792. Había numerosos departamentos, como las Costas del Norte, en que los sacerdotes refractarios permanecieron en sus parroquias y en el ejercicio de sus funciones respectivas hasta el día 10 de agosto, debido ello a la falta de curas constitucionales. Continuaban, por lo tanto, en posesión de los libros del estado civil de las mencionadas parroquias. Al ausentarse no se encontraban personas que, a la vez, los reemplazasen en sus funciones civiles y en sus funciones religiosas, hasta entonces confundidas. Hubo necesidad de confiar los registros a las municipalidades. Tal medida había sido solicitada hacia ya tiempo por los fuldenses o monárquicos constitucionales, que alegaban, para solicitarla, la repugnancia que sentían los fieles adeptos a los sacerdotes romanos en dirigirse para los bautismos, casamientos y defunciones a los sacerdotes oficiales, considerados por ellos como cismáticos. Muchas familias preferían dejar a sus recién nacidos sin estado civil antes que recurrir a los intrusos. Los revolucionarios habían resistido largo tiempo a la presión de los refractarios y a la de los fuldenses, por temor de debilitar la posición del clero constitucional al privarle del derecho de registrar e intervenir los nacimientos, los casamientos y las defunciones.

Pero desde que los sacerdotes refractarios son deportados en masa, los revolucionarios nada tienen que temer votando la medida reclamada, ya que ella no podrá traducirse en ventajas para los fieles de la contrarrevolución. Laicizan el estado civil porque están convencidos de que pueden hacerlo sin peligros. En algunas regiones, los propios sacerdotes constitucionales fueron transformados en oficiales encargados del registro civil. Adviértase cuán preñada de consecuencias para el porvenir resultaba esta considerable novedad de separar el sacramento del acto civil. Cada vez más perdía el Estado carácter religioso. La misma ley que secularizaba el estado civil autorizaba el divorcio, prohibido por la Iglesia.

Los sacerdotes constitucionales se regocijaron, sin duda alguna, de verse desembarazados de sus rivales; pero los que, de entre ellos, reflexionaban, se mostraban preocupados por el porvenir. El 11 de agosto, el obispo del Eure, Tomás Lindet, escribía a su hermano : « Pronto dejaréis de ver reyes y sacerdotes. » La caída del rey terrestre habría de afectar al Rey de los cielos. El mismo Tomás Lindet explicaba sus pensamientos, el 30 de agosto, de la siguiente manera : « Bien pronto, al igual que los ingleses, gritarán los ciudadanos de Francia : ¡ No más obispos ! El teísmo y el protestantismo tienen más puntos de contacto con el republicanismo que el catolicismo. Éste ha estado siempre ligado a la monarquía, y ello, en estos momentos, cuesta demasiado caro. » Algunas semanas más tarde, el obispo del Ardèche, Lafont de Savine, escribía a Roland : « Me creo en el deber de haceros observar que la constitución civil del clero toca a su fin. Es evidente, por consecuencia necesaria de sus principios, que el Estado cada día va a permanecer más extraño a las cosas que tocan a la religión, que el salario atribuido a los ministros católicos no será considerado sino como una pensión

de retiro y como un equivalente de los bienes de que antes gozaba, siendo notorio también que las leyes de tolerancia universal resultarán incompatibles con el favor de un gasto público concedido exclusivamente en provecho de un solo culto, y con las disposiciones jerárquicas determinadas por las leyes... ». Los dos prelados veían y consideraban el porvenir con entera claridad. Los días del clero constitucional estaban, en efecto, contados. La lógica de sus principios, tanto como la presión de los hechos, llevarían a la Revolución a soluciones audaces, ante las que ella había retrocedido con espanto dos años antes.

La Iglesia constitucional comienza a ser tratada con una despreocupación y una desenvoltura crecientes. No basta ya con que se vea obligada a poner toda su influencia espiritual, sus sermones y bendiciones al servicio del nuevo Estado: debe aún hacerle sacrificio de lo superfluo.

El 19 de julio, un decreto, dado a moción e informe del Comité de Hacienda, puso en venta los antes palacios episcopales y los jardines que de ellos dependían. Los obispos se alojarían desde entonces a su costa y como mejor les pluguiera en cuartos o casas amueblados. Un plus especial igual a la décima parte de su sueldo debía ser bastante. Uno de los considerandos del decreto dice que: « la suntuosidad de los palacios episcopales es poco conveniente a la simplicidad y modestia del estado eclesiástico ». Se les despoja, y de camino, se le da una lección.

Después del 10 de agosto, la tendencia iniciada se acentúa. El 14 de dicho mes, a propuesta de Delacroix y de Thuriot, la Asamblea decreta que todos los objetos y monumentos de bronce que puedan recordar al feudalismo y a sus tiempos sean fundidos para consfruir cañones. El Ayuntamiento de París, cuyo ejemplo tué seguido por otros, dió la mayor extensión que pudo

a este decreto y se sirvió de él para despojar a los lugares santos de la mayor parte de sus ornamentos. El 17 de agosto, «celoso—dice su acuerdo—de servir a la causa pública por todos los medios que están en su poder, y considerando que se pueden encontrar grandes recursos para la defensa de la patria en la multitud de simulacros que sólo deben su existencia a las trapacerías de los sacerdotes y a la ignorancia del pueblo», puso mano, en pillaje, sobre «todos los crucifijos, facistolos, ángeles, diablos, serafines y querubines de bronce», para emplearlos en la fundición de cañones, y sobre las verjas y rejería, para fabricar picas. El 18 de agosto, una diputación de la Hermandad de San Sulpicio ofreció a la Asamblea una estatua de San Roque, toda ella de plata, y el orador encargado de hacer el presente declamó un discurso que podía muy bien haber sido pronunciado en plena época del Terror. Dijo así : «Las diversas hermandades formaban en el Imperio los anillos de la cadena sacerdotal por la cual el pueblo estaba esclavizado ; nosotros la hemos roto y nos hemos asociado a la gran hermandad de los hombres libres. Habíamos invocado a nuestro San Roque contra la peste política que ha causado tantos estragos en Francia. No nos escuchó. Hemos creído que su silencio constituía una descortesía, y os lo traemos para que lo convirtáis en numerario. Contribuirá, sin duda, y en esta nueva forma, a destruir la pestilente raza de nuestros enemigos.» La Asamblea continuó por el camino ya emprendido, y el día 10 de septiembre requisó todos los utensilios de oro y plata existentes en las iglesias, a excepción de los viriles, copones y cálices, y ordenó convertirlos en moneda para el pago de las tropas. Así el culto constitucional perdía todos los días el prestigio exterior que pudiera ejercer sobre el alma de sus adeptos. Cada momento se veía más reducido a la desnudez evangélica.

El día 12 de agosto el Ayuntamiento prohibió a todos los sacerdotes el vestir el hábito religioso fuera del ejercicio de sus funciones. La Asamblea, una vez más, siguió al Ayuntamiento, ya que seis días más tarde renovó la prohibición del hábito talar, medida que se había tomado, en principio, el día 6 del mes de abril precedente.

El Ayuntamiento daba por sentado que la religión debía ser un asunto privado. El 18 de agosto ordenaba « a todas las sectas religiosas no obstruir la vía pública en el ejercicio de sus funciones »; es decir, suprimía las procesiones y las ceremonias y manifestaciones exteriores. Obrando de tal manera, generalizaba con todo radicalismo el decreto por el cual la antevíspera la Asamblea había revocado el edicto de Luis XIII sobre la procesión del 15 de agosto. También excluyó a los sacerdotes de la fiesta fúnebre que celebró en homenaje a los muertos del 10 de agosto.

Poco cuidadosos de la lógica, sin embargo, entendían que debían inmiscuirse en la administración interior del culto constitucional. Al día siguiente de la insurrección, el Ayuntamiento suprimió los derechos de pie de altar « ante las quejas formuladas por muchos ciudadanos por las exacciones del clero constitucional ». Y por el mismo acuerdo instituyó la igualdad de funerales y suprimió los patronos de las iglesias y sus bancos especiales. Desde la fecha en que el edicto se hacía público, todos los ciudadanos se enterrarían con el mismo ceremonial, en el que sólo podrían figurar dos sacerdotes. Tampoco podrían ya suspenderse colgaduras en las puertas de las iglesias. Dócil, la Legislativa decretó a su vez, el 7 de septiembre, que los eclesiásticos asalariados por el Estado que recibieran suma alguna en concepto de pie de altar, sea cualquiera el nombre que se le pretendiera dar, fuesen condenados por los tribunales a pérdida de empleo y sueldo.

El casamiento de los sacerdotes había sido ya alabado por la Asamblea y presentado por ella como ejemplo a seguir. El 14 de agosto, el diputado Lejosne pidió que el obispo del Sena Inferior, Gratien, fuese perseguido ante los tribunales por haber recordado a los sacerdotes de su diócesis, en una pastoral, el deber de continencia, solicitando también que todos los clérigos fuesen advertidos de que serían privados de su sueldo si publicaban escritos contrarios a los derechos del hombre. Ambas proposiciones fueron enviadas al Comité de legislación.

Se ve apuntar en esto la teoría que hará fortuna bajo la Convención. El clero constitucional, por el solo hecho de ser constitucional, debe quedar incorporado, sea como sea, a la Constitución. Y pues los derechos del hombre no reconocen la validez de los votos perpetuos, procede prohibir a los sacerdotes el enseñar que estos votos deben ser respetados, y a los obispos no sólo que molesten, inquieten y revoquen a los sacerdotes que toman mujer, sino también el infamarlos públicamente de palabra o por escrito. Las leyes del Estado habían de imponerse soberanamente al clero constitucional aun cuando estas leyes sean contrarias a los dogmas o disciplina del catolicismo. De otra manera dicho: el clero constitucional quedaba despojado de todo estatuto peculiar. Desde entonces sólo tenía el general del Estado.

Bajo la Convención se acordará la imposición de sanciones. Una proclama del Consejo ejecutivo, fechada a 22 de enero de 1793, mandará a todos los obispos ordenen a los párrocos que dejen de tener libros registros de nacimientos, casamientos y defunciones; de proclamar amonestaciones en los enlaces matrimoniales; « de exigir, antes de dar la bendición nupcial, condiciones que la ley civil no pide », lo que valía tanto como imponerles la obligación de casar, sin explicaciones, a cualquiera que se les presentara para recibir el sacra-

mento, aun a los divorciados, aun a los sacerdotes, aun a los ateos. Sentencias de los tribunales obligaron a los sacerdotes a casar a sus propios compañeros. Dos obispos fueron reducidos a prisión por haber puesto inconvenientes a estos casamientos. El 19 de julio de 1793 un decreto castigará con la deportación a los obispos que se opongan a estos casamientos. Con ocasión de este decreto, Delacroix exclamará : « Los obispos son nombrados por las asambleas electorales, reciben sueldo de la nación, debiendo por ambas cosas obedecer todas las leyes de la República. » A lo que añadió Danton: « Pues que hemos conservado el sueldo a los obispos, que ellos imiten a sus fundadores ; que den al César lo que pertenece al César. Y no olvidemos que la nación es más que todos los Césares. » La nación tenía, pues, poder aun en el dominio religioso. Es ella la fuente de todo derecho, de toda autoridad, de toda verdad. Tomás Lindet tuvo razón al escribir el día siguiente al 10 de agosto que la caída de los reyes hacía presagiar la de los sacerdotes.

CAPÍTULO III

Las elecciones para la Convención

Si la Legislativa y el Ayuntamiento revolucionario se entendían con facilidad en la cuestión religiosa, en las demás hay que reconocer que, en todas ellas, mantenían una oposición y una lucha declarada o sorda.

El Ayuntamiento consideraba la caída del trono como un hecho definitivo que implicaba la República. La Asamblea evitaba pronunciarse sobre la materia y difería la solución.

Para impedir renacer a la realeza, el Ayuntamiento se esforzaba en alejar de las urnas a todos aquellos de quienes sospechaba pudiesen desear la vuelta de Luis XVI. El 11 de agosto decidió se imprimieran las listas de los electores de París que el año precedente se habían reunido en el club de la Santa Capilla para preparar las elecciones a la Legislativa. Al día siguiente suprimió todos los periódicos realistas y distribuyó sus prensas y útiles de trabajo entre la Prensa patriótica, sin que la Asamblea se atreviese a protestar contra este acto de fuerza, cuyas consecuencias fueron graves. El realismo, privado de órganos, no podría dejarse oír en Francia, y ello en los momentos mismos en que iba a abrirse la campaña electoral. El 13 de agosto, el Ayuntamiento fechó sus actas en el *año primero de la igualdad*, queriendo significar con ello que comenzaba una nueva era.



La Asamblea no seguía al Ayuntamiento sino a pasos cortos. El 11 de agosto, uno de sus miembros, Sers, protestó contra la demolición de las estatuas de los reyes, que habían sido tiradas por tierra en París y en todas las grandes ciudades. No invocaba para ello, es verdad, otra cosa que el peligro que pudiera resultar al tratar alguien de acudir en socorro de las augustas efigies amenazadas. Otro diputado, Marans, derramó una lágrima sobre la estatua de Enrique IV. Todo fué en vano, porque Thuriot hizo votar y decretar que todos estos bronceos fuesen convertidos en monedas o en cañones. Dos días más tarde, Robespierre se presentó en la Asamblea para reclamar la erección, sobre el emplazamiento de la estatua de Luis XV, de un monumento en honor de los muertos del 10 de agosto.

El Ayuntamiento caminaba más de prisa. El 14 de agosto envió una diputación a la Asamblea para pedirle borrarse el nombre del rey de la lista de los funcionarios públicos, y al día siguiente Gensonné hacía decretar que la justicia y las leyes se aplicarían desde entonces en nombre de la nación. Ducos hizo cubrir con la Declaración de los Derechos del Hombre la efigie «escandalosa» de Luis XVI, que ornaba aún la sala de sesiones.

El Ayuntamiento decidió instituir para las elecciones el voto por llamamiento nominal y en alta voz, y la Asamblea dejó hacer. Robespierre protestó en su sección contra el mantenimiento de la elección de dos grados y el Ayuntamiento se apresuró a corregir la ley, por su propia autoridad, acordando que las elecciones de la asamblea electoral serían sometidas a la ratificación de las asambleas primarias. El 17 de agosto, el Ayuntamiento decidió dar a la publicidad las listas de los firmantes de peticiones realistas: primero una de 8000 y luego la de los 20 000 posteriores al 20 de junio. El 22 de agosto invitó a los ministros a reemplazar el *señor* por el *ciudadano*. Los demócratas del Ayun-

tamiento y de los Jacobinos reclamaron para el pueblo el derecho de sancionar la Constitución y las leyes y el de revocar a los diputados; es decir, que querían aplicar a la letra los preceptos del *Contrato social*, instituyendo el referéndum y el mandato imperativo.

El movimiento republicano se propagaba rápidamente en las provincias. En los Vosgos, los voluntarios, al enterarse de la suspensión de Luis XVI, gritaron: *¡ Viva la Nación sin Reyes !* Los jueces de la Rochela terminaron su felicitación a la Asamblea con las palabras siguientes: *La nación, soberana y nada más.* Los jacobinos de Estrasburgo exclamaron: *¡ Viva la igualdad y nada de reyes !* Los jacobinos de París, en su circular electoral, preconizaban altamente a la República.

Era evidente que el mantenimiento de la forma monárquica tenía en su contra una fuerte corriente de opinión. Los diputados se inclinaban ante ésta. Cambon manifestó el 22 de agosto: « El pueblo no quiere a la realeza: hagamos imposible su vuelta. » Carra, para hacer patente que no pensaba en Brunswick, aconsejó a sus lectores, el 1.º de septiembre, exigieran a los futuros diputados « el juramento de jamás proponer ni rey ni realeza, bajo pena de ser enterrados vivos en sus respectivos departamentos cuando a ellos regresen ». Condorcet, por su parte, se declaró, el día 3 de septiembre, también, republicano, entendiendo que un cambio de dinastía sería una locura. Al día siguiente, 4 del aludido mes — indignados por « la calumnia atroz » que les presentaba como favorables a la subida al trono de Brunswick o del duque de York —, los diputados juraron combatir con todas sus fuerzas a los reyes y a la realeza, y dirigieron a la nación, aunque a título individual, una proclama republicana.

Es difícil saber hasta qué punto eran sinceras estas tardías manifestaciones. El mismo Chabot, que el 3 de septiembre trataba de « calumnia atroz » el pre-

tendido proyecto de coronar a un príncipe extranjero, y que había dado a los federados, desde lo alto de la tribuna de los Jacobinos, el 20 de agosto, el consejo de permanecer en París para vigilar a la Convención e impedirle que restableciese la realeza y el que no fijara a París como lugar para celebrar sus sesiones, este mismo Chabot, dió algunos días más tarde su voto, en la asamblea electoral de París, al duque de Orleans, quien será nombrado diputado a la Convención, en final de lista, a pesar de la oposición de Robespierre. Danton y sus amigos votaron con Chabot por el duque de Orleans. ¿Ambicionaba éste algo más que un mandato legislativo? Su correspondencia prueba que dirigía sus esfuerzos a que la Convención nombrase rey a su primogénito el duque de Chartres, el futuro Luis Felipe, aunque no tuviera aún la edad legal. El duque de Chartres no se atrevió al final, y su padre se lanzó a la palestra. Antes de solicitar los sufragios de los electores parisienses, dirigió una instancia al Ayuntamiento en ruego de un nuevo apellido, y la corporación, por un decreto formal, le confirió el de Igualdad, que él aceptó con «reconocimiento extremo», según su oficio del 14 de septiembre. Los contemporáneos han creído que Danton, poco capaz de enardecerse con la metafísica política, estaba ganado secretamente por la casa de Orleans. No hace mucho se han exhumado notas manuscritas en las que el rey Luis Felipe cuenta que, después de Valmy, Danton le ofreció su protección y le aconsejó que se hiciera popular entre los ejércitos. «Esto es esencial para vos, para los vuestros, también para nosotros y sobre todo para vuestro padre.» Dantón acababa así su plática: «Tenéis grandes probabilidades de reinar.» La República no le parecía, pues, sino una solución provisional.

La realeza fué condenada de momento. Los girondinos, sintiendo que se les escapaban París y las ciu-

dades importantes, se esforzaron en ganarse los votos rurales. El 14 de agosto, uno de ellos, François — de Neufchâteau—, había hecho decretar por la Asamblea el reparto de los bienes comunales entre todos los ciudadanos y la división de los bienes de los emigrados en pequeñas parcelas, que serían pagadas en 15 anualidades, a fin de que fácilmente pudieran ser adquiridas por las clases menos pudientes. El 16 de agosto se suspendieron cuantas actuaciones estuviesen en trámite e hicieran referencia a los antes derechos feudales. El 25 de agosto, en fin, la Asamblea suprimió, sin indemnización, todos los derechos feudales de los que los propietarios no pudieran exhibir los títulos primitivos. La caída del feudalismo acompañaba a la del trono. No era fácil que los campesinos desearan la vuelta del rey.

Las asambleas electorales, que se reunieron el día 2 de septiembre, celebraron sesión durante muchos días y aun, en casos, durante varias semanas. A pesar de la concesión del voto a los ciudadanos pasivos, la actividad en comparecer ante las urnas fué escasa. Los pobres no querían sacrificar sus horas de trabajo a las fatigosas tareas electorales, para las que estaban mal preparados. Los realistas, los fuldenses, los aristócratas, los tímidos, se abstuvieron por prudencia o por escrúpulo. No se olvide que nadie era admitido a votar sino después de haber prestado el juramento de ser fieles a la libertad y a la igualdad. En el Oise hubo menos votantes en las asambleas primarias de 1792 que en las de 1791 y en las de 1790. En una decena de departamentos al menos : en las Bocas del Ródano, el Cantal, el Charenta, el Drôme, el Hérault, el Lot, el Gers, el Oise, los Altos Pirineos, el Sena y Marne, se imitó a París y se votó por llamamiento personal y en alta voz. Lo mismo sucedió en las asambleas primarias del Mans. Frecuentemente, para terminar, las asambleas electorales se purificaron ellas mismas expulsando de

su seno a los ciudadanos sospechosos de opiniones anticívicas. El predominio de los burgueses y de los propietarios se afirmó, sin duda alguna, y sin oposición casi. Salvo en París y en alguna que otra gran ciudad, los artesanos y obreros o no comparecieron a los escrutinios o asistieron a ellos conducidos dócilmente por sus jefes. En Quingey, en el Doubs, el dueño de forjas Louvot, presentándose en el local en que se celebraba la asamblea primaria, acompañado de sus obreros, que le seguían como rebaño y a toque de clarín, lanzó de él a los que pudieran oponerse, y se hizo proclamar elector. Y hay que suponer que el caso no fuera único. Los diputados a la Convención fueron elegidos por una minoría decidida. La mayor parte pertenecía a la burguesía, cuyos intereses estaban ligados a los de la Revolución. Hubiera sido curioso investigar en qué proporción figuraban entre los electores los adquirentes de bienes nacionales. Pero como esta investigación no ha sido hecha, hemos de contentarnos con saber que entre los 750 diputados elegidos sólo figuraban dos obreros: el armero Noël Pointe, designado por el Ródano y Loire, y el cardador de lana Armonville, elegido por el Marne.

Salvo en París, en que toda la representación pertenecía a los partidarios del Ayuntamiento — Robespierre a la cabeza —, las elecciones no fueron influidas, por así decirlo, por el antagonismo, aun no muy conocido, entre el Ayuntamiento y la Legislativa, entre la Montaña y la Gironda. En los departamentos, los revolucionarios, que se sentían poco numerosos, pensaban más en unirse que en diferenciarse. Así el futuro girondino Buzot, elegido en el Eure, lo fué al mismo tiempo que los futuros montañeses Robert y Tomás Lindet, con los que vivía entonces en perfecta inteligencia. Los electores se preocuparon ante todo de escoger hombres capaces de defender la Revolución de sus enemigos, tanto exteriores como interiores. La monar-

quía no encontró defensores. Como los girondinos eran más conocidos, como poseían la Prensa y la tribuna de la Legislativa, como tenían aun fuerza poderosa en los Jacobinos, fueron elegidos en gran número. Brissot cantó victoria en su número del 10 de septiembre. Pero los electores no habían emitido un voto de partido. No habían dado a sus elegidos el mandato de vengar las heridas que el Ayuntamiento había causado a su orgullo girondino.

Pero he aquí que los girondinos no fueron capaces de sacrificar sus odios. Petion había sido cruelmente herido en su vanidad por el fracaso obtenido en la asamblea electoral de París, que antepuso a su nombre el de Robespierre. La señora Roland, que dirigía a su viejo marido, sufría mal la preponderancia que había tomado Danton en el Consejo ejecutivo. Brissot, Carra, Louvet, Guadet, Gensonné, Condorcet, todos los jefes del partido odiaban y detestaban en Robespierre al hombre que se les había atravesado en el camino de sus andanzas belicosas, al hombre que había denunciado sus titubeos y sus maniobras antes y después de la insurrección, al hombre que les había atribuido el intento de pactar con la corte y con el enemigo, al hombre que inspiraba al insolente Ayuntamiento usurpador, y deseaban tomar revancha de todo ello.

Las cartas íntimas de la señora Roland revelan toda la profundidad de su odio y de su temor. Estaba convencida de que el robo de los diamantes de la corona, llevado a cabo en realidad, en el Guardamuebles, por ladrones profesionales, era obra de Danton y de Fabre de Eglantine. Despreciaba y aborrecía a Danton, que acababa de conseguir se revocase la orden de arresto dada por el Ayuntamiento en contra de su marido. No veía para la salud pública otra solución que la de formar una guardia departamental, que estaría de guarnición en París, y cuya misión consistiría en pro-

teger a la Asamblea. « No encontraremos salvación — escribía a Bancal — si los departamentos no envían una guardia que proteja a la Asamblea y al Consejo ejecutivo, y si así no se hace, perdéis lo uno y lo otro. Trabajad en ello activamente y enviádnosla a *pretexto de enemigos exteriores*, ante el cual mandaremos fuera de la capital y para combatirlos, a los parisienses capaces de defensa, y alegando también el que toda Francia concorra a la conservación de los dos poderes que le son tan queridos y que a todos pertenecen. » Se descubre aquí, en su origen, la funesta política que, oponiendo los departamentos a París, llevará, algunos meses más tarde, a la agitación federalista y a la guerra civil.

Desgraciadamente, la señora Roland fué escuchada, sobre todo por aquellos que, llenos de miedo, después de la toma de Longwy, habían proyectado el traslado de todo cuanto significase poder público central a los departamentos del Centro y del Mediodía. El 4 de septiembre, Cambon, que se sentaba entonces entre los girondinos, y que nunca dejaría de desconfiar del Ayuntamiento, aun cuando hubo de pasarse a la Montaña, amenazaba a París con la venganza de los meridionales: « Si esos despreciables calumniadores llegan, por nuestra debilidad y ceguera, a convertirse en feroces dominadores, creedme, señores, los generosos ciudadanos del Mediodía, que han jurado mantener la libertad y la igualdad en el país, vendrán en socorro de la capital oprimida (*Vivos aplausos.*)... Si, por desgracia, una vez la libertad vencida, se vieran obligados a retroceder, sin poder incitar contra los nuevos tiranos el odio, la sed de venganza y la muerte, no dudéis que nos abrirán, en sus impenetrables hogares, un asilo sagrado a los desgraciados que podamos huir del hacha de estos Silas franceses. » Así, para Cambon, si el socorro departamental, a que aludía, resultaba insuficiente, se volvería al proyecto de una República meri-

dional, ya meditada, en secreto, los días precedentes, en los conciliábulos de Kersaint y de Roland. Y Cambon justificaba sus amenazas por los rumores de dictadura que hasta él llegaban. Acusaciones insidiosas que harán su camino.

El proyecto de secesión llevado a la tribuna por las palabras vehementes de Cambon, tenía tal consistencia que hasta llegó a asustar a Anacharsis Cloots. Éste se apresuró a desaprobarlo, aunque, por aquel entonces, le horrorizase el Ayuntamiento. « Franceses, escribía en los *Anales Patrióticos* del día 10 de septiembre: jamás soñemos en refugiarnos en las montañas meridionales, ello sería acelerar nuestra ruina, sería demandar nosotros mismos el puntapié de los tiranos de Europa y muy especialmente el del sultán de Madrid... París es la capital de los franceses; la conquista de la ciudad desorganizaría completamente al cuerpo político. » Este artículo malquistó a Cloots con los Roland y con los demás girondinos.

Para obtener la guardia departamental que los tranquilizara, los Roland hicieron cuanto pudieron y en su mano estaba para enloquecer a la Asamblea en los últimos días de su existencia. Excitaron su horror en contra del Ayuntamiento, al que representaron como una banda de sicarios y bandidos. Roland, el 17 de septiembre, anunció a la Asamblea que el robo del Guardamuebles obedecía « a una gran maquinación », y sin otra transición denunció a la asamblea electoral de París, que, a creerlo, habría el día anterior propuesto la ley agraria, es decir, el reparto de las tierras. Pretendían hacer creer que los asesinos de septiembre no habían quedado satisfechos y que pronto iban a recomenzar sus tareas: « En algunos pasquines se aconseja al pueblo el levantarse una vez más, si no ha perdido sus puñales; conozco a los autores de estos pasquines y a quienes los pagan. » Esta última insinuación

se dirigía seguramente a Danton quien, por otra parte, continuaba siendo colega de Roland en el Gabinete. Y toda esta requisitoria, basada sobre hechos falsos o desnaturalizados, tenía por fin el llevar a esta conclusión: «Es preciso, señores, que os rodeéis de una guardia numerosa, de una guardia que esté a vuestras inmediatas y únicas órdenes.» Roland, explotando la nota trágica, declaró que obrando como lo hacía arrostraba la muerte. Y al día siguiente volvió a la carga.

Fué una gran desgracia que los jefes de la Gironda siguieran a este viejo soberbio, miedoso e imbécil. Lasource insistió, el 17 de septiembre, sobre tan sombrías profecías, en un informe oficial presentado en nombre de la Comisión de los Doce. «Existe, decía, un proyecto para impedir que la Convención se reúna... Yo os denuncio este infame proyecto... Se propone como último recurso el incendiar o saquear a la ciudad de París a fin de que la reunión del Cuerpo legislativo no pueda tener lugar», y pintaba a los revolucionarios parisienses como aliados o agentes de Brunswick. Vergniaud, de ordinario más sensato, garantizaba la novela de Lasource. Denunció al Comité de vigilancia del Ayuntamiento, retó a los asesinos e hizo decretar que los miembros del Ayuntamiento responderían con su cabeza de la vida de los prisioneros. Luego, Petion, cuando su turno le hubo llegado, hizo el proceso de los patriotas exagerados y pérfidos que preparaban, según él, nuevas matanzas. Al día siguiente, un nuevo decreto, votado a informe de Guadet, destituía, esta vez definitivamente, al Ayuntamiento revolucionario, ordenaba su renovación y restablecía al alcalde Petion en el ejercicio de todas las funciones de que la insurrección le había privado. Desde la fecha de este decreto los mandamientos de arresto sólo podrían ser librados por el alcalde y los administradores de policía. La campana y el cañón de alarma sólo podrían sonar

mediante mandato formal del Cuerpo legislativo. En este largo duelo de seis semanas a que el Ayuntamiento y la Asamblea se habían lanzado fué ésta la que dijo la última palabra.

La victoria final no se explica solamente por los resultados de las elecciones a la Convención, que habían alegrado, «reanimado», a la señora Roland; se explica, sobre todo, por la reacción de sensibilidad que se había producido, después de las matanzas, en la misma población de París y, seguidamente, en toda Francia. Los girondinos, que habían permanecido callados e inactivos cuando los asesinatos y que bien pronto habrían de amnistiar, con toda rapidez, las atrocidades de Aviñón, se cuidaron de excitar dicha sensibilidad y de explotarla con arte. El 10 de septiembre, Brissot, presentó en su periódico las matanzas como efecto de un complot montañés, complot que, según él, tenía por final el reparto de las tierras y de las fortunas. A orden y ejemplo de Roland, los publicistas del partido — de los que muchos, como Louvet, estaban subvencionados por la Caja de propaganda del Ministerio del Interior — comienzan a soliviantar al conjunto de los propietarios en contra de los montañeses. La Gironda se presentó, desde entonces, como el partido del orden y de la conservación social. Los antiguos fuldenses fueron tomados bajo su protección. En París, la sección de los Lombardos, que inspiraba Louvet, seguida de las secciones del Mail y del Marais, las tres compuestas de ricos comerciantes, se declararon en defensa de los 28 000 firmantes de peticiones realistas, a quienes el Ayuntamiento había declarado sospechosos y a quienes la asamblea electoral había excluido. El 8 de septiembre, la sección de los Lombardos anunció a la Asamblea que había tomado la iniciativa de formar, entre todos los buenos ciudadanos de todas las secciones, «una confederación santa

y conservadora » para la salvaguardia de las personas y de las propiedades. A demanda formal de los interesados, la Asamblea decretó que los originales de las peticiones de los 8000 y de los 20 000 fuesen destruidos. La reacción fue tan fuerte que el propio Ayuntamiento se vió obligado a jurar, el 19 de septiembre, que defendería las propiedades.

Pero ¿ las propiedades estaban realmente amenazadas? ¿ Los temores de los girondinos estaban justificados? Creemos llegado el momento de examinar, siquiera sea rápidamente, la cuestión económica y social, tal cual ella se patentizaba en aquellos momentos.

Con la guerra, la situación de los artesanos y de los obreros, y en general de los consumidores, había empeorado. Las industrias de lujo estaban en huelga forzosa. En agosto, el asignado perdía en París el 41 % de su valor y otro tanto, poco más o menos, en Marsella, Lille, Narbona, Burdeos, etc. Los salarios no habían marchado con la prisa necesariamente bastante para compensar el alza de los productos.

A pesar del buen resultado de la nueva recolección, que fué, por lo general, más abundante que la de 1791, los mercados aparecían mal provistos. Los granos se ocultaban y el pan era escaso y muy caro. Maniobras de los aristócratas, decían los revolucionarios. Los granjeros preferían guardarse el trigo a cambiarlo por asignados. Sabían que avanzaba hacia París un fuerte ejército austríaco. El porvenir les parecía poco seguro, se mostraban desconfiados y se reservaban. Podían hacerlo con más facilidades que otras veces, porque la Revolución, librándoles de la gabela y de los diezmos, les había permitido poseer algunas economías. No estaban obligados, como en pasadas ocasiones, a vender a cualquier precio sus productos para pagar los impuestos y arrendamientos. A más, los propietarios de las granjas, que no tenían interés en recibir en asig-

nados el precio de los arrendamientos, les rogaban ellos mismos que esperasen, que no demostraran interés en el pago. Las grandes compras de las administraciones del Ejército y de la Armada contribuían también a rarificar los productos y a elevar los precios. El pan de munición había sido antes una mezcla de trigo y de centeno. Para que también los soldados se alegrasen de la caída del trono, la Legislativa había decretado, el 8 de septiembre, que el pan de la tropa fuese de trigo candeal puro. Como es natural, aumentó ello, y en cantidad bastante, el consumo de trigo. La carestía de la vida aumentaba precisamente en los momentos en que el desarrollo de la Revolución abría al pueblo perspectivas mayores de esperanzas.

El Ayuntamiento revolucionario representaba los intereses de las gentes humildes. El 11 de agosto decidió solicitar de la Asamblea la promulgación de leyes severas en contra de los vendedores de dinero. Reclamó la derogación del decreto de la Constituyente que autorizaba la concurrencia del asignado con las especies amonedadas. « La pena de muerte, dice su informe verbal, no le parecería muy rigurosa si se dictaba contra hombres que especulaban actuando sobre las calamidades públicas. » Pero la Asamblea, en la que predominaba la riqueza, se hizo la sorda. Una diputación de ciudadanos que renovó, el 13 de agosto, la demanda del Ayuntamiento, no obtuvo mejor fortuna. El Ayuntamiento encontró el medio de socorrer a la clase indigente utilizando sus brazos para el movimiento de tierras necesario a la apertura de trincheras en el campo de París y a razón de 42 sueldos por día. Los artesanos se emplearon en los trabajos que la industria de guerra reclamaba. Los jóvenes se alistaron como voluntarios en los ejércitos.

En otras ciudades no pudieron emplearse tales recursos. En Tours las fábricas de sedería habían te-

nido que cerrar y multitud de obreros perecían en la indigencia. A primeros de septiembre produjeron revueltas pidiendo la tasa del pan. Los días 8 y 9 del mencionado mes sitiaron al directorio del departamento y le obligaron a tasar el pan en 2 sueldos, es decir, en la mitad del precio que antes tenía el ya dicho producto. El directorio solicitó del cuerpo electoral su revocación y protestó contra la tasa, que era de naturaleza tal, según él, que había de ocasionar la no concurrencia del pan a los mercados.

En Lyon las revueltas fueron más graves. Treinta mil tejedores de seda estaban en huelga. Para sacarlos de la miseria, un amigo de Chaliér, Dodieu, que presidía la sección de la Judería, propuso, hacia fines de agosto, el proceder — al igual de París, decía él — « a la requisa de los granos y harinas acaparados », a venderlos a un precio determinado y, en fin, a nombrar un tribunal especial encargado de castigar a los acaparadores de todas clases. Su fin era « pulverizar el sórdido interés, la ambición de los acaparadores, favorecidos por la debilidad o la complicidad moral de los jueces aristócratas ». Habiendo sabido u oído el Club central que el Ayuntamiento parisiense había decretado la permanencia de la guillotina, reclamó de las autoridades igual medida, a fin de imponer a los agiotistas y a los panaderos que hacen mal pan o amenazan con dejar de hacerlo, la oportuna pena. La municipalidad se negó, desde luego, a la petición del Club central. Pero en la noche del 25 al 26 de agosto, un grupo se apoderó de la máquina y la montó en la plaza de Terreaux, frente a la casa del Ayuntamiento. Los alborotadores invadieron la prisión. En el bullicio fueron heridos gravemente dos prisioneros : un falsificador de asignados y un panadero acusado de fabricar pan en malas condiciones. Tomó cuerpo la idea de que era preciso instituir el terror en contra de los acaparadores y servirse de la guillotina

para resolver las dificultades económicas. En su virtud los jacobinos lioneses se decidieron por la acción directa. En septiembre, uno de ellos, el comisario de policía Bussat, que será juez en el tribunal de distrito presidido por Chalier, redactó una tarifa de objetos y géneros de consumo que se refería a 60 artículos. Las mujeres formaron grupos amenazadores y la municipalidad aprobó la tarifa, que se aplicó durante tres días.

Los campos se encontraban tan agitados como las ciudades porque en tal época existía un gran número de obreros obligados a comprar el pan que habían de consumir.

El 11 de agosto de 1792 importantes convoyes de trigo, destinados al aprovisionamiento del Gard y del Herault, fueron detenidos por grupos populares en el canal del Mediodía, cerca de Carcasona. Los guardias nacionales, llamados por el departamento del Aude para restablecer el orden, hicieron causa común con los alborotadores. El grupo levantisco fué creciendo durante los días siguientes, reuniéndose 6000 hombres al son de la campana de alarma. El 17 de agosto, ante el rumor de que las autoridades habían llamado a las tropas de línea, una columna de sublevados marchó sobre Carcasona, se apoderó de los cañones y fusiles que existían en los almacenes de la ciudad, degolló al procurador general síndico Verdier y, finalmente, desembarcó los granos, que fueron almacenados en Carcasona. Para restablecer el orden fué necesario enviar 4000 soldados.

Por aquellos días fué preciso, también, desplegar importantes fuerzas a lo largo del Sena para impedir a los ribereños el posesionarse del trigo que desde el Havre o desde Ruán se dirigía a París.

Las autoridades locales, obligadas a ello por los sucesos, hubieron de tomar, un poco en todas partes, medidas y reglamentos análogos a los del antiguo ré-

gimen. Así, el departamento del Alto Garona, por un acuerdo del 14 de agosto, ordenó a las municipalidades el vigilar a los acaparadores de granos y especialmente a « aquellos que hasta la fecha no se hubieren dedicado a tal comercio y ahora se lancen a través de los campos para comprar trigo ». Es decir que el comercio de trigo dejaba de ser libre y sólo podría ejercerse con el permiso y bajo la vigilancia de las autoridades. El decreto del Alto Garona imponía a éstas el deber de controlar la personalidad de los compradores y el de conducir ante los tribunales a los no autorizados, « para ser juzgados con todo el rigor de las leyes », leyes que, por otra parte, no existían. Las autoridades debían, también, arrestar a « los mal intencionados que se personasen en los mercados no para comprar los artículos necesarios a su propio consumo, sino para luego revenderlos, encareciendo así el precio de las mercancías. También, y el 14 de septiembre, el mismo departamento del Alto Garona decretó el curso forzoso de los billetes de confianza.

Bastan estos ejemplos para comprender la inquietud que se adueñó de los comerciantes y de los propietarios, ante los rumbos que parecía llevar la Revolución del 10 de agosto. Sentían y apreciaban que llegaba hasta ellos el odio sordo de los proletarios. Por otra parte, y sin cesar, se les hacía objeto de nuevas imposiciones. Los voluntarios no consentían en alistarse sino cuando se les prometía, para el momento de la partida, una especie de prima de reenganche, cuyo importe debía de ser abonado por los ricos. Exigían, también, socorros en metálico para sus mujeres y para sus hijos. Las municipalidades se procuraban las sumas necesarias por colectas más o menos voluntarias. Se encontraba natural que los ricos, que no abandonaban sus hogares, debían indemnizar a los que partían para defender sus bienes. Por su parte, los ricos, con la ley en

la mano, entendían que no estaban obligados al pago de estas repetidas contribuciones que se les imponían. Para protestar y rebelarse sólo esperaban una señal y un pretexto.

En los momentos mismos en que embargaba a todos los ánimos la emoción producida por la noticia de la toma de Verdun, cuando ya habían comenzado las matanzas en las prisiones, en la noche del 2 al 3 de septiembre, el Ayuntamiento revolucionario, para alimentar al ejército de voluntarios a cuya leva estaba procediendo, decidió solicitar de la Legislativa un decreto que obligara a los productores y tenedores de trigo a entregar sus granos cuando fuesen requisados para tal necesidad. Danton, siguiendo su costumbre, hizo suya la idea lanzada por el Ayuntamiento y al día siguiente, 4 de septiembre, hizo firmar a sus colegas del Comité ejecutivo, excepción hecha de Roland, una proclama que ordenaba medidas extraordinarias para constreñir a los propietarios a vender sus granos a los agentes militares y a proporcionarles los carros necesarios, esto por vía de requisa. El precio debía ser fijado por los cuerpos administrativos. Se ordenaba, como puede apreciarse, no sólo la venta forzosa sino que, también, la tasa.

Poco después la Legislativa se vió obligada, por sus decretos del 9 y del 16 de septiembre, a extender al aprovisionamiento civil los principios ya sentados para el militar. Las municipalidades fueron autorizadas para requisar los obreros necesarios para transportar los granos y aun para cultivar las tierras, y los cuerpos administrativos para aprovisionar a los mercados mediante requisas hechas a los particulares. Se ordenó que hicieran éstos declaraciones de sus existencias. Los individuos que se negaran a las requisas serían castigados con la pérdida de sus granos y con una pena que podía llegar a un año de trabajos forzados. No se atrevieron

los que tales órdenes dictaban a establecer la tasa para el aprovisionamiento civil. Estas leyes, después de todo, no hacían otra cosa que legalizar un estado de hecho, ya que muchas municipalidades y cuerpos administrativos habían tomado, por su propia autoridad las medidas que ahora se les ordenaban. Así, el 3 de septiembre, el distrito de Chaumont había invitado a todas las municipalidades de su jurisdicción a hacerse cargo de todo el trigo de la nueva cosecha y a conducirlo al mercado.

Los comisarios que el Comité ejecutivo había decidido enviar a los departamentos, para acelerar el alistamiento de voluntarios, vigilar a los sospechosos e imprimir todo esfuerzo a la defensa nacional, partieron el 5 de septiembre llevando con ellos la proclama del día 4 que prescribía la requisa de las subsistencias. Sus actuaciones tardarían poco en servir de motivo a vivas críticas.

La mayor parte de ellos habían sido designados por Danton y tomados de entre los miembros del Ayuntamiento. El Comité ejecutivo los investió de amplios poderes. Se les confirió el derecho «de hacer, cerca de las municipalidades, de los distritos y de los departamentos, cuanto ellos juzgasen necesario para la salud de la patria». La fórmula era tan amplia que podía ser extendida a todas las iniciativas. En el Yonne, los comisarios Chartrey y Michel, creyeron indispensable, «teniendo en cuenta el descontento que les habían manifestado los habitantes de los distritos de Sens, Villeneuve-sur-Yonne, Joigny y los de Auxerre, respecto de los administradores del departamento del Yonne y de sus directorios de distritos», constituir un Comité de vigilancia, compuesto por quince miembros, que fuera el encargado de tener conocimiento de todas las decisiones y actuaciones de los administradores de los distritos de la circunscripción, de recibir todas las

quejas de los administrados, fuese cual fuera su naturaleza, así como sus reclamaciones contra los tribunales y de llevar registro de todo ello. Esta Comisión, extralegal, de vigilancia, cuyos miembros fueron designados por el Club local, fué presidida por el comerciante Villetard y se instaló, el día 10 de septiembre, en uno de los salones de la administración municipal. Sus miembros prestaron juramento en manos de Chartrey y Michel « de denunciar, bajo su responsabilidad respectiva, a todos aquellos que pusieran obstáculos a la buena marcha de la cosa pública ». Tomaron en serio su misión y aun la ejercían a fines de octubre, a satisfacción, parece ser, de las mismas autoridades. Ignoro si se tomaron medidas semejantes por los comisarios que actuaban en los demás departamentos. Lo que sí es cierto es que muchos departamentos no se resignaron de grado a las medidas extraordinarias por los comisarios tomadas y que ellos consideraron como usurpaciones vejatorias e intolerables.

El departamento del Alto Saona rehusó el recibir a los comisarios Danjou y Martín, redújolos a prisión y los hizo conducir a París, en conducción ordinaria, por la gendarmería nacional. No pudieron, por tanto, cometer exceso alguno de poder, siendo puestos en libertad, el día 5 de octubre, por el Consejo ejecutivo, quien ordenó la formación de expediente en averiguación de la conducta seguida por el departamento.

En el Eure, los comisarios Momoro y Dufour, para justificar las requisas, distribuyeron una declaración de derechos, redactada a su placer, en la que se leía : « 1.º La Nación reconoce las propiedades industriales, asegurando y garantizando su inviolabilidad. 2.º La Nación asegura igualmente a los ciudadanos la garantía e inviolabilidad de lo que falsamente se llama propiedad territorial, hasta el momento en que las leyes establezcan preceptos sobre este particular. » Esta amenaza de

ley agraria, de atentado a la propiedad territorial, provocó en contra de los comisarios una sorda agitación. La municipalidad de Bernay les hizo arrestar el 8 de septiembre y los condujo ante la asamblea electoral del Eure, cuyo presidente Buzot los puso en libertad luego de haberles exhortado a que se condujeran con circunspección y se limitaran al objeto de su misión.

Algunos días más tarde, en Calvados, los comisarios Goubeau y Cellier fueron arrestados por la municipalidad de Lisieux, que les reprochaba haber alarmado a la población y cometido actos arbitrarios.

Digamos, para terminar, que el departamento del Finistère hizo arrestar a Guerneur, a quien el Consejo ejecutivo había enviado a Brest y a Lorient « para buscar en los arsenales las armas destinadas al equipo de los voluntarios ». Guerneur había censurado a Roland, a Guadet, a Vergniaud, y había, en cambio, elogiado a Robespierre y distribuido folletos de Marat. Se vió preso durante varios meses, siendo preciso un decreto terminante de la Convención, fechado a 4 de marzo de 1793, para obligar a las autoridades del Finistère a que lo pusieran en libertad.

No hay para qué advertir que la Gironda explotaba todos estos incidentes para alimentar su campaña contra el Ayuntamiento y contra la Montaña. Roland aprovechó la ocasión para herir a Danton a través de los desgraciados comisarios. El 13 de septiembre dirigió una comunicación a la Asamblea quejándose de los abusos de poder que cometían. A su decir, sembraban la inquietud y habían llevado a cabo, en Ancy-le-Franc, pesquisas arbitrarias para descubrir la existencia de plata labrada. Se habían presentado en la asamblea electoral de Sena y Marne, la que, a sus exigencias, había adoptado la práctica del voto en alta voz, el nombramiento de los párrocos por los municipios y expresado el deseo de que se construyese un cañón del

calibre de la cabeza de Luis XVI, a fin de que, en caso de invasión, se pudiese enviar a los enemigos la cabeza de este traidor. La Asamblea se impresionó y al día siguiente, Vergniaud hizo votar un decreto que limitaba los poderes de los comisarios a las solas operaciones de reclutamiento, prohibiéndoles hacer requisas y destituciones. Se anularon las que ya se habían hecho y se ordenó a las autoridades locales que procediesen a su arresto en caso de desobediencia. El 22 de septiembre fueron llamados otra vez a París en virtud de un decreto del Consejo ejecutivo y Roland, en una circular, los hizo objeto de una censura colectiva, por haber ocasionado perturbaciones y expuesto la seguridad de las personas y de los bienes.

Toda la prensa girondina denunció, con unanimidad admirable, a cuantos pertenecían a las fracciones del Ayuntamiento y de la Montaña, presentándolos como «anarquistas» y como partidarios de la ley agraria. Brissot en su periódico, el 17 de septiembre; Carra, el 19, en los *Anales Patrióticos*. «Todo hombre que hable de ley agraria, decía éste, y de reparto de tierras, es un decidido aristócrata, un enemigo público, un malvado al que se ha de exterminar». Y Carra hacía observar que una tal predicación, atemorizando y espantando a los propietarios, impediría la venta de los bienes de los emigrados. Keralio, en la *Crónica* del 22, denunciaba con violencia a Momoro y sus secuaces «que quieren degradar a los hombres convirtiéndolos en brutos y haciendo entre ellos la tierra común». Cloots, el banquero cosmopolita, lanzaba a los perturbadores una sentida reprensión: «Hombres absurdos o pérfidos se complacen en extender el terror en el alma de los propietarios. Se quiere sembrar la cizaña entre los franceses que viven del producto de sus tierras y los franceses que viven de los productos de sus industrias. Este proyecto de desorganización parece salido de la oficina de Co-

blenza. » Brissot dirá más tarde y más claramente que los desorganizadores eran agentes de los prusianos.

Exageradas, afectadas o sinceras, las alarmas de los girondinos se basaban sobre algunos hechos precisos. No prueba nada el que los comisarios del Consejo ejecutivo hayan imitado a Momoro y distinguido entre propietarios industriales y propietarios territoriales para hacer caer sobre éstos una amenaza, desde luego vaga y lejana. Pero el que hubiera, aquí y allá, revolucionarios que pidiesen un suplemento de revolución social y que, para poner fin a la crisis económica, propusiesen medidas de carácter más o menos comunista, restricciones más o menos extensas al derecho de propiedad, esto es algo que nadie puede poner en duda.

El párroco de Mauchamp, Pedro Dolivier, después de los graves disturbios de la Beauce, en la primavera de 1792, en una petición a la Asamblea en la que reclamaba la amnistía para los labriegos arrestados con ocasión de la muerte del alcalde de Etampes, Simoneau, se atrevió a oponer el derecho natural al derecho de propiedad, la justicia primitiva a la justicia legal. « Sin remontar a los verdaderos principios, escribía, según los cuales la propiedad puede y debe tener límites, es lo cierto que los que se llaman propietarios lo son sólo por concesión de la ley. La nación es la única verdadera propietaria del suelo de su territorio. Y suponiendo que la nación haya podido y debido admitir el modo que conocemos para la existencia de la propiedad privada y para su transmisión, ¿lo ha podido hacer de manera tal que resulte despojada de su derecho de soberanía sobre los productos, y de modo que al acordar los derechos a los propietarios no haya dejado ninguno a los que no aparecen como propietarios, de manera tal que no les queden a éstos ni los imprescriptibles que les concede la Naturaleza? » Claro es que podría hacerse un argumento más concluyente aún. Pero, para esta-

blecerlo, sería necesario examinar en sí mismo lo que pueda constituir el derecho real de propiedad, y esto no es de este lugar. Rousseau ha dicho en alguna parte que : « quien come un pan que no ha ganado lo roba ». Se encontrará demasiado atrevido el lenguaje de este cura jacobino ; se dirá que es socialista. Pero este socialismo no tiene como única y más importante fuente la filosofía extremista y el derecho natural ; aparece, más bien, presentado con un tinte demasiado arcaico. ¿ Hacía otra cosa Dolivier que revertir a la nación el derecho inminente que los antiguos reyes ejercían sobre las tierras todas de su Imperio ? La nación era presentada como sucesora de Luis XVI. El socialismo de Dolivier no tenía, por otra parte, por fin sino el de justificar, en el solo caso de miseria y penuria, la vuelta a la tasa y a la antigua reglamentación abolidas por la Constituyente. Es moderno, si se quiere, por su acento, pero es muy antiguo en su forma jurídica, en su espíritu evangélico ; tanto en su objeto como en sus medios.

Debe notarse que todas las manifestaciones, más o menos socialistas, que se formulan en tales días están inspiradas por la preocupación de resolver la crisis de las subsistencias.

En Lyon, un funcionario municipal, apellidado Lange, al que Michelet considera, en unión de Babeuf, como uno de los precursores del socialismo moderado, había propuesto en el verano de 1792 todo un sistema de nacionalización general de subsistencias, en un folleto titulado : *Medios simples y fáciles para lograr la abundancia y el justo precio del pan*. Lange establecía el principio de que el precio de las mercancías debía estar regulado no por las pretensiones de los propietarios sino por los recursos de los consumidores. El Estado compraría toda la cosecha a los cultivadores, mediante un precio fijo que los pusiera a cubierto de las fluctuaciones del mercado. Una Compañía formada por

colonos y con capital, representado en acciones, de mil doscientos millones, controlada por el Estado, y administrada por los cultivadores y por los consumidores, que serían también poseedores de un determinado número de acciones, almacenaría la cosecha total en 30 000 graneros, llamados « de abundancia », y fijaría el precio del pan, que sería uniforme en toda Francia. Como puede apreciarse, no se trata de un punto de vista teórico sino de un sistema muy estudiado hasta en sus menores detalles. La Compañía aludida sería al mismo tiempo Compañía de seguros contra el granizo, el incendio y los daños de toda especie. Lange había hecho, el año precedente, profesión de fe socialista.

Eran, sobre todo, los sacerdotes quienes propagaban las ideas subversivas. En París, en el estío de 1792, se dió a conocer el abate Jacobo Roux, vicario de San Nicolás de los Campos, quien pronunció, el 17 de mayo de 1792, un discurso muy violento sobre los medios de salvar a Francia y a la libertad : « Pedid, decía, que se aplique la pena de muerte a los acaparadores de comestibles, a los que comerciando con el dinero y fabricando monedas por bajo de su valor natural, desacreditan nuestros asignados, elevan el precio de los productos a un punto excesivo y nos hacen marchar a grandes pasos hacia el puerto de la Contrarrevolución. » Quería él reglamentos severos sobre policía de productos y abastos y que se estableciesen almacenes públicos en que los precios se fijasen por concurso. Nada hay en Roux de comunismo y si sólo amenazas terroristas contra los abusos de la propiedad.

También los campos estaban trabajados por estas propagandas. En el Cher, el cura de Epineuil, Petitjean, decía a sus feligreses el día 10 de agosto : « Los bienes van a ser comunes, sólo habrá una bodega y un granero, del que cada uno tomará lo que le sea necesario. » Aconsejaba formar depósitos, en cantinas o graneros

especiales, de las cosas que serían comunes en su adquisición de modo tal que ya no fuese preciso el dinero. ¡ Medio radical de poner fin a la crisis monetaria ! Invitaba a los habitantes de su parroquia a « consentir libremente en el abandono de todas sus propiedades y en el reparto general de todos sus bienes ». Les exhortaba, en fin, a no pagar más los arrendamientos. Su propaganda « incendiaria » le valió el ser arrestado el 23 de septiembre de 1792 y condenado por contumacia a seis años de trabajos forzados, según sentencia del tribunal criminal de su departamento fechada a 18 de diciembre del propio año. La pena fué reducida, en apelación, a un año de prisión.

Un publicista oscuro y bastante fecundo, Nicolás de Bonneville, que en 1790 había fundado el periódico *La Boca de Hierro* y que, en los tiempos a que venimos haciendo referencia había creado un Círculo social al que denominó *Los Amigos de la Verdad* y en el que predicaba constantemente el abate Gauchet, en relación, sin duda, con los francmasones iluminados de Alemania, reeditó, hacia el 10 de agosto, un libro singular titulado *Del espíritu de las religiones*, cuya primera edición apareció el día siguiente de Varennes, sin que llamase entonces la atención, pero que caía esta vez en terreno propicio. Se encuentra expuesta en él, en medio de un plan de ciudad futura, la necesidad de la ley agraria, en páginas de expresión sibilina pero de significación bien neta : « ¡ Jehová ! ¡ Jehová ! Los hombres íntegros te rinden un culto eterno. *Tu ley* (1) es un culto eterno. *Tu ley* es el terror de los soberbios. Tu nombre y contraseña y la Ley de los Francos... ¡ Agraria ! » Se leía también, en el capítulo 39, titulado *De un medio de ejecución para preparar el reparto universal de las tierras* : « El solo medio posible

(1) Subrayado en el texto, así como lo que sigue.

de llegar a la gran *Comunión* social es el de dividir las heredades territoriales en partes iguales y determinadas entre los hijos del difunto y el llamar al reparto del resto a los demás parientes. Fijad, desde hoy, la herencia de cada hijo o nieto en cinco o seis arpentas y que los demás parientes se repartan, igualmente, el resto de la herencia. Estaréis, aún, bastante lejos de la justicia y de las declaraciones que tenemos hechas sobre los derechos iguales e imprescriptible: de todos los hombres... »

La ley agraria de que los girondinos se horrorizaban no era, pues, ni un mito ni un fantasma. Oscuros revolucionarios, sacerdotes en su mayor parte, sueñan con una revolución más profunda que la que acababa de llevarse a término y la que habría de realizarse a costa de los burgueses y de los propietarios. Los contrarrevolucionarios alarmaban a éstos desde hacía tiempo repitiéndoles que lógica y fatalmente habría de seguir la supresión de los privilegios debidos a la fortuna a la supresión de aquellos que el nacimiento engendrara. Y ¿no comenzaban los hechos a darles la razón? Se habían suprimido, sin indemnización, los derechos feudales no fundados sobre un título primitivo; y en los precisos momentos en que se discutía la medida, el 14 de junio de 1792, un diputado, apellidado Cheron, se sirvió, para intentar descartar la propuesta que se hacía, y que él condenaba, de una hábil estratagema: « No sería fácil negar, dijo, que muchos propietarios territoriales no hayan sido usurpadores. Pues bien, como extensión del principio decretado, pido que todas las propiedades territoriales cuyo título primitivo no pueda ser reproducido por exhibición sean declaradas bienes nacionales. » Esta petición, formulada por vez primera en la forma y en el momento dichos volvería a reproducirse y a ser aprobada por la Asamblea después del 10 de agosto. Los ricos comenzaron a ver que su

derecho de propiedad era limitado por requisas y tasas, que eran objeto de múltiples contribuciones y ¿cómo no iban a creer que la ley agraria constituía un peligro serio, sobre todo cuando los girondinos, que aún pasaban por revolucionarios, lanzaban anatemas a los comunistas? El temor a la ley agraria produjo movimientos en muchos departamentos. En el Lot la asamblea electoral dirigió un llamamiento a los campesinos para disuadirles de repartir entre ellos los bienes de los emigrados.

La Legislativa había exigido a todos los magistrados, a todos los funcionarios, a todos los electores, el juramento de ser fieles a la Libertad y a la Igualdad. Los administradores del departamento del Marne expresaron el temor de que al jurar fidelidad a la Igualdad consintieran, ellos, en el reparto por igual de las fortunas, de que jurasen, en una palabra, lo que entonces se llamaba « igualdad de hecho ». Muchas asambleas electorales, como las del Eure, del Cantal y del Indre, protestaron contra la predicación de la ley agraria y reclamaron el mantenimiento de la propiedad. El montañés Tomás Lindet, obispo del Eure, había escrito a su hermano Roberto, el 20 de agosto de 1792 : « La Revolución nos lleva lejos. ¡ Cuidado con la ley agraria ! »

Concedamos, pues, a los girondinos que sus alarmas no carecían, en absoluto, de fundamento. Pero preguntémosles si estaban en su derecho al confundir los montañeses con los comunistas.

Los comunistas, por otra parte, no formaban un partido. Eran individuos aislados sin lazos entre ellos de género alguno. El lionés Lange era apenas conocido aún en su pueblo. La notoriedad de Jacobo Roux no había traspasado, por aquel entonces, las estrechas callejuelas de su sombrío barrio de Gravilliers. Cuando, después del 10 de agosto, intentó ser elegido diputado para la Convención, por todo tener llegaría a contar

con sólo dos sufragios a su favor y habría de contentarse con un fajín municipal. Petitjean era aún más desconocido. Sólo Momoro y Bonneville gozaban de alguna reputación. Momoro era uno de los miembros más influyentes de los Cordeleros y bien pronto tomó asiento entre los miembros del nuevo directorio del departamento de París. Más tarde sería uno de los jefes del hebertismo. Bonneville dirigía un periódico y una imprenta. Mas, atrevido con la pluma en la mano, era muy tímido en la acción práctica. Todas sus relaciones, todas sus amistades le ligaban a los girondinos. Recibirá encargos de Roland, se situará entre sus partidarios y atacará a los montañeses en su *Boletín de los Amigos de la Verdad*. Este teórico de la ley agraria inspiraría a los girondinos confianza y simpatía. Brissot, que le llamaba su amigo, lo había recomendado a los electores para que le concediesen un puesto en las elecciones para la Convención.

El Ayuntamiento había jurado respetar las personas y las propiedades. Nada le permitía el solidarizarse con Momoro. En cuanto a los jefes montañeses, si sus simpatías y sus intereses les llevaban a satisfacer a su clientela de descamisados, si estaban prestos a adoptar las medidas, aun las más radicales, propuestas para atenuar la crisis de las subsistencias y el encarecimiento de la vida, nada prueba que alimentasen segundas intenciones comunistas. Aceptaron las requisas porque parecía exigir las la situación, pero resistieron mucho tiempo al establecimiento de las tasas que los agitadores populares reclamaban. Querían tomar precauciones contra los abusos del derecho de propiedad, subordinar éste al interés público, pero nunca soñaron en suprimirlo.

En el mes de julio de 1792 Marat había denunciado a la riqueza y a la desigualdad social como fuentes de esclavitud de los proletarios : « Antes de soñar en ser

libres, decía, es preciso soñar en vivir. » Lleno de indignación se había levantado en contra de los plutócratas insolentes que devoraban en una cena las subsistencias de cien familias. Reina en todos sus escritos un sincero y conmovido acento sobre la miseria de los pobres, a los que tan bien conoce. Vitupera a los acaparadores, les amenaza con la justicia popular; pero se buscaría en vano la exposición de un sistema social salido de su ardiente pluma.

Hebert, cuyo *Padre Duchesne* comenzó a extenderse en su circulación, repetía a los ricos que sin los descaamisados, sin los voluntarios y los federados, haría ya tiempo que estarían bajo la férula de los prusianos. Les echaba en cara su avaricia, pero, en esta época, estaba tan desprovisto como Marat de toda idea de plan y reforma económica.

Robespierre era, desde hacía largo tiempo, el jefe indiscutible del partido montañés. Bajo la Constituyente había tomado, en toda ocasión, la defensa de los pobres y los débiles. Había protestado, el primero, con un ardor incansable, contra el régimen electoral censitario que se había desmoronado, al fin, ante el vigor de sus golpes; había protestado contra la ley marcial, reclamando el armamento del pueblo; a propósito de la supresión de los mayorazgos había dicho: « Legisladores, nada habréis hecho en favor de la libertad, si no tendéis a disminuir, por medios suaves y eficaces, la extrema desigualdad de las fortunas »; quería limitar el derecho de sucesión, y un comunista tan conocido como Babeuf — en su carta a Coupé del Oise, fecha 10 de septiembre de 1791 — ponía en él todas sus confianzas. Es un hecho significativo el de que Robespierre reprodujese íntegramente en su periódico *El Defensor de la Constitución*, la petición del cura de Mauchamp contra Simoneau haciéndola seguir de comentarios de simpatía. Se quejaba, en esta ocasión, de

que los beneficiarios de la Revolución despreciasen a los pobres. Atacaba con fría violencia la oligarquía burguesa. Pero repudiaba formalmente al comunismo. Trata a la ley agraria de « absurdo espantajo presentando a hombres estúpidos por hombres perversos », « como si los defensores de la libertad fuesen insensatos capaces de concebir un proyecto tan perjudicial como injusto e impracticable ». En este punto jamás cambió Robespierre. Ha considerado siempre al comunismo como un sueño imposible e insensato. Quería poner límites al derecho de propiedad, prevenir sus abusos. Pero jamás soñó en suprimirlo.

En cuanto a Danton, en la primera sesión de la Convención se precipitaría a la tribuna para reprobar a los comisarios del Comité ejecutivo, a los Momoro y a los Dufour que habían amotinado a los propietarios con sus predicaciones subversivas. Puede afirmarse que en la Convención no hubo un solo comunista declarado.

¿ Quiere esto decir, como se ha asegurado con ligereza, que no existía entre girondinos y montañeses desacuerdo alguno de principios, que unos y otros sólo se encontraban separados por rivalidades personales y por la concepción del papel que la capital debía desempeñar en la dirección de los asuntos públicos? Nada sería más inexacto. Entre girondinos y montañeses el conflicto es profundo. Es casi un conflicto de clases. Los girondinos, como lo ha hecho notar Daunou, comprendían « un gran número de propietarios y de ciudadanos instruidos » ; tenían ellos el sentimiento de las jerarquías sociales, que querían conservar y fortificar. Sentían una especie de repugnancia instintiva hacía el pueblo grosero e inculto. Consideraban el derecho de propiedad como un absoluto intangible. Creían incapaz al pueblo y reservaban a su clase el monopolio gubernamental. Todo cuanto tendía a poner trabas a la acción de la burguesía propietaria les parecía un mal. Profesaban,

con Roland, el liberalismo económico más completo. El Estado más perfecto era, para ellos, el Estado menos prevenido en contra del individuo.

Los montañeses, por el contrario, representaban a las clases bajas, a los que sufrían la crisis provocada por la guerra, a los que habían derribado al trono, a los que habían logrado los derechos políticos merced a la insurrección. Menos dados a las teorías que los girondinos, más realistas, porque estaban más cerca de la verdad de las cosas, comprendían que la situación terrible por la que Francia atravesaba reclamaba medidas extraordinarias. Al derecho de propiedad oponían el derecho a la vida, al interés individual el interés público. No comprendían que, a pretexto de respeto a los principios, se pudieran poner en parangón una clase y la patria. Estaban prestos a recurrir, en caso de necesidad, a limitaciones de la libertad y propiedad particulares o individuales, si así lo exigían los superiores intereses de la masa.

Los girondinos no detestaban en París solamente a la ciudad que los había provocado y repudiado, sino a la población que, la primera, había realizado la política de la superior salud pública, a la que proclamó y llevó a cabo las medidas dictatoriales que la clase por ellos representada debía arrostrar y padecer. No el miedo, sino el instinto de conservación era lo que les forzaba a estar enfrente de los montañeses.

Esta oposición fundamental entre los dos partidos se hizo patente y definida en los escritos que, simultáneamente, hicieron aparecer en octubre, Brissot de una parte y Robespierre de otra.

El primero, en su *Llamamiento a todos los republicanos de Francia*, publicado con ocasión de haber sido dado de baja en las listas del club de los Jacobinos, escribía lo siguiente: « Los desorganizadores son aquellos que quieren nivelarlo todo: propiedades, bienestar,

precio de los productos, servicios a rendir en provecho de la comunidad, etc. ; los que quieren que el obrero del campo reciba la misma indemnización que los legisladores, los que quieren nivelar aún los talentos, los conocimientos y las virtudes, porque ellos no tienen nada de esto. » Y Brissot, después de haber tomado, así, bajo su protección, a cuantos tenían algo que conservar, contaba entre los « desorganizadores » a Marat, a Chabot, a Robespierre y a Collot de Herbois. El nombre de Danton no aparece en la lista.

Robespierre, por su parte, en el primer número de sus *Cartas a sus electores*, desarrollaba netamente el programa diametralmente contrario : « Lá realeza está aniquilada, decía, la nobleza y el clero han desaparecido, comienza el reino de la igualdad. » Y se dedicaba, seguidamente, a un vivo ataque contra los falsos patriotas « que no quieren constituir la república sino para ellos solos, que no entienden se debe gobernar sino en interés de los ricos y de los funcionarios públicos ». A estos falsos patriotas oponía él los verdaderos « los que quieren fundamentar la república sobre los principios de la igualdad y del interés general ». « Observad, añadía, cuán general y constante es la propensión de ligar las ideas de sedición y pillaje con las de pueblo y pobreza. »

Nadie podía llamarse a engaño. La rivalidad de la Gironda y la Montaña, nacida al considerar la cuestión de la guerra, envenenada por la cuestión de la destitución del rey, no es, después del 10 de agosto, una rivalidad solamente política. La lucha de clases se esbozaba. Pero Baudot ha visto bien que, para muchos montañeses, entre los que él se contaba, la política de aproximación y de colaboración con las masas fué, sobre todo, una táctica impuesta por las necesidades de la guerra. La mayor parte de los montañeses era, como los girondinos, de origen burgués. La política de clases,

que ellos inauguran, no surgía plenamente de las entrañas del pueblo. Fué una política de circunstancias, una manera plebeya, dice Carlos Marx, de acabar con los reyes, los sacerdotes, los nobles, con todos los enemigos de la Revolución. Pero esto basta para oponerla radicalmente a la política girondina.

CAPÍTULO IV

Valmy

La caída de la realeza, como un año antes la huída a Varennes, debía, necesariamente, aumentar la tensión entre la Francia revolucionaria y las potencias monárquicas, aun en paz con ella.

Inglaterra llamó a su embajador en París, lord Gower, y éste remitió al Consejo ejecutivo, antes de su partida, el 23 de agosto, una nota bastante seca en la cual el rey Jorge, al mismo tiempo que afirmaba su neutralidad, expresaba « su interés por la situación de Sus Majestades Cristianísimas y de la familia real », en una forma que contenía algo de ofensivo y amenazador para los nuevos amos de Francia. Algunos días más tarde, el 2 de septiembre, el encargado de los asuntos ingleses, W. Lindsay, pedía, a su vez, sus pasaportes y se marchaba a Londres. Grenville notificaba a nuestro embajador Chauvelin que no volvería a ser recibido en la Corte.

Catalina de Rusia expulsó a nuestro encargado de asuntos, Genêt.

Se supo que los dos Hesse unían sus tropas a las de Austria y Prusia y se esperaba, de un día a otro, que la Dieta del Imperio nos declarase la guerra.

La muerte de los soldados suizos encargados de la defensa de las Tullerías había provocado, más allá del

Jura, una viva indignación contra los franceses. Los señores de Berna levantaban regimientos y a pretexto de que la neutralidad de la ciudad libre de Ginebra estaba amenazada por las tropas que Montesquiou concentraba sobre el Iser, enviaban guarnición a esta ciudad, con desprecio de los tratados que regulaban sus relaciones con Francia. Era lógico creer que los habitantes de Berna y Zurich arrastrasen en su actitud a los demás cantones.

El 11 de agosto, Iriarte, embajador de España en París, pedía sus pasaportes, y no muchos días después su Gobierno informaba a Austria que procedía a movimientos de tropas a todo lo largo de los Pirineos.

Hasta las potencias minúsculas se permitieron retirar las relaciones diplomáticas y aun amenazarnos. El príncipe-obispo de Lieja, miembro del Santo Imperio Germánico, se negó a recibir a Pozzi de Aubignan que habíamos enviado a su corte en calidad de ministro plenipotenciario.

En su informe del 23 de agosto, el ministro Lebrun hubo de confesar que sólo se mantenían relaciones amistosas con Dinamarca y Suecia, felicitándose de que el embajador de Holanda siguiera aún en París. Este fué llamado a su patria a los pocos días.

El círculo se apretaba contra la Francia revolucionaria, excluía de la Europa monárquica.

El Ayuntamiento y la Montaña aceptaban esta situación sin temblar. El procurador del Ayuntamiento, Manuel, anunció a la Asamblea, el 21 de agosto, que el embajador de Venecia se disponía a marchar aquella noche con 14 personas más. « ¿ La Asamblea, preguntó, debe dejar marchar a los embajadores de las potencias extranjeras antes de que esté segura de que los representantes diplomáticos suyos serán respetados en las diversas cortes de Europa ? » Esto valía tanto como aconsejar el que se guardaran en rehenes los ministros

extranjeros, acreditados de los reyes, y practicar la política preventiva de represalias. La Asamblea no se atrevió a tomar decisión alguna y dejó, de hecho, la dirección de la diplomacia al Comité ejecutivo.

El Consejo pensó, al principio, adoptar medidas energicas y así, el 24 de agosto, al día siguiente de la marcha de lord Gower, decidió llamar a Chauvelin, nuestro embajador en Londres ; mas el 6 de septiembre volvió sobre su acuerdo y mantuvo a Chauvelin en su puesto. La toma de Longwy y la de Verdun, ocurridas en el intervalo, habían amortiguado su primitivo ardor.

El mismo Danton, que con tanta energía se había opuesto a la evacuación de París, aconsejada por Servan y Roland, daba su adhesión y aun concedía su participación activa a una política de negociaciones y concesiones a las potencias monárquicas. El 28 de agosto hacía mandar a Londres, para negociar con Pitt, al antiguo abate Noël, amigo suyo, periodista en 1789 y al que Dumouriez había nombrado, en la primavera de 1792, jefe de sección en el ministerio de Negocios extranjeros. Noël llevó con él a Londres a dos parientes de Danton : su medio hermano Recordain y su familiar Mergez. Noël mantenía asidua correspondencia con Danton. Las instrucciones que se le habían dado eran las de mantener a todo precio la neutralidad de Inglaterra. Estaba autorizado, para conseguirlo, a concederle la isla de Tabago, entregada a Francia como consecuencia del reciente tratado de Versalles. Debía darle, también, seguridades respecto a las intenciones del Comité ejecutivo por lo que se refería a Holanda. Apenas llegado Noël a Inglaterra, en donde bien pronto habría de juntársele otro agente secreto, también amigo de Danton, Benoist, empezó a pedir dinero, mucho dinero, para allegarse concursos. Lebrun le aconsejaba hiciera campaña en el sentido de ser aquellos momentos

propicios para que la Gran Bretaña se hiciera dueña de la Luisiana y de los dominios españoles en América. Francia dejaría hacer y aun, de ser preciso, otorgaría su consentimiento. Pitt rehusó, desdeñosamente, el entrar en relaciones con Noël.

Lo que demuestra mejor aún hasta qué punto los ministros estaban desamparados, es otra misión secreta encargada por aquellos tiempos y por Lebrun a otro agente de Danton, Félix Desportes, joven sin experiencia, aunque no sin apetitos, que había sido enviado a la corte del duque de Deux-Ponts. Desportes fué invitado, el 3 de septiembre, a entrar con Prusia en conversaciones secretas para desligarla de la coalición. «Se me ha alabado, le decía seriamente el ministro, vuestro genio y vuestro patriotismo. Podéis hacer brillar el uno y el otro y cubriros de gloria inmortal colocando a los pies de Francia al más formidable de sus enemigos.» Y Lebrun afirmaba seguidamente, en el mismo despacho, que el duque de Brunswick, este «héroe» — así lo llamaba siguiendo a Carra y Condorcet —, hacía la guerra de mala gana y que por su influencia se podría obtener no sólo la paz con Prusia sino que también con Austria. Ni qué decir tiene que Desportes, a pesar de su genio, no fué más afortunado que Noël.

Más que sobre estas tortuosas intrigas los girondinos contaban para descartar el peligro exterior con la que ellos creían acción todopoderosa de los principios revolucionarios más allá de las fronteras. En vano Robespierre les había puesto en guardia, aun antes de la declaración de la guerra, contra esta peligrosa ilusión. Inocentemente imaginaban aquéllos que los pueblos extranjeros sólo esperaban una señal para imitar a los franceses y, también ellos, librarse de sus nobles, de sus sacerdotes y de sus «tiranos».

Como la Revolución francesa había sido la obra de la burguesía educada por los filósofos, tenían por prin-

cipio seguro que la Revolución europea tendría por principales agentes a los escritores y a los pensadores. El 24 de agosto, José María Chenier, acompañado de otros muchos escritores, compareció ante la Legislativa para solicitar de ella que considerase «como aliados del pueblo francés» a los publicistas extranjeros que, con sus escritos, hubieran ya socavado «los fundamentos de la tiranía y hubieran preparado las vías de la libertad». Propuso declararlos ciudadanos franceses, a fin de que «estos bienhechores de la Humanidad» pudieran ser elegidos diputados. «Si la elección del pueblo llevaba a estos hombres a la Convención nacional, ¡qué espectáculo imponente y solemne ofrecerá esta asamblea que va a determinar tan grandes destinos! Lo mejor de los hombres de todos los puntos de la tierra reunidos en congreso ¿no parecería la asamblea del mundo entero?» Dos días más tarde, la proposición de Chenier, a pesar de una tímida oposición de Lasource, de Thuriot y de Basière, se convirtió en decreto, luego de ser informada por Guadet, y se acordó el derecho de ciudadanía a los ingleses Priestley, químico ilustre, Jeremías Bentham, el célebre filósofo del utilitarismo, Clarkson y Wilberforce, elocuentes defensores de los negros, Jacobo Mackintosh y David Williams, que habían refutado las publicaciones de Burke contra la Revolución; a los americanos Washington, Hamilton y Tomás Paine; a los alemanes Schiller, Klopstock, Campe y Anacharsis Cloots; al suizo Pestalozzi; al italiano Gorani; al polaco Tadeo Kosciusko; al holandés Corneille Pauw. Según lo había deseado Chenier, Priestley, Cloots y Tomás Paine, fueron elegidos para la Convención. El primero renunció el cargo y los otros dos tomaron asiento en sus escaños.

Hacia ya bastante tiempo que los revolucionarios habían acogido con toda benevolencia a los refugiados

extranjeros llegados a Francia para colocarse al abrigo de venganzas aristocráticas. Los admitieron no sólo en los clubs, sino que también en la guardia nacional, en los puestos de la administración y hasta en los negociados del Ministerio de Negocios extranjeros. Estos refugiados políticos formaron, después de la declaración de guerra, la base de las legiones extranjeras, las cuales, luego de la victoria francesa, debían liberar a sus patrias de origen. Había una legión liejesa en el ejército del Centro y una legión belga en el ejército del Norte. Se organizó una legión bátava después del 10 de agosto y con posterioridad una legión alóbroge compuesta de saboyanos, ginebrinos, valdenses y naturales de Neufchâtel. Hubo, en fin, una legión germánica, cuyo jefe, el coronel Dambach, había servido a las órdenes del gran Federico.

El Consejo ejecutivo se esforzaba en mantener en el extranjero numerosos agentes secretos que propagasen las ideas revolucionarias. Subvencionaba periódicos en Londres y repartía en Suiza, en Bélgica, en Alemania, en Italia y en España, todo un mar de folletos. Los refugiados de cada nación tenían su club y comités especiales que publicaban gacetas para el uso de sus compatriotas. Así el español Marchena, amigo de Brissot, redactaba, en Bayona, en francés y en español, una *Gaceta de la Libertad y de la Igualdad*.

Los girondinos se vanagloriaban hasta de provocar deserciones en masa en las tropas prusianas y austríacas. El 2 de agosto, Guadet hizo votar un decreto que concedía a los desertores extranjeros una pensión vitalicia de 100 libras, reversible a sus mujeres, y una gratificación de 50 libras. El decreto fué repartido a montones en todas las fronteras francesas del Este y del Norte. Se le tradujo a muchas lenguas. Se creyó que los ejércitos extranjeros iban a disolverse en cuanto entrasen en Francia. Se recogieron en los puestos de vanguardia

unas decenas de pobres diablos, entre los cuales estaban mezclados algunos espías que encontraban cómodo el ejercer su menester al abrigo de la escarapela tricolor y del gorro rojo revolucionario. Ello resultaba tanto más fácil cuanto que no se había tomado medida alguna en contra de los enemigos residentes. En tanto que en Prusia y en Austria los súbditos franceses fueron expulsados o recludos, en Francia los súbditos austriacos y prusianos circulaban libremente y aun gozaban de particular protección en cuanto hicieren la más leve ostentación de sentimientos cívicos.

La creencia en la virtud de la propaganda era tal que el mismo Dumouriez, que tenía fama de realista, envió a Lebrun, el 24 de agosto, todo un plan según el cual podía revolucionarse a los suizos con la ayuda de los refugiados de tal país, que habían fundado en París su correspondiente club helvético. Los refugiados saboyanos, dirigidos por el médico Doppet, fundador de la legión alóbroge, persuadieron al Consejo ejecutivo de que la conquista de Saboya no sería otra cosa que un paseo militar. El 8 de septiembre el pequeño ejército de Montesquiou recibió la orden secreta de atacar al rey de Cerdeña, con el cual se estaba aún en paz. El ministro Lebrun justificó, poco después, el 15 de septiembre, este ataque brusco y preventivo exponiendo que el rey de Cerdeña había tolerado las agrupaciones y reuniones de emigrados, que había reunido tropas en Montmelian, que había dejado pasar a los austriacos por su territorio (?) y que había rehusado, por último, el recibir a los agentes diplomáticos franceses. El informe de Lebrun fué acogido por vivos aplausos de la Asamblea.

Prusianos y austriacos habían utilizado en su provecho los tres meses de respiro que, generosamente, les habían acordado nuestros generales políticos. Mientras éstos, desobedeciendo las órdenes recibidas, permane-

cían con el arma al brazo, inactivos, y entretenían su descanso en complots con la corte o los fuldenses; mientras dejaban pasar la ocasión de invadir la Bélgica desguarnecida, nuestros enemigos se desquitaron del retraso que habían sufrido en su movilización y en su concentración.

El metódico Brunswick, al frente del principal ejército, compuestos de 42 000 prusianos y de 5000 soldados de Hesse, se puso en marcha, desde Coblenza, el día 30 de julio, remontando el Mosela hacia la frontera. Un cuerpo de emigrados de unos 5000 hombres y la división austríaca de Clerfayt, integrada por 15 000 soldados, franqueaban su derecha. A su izquierda un cuerpo austríaco de 14 000 hombres, mandados por Hohenlohe-Kirchberg, marchaba sobre Thionville y Metz. Por último, un ejército de austríacos de 25 000 hombres, al que se unieron 4000 emigrados, se concentraba en Bélgica frente a Lille, al mando del duque de Sajonia Teschen.

La opinión general en el extranjero era la de que Brunswick estaría en París a primeros de octubre. ¿No estaba el ejército francés completamente desorganizado por la emigración, en masa, de la mayor parte de sus oficiales? ¿No estaba paralizado por las rivalidades entre las tropas de línea — los pechiblanco — y los voluntarios — los azulinos? Éstos, los soldados de 15 sueldos, elegían sus oficiales. Y ¿cómo los hombres civiles, nombrados oficiales sin preparación alguna, podían hacerse obedecer? ¿Es que la elección daba competencia y experiencia? Los azulinos, aun los más antiguos, no llevaban un año de servicio bajo las banderas. Se dispersaban gritando: ¡traición! al primer encuentro, según ya se había visto en los principios de la guerra, en Tournai, en Mons. Los emigrados proclamaban a voz en grito que mantenían inteligencias en todas las plazas fuertes. Repetían que la masa de sus

antiguos vasallos y súbditos seguía siendo profundamente realista y que se sublevaría en contra de la tiranía de la minoría jacobina en cuanto vieran aparecer sus escarapelas blancas. La campaña sería muy corta, un verdadero viaje de placer.

Los primeros éxitos de los coligados respondieron a estas esperanzas. Los prusianos franquearon la frontera el 16 de agosto. Pusieron sitio a Longwy, cuyo comandante, Lavergne, se rindió el 23 de agosto, después de un simulacro de defensa, siendo dejado en libertad por los sitiadores. Luego pusieron sitio a Verdun. El comandante de la plaza, Beaurepaire, teniente coronel del batallón del Maine y Loire, era un patriota. Quería combatir. Los realistas de la plaza lo asesinaron e hicieron correr el rumor de que se había suicidado. Verdun se rindió el 1.º de septiembre. Damas de Verdun visitaron a los vencedores en su propio campamento.

Los austriacos de Hohenlohe-Kirchberg sitiaban a Thionville el 4 de septiembre, y el comandante de la plaza, el antiguo constituyente Félix Wimpfen, prestaba oído a las proposiciones de los príncipes que llevaba hasta él el judío Godchaux. La actitud resuelta de la población y de las tropas no le dejaron capitular.

Si Brunswick, después de la toma de Verdun, hubiese sido más confiado y hubiera marchado sin perder tiempo sobre Châlons, no hubiera encontrado en su camino obstáculo alguno serio. Pero Brunswick despreció al enemigo y no se dió prisa.

El Consejo ejecutivo había perdido 15 días en vacilaciones y titubeos. Cuando Lafayette, abandonado por sus tropas, se vió obligado a huir el 19 de agosto, nombró para sustituirlo a Luckner. Era éste un viejo soldado alemán legítimamente sospechoso a los patriotas por sus intrigas con Lafayette. Se le elevó, casi repentinamente, al grado de generalísimo, se le fijó por cuartel Châlons y se le dió casi el exclusivo encargo de

organizar a los voluntarios que, procedentes de la última leva, aflúan de todos los puntos de Francia. Para vigilarlo se le adjuntaron dos agentes del Consejo, Lasclos y Billaud Varenne, que pronto lo denunciaron como incapaz y mal intencionado. Fué llamado a París el 13 de septiembre.

Kellermann había recibido el mando del ejército del Centro, Biron el mando del ejército del Rhin, Dumouriez el mando del ejército del Norte. Estos tres ejércitos, alineados en cordón a lo largo de las fronteras, no habían abandonado sus posiciones. Biron tenía a sus órdenes cerca de 25 000 hombres, detrás del Lauter; Kellermann, 28 000 en Lorena, en Metz y en Thionville; el ejército del Norte estaba repartido en dos grupos, el más numeroso en el departamento del Norte, de Dunkerque a Maubeuge; el otro, compuesto de 19 000 hombres, alrededor de Sedán. Detrás de ellos una barahunda de voluntarios y guardias nacionales se concentraba entre Reims y Châlons, para cubrir a París.

Las preocupaciones políticas dominaban a las consideraciones estratégicas. Ante el temor de una sublevación de París, Servan y el Consejo ejecutivo querían, a todo precio, detener el avance de Brunswick. Prescribieron a Dumouriez que acudiera rápidamente a hacerse cargo del mando del grupo de Sedán, debiendo reunirse con Kellermann en el Argona. Pero Dumouriez soñaba con conquistar Bélgica. Acumuló objeción sobre objeción. No llegó a Sedán hasta el 28 de agosto y desde allí propuso aún a Servan invadir Bélgica remontando el Meuse. Hasta 1.º de septiembre, el día mismo de la toma de Verdun, no se decidió a abandonar Sedán para ocupar los pasos del Argona. Brunswick, que tenía mucho menos camino que recorrer, pudo habersele adelantado o, por lo menos, inquietarle seriamente, atacando de flanco durante la marcha. Pero no se movió, y Du-

mouriez pudo estar en Grandpré el día 3 de septiembre. Llamado a refuerzos de Flandes, atrincheró los caminos que cruzaban la selva y esperó que Kellermann, salido de Metz, se le uniese por Bar-le-Duc.

Brunswick no atacó a la línea francesa hasta el 12 de septiembre, rompiéndola por su parte norte en Croix-aux-Bois. Dumouriez, en lugar de batirse en retirada hacia Châlons, según quería Servan, se replegó hacia el Sur, sobre Sainte-Menehould. El camino de París quedaba libre. Pero, al fin, el 19 de septiembre, se estableció el contacto de Kellermann y el ejército de Metz con Dumouriez. En lo sucesivo serían 50 000 franceses contra 34 000 prusianos.

Brunswick no había perseguido a Dumouriez en su retirada de Grandpré a Sainte-Menehould. Siempre lento y acompasado, pensaba arrojar a los franceses de sus posiciones mediante una sabia operación envolvente sobre Vienne-le-Château y el Chalade. Pero el rey de Prusia se impacientaba con tanta lentitud y ordenó a Brunswick el atacar de frente a los descamisados sin más dilaciones. El 20 de septiembre, pues, hacia el mediodía, la infantería prusiana se desplegó en orden de combate ante el monte Yvron y la colina de Valmy, que ocupaba el ejército de Kellermann. El rey de Prusia esperaba en el desatinado huir de las escarapelas tricolores. Pero no fué así, sino que, antes por el contrario, demostraban gran serenidad. Al principio la explosión de tres cajas de municiones de artillería fué causa de alguna turbación en la segunda línea; pero Kellermann, blandiendo su sombrero sobre la punta de su espada, gritó: *¡Viva la Nación!* El grito corrió de batallón en batallón. La infantería prusiana se detuvo. Brunswick no se atrevió a dar la orden de asalto. La jornada se terminó por un duelo de artillería en el que los franceses demostraron su superioridad. Un verdadero diluvio comenzó a caer a las seis de la tarde. Los

dos ejércitos pasaron la noche en sus respectivas posiciones. Las pérdidas sufridas por una y otra parte eran escasas : 200 entre los prusianos, 300 entre los franceses.

Valmy no era una victoria estratégica pues el ejército prusiano estaba intacto y seguía estando entre París y el ejército francés. Pero sí era una victoria moral. Los tan despreciados descamisados habían entrado en fuego. Los prusianos y los austríacos perdieron la ilusión de poderlos vencer sin trabajo y en campo raso.

Los hombres de la tradición habían creído, candorosamente, que fuera del orden monárquico no había lugar sino para la anarquía y la impotencia. La Revolución se les manifestó por vez primera en su aspecto orgánico y constructivo. Sintieron como trastornarse profundamente todo su ser y ello hasta tal punto que se dice que Goethe, que se encontraba en el vivaque prusiano, haciéndose eco de lo que ocurría, pronunció aquellas sus famosas palabras : « En este lugar y en este día se comienza una nueva era en la historia del mundo. » La verdad había aparecido súbitamente ante el gran poeta filósofo. El orden antiguo, basado sobre el dogma y sobre la autoridad, cedía su puesto a un orden nuevo del que la libertad era la base. A los ejércitos de profesión, dirigidos por la disciplina pasiva, sucedía un ejército nuevo, vivificado por el sentimiento de la dignidad humana y de la independencia nacional. De un lado el derecho divino de los reyes, de otro los derechos de los hombres y los pueblos. Valmy significaba que en la lucha, tan inoportunamente empeñada, los derechos del hombre no caerían en desventaja.

Brunswick, que no había avanzado por la Champaña sino contra su voluntad, hubiera preferido limitarse a conquistar metódicamente todas las plazas fronterizas a fin de establecer en ellas sus cuarteles de invierno. No se dió prisa en reanudar el ataque. Sus tropas estaban

cansadas por las penosas marchas a través de suelos poco propicios. La uva de Champaña había provocado en ellas una especie de disentería epidémica. A más sus convoyes, obligados a dar un gran rodeo desde Verdun a Grandpré, no llegaban sino irregularmente. En fin, los campesinos loreneses y champañeses, en lugar de acoger a los aliados como bienhechores, resistían a sus requisas, huían al bosque y disparaban sus fusiles contra los retrasados. Era evidente que las masas detestaban a los emigrados y que ellas no aceptarían, sino temblando, el restablecimiento del feudalismo. Brunswick manifestó al rey que su posición era aventurada y que no era posible soñar en marchar sobre París. Los consejeros del rey, contrarios a la alianza austríaca, Lucchesini y Manstein, agregaron que la guerra contra Francia sólo acarrearía pérdidas y gastos y que eran ellos los que iban a sacar, con propia mano, y en provecho del Emperador, las castañas del fuego.

Por su parte, Dumouriez deseaba reemprender lo más pronto posible sus planes sobre Bélgica. Había entendido siempre que el interés común de Prusia y Francia era el de aliarse ambas en contra de Austria. No hizo nada por transformar su victoria moral de Valmy en victoria estratégica. Antes por el contrario, a pretexto de canjear al secretario del rey de Prusia, Lombard, que había sido hecho prisionero el 20 de septiembre, por el alcalde de Varennes, Georges, guardado en rehén por el enemigo, el 22 de septiembre envió a Westermann, agente del Comité ejecutivo, al campo prusiano, lo que dió motivo a que se entablaran conversaciones que duraron muchos días. Dumouriez se jactaba de separar a Prusia de Austria. El rey de Prusia y Brunswick esperaban ganarse a Dumouriez, que sabían era ambicioso y venal, y hacer de él, si no un instrumento de restauración monárquica, al menos, sí, de la libertad de Luis XVI y su familia. Manstein, ayu-

dante de campo del rey Federico Guillermo, cenó el 23 de septiembre con Dumouriez y Kellermann en el cuartel general de Dampierre sobre el Aube. Durante la reunión les entregó una nota que llevaba por cabeza lo siguiente : *Puntos esenciales para encontrar los medios de convertir en amistad todas las prevenciones existentes hoy entre los reinos de Francia y Prusia.* Y seguía así :

« 1.º El rey de Prusia, así como sus aliados, desean el nombramiento de un representante de la nación francesa para tratar con él. No es cuestión el volver al régimen antiguo, sino, antes por el contrario, de dar a Francia un gobierno apropiado al bien del reino.

» 2.º Tanto el rey como sus aliados desean que cese toda propaganda.

» 3.º Se desea que sea puesto en completa libertad el rey de Francia. »

Apenas se había marchado Manstein, cuando Dumouriez y Kellermann supieron que se había proclamado la República. Por tanto, ya no podían servir las bases prevenidas para la negociación. Se acordó, sin embargo, una suspensión de hostilidades y Westermann fué enviado a París, siendo portador de las propuestas prusianas. El Consejo ejecutivo, en el que aún tenía asiento Danton, las examinó el 25 de septiembre. Opinó que debían seguirse las conversaciones. Se pidió a Manuel, aun procurador del Ayuntamiento, que reuniese los extractos de las deliberaciones y acuerdos tomados por dicha entidad para asegurar a Luis XVI y su familia una existencia decente en el Temple. Pero el Ayuntamiento, sorprendido por la demanda de Manuel, no llevó a cabo lo pedido sin dar cuenta de todo a la Convención, la que concedió carta blanca al Consejo ejecutivo, luego de un ligero debate, en el curso del cual inconsideradamente llamó Manuel a Westermann agente del rey de Prusia. Westermann volvió al campamento de Dumouriez con los acuerdos del Ayuntamiento que

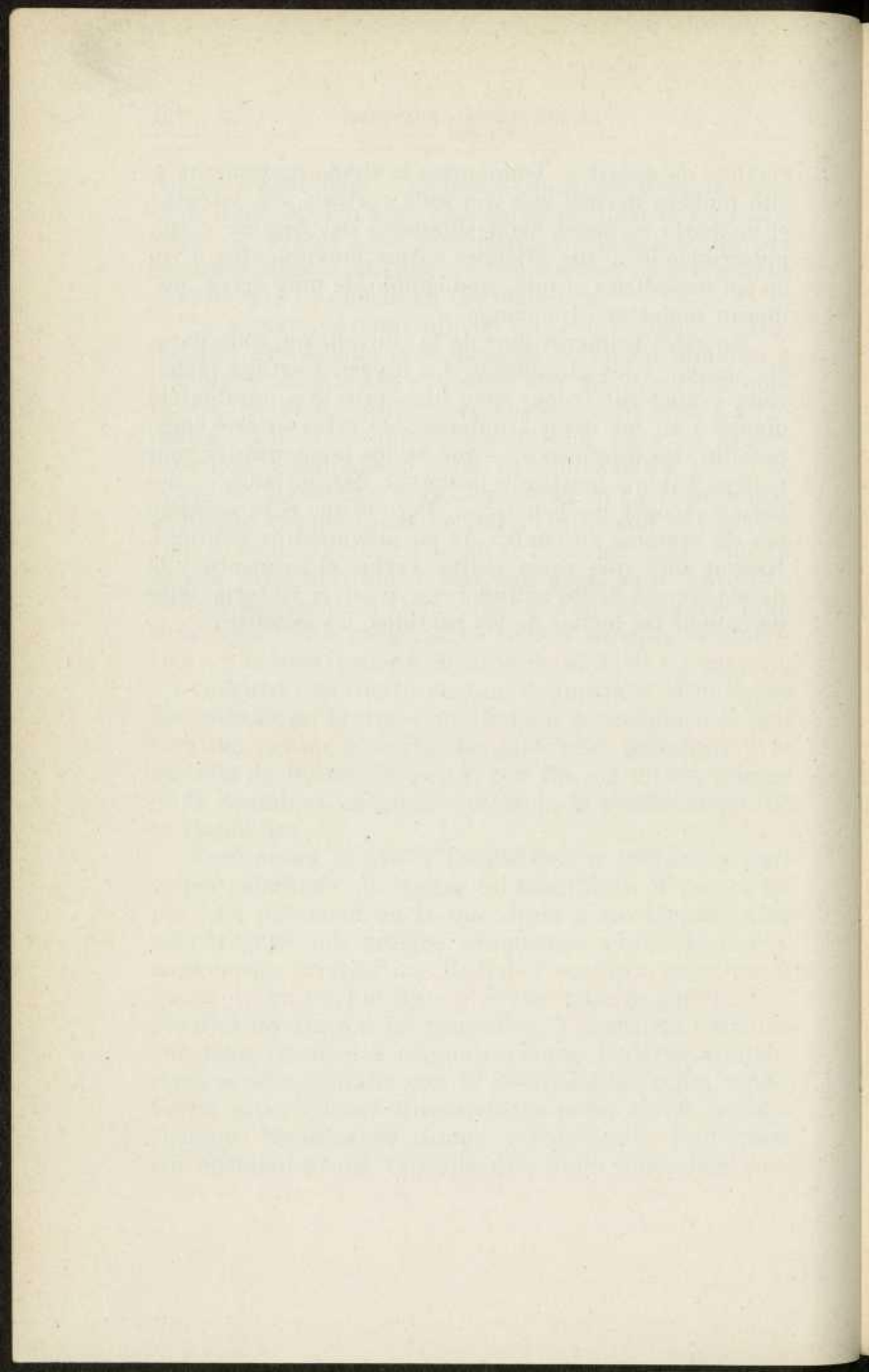
debían tranquilizar a Federico Guillermo sobre la suerte de Luis XVI y con una carta de Lebrun que persistía en ofrecer a los prusianos no solamente una paz separada sino la alianza de Francia con la sola condición de que reconociesen la República.

En espera del desarrollo de los acontecimientos, Dumouriez prolongaba la suspensión de las hostilidades y cambiaba atenciones y visitas con los generales enemigos. El 27 de septiembre envió azúcar y café a Federico Guillermo, que se encontraba falto de ambos artículos, acompañado todo de una amable carta al «virtuoso Manstein». Pero Dumouriez le hacía presente, al mismo tiempo, que precisaba tratar con la Convención y reconocer la República. Federico Guillermo no estaba dispuesto aún a dar tan gran paso. Hizo responder secamente a Dumouriez que sus obsequios eran superfluos : « Os ruego no os toméis semejantes molestias », y le hizo firmar a Brunswick, el 28 de septiembre, un violento manifiesto en que denunciaba al universo las escenas de horror « que habían precedido a la prisión del rey de Francia, los atentados inauditos y la audacia de los facciosos », y, por fin, « el último crimen de la Asamblea nacional », es decir, la proclamación de la República.

Tocó ahora la vez a Dumouriez de irritarse y darse por engañado, al recibir tal manifiesto. Y respondió por una proclama en la que decía a sus tropas : « No más treguas, mis amigos, ataquemos a estos tiranos y hagámosles arrepentirse de haber venido a manchar el honor de un pueblo libre. » Frases para la galería. Dumouriez no atacó a los prusianos. Y continuó teniendo con ellos frecuentes comunicaciones. Federico Guillermo que sólo contaba con 17 000 hombres útiles, aprovechó estas buenas disposiciones para, el 30 de septiembre, levantar su campo y emprender y efectuar sin obstáculos una retirada que pudo muy bien con-

vertirse en desastre. Dumouriez le siguió lentamente y aun pudiera decirse que con toda cortesía, sin intentar el acabarlo al pasar los desfiladeros del Argona y aun prescribiendo a sus oficiales falsos movimientos a fin de así impedirles el que, siguiéndolo de muy cerca, pudieran molestar al enemigo.

En estos primeros días de la Convención, todo parecía sonreír a los girondinos. La invasión estaba rechazada y nuestras tropas iban bien pronto a entablar la ofensiva en las otras fronteras. De estos sucesos inesperados, los girondinos — que en los momentos de más peligro habían mostrado la mayor desconfianza — deberían recoger los beneficios. Pero lo que ellos soñaban era en armarse en contra de sus adversarios políticos. Brissot dirá que estos éxitos «eran el tormento y la desesperación de los agitadores». Y así, la victoria, lejos de calmar las luchas de los partidos, las exasperó.



LIBRO II

El Gobierno de la Gironda

El Gobierno de la Gironda

CAPÍTULO I

La tregua de tres días

Nueva Constituyente, todos los poderes se concentraban, por definición, en la Convención. Sólo ella poseía capacidad para interpretar los deseos de la nación. El Ayuntamiento de París tenía, pues, que esfumarse ante ella. Habían pasado los tiempos de la rivalidad entre la representación nacional y una municipalidad insurreccional. Se entraba nuevamente en la legalidad soberana.

En manos de la Gironda estaba el que la lucha estéril de los partidos cediera su puesto a la emulación fecunda de todos los revolucionarios en pro del bien público. El Ayuntamiento, sintiendo su descrédito después de las matanzas de septiembre, trataba de corregirse, censuraba a su Comité de vigilancia, al que renovó por entero, liquidaba sus cuentas antes de desaparecer; en una palabra, se esforzaba en probar a las provincias que se le había calumniado presentándolo como un poder anárquico y desorganizador.

Marat, registrando la derrota de los montañeses en las elecciones, anunciaba en su periódico — número del 22 de septiembre —, que iba a seguir « un nuevo camino ». Manifestaba su confianza en la Convención y prometía poner sordina a su recelo, marchar de acuerdo con los defensores del pueblo.

Marat, lo dice él mismo, no hacía otra cosa que obedecer a la táctica de su partido. Danton, algunos días antes de la reunión de la Convención, había ido en busca de Brissot e intentado, cerca de él, una reconciliación y un acuerdo: « Me hizo, dice Brissot, algunas preguntas sobre mi doctrina republicana, me dijo que tanto él como Robespierre temían que yo quisiera establecer la república federativa, que fuera ésa la opinión de la Gironda. Yo se lo aseguré » (1). Los montañeses dieron, pues, los primeros pasos y sus actos mostraron que se esforzaban en mantener sus promesas.

Cuando la Convención se reunió el 21 de septiembre de 1792, un día después de Valmy, dos días después de la entrada triunfal de Montesquiou en Saboya, París gozaba de calma, de una calma que sorprendió a los nuevos diputados, acostumbrados a considerar la capital, según los cuadros trazados por Roland y sus periodistas, como nido de revueltas y anarquía. « Nos es precisa la paz en el interior, escribía el 23 de septiembre Jeanbon Saint-André a la municipalidad de Montauban, y sobre todo que los buenos ciudadanos no se dejen engañar por los hipócritas del patriotismo como ha sucedido en Lyon, en donde el pueblo, en su ceguera, se ha permitido tasar los comestibles a un precio ruinoso para los vendedores, lo que les alejará necesariamente de esta desgraciada población, entregada, por esta cruel medida, a los horrores del hambre » (2). Saint-André, que figurará entre los montañeses más resueltos, no es sospechoso. Y he aquí que censura a los exagerados, a los hipócritas del patriotismo, a los amigos de Chalier, autores de las tasas lionesas.

(1) *Brissot a todos los republicanos de Francia*, folleto fechado a 24 de octubre de 1792.

(2) Cartas de Jean Saint-André en la *Revolución francesa*, 1895.

Nada era, pues, más fácil a los girondinos que el gobernar en una atmósfera de confianza y de concordia. Sus antiguos adversarios les tendían la mano y les daban prendas de su obrar.

Pero los girondinos, embriagados por la victoria de nuestros ejércitos, que justificaba su política exterior, fuertes por su mayoría, que se elevaba, según la afirmación de Brissot, a los dos tercios de los elegidos, no se contentaron con dominar en el Consejo ejecutivo, con apoderarse enteramente de la mesa de la Asamblea, con colocar a sus amigos en los puestos de todas las grandes Comisiones, sino que, casi desde el primer momento, se dejaron arrastrar por sus apasionados odios y se dedicaron a fondo a la práctica de la política de represalias. La tregua convenida entre Danton y Brissot duró sólo tres días; tres días, por otra parte, que se vieron llenos por resoluciones memorables.

El 20 de septiembre, viva aún la Legislativa, la Convención se constituía. Nombró como presidente a Jerónimo Petion por 235 votos de 253 votantes y luego completó la mesa eligiendo para secretarios a Condorcet, Brissot, Rabaud de Saint-Etienne, Vergniaud y Camus. Elección significativa. Petion había sido vengado del menosprecio que le habían hecho sufrir los electores parisienses, que lo habían pospuesto a Robespierre. Todos los secretarios eran jefes girondinos, salvo Camus, que pasaba por fuldense. Bentabolle le reprochará, en los Jacobinos, el 24 de octubre, el haber firmado la petición realista de los 20 000. Por la elección de Camus los girondinos tendían un cable a los antiguos realistas.

Al día siguiente, 21 de septiembre, la Convención celebró su primera sesión. François de Neufchâteau, en nombre de la Legislativa que acababa de cesar, le dió la bienvenida, haciendo un llamamiento a la unión: « Los motivos de división deben cesar », y condenando los proyectos de república federativa, que ya habían

inquietado a Danton y Robespierre, añadió : « Mantendréis sobre todo, entre todas las partes del Imperio, la unidad de gobierno, de la que sois centro y lazo. »

Seguidamente Manuel propuso alojar al presidente de la Asamblea, al que llamó *Presidente de Francia*, en un palacio y concederle honores. En el acto Chabot protestó recordando que los diputados de la Legislativa habían jurado individualmente combatir a los reyes y a la realeza. No era, pues, el solo nombre de rey lo que Francia quería borrar, sino todo aquello que pudiera recordar a la realeza y al poder real. Y concluyó diciendo que el primer acto que debía llevar a cabo la Convención era el de declarar que sometería a la aceptación del pueblo todos sus decretos. Tallier apoyó a Chabot : « Con verdadera estrañeza he oído hablar aquí de un ceremonial. »

La proposición de Manuel fué rechazada por unanimidad. Y este voto significaba que la Convención no imitaría a América y que no nombraría, para reemplazar al rey, a un presidente investido del poder ejecutivo.

Couthon, volviendo sobre la idea de Chabot, pidió que la nueva Constitución que la Asamblea había mandado elaborar para reemplazar a la Constitución monárquica, fuese sometida a la ratificación del pueblo : « Sólo con horror, añadió seguidamente, he oído hablar de un triunvirato, de una dictadura, de un protectorado... Estos rumores son seguramente medios imaginados por los enemigos de la Revolución para producir disturbios. » Pidió a sus colegas que jurasen una igual execración para la realeza, para la dictadura y para el triunvirato. Fué vigorosamente aplaudido.

Basire, insistiendo en esta moción, reclamó una ley que impusiera la pena de muerte a « cualquiera que se atreviera a proponer la creación de un poder individual y hereditario ». Rouyer y Mathieu hablaron para dar su conformidad. Luego, Danton, para exorcisar « los

vanos fantasmas de dictadura, las ideas extravagantes de un triunvirato, todos los absurdos inventados para asustar al pueblo », propuso, a su vez, decretar que la nueva Constitución fuese sometida a la aceptación de las asambleas primarias. Repudiando toda exageración, es decir desaprobando a Momoro, propuso, también, para asegurar a los poseedores, el decretar el mantenimiento *eterno* de todas las propiedades territoriales, individuales e industriales. La voz « eterno » pareció un poco fuerte a Cambon, que ya comenzaba a desconfiar de la demagogia de Danton. Pidió que no hiciera un decreto irrevocable y, luego de una ligera discusión, la Convención aceptó la redacción de Basire, que decía:

« 1.º No puede existir más Constitución que aquella que el pueblo acepte. 2.º Las personas y las propiedades están bajo la salvaguardia de la nación. »

La Asamblea se había manifestado unánime en rechazar, a la vez, la dictadura y la ley agraria. Lo estuvo, también, en abolir la realeza.

Collot de Herbois formuló la propuesta. El obispo Gregoire la apoyó, manifestando que: « las dinastías, en todos los tiempos, no habían sido otras cosas que razas devoradoras que se bebían la sangre de los pueblos ». Por un movimiento espontáneo, todos los diputados se levantaron y testimoniaron su odio en contra de la realeza. Sólo Basire, recordando que había sido el primero en alzar su voz en contra de Luis XVI y afirmando que no sería el último en votar la abolición de la realeza, quiso poner en guardia a la Asamblea contra un voto dado en momentos de mero entusiasmo. Generales murmullos le interrumpieron. Gregoire le replicó con vehemencia: « Los reyes son en el orden moral lo que los monstruos en el orden físico. Las cortes son talleres del crimen, hogar de la corrupción y cubil de los tiranos. La historia de los reyes es el martirologio de las

naciones. » La abolición de la realeza se decretó por unanimidad en medio de transportes de alegría, tanto de los diputados cuanto de los concurrentes a las tribunas.

Sobre la marcha, con gran aparato, al caer de la tarde y a la luz de las antorchas, fué proclamado el decreto en París. Monge, acompañado de otros ministros, vino a felicitar a la Asamblea por haber proclamado la República con su decreto, y en su nombre prometió morir en digno republicano si ello era preciso para el mantenimiento de la libertad y de la igualdad. El mismo día, Roland, en una circular dirigida a los cuerpos administrativos les daba cuenta de la gran medida acordada y les decía : « Sírvanse, señores, proclamar la república, proclamando al mismo tiempo la fraternidad, ya que ambas son una misma cosa. » En todos lados se proclamó con solemnidad la república al mismo tiempo que la abolición de la realeza. La palabra república no estaba en el decreto y se consignó al día siguiente mediante una rectificación en el acta de la sesión de la víspera, pero la palabra no necesitaba estar escrita ya que el espíritu estaba en los corazones y en los hechos.

El enemigo retrocedía. Los realistas, aterrados, callaban. La república aparecía aureolada por la gloria de haber salvado a la Revolución y a la Patria.

En este día, 21 de septiembre, Roland hace un llamamiento a la fraternidad. Parece como que la tregua de los partidos iba a continuar. El 22 de septiembre la sesión de la Convención se abrió reinando el mayor acuerdo. Una diputación de las secciones de Orleans vino a quejarse de la municipalidad de la mencionada población, de la que decían era favorecedora de los ricos y, a más, había execrado el 20 de junio. Añadió la diputación que las secciones habían suspendido a la municipalidad, pero que ésta se negaba a abandonar sus funciones. Casi al mismo tiempo se levantaron el mon-

tañés Danton y el girondino Masuyer para proponer, ambos, el enviar a Orleans tres miembros de la Asamblea que investigasen los hechos y tomaran las medidas que juzgasen necesarias. La Convención aceptó sus propuestas. Después Couthon, alargando el debate, declaró sospechosas a todas las corporaciones administrativas y municipales, pidiendo su renovación. El girondino Louvet apoyó con todo calor a Couthon y propuso que fueran renovados incluso los jueces. Muchos oradores hablaron en el mismo sentido. Pero, de repente, Billaud-Varenne propuso la supresión de los jueces y su reemplazo por simples árbitros. Al oírlo, el moderado Chasset gritó: « Pido que el orador sea llamado al orden. ¿ Es que quiere desorganizarlo todo y sumirnos en la anarquía ? » El debate tomó, desde este momento, un tono apasionado. Las divisiones latentes hicieron su aparición. Montañeses y girondinos comenzaron a enfrentarse. Lasource dice: « Si destruíis las corporaciones administrativas y los tribunales, que-réis rodearos de escombros por todas partes, no aspiráis sino a que todo sea ruínas. » Leonard Bourdon le replicó que ante todo era preciso desalojar a los realistas de las corporaciones administrativas. La Convención decretó que todas las corporaciones, administrativas, municipales y judiciarias, fuesen renovadas en su totalidad, salvo aquellas que, excepcionalmente, lo habían sido con posterioridad al 10 de agosto. El acuerdo se recibió con aplausos.

Pero la discusión se empeñó nuevamente a causa de una propuesta de Tallien, quien pidió que todo ciudadano pudiera ser juez, aunque no figurase como inscrito en las listas de los togados. Lanjuinais y Goupilleau pidieron el aplazamiento de la discusión, a lo que se opuso Danton con todo vigor: « Todos los llamados hombres de ley, dijo Danton, forman una aristocracia irritante; si el pueblo se ve obligado a tener que elegir

entre estos hombres, no sabrá en dónde poner su confianza. Pienso, por el contrario, que si hubiera de establecerse una excepción debía ser ella para excluir de la elección a los hombres de ley, ya que hasta hoy se han abrogado un privilegio exclusivo, constituyendo una de las grandes plagas del género humano. Que el pueblo escoja a su gusto entre los hombres de talento que merezcan su confianza... Los que han convertido en profesión el hecho de juzgar a los hombres se parecen a los sacerdotes; unos y otros han engañado eternamente al pueblo. La justicia debe aplicarse siguiendo sólo las simples leyes de la razón.»

Chasset habló de nuevo de anarquía y de desorganización: «Los que quieren colocar en los tribunales a hombres sin conocimientos quieren poner la voluntad del juez sobre el querer de las leyes. Con estas adulaciones continuas hacia el pueblo se acaba por someterlo a la arbitrariedad de un hombre que habrá usurpado su confianza. Esto no es otra cosa que adulaciones, lo vuelvo a repetir.» Danton, herido por semejante latigazo, contestó con un ataque personal al orador: «Y vos ¿no adulabais al pueblo cuando la revisión?» Chasset, antiguo constituyente, era de aquellos que, en pos de Barnave y los Lameth, habían contribuído, después de Varennes, a hacer revisar la Constitución, aunque en un cierto sentido monárquico. Prolongados rumores es alzaron en contra de Danton. Masuyer pidió que se le llamara al orden. Petion, que presidía, se contentó con desautorizar su actitud. La discusión continuó en tono acre. Finalmente, los girondinos fueron derrotados y la proposición de Danton se convirtió en decreto.

¿Fué este fracaso el que alarmó a los girondinos y el que los hizo denunciar la tregua? Es muy probable, ya que al día siguiente, 23 de septiembre, Brissot acusa a los montañeses, en su periódico, de querer la destrucción de todas las autoridades existentes y de tender a

la nivelación general; de ser los aduladores del pueblo. Escoger indistintamente de entre todos los ciudadanos los jueces pareció una amenaza muy grave al partido del orden. Quien tiene la justicia tiene la salvaguardia de la propiedad; ¿Iban los montañeses a adueñarse de los tribunales? Brissot lanzó la señal de alarma, lo que no le impedirá, más tarde, en el escrito que ya hemos citado, el acusar a Robespierre de haber hecho fracasar el pacto de apaciguamiento y de conciliación que había concluido con Danton.

Lo que prueba que la iniciativa de Brissot no era aislada se encuentra en el hecho de que el mismo día en que él lanza su ataque en el periódico vuelve Roland a entrar en escena. En un largo informe a la Convención denuncia a los anarquistas vendidos a Brunswick y se dedica a convencer a la Asamblea de que no podrá deliberar libremente, ni estar en seguridad, sino rodeándose de una fuerza armada poderosa: «Creo, decía, que esta fuerza debe estar compuesta por hombres que sólo se dediquen a la profesión militar y que se consagren a ella con constante regularidad; sólo una tropa a sueldo puede atender a este menester.» Al día siguiente Roland siembra de nuevo la alarma a propósito de un hecho insignificante: la detención de un correo en el camino de Châlons. Seguidamente el girondino Kersaint, tomando pretexto de la comunicación de Roland, pidió, en un vehemente discurso, medidas extraordinarias para hacer cesar los excesos y las violencias: «Es ya tiempo, decía, de levantar cadalsos en que se castigue tanto a los que cometen asesinatos cuanto a los que los provocan... Nombrad cuatro comisarios que preparen una ley en este sentido; encargadles que nos la presenten mañana mismo, ya que no podemos tardar más tiempo en vengar los derechos del hombre violados por todo lo que está pasando en Francia. «Se empeñó una discusión muy viva. Los

montañeses Billaud Varenne, Basire y Tallien protestaron que Roland y Kersaint exageraban el estado de Francia: « Las leyes existen, dijo Tallien, el Código penal contiene disposiciones contra los asesinatos, es a los tribunales a los que toca aplicarlas. » Pero Vergniaud declaró que dilatar la votación de la propuesta de Kersaint era « proclamar paladinamente que estaba permitido asesinar, decir en voz alta que los emisarios prusianos podían laborar a sus intentos y a su placer en el interior de Francia, armar al padre contra sus hijos ». Garran de Coulon, más violento aún, pretendió afirmar que no había en las leyes precepto alguno contra aquellos que provocaban los asesinatos, contra los agitadores que extravían al pueblo: « Todos los días los muros de las ciudades se cubren de proclamas incendiarias, se predica en ellas la violencia, se leen listas de proscripción, se calumnia a los mejores ciudadanos y cada día se designan nuevas víctimas... » Collot de Herbois se extrañó de que a los solos tres días de estar funcionando la Asamblea se mostrase ya tan injuriosa desconfianza y se propusiesen leyes sanguinarias. Lanjuinais le replicó que los ciudadanos de París estaban llenos de « estupor y espanto ». Pero como esto era contrario a la realidad que podía contrastar la Asamblea, se produjeron bastantes rumores. Después subió Buzot a la tribuna. En la Constituyente se había sentado al lado de Robespierre. Pasaba por demócrata a los ojos de los que ignoraban aún que la belleza y las zalamerías de la señora Roland, cuyos salones frecuentaba, habían seducido a su vano corazón y a su espíritu inquieto. Buzot llevó a la tribuna todos los odios de la camarilla de los Roland.

Comenzó por recordar las matanzas de septiembre: « Y si estas escenas hubieran sido recordadas, en toda su horrible verdad, allá en el fondo de las provincias, puede ser, legisladores, que vuestras asambleas electo-

rales nos hubieran mandado que estableciéramos entre ellas nuestra sede. » Lanzada esta amenaza, se esforzó en justificar la propuesta de Kersaint, elogiando a Roland e injuriando a los montañeses, « turba de hombres de los que yo no conozco, dijo, ni los principios ni los fines ». Hacía falta no solamente una ley contra los provocadores al asesinato; precisaba rodear a la Convención de una guardia tan formidable que los departamentos pudiesen estar ciertos de la seguridad de sus diputados. Solamente así podrían votar con toda independencia y no serían esclavos de ciertos diputados por París.

Buzot fué muy aplaudido. Basire, que quiso responderle, no pudo hacerlo porque se levantó la sesión. La Convención decretó que se nombrase una Comisión para que diese cuenta de la situación de la república y particularmente de la capital, para que le presentase un proyecto de ley contra los provocadores al asesinato y para proponer, en fin, los medios necesarios para dar a la Convención una guardia reclutada en los 83 departamentos.

La suerte estaba echada. La Gironda declaraba la guerra a París.

Los montañeses provocados no podían hacer otra cosa que recoger el desafío. Ya la víspera, uno de ellos, Chabot, en la sesión de los Jacobinos, había discutido el violento artículo de Brissot, aparecido por la mañana. Hubo de solicitar se obligase a Brissot a explicar qué entendía por la expresión « partido desorganizador » empleada por él. Pero, visiblemente, el club no tenía aún ganas de que se rompieran las hostilidades. Y en la misma sesión eligió a Petion para su presidencia.

El 24 de septiembre, desde el abrirse de la sesión los jacobinos adoptaron otra actitud en la Convención. Chabot denunció a « la secta aduladora » que alimentaba, de creer al orador, la intención de establecer la

república federativa. Después, Fabre de Eglantine volvió sobre los ataques de Roland y Buzot contra París. Habiendo Petion, que presidía, tratado de defender a Buzot, desencadenó el tumulto. Fabre protestó contra las prevenciones y ultrajes de que se hacía objeto a la diputación de París. La guardia departamental, medida de desconfianza inquisitorial, podía provocar la guerra civil. Fabre, sin embargo, fiel al espíritu conciliador de su amigo Danton, concluyó pidiendo a los buenos ciudadanos que depusiesen sus recíprocos rencores. Petion hizo suya esta conclusión. Mas Billaud Varenne, que siguió a Fabre, no se contentó con responder a los ataques de los girondinos. Se dedicó a inculparlos. Recordó sus faltas, les acusó de segundas intenciones inconfesables : « Hoy que el enemigo avanza y que nuestras fuerzas no son bastantes para detenerlo, se os propone una ley sangrienta y se os presenta a los hombres más puros como teniendo inteligencias con el enemigo. ¡ A nosotros, que hemos clamado sin cesar contra la guerra ofensiva! Y ¿ quiénes son aquellos que nos acusan ? Son los hombres que han provocado esta guerra ofensiva : nos acusan, sin duda, de sus propias traiciones. » Collot apoyó a Billaud. El girondino Grangeneuve quiso responder. Defendió a Brissot contra Chabot. Bien pronto estalló de nuevo el conflicto y el tumulto. La sesión terminó con una amenaza lanzada por Barbaroux : « Ochocientos marseleses vienen sobre París y avanzan sin cesar. Este cuerpo lo componen hombres completamente independientes en cuanto hace a la fortuna. Cada uno ha recibido de su padre y de su madre dos pistolas, un sable, un fusil y un asig-nado de mil libras ». ¡ Maravillosos efectos del espíritu de partido ! Este mismo Barbaroux, que llamaba en auxilio de la Convención a los hijos de familia de Marsella, había presidido la asamblea electoral de las Bocas del Ródano, y esta Asamblea, nos lo dice el propio

Barbaroux en sus Memorias, había aplaudido al tener noticias de las matanzas de septiembre.

Tanto en el club como en la Convención se adoptan las posiciones que se estiman convenientes. Los dos partidos se aprestan a la lucha, agitando el uno contra el otro el espectro de la patria traicionada.

En la fecha a que nos venimos refiriendo los girondinos eran numerosos en el club de los Jacobinos. Petion, que lo presidía, era cada vez más de los suyos a pesar de los aires de imparcialidad que aparentaba afectar en toda ocasión. Los girondinos hubiesen podido intentar el disputar el club a sus rivales. Pero acordaron tomar respecto al mismo una actitud de desdeñosa abstención que les fué recomendada por Brissot. Invitado éste a explicar en el club de los Jacobinos los ataques que, contra «los desorganizadores», había insertado en su periódico, no hizo caso de la citación y el 10 de octubre, y casi por unanimidad, fué dado de baja en la lista de socios. Respondió con un violento folleto en que invitaba a los clubs de provincias a romper su filiación con el club central. Algunos clubs, como los de Marsella y Burdeos, siguieron su consejo; otros, como los de Châlons, Le Mans, Valognes, Nantes, Lorient, Bayona, Perpiñan, Angers y Lisieux amenazaron con romper sus filiaciones, pero no pasaron de ahí. La masa de los revolucionarios permaneció fiel a los jacobinos parisienses. Habiendo desertado los girondinos (1), los montañeses reinaron en el club sin contradicción. Lo convirtieron en el lugar de la organización del partido y se reunían en él para concertarse libremente y a plena luz.

Los girondinos, que cada vez más se las daban de hombres de orden y buen tono, prefirieron a las re-

(1) El 5 de octubre sólo quedaban inscritos como socios de los Jacobinos 113 diputados (*Buchez y Roux*, t. XIX, p. 234).

uniones públicas, bulliciosas e indiscretas a su opinar, las conversaciones privadas, los conciliábulos en torno de una mesa bien servida o en un salón elegante en medio de perfumes femeninos. Hubieron podido reunir a sus partidarios en otro club. Los fuldenses lo habían hecho así después de la matanza de republicanos del Campo de Marte. Pero los fuldenses habían fracasado estrepitosamente en su empresa y Brissot, que se esforzaba, sin embargo, en recoger los restos del partido fuldense, se defendía como de una injuria del reproche de fuldensismo. Los diputados más significados del partido, Guadet, Gensonné, Vergniaud, Ducos, Condorcet, Fauchet, tomaron la costumbre de reunirse, antes de las sesiones, en los salones de la señora Dodun, mujer de un rico administrador de la Compañía de Indias, que vivía en el número 5 de la plaza de la Vendôme, o sea en la misma casa en que vivía Vergniaud. Los mismos diputados a los que se reunían Buzot, Barbaroux, Grangeneuve, Bergoeing, Hardy, Salle, Deperret, Lidon, Lesage, Mollevault, se reunían, asimismo, en casa de Dufrique-Valaze, calle de Orleans San Honorato, número 19. Se cenaba, también, en casa de Clavière, en casa de Petion, en un restaurante del Palacio Real y en casa de la señora Roland. Las comidas de la señora de Roland, que se celebraban regularmente dos veces por semana, en el ministerio del Interior, reunían a lo más escogido del partido, a los potentados, y era en ellas en las que se preparaban los grandes golpes.

En un tiempo en que todo lo que asemejaba a intriga y espíritu de facción era objeto de reprobación general, los conciliábulos secretos en que se complacían los jefes girondinos no podían por menos que restarles fuerza y consideración en la opinión pública. Los montañeses, que se reunían públicamente en el club y allí, a la vista de todos, deliberaban, hallaron en aquella

manera de ser de los girondinos un buen pretexto para acusar a sus adversarios de maniobras e intrigas. Y Brissot se vió en la necesidad de defenderse y de defender a sus amigos de la imputación de querer formar un partido, una facción. « Guadet, escribía Brissot en su folleto contra los jacobinos, tiene el alma demasiado activa, Vergniaud lleva al más alto grado ese peculiar descuido que acompaña al talento y que le hace caminar solo, Ducos tiene demasiada inteligencia y probidad y Gensonné piensa demasiado profundamente para jamás descender a combatir bajo las banderas de jefe alguno. » Brissot sabía jugar hábilmente con las palabras. Era verdad, sin duda, que los girondinos no formaban un partido análogo a nuestros grupos políticos actuales. No tenían ni presidente, ni jefes. Sólo obedecían a una disciplina de orden enteramente moral. Pero no se trataba de eso. Lo que se les reprochaba era el entrevistarse antes de las sesiones, el distribuirse confidencialmente los papeles a representar, el intentar imponer a la Asamblea un plan decidido y premeditado. Reproche que hoy parecerá extraño, pero que, entonces, era grave porque los representantes del pueblo aparecían, por aquellos días, rodeados de un prestigio hasta entonces desconocido, tratándoseles como una especie de sacerdotes de la dicha social. Se entendía que debían seguir sólo los impulsos de su conciencia y que el bien público radicaba en su independencia absoluta.

No todos los diputados participaban de los conciliábulos de los jefes girondinos. Los descartados sufrían en su vanidad y pronto se dieron cuenta de que los comensales de la señora Roland o de la señora Dodun no se preocupaban sólo de adueñarse de la tribuna, sino que también reservaban para ellos y sus amigos todos los puestos importantes de las Comisiones y de la mesa de la Asamblea. El 11 de octubre se nombró el Co-

mité de Constitución. De los nueve miembros que lo componían por lo menos siete eran comensales de la señora Roland : Tomás Paine, Brissot, Petion, Vergniaud, Gensonné, Barère y Condorcet. El octavo, Sièyes, pasaba por un moderado enteramente y de hecho ganado a la facción. El noveno era Danton.

Al día siguiente, un diputado, que hasta entonces había figurado como neutral entre las facciones y que había mostrado gran desconfianza hacia el Ayuntamiento, Couthon, subió a la tribuna de los Jacobinos para comentar el resultado de la votación. « Existen en la Convención, dijo, dos partidos... hay un partido de personas que profesan ideas exageradas, y cuyas maneras de actuar tienden a la anarquía, y hay otro de gentes finas, sutiles, intrigantes y sobre todo extremadamente ambiciosas ; quieren, también, la república, pero la quieren porque la opinión pública se ha manifestado en tal sentido, pero aman también a la aristocracia, pues quieren perpetuarse en su influencia, tener a su disposición los puestos y empleos y sobre todo los tesoros de la república... Considerad a los que ocupan puestos : todos pertenecen a esta facción ; considerad la Comisión de Constitución ; es la composición de ésta la que me ha abierto los ojos. Y es sobre esta facción, que sólo quiere la libertad para su provecho, sobre la que precisa actuar con toda fuerza. »

Y Couthon, convertido en montañés, aunque seguía quejándose de la debilidad que se empleaba en relación con los extremistas, declaró que todo el que se separase de los jacobinos era un falso hermano que merecía la maldición de la patria. Y añadió que había llegado a darse cuenta de que el proyecto de guardia departamental estaba destinado a favorecer a una sola facción y que con él « la soberanía del pueblo sería anulada y se vería nacer la aristocracia de los magistrados ». Más de una conversión se explica por los mismos mo-

tivos que la de Couthon. Los girondinos no se cuidaron lo que debían de las suspicaces sospechas de sus colegas no iniciados en sus conciliábulos. Y así se prestaron a ser fácilmente atacados por la acusación de formar una secta, un sindicato, como diríamos hoy. Pero, con todo, no fué éste el mayor de sus errores.

CAPÍTULO II

La embestida contra los «Triunviros»

La lucha entre los que habían llevado a cabo el 10 de agosto y los que no habían podido impedirlo, llena los ocho primeros meses de la Convención. La lucha adquirió, desde bien pronto, caracteres de extrema violencia. Tomando la ofensiva, el 25 de septiembre, los girondinos, se esforzaron, por un golpe de audacia, en excluir de la Asamblea a los jefes montañeses a los que, sobre todo, temían mucho y contra los que alimentaban los mayores odios: Robespierre y Marat. Querían, así, herir a la oposición en su cabeza y reinar en seguida sobre una Asamblea dócil.

El pastor Lasource, que ya, en vísperas del 10 de agosto, había intentado el hacer conducir a Robespierre ante el Tribunal Supremo, comenzó el asalto. «No quiero, dijo, que París, dirigido por intrigantes, sea en el Imperio francés lo que fué Roma en el Imperio romano. Es preciso que París sea reducido a una octogesimotercia parte de influencia, como cada uno de los demás departamentos.» Y Lasource dejó correr sus odios contra «los hombres que no han cesado de provocar los puñales contra los miembros de la Asamblea legislativa que han defendido con más firmeza la causa de la libertad...; contra los hombres que quieren, por medio de la anarquía, y por los desórdenes, obra

de los bandidos enviados por Brunswick, llegar a la dominación de que están sedientos ». Lasource no había nombrado a nadie ; pero estando Osselin defendiendo a la diputación de París, de la que formaba parte, y solicitando, para disipar las dudas, el que todos los convencionales jurasen anatema a la oligarquía y a la dictadura, fué interrumpido por el joven Rebecqui, diputado por Marsella, con estas frases : « El partido que se os ha denunciado, el que quiere establecer la dictadura, es el partido que acaudilla Robespierre. Así, la notoriedad pública nos lo ha hecho saber en Marsella. Apelo al testimonio de mi colega el señor Barbaroux, y es para combatirlo para lo que se nos ha enviado. Lo pongo en vuestro conocimiento. » De tal modo se evidenciaron, de repente, las intenciones de la Gironda.

Entonces Danton, dándose cuenta de todo el peligro político de un debate personal y retrospectivo que convirtiera en enemigos irreconciliables a los jefes de los dos partidos ; Danton que, desde luego, podía temer, por él mismo, una investigación demasiado detenida sobre sus actos y los de su camarilla ; Danton intentó con gran habilidad, hacer desaparecer las acusaciones recíprocas sobre la doble diferencia teórica de la dictadura y del federalismo. Para inspirar confianza comenzó su apología personal rompiendo toda solidaridad con Marat, « un hombre cuyas opiniones son para el partido republicano lo que las de Royou para el partido aristocrático ». « Muchas veces y desde hace ya tiempo se me ha acusado de ser el autor de los escritos de este hombre...; pero no acusemos, por algunos individuos exagerados, a toda una diputación. » Y Danton, habiendo arrojado por la borda al Amigo del Pueblo, concluyó con una doble propuesta que tendía a satisfacer a las dos fracciones opuestas de la Asamblea. Pidió la pena de muerte para quienes solicitaran el

establecimiento de la dictadura o el triunvirato y la misma pena para los que aspiraran a desmembrar a Francia. Descendió de la tribuna luego de hacer un patriótico llamamiento a la unión : « Cuando conozcan esta santa armonía los austriacos temblarán y ante ella nuestros enemigos acabarán por desaparecer. » Fué muy aplaudido.

Después que Buzot, que temía el voto inmediato de las proposiciones de Danton, hubo, audazmente, presentado su propio proyecto de guardia departamental como inspirado por un pensamiento de unión y de unidad, Robespierre pronunció una larga y altiva apología llena de recuerdos a sus pasados servicios : « No me considero como un acusado, sino como un defensor de la causa del patriotismo... Lejos de ser ambicioso he combatido siempre a los ambiciosos. » Se indignó por las calumnias girondinas que lo habían presentado, antes del 10 de agosto, como conferencian-do con la reina y con la princesa de Lamballe. Confesó que había sospechado de sus adversarios « el querer hacer de la república un conglomerado de repúblicas federativas », cuando los había visto erigirse en acusadores de los hombres del 10 de agosto y transformarlos, falsamente, en campeones de la ley agraria. Desafió a sus adversarios para que presentaran en su contra la menor inculpación fundada y concluyó pidiendo la votación de las proposiciones de Danton.

Barbaroux quiso recoger el desafío de Robespierre. Para probar que éste había aspirado a la dictadura invocó una conversación que había tenido con Panis algunos días antes de la insurrección : « El ciudadano nos designó nominalmente a Robespierre como el hombre virtuoso que debía ser el dictador de Francia. » Esta singular prueba levantó murmullos en la Asamblea. Panis desmintió a Barbaroux : ¿ De dónde se ha podido inferir semejante acusación ? ¿ Quiénes son los

testigos ? — Yo, señor — replicó Rebecqui. — Vos sois su amigo, y os recuso — replicó Panis, quien añadió — ¡ Qué ! ¿ En los instantes en que los patriotas estaban prestos a ser inmolados, en los que nuestro sólo pensamiento, estaba en sitiar las Tullerías, íbamos a soñar en la dictadura, cuando estábamos casi persuadidos de la insuficiencia de nuestra fuerza ?... En los momentos en que a cada instante veía yo a París perseguido y degollado, iba yo a pensar en una autoridad dictatorial ? »

Dándose cuenta de que la acusación contra Robespierre no era fecunda en resultados, otros girondinos, como Boileau y Cambon, derivaron un tanto la cuestión dedicándose a un vivo ataque retrospectivo contra la dictadura, ésta más real, del Ayuntamiento de París. Brissot recordó el mandamiento de registro de papeles dado en su contra cuando las matanzas. Panis aprovechó esta oportunidad para justificar al Comité de vigilancia : « Es preciso darse cuenta de nuestra situación. Estábamos rodeados de ciudadanos irritados por las traiciones de la Corte... Muchos ciudadanos vinieron a decirnos que Brissot partía para Londres con las pruebas escritas de tales maquinaciones : realmente yo no creía en esta inculpación ; pero tampoco podía responder personalmente y con mi cabeza de que no fuese cierta. Tenía que moderar la efervescencia de los que hasta el propio enjuiciar de Brissot ha llamado « los mejores ciudadanos ». Y entendí lo más prudente, para conseguirlo, el enviar a su casa a unos comisarios que, fraternalmente, le pidieran la comunicación de sus papeles, convencido de que esta comunicación haría resplandecer su inocencia y disipar todas las sospechas, como, en efecto, así sucedió... » Esta explicación aparentaba todos los caracteres de la verdad. La acusación de la Gironda, por lo demás enteramente retrospectiva, se desvaneció.

Marat pidió la palabra. Los girondinos comenzaron a gritar: « ¡ Fuera de la tribuna ! » Marat, tranquilo y desdeñoso, dirigiéndose a ellos, exclamó : « ¡ Ya veo que tengo en la Asamblea muchos enemigos personales ! » — « Todos, todos », gritaron los girondinos. Marat replicó, sin conmovirse : « Si tengo en la Asamblea tantos enemigos, les recuerdo el pudor y el que no opongán vanos clamores, gritos ni amenazas a un hombre que ha sacrificado a la patria hasta su propia salud. » Tal actitud se impuso. Pudo hablar. Y caminando recto a la acusación de dictadura, se confesó culpable, y con tanta discreción como ingenio se dedicó a poner fuera de la discusión a Robespierre y a Danton : « Debo a la justicia el declarar que mis colegas, especialmente Robespierre y Danton y con ellos los demás, han desaprobado constantemente la idea ya de un tribunado, ya de una dictadura. Si alguien es culpable de haber lanzado entre el público estas ideas soy yo; creo que el primer escritor político y, tal vez, el único en Francia, después de la Revolución, que haya propuesto un tribuno militar, un dictador, un triunvirato, como el solo medio de acabar con los traidores y los conspiradores, he sido yo. » Invocó en su defensa la libertad de la prensa y, sin renegar de sus opiniones, ni empequeñecer su actitud por la más leve retracción, expuso de nuevo su teoría del dictador, « hombre sabio y fuerte, que tuviera sólo autoridad para abatir las cabezas criminales y que estuviese encadenado a la patria por una bala de cañón sujeta a su pie ». Con toda habilidad puso en guardia a la Asamblea contra aquellos que querían arrojar entre ella la discordia y distraerla de las grandes cuestiones que debían ocuparla.

Visiblemente, el lenguaje de Marat hizo impresión, especialmente por su sinceridad, y Vergniaud levantó rumores cuando, al suceder a Marat en la tribuna, le

lanzó la siguiente despectiva injuria : « Es una desgracia para un representante del pueblo y una tristeza para mi corazón, el tener que suceder en la tribuna a un hombre contra el cual se ha dictado un decreto de acusación y que ha conseguido faltar impunemente a las leyes, a un hombre, en fin, que sólo destila calumnia, hiel y sangre. » Esta indignación de melodrama pareció fuera de lugar. Vergniaud fué interrumpido y fué preciso que interviniera Petion para sostenerlo en el uso de la palabra. Vergniaud dió lectura a la famosa circular por la que la Comisión de vigilancia del Ayuntamiento había aconsejado a los departamentos el generalizar las matanzas. Y en los mismos momentos en que esta proclama se hacía circular, Robespierre denunciaba al Ayuntamiento el pretendido complot de los jefes girondinos, cuyo fin era entregar Francia a Brunswick. « Eso es falso », interrumpió Robespierre. — « Tengo de ello la prueba », replicó Lasource.

Pero en lugar de solicitar que la cuestión se dilucidase sobre la marcha, Vergniaud no insistió y se limitó a decir : « Como hablo sin rencor alguno, me felicitaré de una denegación que me probaría que también Robespierre ha podido ser calumniado. » Y terminó su discurso, todo pasión contra el Ayuntamiento, pidiendo un castigo ejemplar para los firmantes de la circular del Comité de vigilancia, entre los que se encontraban Panis, Sergent y Marat.

Para acabar con Marat, un girondino, Boileau, dió lectura a un artículo en el que Marat hacía un llamamiento para una nueva insurrección y preconizaba el establecimiento de un dictador. Numerosos diputados gritan que es preciso enviar a Marat a la Abadía. El decreto de acusación iba a ser votado cuando Marat, todo calma, confesó que, en efecto, era el autor del artículo denunciado por Boileau; pero añadió que tal artículo, ya antiguo, había sido escrito en un momento

de indignación. Después había cambiado de opinión y había rendido sus homenajes a la Convención, y para demostrarlo hizo dar lectura de su reciente artículo en el que hablaba de « los nuevos caminos ». El efecto que ello produjo fué considerable. Marat terminó su intervención sacando de sus bolsillos una pistola y apoyándola en su frente : « Debo confesar, dijo, que si el decreto de acusación en mi contra se hubiera votado, me hubiera saltado la tapa de los sesos al pie mismo de la tribuna. ¡ He aquí el fruto de tres años de prisiones y de tormentos sufridos para salvar a la patria ! ¡ He aquí el fruto de mis viglias, de mis trabajos, de mi miseria, de mis sufrimientos, de los peligros que he corrido ! ¡ pues bien, permaneceré entre vosotros para arrostrar vuestros furores ! »

Los girondinos habían fallado el golpe. Impotentes para atacar a Robespierre, habían engrandecido la figura de Marat dándole ocasión de que se mostrara tal cual era, ante la Convención y ante Francia. Finalmente, Couthon sacó la conclusión del debate, proponiendo decretar la unidad de la república. Sólo se discutió sobre la redacción que habría de darse, admitiéndose en definitiva la célebre fórmula *La República francesa es una e indivisible*. Era ello la repudiación del federalismo, del proyecto de los girondinos de aplicar a Francia la Constitución de los Estados Unidos. Couthon pidió, seguidamente, que se aplicara la pena de muerte a quien pidiese la dictadura, Marat pidió una adición : « y contra el maquinador que se declare inviolable ». « Si os colocáis por encima del pueblo, el pueblo desgarrará vuestros decretos. » La adición se dirigía contra la inmundidad parlamentaria. Cambon y Chabot, cada uno desde su punto de vista, combatieron la proposición de Couthon en nombre de las libertades del opinar y de los imprescriptibles derechos del pensamiento. Y la Asamblea se rindió a sus razones. Quiso condenar el

federalismo y lo hizo terminantemente; por el contrario, se negó a condenar la idea de la dictadura.

En esta memorable sesión del 25 de septiembre, se había revelado Danton como un notable manipulador de multitudes que poseía manifiestamente el arte de conducir las asambleas hablando a sus pasiones tanto como a su razón. Él fué quien puso en derrota el plan de la Gironda y ésta, que de ello se dió cuenta, le guardó desde entonces un mayor resentimiento. Había procurado, al menos hasta la fecha, descartarlo, públicamente, de sus ataques; pero hubo de comprender que no podía dar cuenta de la Montaña sin considerar como comprendido en ella a Danton.

Hubiera querido éste que el primer cuidado de la Convención consistiera en renovar el ministerio, formando otro compuesto de hombres nuevos, completamente extraños a las querellas pasadas. La ley de la Constituyente, siempre en vigor, ordenaba la incompatibilidad entre los cargos de ministro y de diputado. Danton declaró en la primera sesión que optaba por el mandato legislativo. Su aptitud provocó la de Roland. El cargo de ministro estaba mucho mejor retribuído que el de diputado. ¿Sería Roland menos desinteresado que el agitador a quien la Gironda quería presentar como un ser despreciable? Después de algunas vacilaciones, pues su elección por el Somme aparecía con protestas, Roland se decidió a renunciar su cargo de ministro, empleando para ello un lenguaje un tanto ridículo en que abundaban frases como ésta: «Es fácil ser grande cuando se olvida uno de sí mismo, y se es siempre poderoso cuando no se teme a la muerte.» Después de haber trazado los deberes de su sucesor, recomendó a la Convención a uno de sus antiguos subordinados, Pache, del que hizo un elogio enfático: «Nuevo Abdolónimo, debe ser colocado en el puesto en el que su sabiduría puede operar los mayores bienes.»

Pero Roland sólo había dimitido para llenar las formas. Sus amigos de la Asamblea consideraron su retirada como una « calamidad pública » y se esforzaron en obtener una votación que le invitara a permanecer en su puesto. En el curso de una viva discusión, que se empuñó sobre este particular, el 27 de septiembre, Danton llegó a decir : « Si hacéis esta invitación, hacedla también a la señora Roland, porque todo el mundo sabe que Roland no es él solo ministro en su departamento. Yo si estaba solo en el mío y la nación necesita ministros que puedan actuar sin ser conducidos por una mujer. » La Asamblea sabía que Danton decía la verdad. Pero los rumores fueron prolongados ante la ruda frase. En aquel siglo XVIII, tan cortés, atacar a una dama era un gesto de mal gusto que toda la prensa, casi sin excepción, censuró sin miramientos. Ahora bien, no era precisamente de hombre de mundo de lo que Danton se las daba. Los rumores no sirvieron para otra cosa que para hacerlo más brutal. Dió a Roland un nuevo golpe terrible, revelando — cosa no conocida aún —, que el virtuoso y viejo Roland había querido evacuar París después de la toma de Longwy. El acta de la sesión anota que las palabras de Danton provocaron una viva agitación. Concluyó diciendo que convenía, cuanto antes, sustituir a Roland por Pache. Precisamente fué todo lo contrario lo que ocurrió. Al día siguiente, en una larga carta moralizante, desnuda de toda modestia, el marido de la señora Roland manifestó que se decidía por su cartera : « Sigo como ministro, porque obrando así sé que corro peligros ; pero yo los arrostro y no temo a ninguno cuando se trata de servir a mi patria. » Y se dedica luego a lanzar ataques, vagos y pérfidos, contra los Sila y los Rienzi del día, afirmando con intrepidez que los proyectos de dictadura y de triunvirato habían existido. Su carta desencadenó cuatro salvas de aplausos y fué enviada a los departamentos.

Habiendo abandonado Servan el Ministerio de la Guerra, para ir a mandar el ejército, en formación, de los Pirineos, fué reemplazado por Pache, revolucionario sincero, alejado de las intrigas y extraño, aun más, a las facciones. Hubo de destruir cruelmente las esperanzas que sobre él habían concebido los girondinos y justificar el elogio que espontáneamente había rendido Danton a su patriotismo. En cuanto a éste, fué definitivamente reemplazado en el Ministerio de Justicia, el día 9 de octubre, por el escritor Garat, hombre de poca firmeza y muy ligado a los jefes girondinos.

Mas, no bastó a éstos colocar en el Consejo ejecutivo a hombres que creían tener a su devoción. Había, también, odios que satisfacer, represalias que tomar.

Ya Roland, en la carta que hubo de escribir, el 30 de septiembre, a la Convención retirando su dimisión, había insertado una frase llena de reticencias: «Estoy intimamente convencido de que no puede existir verdadero patriotismo allí en donde no existe moralidad.» La moralidad, he aquí el punto flaco de Danton, el fallo de su coraza.

Cuando un ministro abandonaba su cargo debía, al hacerlo, dar de su gestión no sólo una cuenta moral, sino también una cuenta financiera. Y es de advertir que no se trataba de una mera formalidad. Las cuentas de los ministros se examinaban con todo cuidado y sobre los documentos justificativos que las acompañaban. Cuando, el 10 de octubre, se pusieron a discusión, acompañadas de un informe de Mallarmé, Cambon, siempre hostil al Ayuntamiento, se expresó en términos muy severos: «Observo que la moda seguida por el ministro de Justicia destruye todo sistema de contabilidad, porque los gastos hechos por los ministros deben realizarse y liquidarse a medida que las circunstancias los reclamen y, obrando así, no encuentro medio de que les queden sumas en caja.» Cambon

no se limitó a esta sola censura, sino que terminó manifestando que era preciso obligar a los ministros a que rindieran cuentas no sólo de sus gastos extraordinarios —lo que Danton había hecho—, sino también de sus gastos secretos —de lo que él se creyó, por lo visto, dispensado y no hizo—. Sometido, así, a discusión, Danton se parapetó detrás del Consejo ejecutivo, al que dijo había dado cuenta de sus gastos secretos. Cambon fué muy aplaudido, Danton descendió de la tribuna en medio de un silencio glacial. La Convención le invitó —por un voto—, a justificar de nuevo ante el Consejo ejecutivo el empleo de las 200 000 libras que se habían puesto a su disposición para gastos secretos. Como aparentara no ocuparse de ello, el 18 de octubre, Roland presentó a la Asamblea sus propias cuentas, acompañándolas de algunos comentarios que se dirigían, visiblemente, a su antiguo colega: «Como no conozco nada que deba estar secreto y como quiero que mi administración se exponga enteramente a todas las miradas, pido a la Asamblea que se sirva ordenar se dé lectura a mis cuentas.» Entonces dijo Rebecqui: «Pido que todos los ministros den sus cuentas en la forma que lo hace el señor Roland.» Danton ha de subir de nuevo a la tribuna para justificarse. Se embrolla a fuerza de distingos y acaba con la siguiente declaración: «... Cuando el enemigo se adueñó de Verdun, cuando la consternación se apoderó aun de los mejores y más valerosos ciudadanos, la Asamblea legislativa nos dijo: «No ahorréis nada, prodigad el dinero, »si es preciso, reanimad la confianza y dad impulsos a »la Francia entera.» Lo hemos hecho, nos hemos visto forzados a gastos extraordinarios; y para la mayor parte de estos gastos, he de confesarlo, no tenemos justificantes enteramente legales. Todo fué hecho con prisas, todo era urgente; la representación nacional quiso que los ministros obrásemos conjuntamente; así

lo hicimos y he ahí nuestra cuenta.» Se levantaron grandes murmullos. Cambon preguntó a Roland si habían verificado en Consejo las cuentas de los gastos secretos de Danton. Roland contestó: Que «había buscado datos de ello en las actas de los Consejos y no había encontrado ni huellas». Una viva emoción agitó a la Asamblea. Camus propuso «el decreto de acusación contra los ministros que habían dilapidado los fondos del Estado». Finalmente, un decreto, dado a propuesta de Larivière, ordenó al Consejo justificar en el término de veinticuatro horas «la deliberación que hubieron de tener al efecto de liquidar la cuenta de las sumas puestas a su disposición para gastos secretos».

El Consejo se encontraba en la imposibilidad de exhibir una deliberación que no había existido. Y tomó el partido de hacerse el muerto. Pero el 25 de octubre, habiendo querido Danton hacer uso de la palabra, los girondinos ahogaron su voz con gritos en los que le pedían la rendición de sus cuentas. El 30 de octubre un nuevo decreto obligó a los ministros a que cumplieran el anterior. El 7 de noviembre, Monge, Clavière y Lebrun se resignaron a obedecer. Manifestaron que el 6 de octubre Danton y Servan les habían dado cuenta detallada del empleo de sus gastos secretos, pero que ellos se habían creído en la obligación de llevar el hecho al libro de actas del Consejo. Ni Cambon, ni Brissot se dieron por vencidos y reemprendieron sus críticas. La Convención no dió el correspondiente finiquito a Danton, pero se negó a condenarlo. Desde entonces y en cuantas ocasiones se presentaron, los girondinos le recordaron a Danton la historia de sus cuentas. Desgraciadamente, las apariencias conspiraban en favor de la Gironda. Danton protegía a proveedores tan dudosos en sus asuntos como el famoso abate de Espagnac. Había tomado como secretario en el ministerio de Justicia al poeta arruinado en el juego, Fabre de Eglantine,

quien, para rehacer su fortuna, se había convertido en proveedor de los ejércitos y se exponía a las censuras de Pache, quien se quejaba de que no remitía los pedidos que le hacía y sí se quedaba con los adelantos que solicitaba y que le eran satisfechos. Danton había aumentado su fortuna de una manera inexplicable. Vivía muy bien y compraba bienes nacionales en el Aube; entre París y sus alrededores tenía abiertas tres casas. Era, pues, vulnerable. Los periódicos girondinos, los folletos de Brissot, las Memorias de la señora Roland están llenos de claras alusiones a su venalidad. Roland toma a su servicio, como policía, a un aventurero llamado Roque Marcandier, antiguo secretario de Camilo Desmoulin, y le encarga el deshonorar a Danton y a sus amigos en un libelo periódico muy violento, pero en el que no todo lo que contenía era inventado, y que se titulaba *Historia de los hombres de rapiña*. Sea dejadez, sea desprecio, sea táctica, sea temor de agravar el caso, Danton no replica nada a los violentos ataques de que era objeto. Y salió empequeñecido en el ánimo de muchos convencionales y no pudo hacer, por ello, todo el bien que esperaba obtener de su política de conciliación y unión, provechosa no sólo a su tranquilidad, sino también a la república. Y los girondinos al empequeñecer a Danton, engrandecieron aun más a Robespierre.

CAPÍTULO III

La formación del tercer partido

Al dedicarse a una política de represalias contra los montañeses, los girondinos debían, por la fuerza misma de las cosas, provocar el despertar de las fuerzas conservadoras. Su deslizamiento hacia la derecha, tanto en el dominio político como en el orden social, fué muy rápido. Desde el principio se dedicaron con ahinco a combatir las instituciones de vigilancia y represión que la revolución del 10 de agosto había creado para hacer entrar en razón a los realistas cómplices o agentes del enemigo.

Violentamente acusado por Vergniaud, en la sesión del 25 de septiembre, el Comité de vigilancia del Ayuntamiento presentó su defensa a la Asamblea cinco días más tarde. Tomando, a su vez, la ofensiva, adujo expedientes formados por documentos verdaderamente desazonadores para muchos: una carta de Laporte, intendente de la lista civil, que reclamaba al tesoro del rey, Septeuil, 1,500 000 libras, para comprar concursos dentro del Comité de liquidación de la Legislativa y así conseguir que las pensiones de la casa militar del monarca pasaran a ser de cargo de la nación; recibos que demostraban, palmariamente, que en las vísperas mismas del 10 de agosto se habían distribuido sumas por valor de 500 000 y 550 000 libras; otros do-

cumentos que justificaban que *El Logógrafo* de Dupont y los Lameth, así como otros periódicos, habían sido subvencionados por la lista civil, etc., etc. Robert Lindet y Tallien apoyaron al Comité de vigilancia; pero los girondinos, sostenidos por hombres de negocios, como Reubell y Merlin de Thionville, hicieron decidir que los papeles del Comité de vigilancia fueran entregados a una Comisión de 24 individuos integrada por miembros de la Asamblea. En vano Panis, Marat y Billaud Varenne intentaron oponerse a este nombramiento y a la desautorización del Comité de vigilancia. Seguidamente fueron elegidos los 24 y lo fueron casi únicamente entre los diputados de la derecha. Se les facultó, además, para poder librar mandamientos de arresto. Apenas constituidos, nombraron presidente a Barbaroux. La actividad de éste respondió a su política de demostrar que el Comité de vigilancia del Ayuntamiento había recibido denuncias sin fundamento, había procedido a la detención de inocentes e inquietado a gentes pacíficas. La Comisión de los 24 apenas si por cumplir las formas siguió las indicaciones y procedimientos ya iniciados por el Comité de vigilancia desposeído. Dictó algunos mandamientos de detención; pero seguidamente puso en libertad a los presos, luego de un simulacro de interrogatorio. Así aceptó, como moneda de buena ley, las denegaciones de un cierto señor Durand, que había sido agente de Montmorin y de la corte cerca de los jacobinos y de Danton. Para controlar sus afirmaciones no hicieron nada, sin proceder, siquiera, a confrontación alguna y, mucho menos, sin acudir a informes periciales de expertos en escritura y en cotejo de letras. Echó, también, al cesto de los papeles inútiles una queja que se le dirigió, el 4 de octubre, contra un banquero inglés, apellidado Boyd, muy sospechoso de ser en Francia agente de Pitt y contra el que, luego, se hicieron graves acusaciones. No molestó sino ligera-

mente y más bien por cumplir que por otra cosa, a los miembros de la Comisión de liquidación de la Legislativa, muy comprometidos según la carta de Laporte. Asimismo, no hizo nada para poner en claro el asunto del periódico *El Logógrafo*, en el que aparecían complicados los más importantes jefes del partido fuldense. Y así en los demás.

Atacando y paralizando al Comité de vigilancia del Ayuntamiento, habían querido no sólo vengar agravios personales, sino también desarmar a los órganos de represión revolucionaria, para inspirar, así, confianza a los fuldenses, sus enemigos de la víspera. Se dedicaron a protegerlos y a darles prendas de ello. Y así los aristócratas y los ricos, que habían huido de París en el mes de agosto, entraron por centenas en la mitad del mes de octubre.

El tribunal extraordinario, creado el 17 de agosto para reprimir los complots realistas y los crímenes contra la patria, cumplía concienzudamente con su deber. Había absuelto, falto de pruebas suficientes, a realistas muy notorios, algunos tan ligados con la corte como Gibe, notario de la lista civil. En cambio, había castigado con todo rigor a los ladrones del Guardamuebles que habían sido sometidos a su fuero. Mas, semejante tribunal no podía encontrar gracia ante los ojos de los girondinos. Uno de ellos le llamó «el tribunal de la sangre», en la sesión del 26 de octubre. El tribunal quiso defenderse. Lanjuinais, en la sesión del 28 de octubre, hizo que la Asamblea se negara a la impresión de su defensa. Luego, el ministro Garat lo acusó, el 15 de noviembre, de haberse excedido en sus atribuciones, lo que hizo decir a Buzot que precisaba su supresión: «Es un instrumento revolucionario y debe terminar su función una vez la revolución acabada.» Tallien replicó vanamente: «Vosotros no podéis suspender a un tribunal que tiene los hilos de las conspira-

ciones del 10 de agosto, a un tribunal que ha de juzgar los crímenes de la mujer de Luis XVI, a un tribunal que tanto ha merecido la gratitud de la patria.» Barère hizo decretar que, desde aquella fecha en que el acuerdo se tomaba, sus sentencias quedaban sujetas a casación, y quince días más tarde, y según un informe de Garran de Coulon, se ordenó su suspensión. Fué ella medida grave que no sólo contenía una desautorización de la política y de los hombres del 10 de agosto, sino que tenía como consecuencia el acrecer la seguridad de los enemigos del régimen que, por aquel entonces, se agitaban a más y mejor. Y habiendo sido suprimido con anterioridad el Tribunal Supremo, no quedaba ya tribunal alguno que juzgase los crímenes contra la seguridad del Estado. Y mientras todo esto se hacía, la guerra extranjera continuaba y la guerra civil se estaba incubando.

Los girondinos intentaron apoderarse del Ayuntamiento, cuya renovación había sido decretada por la Legislativa. Tal vez lo hubieran logrado si hubieran procedido con rapidez y decisión. Petion fué reelegido alcalde, sin oposición alguna, el 9 de octubre, por 13 899 votos de 15 474 votantes. Pero renunció. Las elecciones se prolongaron porque el escrutinio era complicado, ya que el alcalde y la Comisión municipal se elegían aparte y antes del Consejo general, y porque los candidatos girondinos se fueron excusando el uno después del otro. De Ormesson, un fuldense que los girondinos habían patrocinado, acabó por ser elegido, aunque después de tres empates, consiguiendo, al fin, el 21 de noviembre, 4910 votos, contra 4896 que obtuvo el montañés Lullier. Pero también renunció. El médico Chambon, patrocinado por Brissot, fué elegido el 30 de noviembre por 7358 votos contra Lullier que sólo obtuvo 3906. Aceptó. Más tarde, en 1814, dirá que hubo de aceptar la alcaldía para servir mejor la causa realista bajo un disfraz

republicano. Por Chambon, los girondinos consiguieron la alcaldía, pero el Consejo municipal y la asamblea general se les escaparon de las manos. Aunque hubieron de obtener de la Convención un decreto prohibiendo el voto en voz alta, el nuevo Ayuntamiento, constituido a fines de noviembre, fué casi tan revolucionario como el antiguo, entre cuyos miembros, por otra parte, se reclutaron los elegidos ahora. La Comisión municipal, elegida seguidamente a primeros de diciembre, resultó aun más montañesa que la anterior, si ello hubiera sido posible. Chaumette, que había presidido el Ayuntamiento del 10 de agosto, fué elegido procurador síndico y tuvo por sustitutos a Real y a Hebert. En cuanto a Lullier, el derrotado candidato para la alcaldía, fué elegido procurador general síndico del departamento de París.

La guardia departamental de la que habían querido rodear a la Convención era el gran pensamiento de los girondinos. No llegaron a realizarlo. El informe que, el 8 de octubre, presentó Buzot a la Asamblea, jamás fué discutido. La mayoría sentía repugnancias a votar una medida de excepción dirigida contra París, en el que la calma y la tranquilidad contrastaban con los ataques furiosos de los rolandinos.

Buzot, aun más astuto y flexible que tenaz, no volvió a intentar que se votase su proyecto. Prefirió cambiar, ingeniosamente, la dirección de la resistencia. El 12 de octubre anunció a la Asamblea que muchos departamentos, entre los cuales figuraba el suyo, el Eure, reclutaban contingentes de federados que se apresurarían a mandar a París para defender a sus representantes. La ley no había sido votada y ya comenzaba a ser puesta en ejecución.

Según Buzot había anunciado, los departamentos girondinos comenzaron a enviar sus federados a París. Los de las Bocas del Ródano, llamados por Barba-

roux, llegaron el 19 de octubre, y dos días más tarde su orador comparecía en la barra de la Asamblea para amenazar « a los agitadores ávidos de tribunado y de dictadura ». El 3 de noviembre recorrieron las calles de París, cantando una canción que terminaba con el siguiente estribillo :

« La cabeza de Marat, Robespierre y Danton
y de todos aquellos que los defiendan ; ¡oh, la alegría!
y de todos aquellos que los defiendan. »

La multitud, aumentada por los curiosos, se dirigió al Palacio Real, dando gritos de muerte contra Marat y Robespierre, a los que se mezclaron algunos de « nada de procesos contra Luis XVI ». Circuló el rumor de que los federados se proponían libertar al rey, sacándolo del Temple con la ayuda de los numerosos emigrados que habían vuelto.

A mediados de noviembre había en París cerca de 16 000 federados llegados de las Bocas del Ródano, del Saona y Loire, del Calvados, del Hérault, de la Mancha, del Yonne, etc. Reclamaron el derecho de montar la guardia en la Asamblea, concurriendo con los parisienses. Si a éstos les hubiera faltado la sangre fría, si hubieran contestado a las manifestaciones de los federados departamentales por medio de contramanifestaciones, es seguro que los alborotos hubieran surgido, proporcionando a los girondinos los pretextos que ellos buscaban para trasladar el lugar de residencia de la Asamblea a otra ciudad. Mas, Robespierre, en un gran discurso que pronunció en los Jacobinos el día 29 de octubre, les había puesto en guardia contra « los lazos de los intrigantes », recomendándoles paciencia y sangre fría. Marat había dado los mismos consejos. Éste, el 23 de octubre, se presentó, osadamente, en el cuartel de los federados marseleses, manifestándoles que, interesándose vivamente por su bienestar, deseaba ver

cómo estaban alojados. Y encontrándolos mal, prometió interesarse en que les mandaran cuanto les faltaba. Para terminar invitó a que cenaran con él tres hombres por compañía. La población parisiense no solamente no respondió a las provocaciones de los federados, sino que los halagó a fin de disipar sus prevenciones.

El Ayuntamiento y las secciones se vieron poderosamente ayudados por el ministro de la Guerra, Pache, quien, en una carta que publicó el 1.º de noviembre, hizo la declaración de que él no había llamado a París fuerza pública alguna, y añadía: « No conozco causa real que haga necesaria su presencia en la capital, y la primera orden que recibirán de mí será la de que se marchen. » Dirigía, después, censuras a los que habían arrojado la semilla del odio entre los parisienses y los voluntarios federados. Pache realizó diversas tentativas para enviar al frente a los federados venidos a la capital. Por su parte, Letourneur, ponente de la Comisión de Guerra, conforme con los puntos de vista del ministro, propuso, el 10 de noviembre, un decreto que suprimía el sueldo a los federados que no abandonasen París en un plazo de quince días. Pero Buzot, apoyado por Barère, invocando el mantenimiento del orden, consiguió de la Asamblea que autorizase a los federados para que continuaran en París. El cálculo de los girondinos fracasó, también, en esto. Al contacto de los parisienses, los provinciales abandonaron sus prevenciones y, poco a poco, insensiblemente, se fueron pasando al partido de la Montaña. Hacia fines de diciembre se agruparon en una « Sociedad de Federados de los 83 Departamentos », especie de club militar, que inspiraban los jacobinos.

En los primeros días de confianza y de ilusión que les había causado la llegada de los federados, la Gironda había intentado un último esfuerzo en contra de los jefes de la Montaña. El 29 de octubre, después

que Roland hubo trasladado a la Asamblea una nota policiaca de Roque Marcandier en la que, nueva e indirectamente, se acusaba a Robespierre de intrigar para conseguir la dictadura y después de que Robespierre se justificó desdeñosamente, en medio de los clamores de la derecha, envalentonada por la actitud del presidente Guadet, el novelista Louvet subió a la tribuna a dar lectura de una larga requisitoria, laboriosamente preparada, en la que los artificios retóricos no bastaban a ocultar la ausencia de verdaderos argumentos : « Robespierre, yo te acuso de haber calumniado muchas veces a los más puros patriotas... en un tiempo en que las calumnias eran verdaderas proscripciones... ; yo te acuso de haberte producido siempre como objeto de idolatría ; yo te acuso de haber tiranizado por todos cuantos medios, de intriga y de espanto, encontraste a mano, a la asamblea electoral del departamento de París ; yo te acuso de haber marchado, recta y evidentemente, a la consecución del poder supremo... » Pero, como si él mismo reconociese la fragilidad de sus demostraciones, Louvet se limitó, en conclusión, a pedir que la conducta de Robespierre fuese examinada por una Comisión de investigación. Es verdad, que, en compensación, pidió el decreto de acusación en contra de Marat, del que nada había dicho en su alegación. La Asamblea no quiso formular declaración alguna sin antes permitir a Robespierre que contestase a su acusador y, ocho días más tarde, la pobre catilinaria de Louvet quedaba hecha pedazos. La Convención, al principio prevenida y hostil, se fué dejando, poco a poco, conquistar por la lógica y la franqueza de Robespierre. Y acordó pasar a la orden del día.

Buzot había sufrido ya otro fracaso. El proyecto de ley que él hubo de presentar para dar fin de la prensa montañesa, a pretexto de reprimir la provocación al asesinato, se puso a discusión el 30 de octubre. Un

amigo torpe, Bailleul, quiso agravar su texto por una enmienda que autorizaba el arresto inmediato de cualquiera que provocase a la desobediencia a las leyes o a la insurrección contra los funcionarios públicos. Se produjeron rumores contra una disposición que se consideraba arbitraria y vaga. El mismo girondino Ducos gritó: « Pido la remisión de este artículo al inquisidor general. » Bailleul tuvo la imprudencia de confesar: « Es una ley de circunstancias. » Entonces el antiguo constituyente Lapelletier de Saint-Fargueau pronunció un sólido discurso en contra del proyecto, que fué muy aplaudido. « El proyecto de ley, dijo, atenta a la libertad de la prensa ». « Libertad o muerte », gritó Danton. En vano Barbaroux trató de derivar el debate pidiendo a la Convención decretase que abandonarían París en cuanto estimara que su seguridad no gozaba de garantías bastantes. Estas proposiciones parecieron excesivas e injustificadas al propio Petion. Los girondinos se quedaron sin obtener la votación de las medidas que habían forjado y propuesto en contra de la Montaña.

Su influencia en la Asamblea declinaba de día en día. Sus perpetuas denuncias, sus ardientes recriminaciones sobre el pasado, parecían ocultar secretos designios, extraños, en un todo, al bien público. Los diputados independientes, llegados a la Cámara llenos de prevenciones en contra del Ayuntamiento, comenzaron a preguntarse si no habían sido engañados.

El 24 de octubre hizo patente Fabre de Eglantine, en la tribuna de los Jacobinos, el cambio que se había operado en las disposiciones de la Asamblea: « Los primeros días, dijo, toda la Asamblea aparecía como unida contra la diputación de París, pero, poco a poco, hemos llegado a una especie de equilibrio, hasta el punto de que muchas pruebas han resultado dudosas. » Fabre no exageraba. El 18 de octubre los girondinos estuvieron en riesgo de perder la presidencia de la Cá-

mara. De 466 votantes, Guadet, en primera elección, obtuvo 218 votos, en tanto que Danton, candidato opuesto por los montañeses, logró 207 sufragios. Hubo que repetir la votación y, al hacerlo, resultó electo Guadet por 336 votos.

Antes Cloots, que había seguido largo tiempo a los girondinos y que había sido comensal de la señora Roland, se separó, con escándalo, de sus antiguos amigos, en un folleto que fué muy comentado y que, aunque titulado *Ni Marat ni Roland*, se dedicaba casi exclusivamente a atacar a los girondinos. Reveló que había oído manifestar a Buzot, en la mesa de los Roland, «que una república no debía tener mayor extensión que la que alcanzaba su ciudad natal». Acusó a Roland de predicar el federalismo. Este ataque tenía tanta mayor importancia cuanto que Cloots se había revelado en septiembre como un enemigo resuelto de la ley agraria.

La aparición de un tercer partido entre girondinos y montañeses fué una realidad el 5 de noviembre después de la contestación de Robespierre a Louvet. La lista de los oradores inscritos para hacer uso de la palabra en el debate se dividía en tres partes. Hubo unos que pidieron la palabra *por* la orden del día, esto es, porque la acusación de Louvet fuese descartada; hubo otros que la solicitaron para hablar *sobre* la orden del día, es decir, para que no se hicieran pronunciamientos respecto al fondo del asunto, y hubo otros, en fin, que pidieron hablar *contra* la orden del día, esto es, para que la acusación de Louvet fuese aplazada.

La prensa girondina tampoco se manifestó unánime en aprobar los ataques de Louvet. Condorcet los condenó. Su periódico *La Crónica* se negaba a creer en la realidad de los horribles complots que Roland denunciaba diariamente.

Como Fabre de Eglantine, Camilo Desmoulins hizo notar, en el número 25 de su *Tribuna de los Patriotas*,

publicado en primeros de noviembre, la formación de un tercer partido, separado de la Gironda: « Debo comunicar a los lectores que, desde hace algún tiempo, se ha formado en la Convención un tercer partido que vale la pena de que lo definamos... Se le podría llamar el partido de *los flemáticos*. Petion, Barère, Rabaud, Condorcet, y, a mi modo de ver, hasta los mismos Lacroix y Vergniaud, son los que me han parecido el núcleo de este partido.... verdaderos agiotistas que se han colocado entre Brissot y Robespierre como el abate de Espagnac entre el alza y la baja... »

El hecho revestía una importancia innegable. La Gironda no dominaría ya sola en la Convención. Y el 15 de noviembre perdió la presidencia de la Cámara, que fué obtenida por el obispo Gregoire, un independiente que acababa de pronunciar en dicho día un vehemente discurso en contra de la inviolabilidad real, y que alcanzó 246 votos de 352 votantes.

La Gironda no podrá ya conservar el gobierno sino al precio de abandonar su política de odios y consintiendo en conceder su justa parte al interés público, personificado en estos independientes a los que, desdeñosamente, llamó Camilo Desmoulin « los flemáticos ». Pero ¿ la Gironda sería capaz de un vigoroso restablecimiento que salvara su situación ya muy quebrantada? Su equívoco papel en el proceso del rey acabó de hacer sospechoso su patriotismo y su republicanismo.

CAPÍTULO IV

El proceso del rey

Se había encontrado en las Tullerías, en los papeles del tesorero de la lista civil, la prueba de que el rey continuó pagando a sus guardias de Corps, licenciados y huídos a Coblenza; la de que había instituido en París una agencia de corrupción y espionaje, y la de que había subvencionado a los periódicos aristócratas. El tribunal criminal extraordinario del 17 de agosto castigó a algunos agentes subalternos: Laporte, Collenot de Angremont, Cazotte, de Rozoy. Pero la Gironda, dueña de la Asamblea después del 10 de agosto, no hizo nada para preparar la instrucción del proceso que debía seguirse contra el monarca suspendido. No encargó a ningún juez el que se preocupara de reunir nuevas pruebas y documentos, de proceder a investigaciones de registros en las casas de los cómplices de los ya condenados. Dejó pasar el momento favorable para hacerse de un importante conjunto de piezas acusatorias.

Después de la reunión de la Convención, la Gironda no mostró mayor diligencia. Cuando, el 16 de octubre, Bourbotte se extrañó de que se mostrasen prevenciones a ocuparse del gran problema de las responsabilidades del rey, Barbaroux, que presidía la Comisión de los 24, en posesión de los elementos sumariales, le contestó que precisaba seguir una marcha reflexiva y

grave, y solicitó se enviase a examen de la Comisión de legislación el problema de las formalidades a instituir para juzgar este excepcional proceso. Manuel temió que esta manera de caminar fuese, aún, demasiado rápida y propuso que, previamente, fuese consultado el pueblo, en sus asambleas primarias sobre la supresión de la realeza. Lehardy le apoyó; y fué preciso que Danton hiciera observar que la supresión de la realeza, siendo una cuestión constitucional, no podía someterse en consulta al pueblo, sino al presentarle la Constitución misma y toda entera. Era visible que la Gironda sólo pensaba en ganar tiempo. El proceso del rey le espantaba. Afectaba temer el recibir del pueblo una reprobación. En lugar de adoptar una actitud definitiva y franca, de explicar decididamente las razones por las que creía inoportuno el proceso, se refugió en habilidades procesales y prestó, así, su flanco a las acusaciones de sus adversarios.

La Revolución, por el contrario, tenía un inmenso interés en caminar de prisa, en juzgar al monarca bajo la impresión de la jornada del 10 de agosto y de la victoria de Valmy. «El mundo, dice un historiador, se hubiera como sorprendido por la rapidez en el desarrollo de los sucesos e inmobilizado ante el cegador resplandor del rayo.» Pero la Gironda, que había intentado el impedir la insurrección del 10 de agosto, parecía dudar de la Revolución y de ella misma. Se debatía en un mar de contradicciones. Quiriendo castigar severamente a los montañeses como cómplices de las matanzas de septiembre, se incapacitaban, por ello mismo, para solicitar piedad en favor del rey.

El 16 de octubre, la Comisión de legislación estudió detenidamente la cuestión del procedimiento a seguir para juzgar a Luis XVI. A fines de mes acordó nombrar un ponente, Mailhe, que se decía favorable a los montañeses. Seguidamente, la Gironda, viendo que la Co-

misión de legislación escapaba a su influencia, quiso adelantarse al informe de Mailhe. El 6 de noviembre, Valazé, en nombre de la Comisión de los 24, presentó un dictamen prematuro y mal digerido, sobre los crímenes del rey. No presenta en su contra sino algunos hechos ya conocidos y poco significativos, extendiéndose, en cambio, con gran complacencia, en una correspondencia comercial que el tesorero de la lista civil, Septeuil, había sostenido con banqueros y negociantes extranjeros para comprar y vender ciertas mercancías tales como trigo, café, azúcar y ron. Pretendía sacar de esta correspondencia la prueba de que con tales operaciones Luis XVI no había rehusado especular sobre el encarecimiento de la vida, y añadía a sus crímenes de lesa patria el imprevisto de acaparamiento. El mismo Petion no pudo por menos de estimar que el dictamen era insuficiente y la Asamblea compartió sus opiniones.

Mailhe sentía otras preocupaciones, bastante diversas a las que Valazé había experimentado. Su dictamen del 7 de noviembre, sólido y claro, hizo dar un gran paso al proceso. Echando a un lado las objeciones de aquellos que invocaban la Constitución de 1791 para rehusar el enjuiciar al rey, arrebatada a éste, por haberla violado, los beneficios de tal Constitución que, por otra parte y desde luego, había caducado con la reunión de la Convención. No se podía oponer la Constitución a la Nación que, nuevamente, había reivindicado para sí la plenitud de sus derechos. Luis XVI, desde el 10 de agosto, se había convertido en un simple ciudadano que estaba tan sometido al Código penal como el resto de los franceses. Ahora bien, lo que no era posible, sin embargo, era que lo juzgasen los tribunales ordinarios, ya que su inviolabilidad constitucional sólo cedía ante la nación entera. Y la Convención era de derecho la sola representante de la nación francesa. Sólo ella podía juzgar al primero de sus funcionarios. No podía

ser cuestión el enviar el conocimiento del asunto a un tribunal especial. El dogma de la división de poderes no podía aplicarse sino una vez establecido y delimitado. La Convención, teniendo por misión el dar una Constitución a Francia, confundía en ella toda la autoridad, y en todos los órdenes, de la nación. Enviar el juicio a un tribunal especial hubiera sido disminuir la omnipotencia de la Asamblea, negar que ella fuese la Convención, crearle trabas e inconvenientes. Pretender que los diputados no podían juzgar porque resultarían, a la vez, acusadores y jueces, no era una razón admisible, ya que en el proceso de Luis XVI toda Francia era juez y parte. «Precisará, pues, gritó un convencional, buscar los jueces en otro planeta.» Mailhe concluyó proponiendo que la Asamblea nombrase tres comisarios para que recogiesen las pruebas de los crímenes imputados a Luis y redactasen el acta de acusación. Es decir que para la Comisión de legislación el informe de Valazé era algo que ni existencia había tenido.

Abierta la discusión, el 13 de noviembre, se ocuparon en ella muchos días y fué objeto de numerosas interrupciones. Los jefes de la Gironda evitaron terciar en la cuestión de la inviolabilidad. Dejaron que hablasen en su lugar oradores de segundo orden: Morrisson, quien sostuvo que, en ausencia de ley positiva, el proceso era imposible; Fauchet, quien dió a entender que el suplicio de Luis XVI se volvería en daño de la Revolución, provocando una reacción de piedad; Rouzet, quien valerosamente recordó que Luis XVI había suprimido de su patrimonio la mano muerta, tomado ministros filósofos y convocado los Estados generales. Saint-Just pronunció en su contra una réplica fulminante: Admitió que el rey no podía ser juzgado en relación con lo establecido por el Derecho. No se trataba de un verdadero debate procesal, sino de un acto político a realizar. Luis XVI no era un procesado, sino un

enemigo. Sólo se le podía aplicar una ley : la del derecho de gentes o, dicho de otra manera, la ley de la guerra. « Luis XVI ha combatido contra el pueblo y ha sido vencido. Es un bárbaro, un extranjero prisionero de guerra ; conocéis sus pérfidos designios, habéis visto su ejército ; él es el asesino de la Bastilla, de Nancy, del Campo de Marte, de Tournay, del 10 de agosto. ¿ Qué enemigo os ha causado mayores males ? »

El discurso de Saint-Just había producido tanta mayor impresión cuanto había sido pronunciado por un hombre apenas salido de la adolescencia y absolutamente desconocido la víspera de su oración. La Asamblea iba a votar las conclusiones de Mailhe y a proclamarse tribunal de justicia cuando Buzot, que, hasta entonces, había estado callado, intervino para presentar una moción de las tan peculiares en él. Pidió bruscamente que la Asamblea revocase su decreto del 13 de noviembre por el cual había decidido ella entender primeramente en la cuestión de saber si Luis XVI podía o no ser sometido a juicio. « No habláis, dijo Buzot, sino de Luis XVI y nada de su familia, y yo, republicano, no quiero a nada ni a nadie que se relacione con la raza de los Borbones. » Dicho de otra manera : Buzot quería mezclar al debate el proceso de María Antonieta y, también, el proceso de Felipe Igualdad, que se sentaba entre los montañeses. Derivaciones astutas y tendenciosas que no podían tener otro fin que el de enturbiar la discusión y, bajo pretexto de rigor, salvar a Luis XVI ante la amplitud de la acusación, en este caso.

Cosa extraña y que da en qué pensar : Danton apoyó la moción de Buzot, y ésta fué votada. El debate no se limitaría, desde entonces, a la cuestión de la inviolabilidad, comprendería tanto el fondo como la forma del proceso.

Las revelaciones contenidas en las *Memorias* de Teodoro Lameth nos explican la actitud de Danton. Teodo-

ro Lameth había abandonado a Londres, hacia la mitad de octubre, y, desafiando las penas terribles de la ley contra los emigrados, se encontraba en París, adonde se dirigió para entrevistarse con Danton, que le estaba muy obligado, y tratar de los medios posibles para salvar a Luis XVI, contando con su concurso. Danton le prometió hacer cuanto de su parte estuviera y se pudiera para impedir el juicio, ya que « si Luis es juzgado — dijo a Lameth —, si el proceso comienza, la muerte será el fin que le aguarda ».

Mas todo cuanto Lameth y Danton habían tramado vino estrepitosamente 'a tierra ante un golpe verdaderamente teatral: el descubrimiento del armario de hierro, hecho ocurrido el día 20 de noviembre. Era el llamado armario una alacena secreta que el cerrajero Gamain, a mandatos de Luis XVI, había practicado en una pared del castillo. Roland, advertido por Gamain, que temía ser envenenado por los realistas, cometió, en su orgullo, una terrible imprudencia. Se hizo abrir el armario sin testigos y él mismo llevó a la Asamblea los documentos que encerraba, exponiéndose así a la sospecha de haberlos hojeado antes y hecho desaparecer los que comprometieran a sus amigos los girondinos. Se descubrió en el armario de hierro la correspondencia del rey con Mirabeau, con Talon, el jefe de su policía secreta, con el obispo Clermont, director de su conciencia, con Dumouriez, con Lafayette, con Talleyrand y con algunos otros. Los jacobinos rompieron el busto de Mirabeau que adornaba su salón de sesiones y la Convención cubrió con un velo su efigie. Contra Talon, que llenaba cerca de Pitt una misión secreta que le había encargado Danton, se dictó decreto de acusación; pero, por su ausencia, resultaba fuera del alcance de acción de las autoridades francesas. Sus agentes y parientes, Dufresne Saint-Leon y Sainte-Foy, fueron arrestados; pero no se puso prisa alguna en formalizar sus

procesos, pues ello hubiera entrañado el dirigirse contra sus cómplices y especialmente contra Dumouriez. Brissot se apresuró a disculpar a éste en su periódico y Ruhl lo justificó, poco después, en la tribuna.

Desde entonces fué cada vez menos posible el evitar el proceso de Luis XVI. La Asamblea creó, el 21 de noviembre, una nueva Comisión de 12 miembros, encargada de inventariar los documentos contenidos en el armario de hierro. Esta Comisión fué designada por la suerte y en ella la influencia girondina fué bastante menor que en la antigua Comisión de los 24. Después, la opinión, sobreexcitada por el misterio, comenzó a manifestarse. El día 2 de diciembre, los delegados de 48 secciones parisienses comparecieron en la barra para protestar de la lentitud del juicio: « ¿ Qué vanos temores, dijeron, os hacen retroceder? Hoy que nuestras armas van de triunfo en triunfo, ¿ a qué teméis? Los crímenes de Luis el perjuro, ¿ no están aún bastante manifiestos? ¿ Por qué dar tiempo a que renazcan las facciones? » El Ayuntamiento, sucediendo a las secciones, dedujo una violenta denuncia contra Roland, que había podido sustraer buena parte de los documentos encontrados en las Tullerías, contra Roland, que hacía circular en los departamentos, con gastos que sufragaba la república, una multitud de libelos en los que se difamaba a París. Desde la defensiva, en la que hasta entonces se había mantenido, la Montaña pasaba a la ofensiva.

La Gironda no podía ya esperar que el proceso general de los Borbones ahogara el proceso del rey. El 3 de diciembre, el propio Barbaroux pidió que se procesara a Luis XVI. Robespierre volvió, entonces, sobre la tesis de Saint-Just, ampliándola con consideraciones políticas: « El rey, dijo, no es un acusado, vosotros no sois jueces. Vosotros no sois, ni podéis ser otra cosa que hombres de Estado, que representantes de la nación.

Vuestra misión no es dar una sentencia en favor o en contra de un hombre, sino la de tomar una medida de salud pública, la de ejercer un acto de providencia nacional. Dentro de una república, un rey destronado sólo sirve para dos cosas : una la de turbar la tranquilidad del Estado y quebrantar la libertad; otra la de servir de medio para afirmar, a la vez, la una y la otra... Y ¿ cuál es el partido que una sana política prescribe para cimentar la república naciente ? Es el de grabar profundamente en el corazón de todos el desprecio hacia la realeza y el de llevar el estupor a cuantos se sientan o sean partidarios del rey... » Robespierre describió seguidamente los progresos de la reacción, que él imputaba a las calculadas lentitudes del proceso y acusaba a los girondinos de ideas realistas preconcebidas : « ¿ Qué otros medios se podían emplear si se deseara restablecer la realeza ? »

El ataque era tan directo que, una vez más, la Gironda cedió y volvió a sus argucias. Fiel a su táctica demagógica, Buzot pidió, al día siguiente, que, para apartar toda sospecha, decretase la Convención que « cualquiera que propusiera en Francia el restablecer en ella los reyes o la realeza hubiera pena de muerte... Y pido, dijo, que debe añadirse : *con cualquier denominación que sea*, solicitando, sobre ello, votación nominal. » Valía esto tanto como denunciar el que había en la Asamblea diputados que deseaban restablecer la realeza con denominación distinta y justificar, al mismo tiempo, las lentitudes de la Gironda. Porque, ¿ a qué apresurarse a hacer caer la cabeza del monarca si su suplicio sólo había de servir al provecho de los que soñaban en hacer revivir la realeza en forma de dictadura ? Merlin de Thionville, habiendo cometido la imprudencia de proponer, so pretexto de respeto a la soberanía popular, que se añadiese a la moción de Buzot esta reserva : « salvo que el pueblo así lo acuerde en sus

asambleas primarias », dió ocasión a Guadet para precisar y agravar la terrible insinuación de Buzot. Vió en la moción de Merlin la prueba de que existía el proyecto de « sustituir un despotismo a otro, quiero decir, de elevar un déspota, bajo la égida del cual aquellos que hubieran llevado a cabo tal usurpación estuviesen seguros de adquirir, a la vez, la impunidad de sus crímenes y la seguridad de poderlos cometer de nuevo ». Toda la Montaña quedaba así acusada de un realismo disfrazado. Y, en este caso, no era lo más urgente el juzgar al rey destronado, sino el llevar a la guillotina a los monárquicos de gorro frigio. Como Robespierre insistiera en reclamar el inmediato juicio de Luis XVI, Buzot le replicó que aquellos que querían acelerar el proceso tenían sin duda interés en impedir que el rey pudiera hablar. Ello tendía nada menos que a transformar a Robespierre en cómplice amedrentado de Luis XVI. Buzot triunfó en esta ocasión. Su moción fué votada.

Bien pronto, el 6 de diciembre, los montañeses tomaron la revancha. Se decidió, en tal fecha, que la Comisión de los 12, ya encargada de clasificar los papeles encontrados en el armario de hierro, fuese reforzada con 9 nuevos miembros, tres por cada una de las Comisiones de los 24, de la de legislación y de la de Seguridad general, y que esta nueva Comisión, que se llamaría de los 21, presentase en el más breve plazo el acta de acusación de Luis XVI. La Convención decretó, por medio de otro acuerdo, que todos los escrutinios que tuvieran lugar en el proceso del rey lo fueran como resultados de votaciones nominales. Fué Marat, apoyado por Quinette, quien había formulado tal demanda. ¡Ventaja enorme para los partidarios de la pena de muerte aplicada a Luis ! La Convención iba a votar a los ojos y por la presión de las tribunas. No hubo discusión para adoptar tal medida. Ningún giron-

dino se atrevió a confesar que temía la publicidad de su voto.

El 9 de diciembre intentó Guadet una nueva derivación del debate. Propuso el convocar a las asambleas primarias « para que se pronunciaran sobre la proscripción de aquellos de sus representantes que hubieran traicionado a la patria ». Pero Prieur del Marne, sostenido por Barère, hizo anular la decisión que, en medio del mayor entusiasmo, se acababa de tomar sobre la propuesta de Guadet. Si la moción hubiera definitivamente pasado, la Gironda hubiera tenido a su merced a los diputados que votasen con la Montaña, suspendiendo sobre ellos la amenaza de su revocación por las asambleas primarias.

Roberto Lindet, en nombre de la Comisión de los 21, depositó, el 10 de diciembre, su informe sobre los crímenes de Luis XVI. Era una especie de historia de toda la Revolución, en la que la doblez del rey se hacía notar en todos los momentos críticos. El rey fué interrogado el día siguiente por Barère. A las preguntas que se le hicieron se limitó a oponer su falta de memoria o puras y simples denegaciones cuando no podía ampararse en la responsabilidad de sus ministros. Seguidamente le presentó Valazé los documentos que servían de piezas de convicción y que llevaban su firma. Se negó a reconocerlos. Negó el haber mandado construir el armario de hierro, obstinándose en no reconocer la llave que lo abría y que procedía de su ayuda de cámara Thierry. Esta evidente falta de buena fe destruyó la impresión, al principio favorable, que su sencillez y calma aparente habían producido.

Pero, cuanto más aumentaba el peligro de Luis XVI, más se ingeniaban los girondinos para apartarlo o retrasarlo. El 16 de diciembre intentaron una nueva maniobra. Buzot propuso, para impedir por siempre el restablecimiento de la realeza, desterrar a los Borbo-

nes y especialmente a la rama de Orleans, que « por lo mismo que fué la más querida, era la más peligrosa para la libertad ».

¡ Maniobra hábil y profunda ! Si la Montaña rechazaba la moción de Buzot, daba pábulo a las acusaciones de orleanismo de que era objeto. Si sacrificaba a Felipe Igualdad, proclamaba que Luis XVI no era el solo peligro para la república y confesaba que los girondinos habían defendido mejor que ella misma la libertad republicana. Y, por otra parte, ¿ para qué serviría la muerte de Luis XVI si, al pie mismo de la guillotina que le privase de la vida, seguía el peligro realista en la persona de Igualdad ?

La Montaña, exasperada, se levantó para destruir la maniobra. Chabot encontró un argumento tópico. Felipe Igualdad era representante del pueblo. Expatriarlo era violar en él la soberanía popular, era mutilar la Convención. Saint-Just desenmascaró el pensamiento secreto de la Gironda : « Se afecta, en este momento, ligar la suerte de Orleans a la del rey; se hace, tal vez, para salvarlos a todos o al menos para amortiguar el juicio de Luis Capeto. » El club de los Jacobinos y las secciones parisienses tomaron, decididamente, partido en contra de la propuesta de Buzot, a pesar de la opinión de Robespierre, que hubiera querido se votara, para romper toda solidaridad entre la Montaña y el orleanismo. El proceso del rey debía seguir su curso. La Gironda no había logrado, al tratar de ponerle trabas, sino comprometerse sin provecho alguno, poniendo en práctica una política carente de franqueza.

El 26 de diciembre compareció por segunda vez Luis XVI ante la Convención. Su abogado, de Sezé, leyó un escrito de defensa, bien ordenado, elegante, trabajado en conciencia, pero sin gran brillo. Se dedicó a probar, en su primera parte, lo que no era difícil, que todo era excepcional e ilegal en el proceso, y, en una

segunda parte, discutía los cargos de la acusación, intentando poner a cubierto la responsabilidad personal del monarca. En una peroración patética, hizo el elogio de sus virtudes y recordó los beneficios de sus primeras actuaciones. El corajudo Lanjuinais quiso aprovecharse de la emoción producida para pedir la suspensión del decreto de acusación. Pero hay que confesar que anduvo desacertado. Habló, con ironía, « de los conspiradores que se habían declarado autores de la ilustre jornada del 10 de agosto ». La Montaña lo tildó de monárquico y acabó por retractarse.

Así como no habían querido comprometerse tomando posiciones en la cuestión de la inviolabilidad, tampoco quisieron ahora los jefes girondinos combatir directamente la pena de muerte. Dejando a sus comparsas, más valerosos que ellos mismos, el peligroso honor de proponer el destierro o la prisión, se refugiaron en el sesgado recurso de la apelación al pueblo, que se esforzaron en justificar por razones teóricas y prácticas. Vergniaud invocó la Constitución de 1791 que había concedido al rey la inviolabilidad. Y entendía que sólo el pueblo podía retirársela. Pero Vergniaud olvidaba que el pueblo no había sido consultado sobre dicha Constitución. Salle mostró que la muerte del rey concitaría contra Francia a las naciones extranjeras y hasta sublevaría a los pueblos que se habían reunido a la república ante las victorias de ésta. « En nuestros debates, dijo Brissot, nos olvidamos con frecuencia de Europa. » Pero, a su vez, Salle y Brissot olvidaban que ellos mismos, y no hacía muchos meses, habían desencadenado la guerra, alabando el que suponían rápido progreso de las ideas revolucionarias. Ahora bien, ¿ por qué tomaban ahora este recurso de la apelación al pueblo si creían que la muerte de Luis XVI levantaría a Europa en contra de la república ? ¿ Por qué no dijeron, con más claridad, que la vida del rey era necesari-

ría a la defensa de Francia ? ; Extraña idea la de hacer plesbicitar por el pueblo francés la guerra europea!

La Gironda no contaba sólo con discursos y votos para salvar a Luis XVI. Su hombre de confianza, Lebrun, ministro de Negocios extranjeros, había asegurado a las potencias neutrales que la Convención se mostraría clemente y magnánima. El 28 de diciembre anunció a la Asamblea que había llegado a feliz logro en las negociaciones entabladas con España para obtener a la vez la neutralidad de ésta y el desarme recíproco en uno y otro lado de la frontera. Y añadió que había llegado a tan venturoso resultado gracias al vivo interés que el rey de España tomaba por la suerte de su primo el ex rey de Francia. Acabó trasladando a la Asamblea una carta del encargado de asuntos de España, Ocariz, el que invitaba a la Convención a mostrarse generosa para conservar la paz. En esta torpe carta se pretendía dar lecciones a una Asamblea suspicaz y vanidosa. El documento pasó, sin debate ni atención alguna, a la Comisión diplomática.

Los liberales ingleses — con los que los girondinos estaban en correspondencia — Landsdowne, Fox, Sheridan, pidieron a Pitt, en la sesión de los Comunes del 21 de diciembre, que interviniera en favor del rey de Francia. Y, dos días más tarde, en los Jacobinos, un amigo de Danton, Francisco Robert, sugirió que sería acto de buena política diferir la condena de Luis Capeto.

Sabemos hoy, por las *Memorias* de Teodoro Lameth, por las cartas de Miles, agente de Pitt, por la declaración de Talon y por las *Memorias* de Godoy, que se hicieron esfuerzos enormes para obtener el concurso de los Gobiernos europeos, de una parte, y para comprar votos a favor de Luis XVI, de otra. Talon dependría en 1803, ante la justicia del Consulado, que: « Danton había aceptado salvar, por un decreto de deportación,

a la totalidad de la familia real». «Pero, añade, las potencias extranjeras, a excepción de España, se negaron a los beneficios pecuniarios pedidos por Danton.»

Las amenazas del extranjero y las intrigas corruptoras no llegaron a afectar a la mayoría de la Asamblea. Robespierre, en un admirable discurso, pronunciado el 28 de diciembre, desarrolló los peligros que se podrían hacer correr al país con la apelación al pueblo. Con intención un tanto irónica manifestó que el asunto no estaba del todo mal planeado. En plena guerra, cuando los realistas comenzaban a reunirse y a conspirar en el Oeste, se pretendía consultar a las asambleas primarias. Pero ¿quiénes iban a concurrir a tales asambleas? Los trabajadores seguramente que no: ocupados en sus habituales tareas, eran, aún, incapaces de seguir debates largos y complicados. Y mientras los franceses discutían y se querellaban de un extremo a otro de Francia, los enemigos encontrarían franco el avance. Y, como si Robespierre hubiese penetrado las tentativas de corrupción ocultas en la sombra, denuncia a los bribones que en ella se amparan y pronuncia su célebre frase: «la virtud está siempre en minoría en la tierra». En cuanto al argumento sacado de la situación diplomática de la república, respondía él que cuanto más aparentase la Revolución tener miedo, más sería amenazada y atacada: «La victoria decidirá si sois rebeldes o bienhechores de la Humanidad y será la grandeza de vuestro carácter la que decida de vuestra victoria.»

La Montaña no se limitó a combatir en la tribuna la apelación al pueblo. Para dar al traste con la autoridad de los girondinos, en cuanto ella pudiera ser ejercida cerca de los diputados independientes, reveló lo que aun no era sabido: los compromisos de tres de sus jefes, Guadet, Gensonné y Vergniaud, con la corte en las vísperas mismas del 10 de agosto. La revelación fué

hecha en la tribuna, el 3 de enero, por el diputado Gasparin, amigo del pintor Boze, que había servido de intermediario entre los girondinos y el ayuda de cámara del rey, Thierry. Llamado a la barra, Boze confirmó lo dicho por Gasparin.

El día siguiente, 4 de enero, Barère, que quería, tal vez, borrar las sospechas que los documentos del armario de hierro habían suscitado en su contra, dió a la apelación al pueblo el último golpe, mediante una crítica tanto más impresionante cuanto que venía de un hombre que no quería ser clasificado entre los montañeses y que expresaba con su voz dulce la satisfacción que le producía el estar, una vez, de acuerdo con Marat: « Se puede, dijo, someter a la ratificación del pueblo una ley; pero el proceso del rey no es una ley... El proceso es, en realidad, un acto de salud pública o una medida de seguridad general, y los actos de salud pública no se llevan a la ratificación del pueblo ».

El 14 de enero comenzó el escrutinio, acto interminable, porque se hacía mediante votación nominal en la que cada diputado, con la amplitud que le agradara, podía razonar la emisión de su voto. Sobre la culpabilidad, el voto fué unánime, salvo algunas abstenciones. Sobre la apelación al pueblo la Gironda fué derrotada por 424 votos contra 287. Muchos disidentes de su partido, Carra, Boyer-Fonfrède, Condorcet, Daunon, Debry, Ducos, la Revellière, Mercier, Payne, habían votado con la Montaña. Los partidarios de la apelación al pueblo se reclutaron, sobre todo, entre los diputados del Oeste. En el decisivo escrutinio sobre la pena, 361 diputados votaron por la muerte, sin reservas, y 26 votaron igualmente por la muerte, pero manifestando querer saber si no había lugar para examinar la concesión de una prórroga; 334 votos se decidieron por cadena, detención o muerte condicional. La mayoría absoluta eran 361 votos. Se preguntó a los 26 diputados que

habían expresado el deseo de que se examinara la cuestión del aplazamiento si hacían depender del examen de este aplazamiento su voto de muerte. El diputado Mailhe, que había sido el primero en expresar la idea de tal reserva, repitió textualmente sus palabras. Los otros declararon que su voto por la muerte era independiente de su petición de aplazamiento. Los votos a favor de la pena de muerte subieron así al número de 387.

Se sospechó que Mailhe había recibido del ministro de España, Ocariz, la suma de 30 000 francos por la enmienda presentada y que se había reservado interiormente el dar a conocer su opinión hasta ver el resultado definitivo del escrutinio. Entre los girondinos, Vergniaud, Guadet, Buzot y Petion, votaron como Mailhe, y Ducos, Boyer-Fonfrède, Carra, Lasource, Debry, Inard, La Revellière votaron la muerte pura y simple.

Buzot, Condorcet, Brissot y Barbaroux propusieron que se difiriera la ejecución del juicio, en razón a la situación exterior. Barère les respondió que el aplazamiento renovaba la cuestión de la apelación al pueblo, que colocaba a la Revolución en situación de debilidad ante el extranjero y que prolongaba las disensiones en el interior. El aplazamiento fué desechado por 380 votos contra 310.

En su cólera, los girondinos, el 20 de enero, hicieron votar, a propuesta de Guadet, nuevas diligencias en contra de los autores de las matanzas de septiembre. Pero el decreto fué revocado al siguiente día ante la emoción provocada por el asesinato del convencional Le Pelletier de Saint-Fargeau por el guardia de Corps Pâris.

El asesinato de Le Pelletier, llevado a cabo la víspera del suplicio del rey, calmó las confusas inquietudes que pudieran haber concebido los regicidas tímidos. Constituía él una trágica respuesta a las calumnias de

los girondinos quienes, desde hacía tres meses, trataban de asesinos a los montañeses. « Es a estos asesinos a los que se degüella », escribió Saint-André. Los jacobinos hicieron « al mártir de la libertad » grandiosos funerales. Bien pronto el busto de Le Pelletier adornará sus salas de reunión y sus fiestas cívicas.

Aparte del asesinato de Le Pelletier, acto de impotente desesperanza, los realistas no habían hecho nada serio para salvar a Luis XVI. Folletos, piezas de circunstancias, atentados a los árboles de la libertad, un misterioso complot del barón de Batz para salvar al rey el día que fuera conducido al cadalso, un complot, más real, organizado en Bretaña, desde hacía meses por el aventurero marqués de la Rouarie, que murió antes de haber puesto en ejecución sus proyectos; vagas intrigas, en fin, de Dumouriez, quien permaneció en París del 1.º al 24 de enero, y ello fué todo.

El asesinato de Le Pelletier y el suplicio de Luis XVI comenzaron un periodo nuevo en la historia de la Convención. « El reinado de los bribones políticos ha terminado », escribía Le Bas a su padre, el mismo día 21 de enero. Y él mismo, explicando su pensamiento, añadía el 19 de febrero : « Para mí creo que este acto — el suplicio del rey — ha salvado a la república y nos asegura de la energía de la Convención... » Todos los representantes que habían votado la muerte del rey tenían interés personal grandísimo en impedir, a todo precio, una restauración que les hubiera hecho pagar caros sus votos. Y se lanzaron a la lucha contra la Europa monárquica con renovado ardor. « Es ahora, había dicho Le Bas, el 21 de enero, cuando los representantes van a desarrollar un gran carácter, es preciso vencer o morir ; todos los patriotas sienten la necesidad de ello. » Y él mismo había escrito la víspera : « Henos aquí lanzados ; los caminos se han cegado a nuestra espalda ; es preciso caminar hacia delante, de bueno o de mal grado ; ahora

es cuando podemos gritar con gran justeza: ¡ Vivir libres o morir ! ».

El fin de Luis XVI acabó con la realeza en su prestigio tradicional y místico. Los Borbones podrían volver. Pero, en el corazón del pueblo, jamás lo harán ya rodeados por la aureola divina.

CAPÍTULO V

Finanzas y vida cara

Más aún que su actitud equívoca en el proceso del rey fué su política social lo que hizo impopular a la Gironda, en el espíritu de las masas. Esa política fué puramente negativa. Puede resumirse en la defensa de la propiedad, entendida ésta en un sentido absoluto y estrecho.

Las victorias con que los girondinos habían contado para resolver la crisis económica solucionaron, en realidad, bien poca cosa. Las contribuciones recaudadas por Custine en las ciudades del Rhin, no eran sino una gota de agua ante el océano de los gastos. El 13 de noviembre declaró Cambon que, para el mes de noviembre, los ingresos previstos eran de 28 millones y los gastos se suponían en 138 millones, con un déficit de 116 millones. Jacobo Dupont expuso el mismo día que de los 300 millones de la contribución territorial y mobiliaria de 1791, sólo se habían recaudado 124 millones. En diciembre de 1792, los ingresos del Tesoro figuraban por 39 millones y los gastos de guerra, solos, se elevaban a 228 millones. ¿Cómo llenar esta sima enorme que se agrandaba sin cesar?

Si la Gironda no se hubiera inspirado en una política de clases, hubiera pensado en repartir los gastos de la guerra entre la fortuna adquirida, hubiera procedido

a levantar empréstitos, hubiera votado nuevos impuestos. Sus esfuerzos se hubieran dirigido a intentar, a toda costa, el poner un dique a la emisión de asignados que tenía como consecuencia fatal un rápido encarecimiento del coste de la vida. Marat, Saint-Just, Jacobo Dupont, aconsejaban esta política de saneamiento financiero. No fueron escuchados.

El gran financiero de la Asamblea es, en estos momentos y lo fué por mucho tiempo, el negociante Cambon, que detesta al Ayuntamiento y a los «anarquistas» y que recurre a la solución más fácil y cómoda: la impresión de asignados. El 13 de noviembre propone, en contra de Jacobo Dupont, el disminuir los impuestos existentes, suprimiendo el mobiliario y el de patentes y rebajando en un 40 % el territorial. Es verdad que, en compensación, proponía suprimir radicalmente el presupuesto de cultos, cuyo peso íntegro pasaría a gravar a las clases populares, pues el pueblo de esta época no podía pasarse sin sacerdotes.

Jacobo Dupont y los montañeses hubieran querido que se retiraran de la circulación los asignados, abreviando los largos plazos concedidos a los adquirentes de bienes nacionales para pagarlos; que se amortizase la deuda mediante bonos del Tesoro, que sólo pudieran emplearse en la compra de los bienes de los emigrados; que se procediese a empréstitos forzosos y progresivos y que se estableciese el pago del impuesto territorial en especies. Esta política antiinflacionista no fué ni aun seriamente examinada.

Los bienes de la Iglesia, estimados en dos mil quinientos millones, estaban ya vendidos en su mayor parte, pero quedaban los bienes de los emigrados, que algunos valoraban, por lo menos, en dos mil millones, los bosques que valían mil doscientos millones y los bienes de la orden de Malta calculados en cuatrocientos millones. Existían, pues, más de tres mil millones de

reservas. El 5 de octubre de 1792, se habían emitido, con cargo a los bienes del clero, dos mil quinientos ochenta y nueve millones, de los cuales habían vuelto a entrar en las cajas del Tesoro y habían sido quemados 617 millones. Los asignados en circulación montaban, pues, a la suma de mil novecientos setenta y dos millones. Cambon hizo decretar, el 17 de octubre una nueva emisión que elevó el límite de la circulación a dos mil cuatrocientos millones. Y debían continuar otras emisiones. Ya, la Legislativa, en los momentos de la declaración de guerra, hubo de suspender el reembolso de la deuda del antiguo régimen, salvo en los créditos inferiores a diez mil libras y hasta un monto mensual de 6 millones. Los rentistas que habían contribuido a la Revolución tan poderosamente, quedaron sacrificados a las necesidades militares. Casi todos ellos habitaban en París y la Gironda se cuidaba poco de tales ciudadanos. Prefería servir los intereses de la agricultura y del comercio.

El papel moneda ejercía su natural influencia. Los asalariados la sufren. Ganan al día, por término medio, 20 sueldos en la campiña y 40 en París. Y el pan costaba según los lugares — 8 sueldos la libra en Montpellier, por ejemplo —, y todas las demás mercancías sufrieron un aumento parecido al del pan.

Y era lo peor que el pan fuese no solamente caro, sino que en muchos lugares resultara difícil el hacerse con él. El trigo, sin embargo, no faltaba. La cosecha ha sido buena. Todos los testimonios están conformes en ello. Pero los propietarios y granjeros no tienen prisa alguna en conducir sus productos al mercado para cambiarlos por un papel del que desconfían. La gran conmoción del 10 de agosto, el proceso del rey, las amenazas de trastornos agrarios, ampliados hasta el exceso por la prensa girondina, la guerra extranjera, en fin, todos estos sucesos extraordinarios, que se suce-

den con rapidez, causan una vaga inquietud entre los propietarios. Conservan codiciosamente su trigo, que es una riqueza real, preferible a todos los signos monetarios.

Resultado : el trigo no circula y en su consecuencia el pan falta en las grandes ciudades. A fines de septiembre, Ruán sólo tiene harina para tres días y su municipalidad se ve obligada a requisar los granos de los almacenes militares. Pide a la Convención se la autorice para emitir un empréstito de un millón con el cual pueda efectuar compras en el extranjero. El 8 de octubre fué autorizada. El empréstito hubo de pesar sobre los habitantes que pagasen un alquiler superior a 500 libras. Fué preciso, también, autorizar a Lyon, en donde 30 000 tejedores huelgan ante sus telares, obligados a ello por la falta de venta de sus productos, a contratar, en noviembre, un empréstito de 3 millones. Aun en las campiñas los jornaleros agrícolas encuentran dificultades para proveerse de pan, porque los arrendatarios prefieren guardar su trigo en haces a sacarlo en las eras. Como los granos no circulan, el precio del trigo varía extraordinariamente de uno a otro departamento. El *setier* de 220 libras se vende, a primeros de octubre, a 25 libras en el Aube, a 43 en el Ain, a 53 en los Bajos Alpes y en el Aveyron, a 26 en el Eure, a 58 en el Hérault, a 42 en el Gers, a 44 en el Alto Marne, a 47 en el Loir y Cher. Cada región se aísla y guarda con avaricia sus productos. Si Ruán tuvo hambre fué porque El Havre retuvo para sí los convoyes a Ruán enviados.

La legislación, forjada en la crisis que siguió a la toma de Verdun, permitía acabar con la mala fe y egoístas deseos de los propietarios, al ordenar las declaraciones de existencias y al autorizar las requisas. Pero el ministro encargado de aplicarla, Roland, era un economista ortodoxo que consideraba toda intervención

del poder como una herejía y toda reglamentación y requisa como un atentado a la propiedad y una culpable concesión a la anarquía. No solamente no hizo nada para ponerla en vigor, sino que la desacreditó con sus vehementes ataques y la paralizó antes de hacerla derogar.

La legislación era, desde luego, insuficiente porque no había instituido organismo central alguno encargado de repartir los granos entre los departamentos productores y aquellos que no lo eran o tenían déficit. Los departamentos se administraban como pequeñas repúblicas y con frecuencia cerraban sus fronteras. De aquí el alza rápida de los precios.

Los girondinos no procuraron alivio alguno a los sufrimientos de las clases populares. Profesaban la teoría de que la libre concurrencia era una panacea soberana. Si el precio de los objetos de consumo subía, que los obreros elevasen sus salarios. Pero los obreros no estaban agrupados. No podían ejercer sobre sus contratistas presión útil suficiente. Estaban reducidos a pedir aumentos en los salarios como quien implora limosna. Se dirigían en súplica a los poderes públicos. No podían suponer que las nuevas autoridades, por ellos elegidas, fuesen insensibles a sus miserias, máxime cuando las autoridades del viejo régimen acostumbraban a intervenir en tales casos.

En las ciudades la crisis era más aguda que antes. Allí en donde estaban administradas por municipalidades populares, éstas se ingeniaban para buscar paliativos. En París los trabajos de campo mandados realizar en sus cercanías tuvieron un fin caritativo tan grande al menos como el fin técnico militar. Existía el inconveniente de que estos gastos habían de hacerse con cargo a los fondos del Tesoro. Los girondinos, a pretexto de economías, acordaron, el 25 de septiembre, sustituir los trabajos a jornal por los destajos. Luego

bajaron los salarios. Los obreros protestaron alegando la carestía de la vida. El Ayuntamiento los apoyó. A más, los girondinos, especialmente Rouyer y Kersaint, denunciaron estos trabajos en el campo de los alrededores parisienses « como centros de intriga y cábalas y como puntos de reunión y acción de los más pérfidos agitadores ». Y la Convención decretó, el 15 de octubre, la cesación de los trabajos y el licenciamiento de los obreros.

En Lyon, donde la crisis era mucho más grave que en París, el procurador del Ayuntamiento, Nivière-Chol, aunque amigo de los girondinos, gestionó, durante todo el mes de noviembre, cerca de los fabricantes el que abrieran sus manufacturas. Pero habiendo fracasado en sus gestiones, hubo de pedir a la Convención, el 21 de noviembre, un anticipo de 3 millones para poner en marcha algunos telares, que fabricarían por cuenta de la nación. La Convención envió a tres comisarios, Vitet, Alquier y Boissy de Anglas, para que, con conocimiento de causa, la informaran. Estimaron justa la demanda, pero consideraron excesiva la cantidad reclamada. La Asamblea no tomó acuerdo alguno.

La Gironda, que ocupaba el gobierno, permanecía insensible a las quejas de los trabajadores. Justificaba su inacción o su hostilidad con un argumento mil veces repetido en la tribuna y en la prensa: los autores de las quejas no eran sino « anarquistas » o ilusos por ellos engañados. Brissot atribuía el alza de los granos « exclusivamente a los agitadores », lo que no era otra cosa que convertirse en eco de Roland, cuya total política social consistía en oponer las bayonetas a las multitudes hambrientas.

Para mayor irrisión, los trabajadores podían oponer su miseria al lujo insolente de los nuevos ricos, que hacían de él provocativa gala. Son los momentos en que afluyen, de todas partes, quejas contra los proveedores,

los momentos en que el honrado Pache denuncia las escandalosas compras hechas por su predecesor Servan al famoso abate de Espagnac, protegido de Danton, y por Dumouriez al judío Jacobo Benjamín, a Lajard, a Fabre de Eglantine, a Cerfbeer, etc. « La Revolución, clamaba Cambon el 1.º de noviembre, ha pesado sobre todo el mundo menos sobre los financieros y sus secuaces. Esta raza de rapiña es aún peor que cuando existía con el antiguo régimen. Tenemos comisarios ordenadores y comisarios de guerra, cuyas briboneras son escandalosas. Yo me he estremecido de horror cuando he visto compras de tocino, para el ejército del Mediodía, a 34 sueldos la libra. » La Convención hizo arrestar a algunos de estos proveedores ; pero la mayor parte, el abate de Espagnac a su cabeza, fueron puestos en libertad seguidamente. Este espectáculo de la impunidad concedida a los nuevos tratantes no podía por menos de agudizar el descontento popular.

Desde principios del otoño hubo perturbaciones graves en las campiñas y en las ciudades. Así sucedió en Lyon, en donde los tres comisarios enviados por la Asamblea tuvieron necesidad de tomar a su servicio y a sueldo, una compañía de gendarmes y se vieron obligados a realizar diversas detenciones ; así en Orleans, en donde fué muerto un mozo de cuerda y saqueadas siete casas con ocasión de marchar un convoy de trigo a Nantes ; ambos sucesos en el mes de septiembre, a sus finales. En Versalles, Étampes y Rambouillet se produjeron acontecimientos de igual índole durante todo el mes de octubre. En toda la Beauce y, poco a poco, en las demás provincias, en el decurso de noviembre. El 22 de este último mes los leñadores del bosque de Vibraye, en el Sarthe, arrastraron a los obreros de la fábrica de cristal de Montmirail y recorrieron con ellos los pueblos cercanos en petición de que se tasaran los comestibles. Los días siguientes,

bandas conducidas por las autoridades locales, operaron en todos sentidos en Sarthe, Eure, Eure y Loir, Loir y Cher, Indra y Loire y en Loiret. El 28 de noviembre, estos tasadores, a los que precedía un fuerte grupo a caballo, eran 3000 y se dirigían al mercado de Vendôme. El mismo día, en Mans, la administración departamental y la municipalidad firmaban la tarifa. Y lo mismo sucedió en Nogent-le-Rotrou, en la Ferté-Bernard, en Brou, en Cloyes, en Mer, en Bonnétable, en Saint-Calais, en Blois. En Blois se tasó el trigo en 20 sueldos el *boisseau* de 12 libras de peso, el centeno en 16 sueldos, la cebada en 12 sueldos, la libra de manteca en 10 sueldos y en 5 sueldos la docena de huevos. Los tasadores llevaban en el sombrero una rama de encina y danzaban alrededor de los árboles de la libertad al grito de *¡ Viva la Nación! ¡ El precio del trigo va a bajar!* A primeros de diciembre 10 000 a 12 000 hombres marchaban sobre Tours, pero se dispersaron ante la promesa de que la municipalidad y el departamento apoyarían sus reivindicaciones.

Los tres comisarios, Birotteau, Maure y Lecointe-Puyraveau, que la Convención había enviado a Eure y Loir, se vieron rodeados, el 29 de noviembre, en el gran mercado de Couville, por 6000 hombres armados que les amenazaban con echarlos al río o con ahorcarlos si no sancionaban la tasa, no solamente del trigo y la cebada, sino también las velas, la carne, las telas, los zapatos y el hierro. Los comisarios se sometieron a la petición, pero al regresar a París se vieron colmados de desprecios por parte de los girondinos. Petion execró la anarquía y la ley agraria. Condenó toda tasa, conducente, fatalmente, al hambre y reclamó una pronta y enérgica represión. A pesar de las manifestaciones de Buzot y de Robespierre, que querían que la represión se confiase a comisarios civiles que debían intentar, ante todo, la dulzura, la Convención decidió que las tropas

fuesen mandadas por un general. Condenó, asimismo, la conducta de los tres diputados comisarios, y una represión, tan enérgica como la del mes de abril precedente, restableció el orden en la Beauce.

¿Cómo no habían de guardar las masas obreras de los campos y de las ciudades rencor a la Gironda por su decidida política de clase? Es significativo que la misma Montaña no anduvo lejos de ser tenida por sospechosa ante los ojos de los oscuros jefes que servían a las reivindicaciones populares. Cuando el procurador general síndico del Sena y Oise, Goujon, compareció, el día 19 de noviembre, en nombre de la asamblea electoral del departamento, para reclamar de la Convención, no sólo la tasa de las subsistencias, sino también la creación de una administración central de ellas, su petición apenas si encontró eco en los bancos de la Montaña. Fayau apoyó la creación de una Comisión central de subsistencias; pero los montañeses, si de algo estaban cuidadosos, en este sentido, era de no poner en manos del ministro del Interior, Roland, su enemigo, una arma tan poderosa, y Thuriot, en su nombre, pudo lograr que se descartase la proposición, recordando, en los Jacobinos, los ejemplos de Terray y de Necker.

Ningún diputado montañés había reclamado la tasa; ni aun el mismo Fayau, que había dicho, el 19 de noviembre: « Si los ricos, poco amantes de la Revolución, pueden cerrar sus graneros durante ocho días, los franceses están en peligro de sentir otra vez el peso de las cadenas... ¿Qué sería de una república en la que la vida de los pobres estuviera en poder de los ricos? » Ni aun Beffroy, que había refutado vigorosamente, el 8 de diciembre, la tesis liberal de Turgot y de Adam Smith. Ni el mismo Levasseur — del Sarthe —, que había dicho el día 2 de diciembre: « Cuando una ciudad está sitiada, la autoridad tiene, seguramente, el derecho de forzar las puertas de las habitaciones en que se guarden

muchos fusiles y repartirlos entre los ciudadanos, para que todos concurren a la defensa común y, sin embargo, se afirma que cuando los ciudadanos están amenazados con morir de hambre no puede forzar a los cultivadores a vender los excedentes de sus cosechas. » Ni aun el mismo Robespierre, quien, el mismo día, había proclamado los siguientes principios : « Los alimentos necesarios al hombre son tan sagrados como la misma vida. Todo cuanto es necesario para conservarla es como una especie de propiedad común. Sólo el excedente puede dar origen a la propiedad individual. » Los montañeses se habían limitado a pedir el mantenimiento de la reglamentación acordada en el mes de septiembre, y hubieron de ser derrotados. La Asamblea había dado la razón a los oradores girondinos Féraud, Serre y Creuzé-Latouche, quienes habían denunciado las maniobras de los anarquistas y sostenido que la crisis reconocía como causas a las declaraciones y a las requisas, que habían asustado a los cultivadores. Si no se protege a éstos en contra de los investigadores, había dicho Creuzé-Latouche, no se podrán vender los bienes de los emigrados, única prenda garante de los nuevos asignados. Y sus argumentos arrastraron los votos de la Convención.

Los jacobinos, durante toda la crisis, habían guardado una especie de neutralidad prudente y reservada. Cuando el Ayuntamiento y las secciones de París pidieron, el 29 de noviembre, la tasa, ellos habían rehusado el hacer manifestaciones de clase alguna. No es, pues, extraño que los agitadores populares les guardasen también rencor. El abate Jacobo Roux, portavoz de los pequeños artesanos de la sección de Gravilliers, en París, en un violento discurso pronunciado por él en 1.º de diciembre, sobre *El juicio de Luis el último y sobre la continuación de los agiotistas, los acaparadores y los traidores*, no se hurtó a atacar a la Convención en

su conjunto y a denunciar lo que él llamaba « el despotismo senatorial » : « El despotismo que se propaga bajo el gobierno de muchos, el despotismo senatorial, es tan terrible como el cetro de los reyes, porque tiende a encadenar al pueblo, sin que sienta repugnancia en ello, por encontrarse envilecido y subyugado por las leyes que él mismo se vió en el caso de dar. » En su discurso Jacobo Roux intimó a la Convención para que reprimiese a los acaparadores y para que abaratase el precio de la vida. Tuvo tal éxito su peroración que la sección del Observatorio acordó que se diera lectura de ella dos veces por semana durante un mes.

Jacobo Roux no operaba ya solo ; a su lado se encontraba ahora un joven empleado de Correos, llamado Juan Varlet, que gozaba de alguna holgura, que había hecho estudios en el colegio de Harcourt y que le ayudaba en la tarea de enardecer las pasiones. El 6 de agosto de 1792, había propuesto leyes contra los acaparadores y reclamado el curso forzoso de la moneda revolucionaria. Un poco más tarde, instaló a dos pasos de la Asamblea, en la terraza de los Fuldenses, una tribuna ambulante desde la que arengaba a las masas. Bien pronto sus predicaciones de « Apóstol de la Libertad », como él mismo se llamaba, se hicieron antiparlamentarias. Como Jacobo Roux, acusaba a los convencionales, tanto montañeses como girondinos, de formar una oligarquía de políticos que derivaban en su propio provecho la soberanía del pueblo. Habiéndole retirado los jacobinos el uso de la palabra en su tribuna, se retiró de su club y les reprochaba el no instruir al no frecuentar las sociedades fraternas formadas por pequeños artesanos. En aquel entonces él mismo se llamaba « Apóstol de la Igualdad ». Ya los amotinados de la Beauce habían repetido que los diputados de la Convención eran todos ricos y que su riqueza provenía del pillaje del Tesoro nacional.

La propaganda de Jacobo Roux y de Juan Varlet — los *rabiosos* — progresaba rápidamente en las secciones parisienses, como lo prueban sus cada vez más numerosas y amenazadoras peticiones y los folletos publicados en contra del ministro Roland, haciéndole responsable de la carestía de la vida. Uno de estos libelos hacía de la señora Roland otra María Antonieta : « Ahogar con el peso del hambre al buen pueblo francés es una idea agradable en la que ella se complace, y la honesta Convención nacional, alterada, también, por la sed de sangre, concede a este monstruo, a esta nueva Galigai, 12 millones para comprar trigo en el extranjero, cuando este cereal, según todos los informes, abunda en Francia. »

Los tasadores y los rabiosos no obran ahora, como había ocurrido en las ocasiones anteriores, aislados los unos de los otros. Se comunican de ciudad a ciudad y buscan el medio de concertarse en la acción. Los lioneses están en frecuente contacto con los parisienses. Uno de ellos, Dodieu, que había propuesto, en el mes de agosto, la creación de un tribunal para castigar a los acaparadores, vino a París para presentar una proposición que la Convención rechazó sobre la marcha. Otro, Hidins, comisario nacional cerca del tribunal del distrito, presentó al Ayuntamiento de Lyon, en diciembre, un proyecto de decreto, compuesto de 25 artículos, que abolía el comercio de granos, creaba una administración nacional de subsistencias, nacionalizaba los molinos y reglamentaba las panaderías. Los jacobinos lioneses adoptaron sus puntos de vista y enviaron a París, en enero, a muchos de ellos para reclamar de la Convención la tasa de todos los artículos de primera necesidad.

En Orleans, un cierto Taboureau, secretario de la sección del Hospital, desempeñó el mismo papel que Roux y Varlet en París y que Dodieu e Hidins en Lyon.

Después de los disturbios de la Beauce fué objeto de un mandato de comparecencia, pero, el día en que el juez de paz pretendía arrestarlo, se agruparon más de 200 personas para defenderlo, y logró escapar.

Es cierto que los rabiosos no tenían prensa propia. El apoyo que Marechal les prestó en las *Revoluciones de París*, fué intermitente. Marat les era hostil y Hebert se reservaba y buscaba acomodo en la Montaña. En cambio, los rabiosos tenían a su favor el secreto instinto de las multitudes y el que la continuación, o, más bien, la agravación de la crisis económica trabajaba en pro de ellos. Para luchar con la Gironda, la Montaña se ve obligada a hacerles concesiones, a darles satisfacciones. El 6 de enero de 1793, uno de ellos, el diputado Duroy, hace notar ante la Convención el rotundo fracaso de la política económica de Roland: « El precio de las mercancías no ha disminuído. Desgraciadamente, por el contrario, no cesa de aumentar y el decreto por vosotros votado — el 8 de diciembre — no ha producido el efecto que esperabais. El trigo que, en mi región — el Eure —, es extremadamente caro, antes valía sólo 30 libras y en la actualidad se cotiza a 36 ». Los propios girondinos defendieron débilmente a Roland y cuando éste presentó su dimisión, el 22 de enero de 1793, era de prever que su política de no intervención no podría sobrevivirle sino a duras penas. La Convención nombró para sustituirle al prudente Garat, extremadamente cuidadoso de no comprometerse y siempre presto a estar al lado del más fuerte. La vida cara entrará por mucho en la caída de la Gironda.

CAPÍTULO VI

La conquista de las fronteras naturales

La Gironda se sostenía en el gobierno gracias a los éxitos militares. Cuando éstos no existan y, aun más, se truequen en reveses, se verá perdida. A Valmy siguieron una serie de victorias que llevaron nuestras armas, con una rapidez inesperada, hasta los Alpes y hasta el Rhin.

Entrando en Saboya, en la noche del 21 al 22 de septiembre, con 18 000 hombres, en gran parte de la clase de voluntarios, Montesquiou se apodera, sin disparar un tiro, de los reductos de Chapareillan, del castillo de las Marches y de la fortaleza de Montméliant. « La marcha de mi ejército, comunica el general a la Convención el 25 de septiembre, es un triunfo. Los pobladores de los campos, y al igual los de las ciudades, acuden ante nosotros. La escarapela tricolor aparece y luce en todas partes... » No se trataba de una conquista sino de una liberación.

Los aristócratas ginebrinos, alarmados, llamaron en su socorro a los cantones de Zurich y de Berna, quienes les enviaron un refuerzo de 1600 hombres. Seguidamente que tuvo conocimiento de ello, el Consejo ejecutivo, inspirado por Clavière, a quien los aristócratas de Ginebra habían desterrado diez años antes, ordenó a Montesquiou que intimara de la ciudad el despido de

los soldados de Berna y de Zurich. La Convención, a propuesta de Brissot y de Guadet, confirmó, después de dos pruebas dudosas, la orden del Comité ejecutivo, a pesar de la oposición de Tallien, de Barère, de Danton, de Garran de Coulon y del mismo Petion. Mas Montesquiou no dió satisfacción a las esperanzas de los girondinos: en lugar de entrar en Ginebra, negoció. Y los aristócratas ginebrinos prometieron licenciar a los suizos. No era esto lo que quería Clavière. La Convención se negó a ratificar el convenio ajustado por Montesquiou y mandó, el 9 de noviembre, que fuera acusado, viéndose en la precisión el general a tener que emigrar. Ginebra continuó siendo independiente, pero la Revolución sólo estaba diferida en ella.

De Anselme, con el ejército del Var, compuesto por nueve batallones, procedentes de la última leva, y por 6000 guardias nacionales de Marsella, se había puesto en marcha ocho días después que su jefe Montesquiou. Apoyado por la flota del almirante Truguet, entró en Niza, sin combate, el 29 de septiembre, apoderándose, al día siguiente, de la fortaleza de Villefranche, encontrándose en ella, con poderosa artillería, grandes aprovisionamientos, una fragata y una corbeta.

Como en los Alpes, también se había emprendido la ofensiva en el Rin. Custine, que mandaba en Landau, viendo a los austriacos y a los prusianos empeñados en la campaña del Argona y a sus almacenes desprovistos de suficiente guardia, se puso en marcha con 14 300 hombres, voluntarios en sus dos terceras partes, y, el 25 de septiembre, se adueñó de Spira, después de un combate bastante vivo, haciendo 3000 prisioneros y llevando a Landau un considerable botín. Animado por esta victoria, algunos días más tarde volvió a ponerse en marcha, entrando en Worms, el 5 de octubre, y presentándose ante Maguncia, el 19 de dicho mes, con 13 000 hombres y 45 cañones de campaña, pero sin

una sola pieza de sitio. La plaza, muy fuerte, estaba defendida por 3000 hombres, bien provistos de artillería y de aprovisionamientos. Pero Custine estaba en inteligencias con personas de la ciudad, en la que los burgueses se habían negado, el 5 de octubre, al servicio de murallas y comenzado a usar la escarapela tricolor. Al segundo requerimiento se rindió Maguncia. El jefe de ingenieros de la plaza, Eckmeyer, pasó seguidamente al servicio de Francia. Dos días más tarde los carmañolas entraban en Francfort.

Si Custine hubiese sido un táctico, en lugar de alejarse del Rin hubiera descendido por el río y se hubiera apoderado de Coblenza, cortando, así, la retirada a las tropas prusianas que, precisamente, en aquellos momentos evacuaban Longwy, ante las tropas de Kellermann.

Perdida la ocasión, Custine escribía vanamente a Kellermann que persiguiese vigorosamente a los prusianos a fin de establecer contacto con él. Kellermann alegó la fatiga de sus tropas para rehusar el marchar sobre Tréveris. El Consejo ejecutivo lo envió al ejército de los Alpes y lo sustituyó por Beurnonville, quien no se puso en marcha sino tardíamente, dejándose batir, del 6 al 15 de diciembre, ante Tréveris, por Hohenlohe, y viéndose, finalmente, rechazado y en desorden hacia el Sarre. Custine había sufrido ya un primer contratiempo en Francfort, el día 2 de diciembre. Los soldados de Hesse habían atacado la ciudad, de improviso, y los habitantes de ella, sublevados contra los franceses, les habían abierto las puertas. Indicó Custine la conveniencia de evacuar Maguncia, pero el Consejo ejecutivo le ordenó que permaneciese en ella, enviándole refuerzos que sacó del ejército que mandaba Biron en Alsacia.

Bélgica había sido conquistada al mismo tiempo que Saboya y el Rin medio. Después de Valmy, los austríacos de Sajonia-Teschen se vieron obligados a levantar

el sitio de Lille, a la que vanamente habían intentado atemorizar con un bombardeo que duró del 29 de septiembre al 5 de octubre. Dumouriez, después de haber recibido, el 11 de octubre, las felicitaciones de la Convención y luego las de los jacobinos, de los que fué portavoz Danton, entró en Bélgica el 27 de octubre, con nuestro mejor ejército, compuesto, sobre todo, por tropas de línea. El 6 de noviembre presentó combate a los austriacos de Clerfayt y de Sajonia-Teschén, que se habían fortificado ante Mons, construyendo rápidamente reductos, en colinas cubiertas de árboles. La batalla fué rudamente empeñada, sobre todo en el centro, en torno de la población de Jemappes. Por la tarde, los austriacos, que eran en número como la mitad de las fuerzas francesas, emprendieron la retirada, dejando sobre el campo de batalla 4000 muertos y 13 cañones. Dumouriez no los persiguió y así la derrota no adquirió los caracteres de desastre que pudo adquirir de haber sido otra la manera de actuar del general francés. No por ello fué menor la impresión que el suceso causó en Francia y en Europa. Como dice A. Chuquet: « Valmy había sido un combate de puestos; Jemappes, una contienda general, la primera batalla memorable que libraba Francia desde hacía largo tiempo; algo así como el Rocroi de la República. » A más, Jemappes tuvo consecuencias que Valmy no había tenido. En menos de un mes los austriacos fueron lanzados de toda Bélgica: de Bruselas el 14 de noviembre, de Lieja el 28, de Amberes el 30, de Namur, en fin, el día 2 de diciembre. En lugar de perseguir a los austriacos en retirada, detrás del Roer, a fin de aniquilarlos y de desembarazar a Beurnonville y Custine, en sus luchas con los prusianos, según el Consejo ejecutivo le ordenaba, Dumouriez se detuvo bruscamente.

El general estaba ya en lucha abierta con el ministro de la Guerra, Pache, y con la Tesorería nacional, que

vigilaba muy de cerca sus operaciones financieras. Dumouriez estaba rodeado de una legión de agiotistas con los que realizaba compras ilegales, tales como el abate de Espagnac y el banquero de Bruselas Simón. El escándalo fué tal que Cambon hizo decretar el arresto de Espagnac y del ordenador en jefe Malus. Pero Dumouriez tomó por lo vivo la defensa de sus agentes y dimitió. La Gironda vino en su socorro. Se enviaron a Bélgica comisarios para que lo calmaran y entre ellos Delacroix y Danton. Malus y de Espagnac fueron puestos en libertad y se procuró acallar el escándalo. La Gironda no tenía ya sumisos a sus indicaciones a los generales. Y como quería servirse de la popularidad de ellos en sus luchas con los montañeses, al sentir la necesidad que tenía de los mismos no se atrevía a obligarles a la obediencia.

¿ Se haría la paz ? ¿ Se conservarían los territorios conquistados ? Los girondinos dudaron un instante. Algunos de entre ellos se dieron cuenta de que para conservar los países conquistados precisaría prolongar y generalizar la guerra. El 29 de septiembre, al darse cuenta de una carta de Montesquiou en la que anunciaba que los saboyanos le habían comunicado sus deseos de formar un 84 departamento, muchos girondinos, Bancal, Louvet, Lasource, apoyados, desde un principio, por Camilo Desmoulins, se pronunciaron contra toda conquista. « Francia es bastante extensa, dijo Bancal. » « Temamos parecernos a los reyes encadenando a Saboya a la república, añadió Camilo Desmoulins. » Cuando Delacroix le interrumpió con esta reflexión de orden práctico: « ¿ Quién pagará los gastos de la guerra ? » Louvet le replicó, entre vivos aplausos de la Asamblea: « ¿ Los gastos de la guerra ? Os sentiréis ampliamente indemnizados con el goce, para siempre asegurado, de vuestra libertad y ante el espectáculo de la dicha de los pueblos por vosotros liberados. » Mas,

esta generosidad no fué, enteramente del agrado de Danton : « Al mismo tiempo que debemos dar la libertad a los pueblos vecinos, declaro que tenemos el derecho de decirles : ya no tendréis reyes, porque en tanto que estéis en manos de tiranos, éstos podrían coligarse y poner en peligro nuestra propia libertad. Al traernos aquí, la nación francesa ha creado un gran comité de insurrección general de pueblos contra todos los reyes del universo. » La Asamblea no quiso pronunciarse sobre el fondo del debate, pero dejó entrever sus simpatías por el sistema de crear repúblicas hermanas independientes.

Aun la democratización de los países conquistados pareció a la mayoría de la Comisión diplomática una política aventurada a la que precisaba renunciar. El 24 de octubre, en un amplio informe que, en nombre de sus componentes, ella hizo leer, el girondino Lasource combatió con empeño la opinión de Danton y la de aquellos que, como él, no querían prometer ayuda y protección al pueblo de Saboya, sino en tanto que él renunciase, desde luego, a mantener la realeza y la feudalidad. « ¿ No es esto, y en cierto modo, atentar contra la libertad de un pueblo, ya que se excluye de su elección una determinada forma de gobierno ? » Lasource censuró a de Anselme el haber municipalizado al condado de Niza instalando en él nuevos cuerpos administrativos y nuevos tribunales : « ¡ Dar leyes es conquistar ! »

La opinión de Lasource era la del gobierno. Lebrun escribía a nuestro agente en Inglaterra, Noël, el 30 de octubre : « Francia ha renunciado a las conquistas y esta declaración debe bastar al Gobierno inglés para tranquilizarlo respecto a la entrada de Dumouriez en Bélgica. » Y le repetía el 11 de noviembre, después de Jemappes : « Nosotros no queremos inmiscuirnos en sus asuntos particulares dando a pueblo alguno esta o la

otra forma de gobierno. Los habitantes de Bélgica escogerán aquella que crean mejor convenirles, sin que nosotros tengamos para qué intervenir en ello.»

Robespierre y gran parte de los jacobinos estaban, en este punto, de acuerdo con la Comisión diplomática y con el Consejo ejecutivo. El 9 de noviembre, en contra de Lullier y de Dubois-Creancé, Chabot expuso ante el club y entre los aplausos de la mayoría, los inconvenientes de las conquistas. Bentabole, el 12 de diciembre, desencadenó las aclamaciones de las tribunas al reclamar la paz: « Guardémonos de continuar una guerra en la que seremos nosotros la víctima. » Robespierre, en sus *Cartas a mis comitentes* reclamó que « se pusieran límites prudentes a nuestras empresas militares », y señalaba seguidamente « los peligros de recommenzar con los clérigos belgas la penosa y sangrienta lucha que nos hemos visto precisados a sostener contra nuestros propios sacerdotes ».

Pero existían en el Consejo ejecutivo y en la Comisión diplomática dos personas influyentes, muy afectas ambas, y ello por razones puramente personales, a la política de conquistas: el ginebrino Clavière y el cleverienese, súbdito prusiano, Anacharsis Cloots. Esta pareja de refugiados políticos no podían entrar en sus respectivas patrias de origen sino luego que hubiera desaparecido el imperio de sus respectivos tiranos, sus antiguos perseguidores. Y no veían otro medio de ponerse a salvo de ellos que anexionando sus territorios a Francia. En 1785, en sus *Deseos de un galófilo*, impresos el año siguiente, Cloots había escrito: « Una cuestión que la corte de Versalles no debe perder de vista es la de llevar las fronteras de Francia hasta la embocadura del Rhin. Este río es el límite natural de los galos, como los Alpes, los Pirineos, el Mediterráneo y el Océano. » Y desde el mismo día 29 de septiembre pidió la anexión de Saboya.

Detrás de Clavière y de Cloots había una agrupación numerosa, formada por la multitud de refugiados extranjeros que habían entrado en Francia en busca de la fortuna y de la libertad: saboyanos en torno del médico Doppet, fundador del club y de la legión de los alóbroges y en torno del abate Filiberto Simond, diputado del Bajo Rhin en la Convención; ginebrinos y suizos alrededor de Clavière, de Desonnaz, de Grenus; neuchatelenses en torno de Castella, de J. P. Marat, de Rouillier, fundador del club helvético; holandeses en torno de los banqueros Kock, Van der Yver y Abbema; liejeses alrededor de Fabry, de Bassenge, de Fyon y de Ransonnet; belgas, del partido estatista, refugiados en Douai, alrededor del joven conde de Béthune-Charost y belgas del partido vonckista, refugiados en París, en torno de los banqueros Proli y Walckiers; alemanes del país del Rhin, en fin, la mayor parte refugiados en Estrasburgo, alrededor del capuchino Eulogio Schneider, del librero Cotta, del negociante Boehmer, del médico Wadekind, etc. Inteligentes y activos, estos refugiados serán muy numerosos en los clubs, particularmente en el de los Cordeleros, en el que formaban el núcleo del partido hebertista. Muchos de ellos habían entrado en la administración y en el ejército. Las rápidas victorias del otoño de 1792, parecían obra de estos refugiados.

Llegó un momento, después de Jemappes, en el que los girondinos de la Comisión diplomática y del Consejo ejecutivo se dejaron arrastrar y adoptaron la política anexionista de los refugiados. El cambio fué decisivo. A la guerra de defensa sucedió no ya la guerra de propaganda sino, realmente, la guerra de conquistas. Ésta se hizo, insensiblemente, por razones múltiples, tanto del orden militar cuanto del diplomático y aun de los órdenes administrativo y financiero.

Si los dirigentes de la Comisión diplomática y del Consejo ejecutivo se habían, antes, manifestado pru-

dentes y reservados ante la política expansionista, era porque no desesperaban obtener una paz rápida al conseguir dislocar la coalición. El mal éxito de las negociaciones seguidas con los prusianos, a raíz de Valmy, no les había quitado las ilusiones. Siguiendo sus órdenes, Valence y Kellermann se encontraron, el 26 de octubre de 1792, en Aubange, con Brunswick, Lucchesini, Hohenlohe y el príncipe de Reuss. A los prusianos les ofrecieron, a cambio del reconocimiento de la república, la alianza con Francia; a los austriacos la paz mediante el cambio de Baviera por los Países Bajos y el desmantelamiento del Luxemburgo. Pero Federico Guillermo hizo saber el 1.º de noviembre, al agente francés Mandrillon, que exigía como preliminar a toda negociación la evacuación, por los franceses, de todos los territorios del Imperio y garantías sobre la suerte de Luis XVI y su familia. En cuanto a Austria decidió, siguiendo consejos de Kaunitz, presentar como condición preliminar a la paz la libertad de la familia real, que sería conducida a la frontera, la constitución de rentas para el vivir de los príncipes franceses, el restablecimiento de la autoridad pontificia en Aviñón e indemnizaciones, en fin, para los príncipes alemanes perjudicados con los decretos de agosto. Toda esperanza de una paz próxima desapareció.

Por el contrario, parecía inminente la guerra con España. Brissot y Lebrun, para responder a esta eventualidad, soñaron con desencadenar la revuelta en las colonias españolas de la América del Sur por medio del criollo Miranda, que servía en el ejército de Dumouriez. La guerra de propaganda, la guerra revolucionaria, aparece aquí como la indicada prolongación de la guerra de defensa.

Los países conquistados eran muy diferentes los unos de los otros, tanto por su estructura social cuanto por su lengua y su civilización. ¿Podían aplicarse a todos ellos reglas comunes de administración?

La Saboya, país de lengua y de civilización francesas, estaba agobiada, en su desarrollo económico, por las aduanas, que le separaban, a la vez, de Francia y del Piamonte. Su burguesía detestaba el régimen de baja policía y de tiranía militar del rey sardo. Sus campesinos, obligados, por los edictos de Víctor Amadeo, a rescatar los derechos feudales, envidiaban a los campesinos franceses que se habían librado gratuitamente del peso señorial. A la llegada de los franceses, Saboya se cubrió de clubs que expresaron seguidamente su deseo « de arrojarse en el seno de la república y de formar con ella un solo pueblo de hermanos ». La Asamblea nacional de los alóbroges, reunida en Chambéry, el 20 de octubre, y formada por delegados de todos los municipios, proclamó la destitución de Víctor Amadeo y de su descendencia ; abolió, en seguida, la nobleza y el régimen señorial, confiscó los bienes del clero y expresó, en fin, el 22 de octubre, el deseo del país de ser unido a Francia. Era un pueblo unánime que se ofrecía, que se entregaba.

El antiguo obispado de Basilea, ocupado desde la declaración de guerra, estaba en una situación bastante análoga a la de Saboya. La mayor parte de los señoríos y de las municipalidades que lo componían estaban formados por poblaciones de lengua francesa, que no habían dejado de trabajar, desde 1789, para conseguir la abolición del régimen feudal. Los habitantes de Porrentruy, capital del príncipe-obispo, ahora en fuga, habían plantado en octubre un árbol de la libertad y fundado un club. Délemont, Saint-Ursanne, Seignelegier, habían hecho lo mismo. Un partido pedía la unión a Francia, en tanto que otro se pronunciaba por la creación de una república independiente.

En Niza, país de lengua italiana, los amigos de Francia eran mucho menos numerosos que en Saboya. Cuando las tropas de Anselme llegaron, todas las tiendas

cerraron sus puertas y escaparates. Los soldados se vengaron saqueando la población y este saqueo que de Anselme toleró aumentó bastante el número de los enemigos de Francia. Para constituir el club y las administraciones provisionales fué preciso echar mano de la colonia marsellesa, muy numerosa en Niza. El deseo de unirse a Francia, expresado el 21 de octubre, no representaba, ciertamente, sino la voluntad de una pequeña parte de la población.

Los países renanos, de lengua alemana, no contaban como amigos sinceros de Francia, o para hablar con más propiedad, de la Revolución, sino, y ello en las ciudades y particularmente en Maguncia, con profesores de la Universidad, con hombres de toga, con eclesiásticos liberales y con comerciantes, que se reunían, en su mayor parte, en los gabinetes literarios para leer los periódicos de Francia. El país llano, dividido en muchos señoríos, laicos y eclesiásticos, de los cuales no todos estaban en guerra con Francia, era indiferente u hostil. A la inversa de Montesquiou, de Dumouriez y de Anselme, que no exigían nada de las poblaciones, Custine, desde su entrada en Spira, había impuesto contribuciones sobre los privilegiados. Tenía a gala decir que él no se dirigía sino en contra de los favorecidos por la fortuna, según la fórmula: « Paz a las chozas y guerra a los castillos. » Pero sucedió que ya en Francfort la imposición se hizo a los banqueros y que en Worms quedaron sujetos al impuesto los magistrados, muchos de los cuales eran artesanos de muy poca fortuna. Hubo, por tanto, Custine de herir e inquietar a una parte de la burguesía. Lebrun aplaudía esta manera de hacer la guerra, ya que ella permitía que el ejército se mantuviera a costa del país que ocupaba. Llegó a recomendar a Custine, en carta que le escribió el 30 de octubre, que enviara a Paris las obras interesantes y bellas de las bibliotecas de los países ocupados

« y especialmente la Biblia de Gutenberg ». Estábamos en los anuncios de la política de rapiña del Directorio y de Napoleón.

Custine se daba cuenta de que sus proclamas pomposas, acompañadas de plantaciones de árboles de la libertad, no bastaban a conciliar la opinión pública con Francia y quiso dar a los alemanes satisfacciones más substanciosas. No atreviéndose a suprimir, por su propia autoridad, el diezmo, las prestaciones personales, los derechos señoriales, los privilegios de todo género, pidió a la Convención ordenara ella tales supresiones sin esperar a que sobre dichos puntos resolvieran, por acción espontánea, los propios renanos. « Los regentes, los bailíos, los prebostes, escribía el 4 de noviembre; todas las administraciones compuestas por agentes y subalternos de los pequeños déspotas que tienen en la opresión a este desgraciado país, no han perdido un solo instante, para hacer visible su perniciosa influencia cerca del pueblo. »

La conducta de Dumouriez en Bélgica contrastaba con la de Custine en el Rin. Dumouriez conocía bien el país en el que operaba y en el que antes — en 1790, cuando la revuelta contra los austriacos estaba aun victoriosa — había estado, enviado en misión por Lafayette. Sabía que los belgas, cuya población era entonces de unos dos y medio millones de habitantes, estaban divididos en dos partidos: los estatistas o aristócratas, muy orgullosos y adheridos de y a sus viejas libertades feudales y apoyados sobre un clero rico, fanático y gozando de grandísima influencia sobre las clases bajas, y los vonckistas o demócratas, a quienes habían perseguido los primeros, porque eran hostiles al clero, y que deseaban una profunda reforma de las viejas instituciones. Sabía que el principado eclesiástico de Lieja, miembro del Santo Imperio y poblado por 500 000 habitantes, contaba entre ellos a numerosos

demócratas, muy decididos a derrocar el régimen señorial. Oía los consejos del Comité de belgas y liejeses, unidos, compuestos sobre todo por vonckistas. Se impuso como tarea la fusión de belgas y liejeses en una república independiente, teniendo cuidado de herir lo menos posible las peculiares susceptibilidades nacionalistas de unos y otros. Los refugiados que seguían a su ejército convocaron a los habitantes de las poblaciones conquistadas en las iglesias y les hicieron nombrar administraciones provisionales que proclamaron la ruptura de cuantos lazos les unían a Austria. En todos los sitios se establecieron clubs. Y cuando el general La Bourdonaye quiso imitar a Custine e imponer una contribución a los habitantes de Tournai, Dumouriez le reprochó severamente su acción: « Atribuir a Francia las contribuciones públicas de Bélgica es sembrar la desconfianza en contra de nuestras operaciones y darles un barniz de bajeza y de venalidad. Vale tanto como establecer una tiranía militar sobre las ruinas del despotismo austriaco. » Consiguió que La Bourdonaye fuese llamado a París y reemplazado por Miranda.

Dumouriez trataba con miramiento a los belgas. Hacía que los convoyes franceses pagaran los derechos nacionales de peaje, no tocaba a las leyes existentes. Aunque hubo de autorizar las requisas, ponía especial y voluntario cuidado de no acudir a ellas. Prefería el dirigirse a los mercados y comprar en ellos cuanto necesitaba, pagándolo en moneda sonante y no en asignados. El dinero que le era necesario se lo proporcionaba mediante préstamos, que generalmente le hacían las corporaciones eclesiásticas. Así, con los dos millones que le prestó el clero de Gante, se esforzaba en crear un ejército belga, que hubiera sido refuerzo del suyo.

En todos los lugares que se ocupaban existía un núcleo de habitantes, más o menos numeroso, que se comprometía con los franceses, inscribiéndose en los

clubs y aceptando puestos en las nuevas corporaciones administrativas. Los que así hacían, en cierto modo, cómplices de los franceses, temían la vuelta de los príncipes desposeídos. Los invasores les aconsejaban que formasen repúblicas, pero ¿estas pequeñas repúblicas que ellos crearan, podrían mantenerse después de la paz, cuando los *carmañolas* no estuviesen ya en Bélgica? «¿Podremos ser libres, sin ser franceses?» decían los delegados de Niza a la Convención, el 4 de noviembre. «No — continuaban —. Obstáculos insuperables se oponen a ello; nuestra posición es tal que sólo podemos ser: franceses o esclavos.» Habían dado la riqueza de sus iglesias, los bienes de sus conventos. ¿Qué pensaría Europa del pueblo francés «si después de haber agurado la fuente de nuestros tesoros, para incentivo de la libertad, nos rechazase, seguidamente, de su seno, librándonos en la indigencia a merced de los implacables tiranos»? Los revolucionarios renanos expresaban los mismos temores.

Atrayendo a los pueblos hacia la Revolución, la Francia republicana había contraído con ellos obligaciones morales que no podía eludir. La propaganda conducía lógicamente a la protección de los sublevados, y la mejor protección ¿no era concederles la aneación solicitada?

Enardecidos por el club de Landau, los habitantes del bailiato de Bergzabern, en el ducado de Deux-Ponts, país neutral, habían plantado un árbol de la libertad, suprimido los derechos feudales y pedido su unión a Francia. La revuelta se había extendido por el resto del ducado y el duque se vió forzado a enviar tropas para someter a los agitadores. El 19 de noviembre, expuso Ruhl, a la Convención, los hechos ocurridos y preguntó si la Asamblea habría de abandonar a merced de los déspotas, a los patriotas que aplicaban los mismos principios que la Convención profesaba. «Pido

que declararéis que los pueblos que quieran fraternizar con nosotros serán protegidos por la nación francesa. » Numerosos oradores : Defermon, Legendre, Reubell, Mailhe, Birotteau, Carra, Dentzel, Treilhard, L. Bourdon, Saint-André, apoyaron la proposición ; Brissot y Lasource intentaron, vanamente, ganar tiempo pidiendo se suspendiera la decisión hasta que se conociera el informe que había de dar el Comité diplomático sobre la conducta de los generales en los países enemigos. La Convención adoptó con entusiasmo un proyecto de decreto que le sometió La Révellière-Lepaux: « La Convención nacional declara, en nombre de la nación francesa, que acordará fraternidad y ayuda a todos los pueblos que quieran recobrar su libertad, y encarga al poder ejecutivo dé a los generales las órdenes necesarias para que presten socorro a estos pueblos y defiendan a los ciudadanos que hayan sido vejados o puedan serlo por haber defendido la causa de la libertad ».

Decreto memorable que consagró la solidaridad de todos los revolucionarios en el mundo entero, que amenazaba, por consecuencia, a todos los tronos y a todos los poderes del pasado y que se aventuraba a provocar una guerra universal; no ya una guerra de potencia a potencia, sino una guerra social entretenida y sostenida por la ya emancipada nación que se constituía en protectora y tutora de todas las otras aun oprimidas. La Revolución, que había repudiado, al principio, las conquistas y el militarismo, iba ahora, por la fuerza de las cosas, a presentarse al mundo con casco y coraza. Propagaría ella su nuevo evangelio como las antiguas religiones habían propagado el suyo : por la fuerza de la espada.

La primera anexión no se hizo esperar. El 27 de noviembre, el obispo Grégoire propuso en un extenso informe el dar satisfacción a los deseos de los sabo-

yanos. Justificó la medida no sólo por el derecho imprescriptible de un pueblo a escoger su nacionalidad, sino que también por razones de intereses. Nuestra frontera sería acortada y fortificada. Existirían economías en el personal de aduanas. Los saboyanos podrían, gracias a los capitales franceses, sacar provechos de sus riquezas naturales, etc. A los corazones pusilánimes que objetarían que la anexión de los saboyanos eternizaría la guerra, respondía Gregoire con soberbia: «Ella no añade nada al odio de los opresores en contra de la Revolución francesa, y, en cambio sí a los medios de poder que tenemos nosotros para romper su coalición. Desde luego la suerte está echada: nosotros nos lanzamos a la empresa, todos los gobiernos son nuestros enemigos, todos los pueblos nuestros amigos.» La anexión fué votada por unanimidad, salvo el voto del girondino Penières, que intentó, en vano, protestar en el curso del debate, y el de Marat, que la censuró seguidamente en su periódico.

Es verdad que el ingenioso Buzot proporcionó a sus amigos una puerta de salida al pedir que el decreto fuese declarado *artículo constitucional*, es decir que sería sometido a la ratificación del pueblo como la misma Constitución. Fué interrumpido por murmullos de la Cámara y retiró su enmienda. Entonces manifestó Danton: «Digo que un parecido contrato no será permanente sino cuando la nación francesa lo haya aceptado.» La anexión de Saboya no era, pues, sino provisional. Medio hábil para dar satisfacción a los habitantes peticionarios sin, por ello, obligarse, en un porvenir incierto, a no negociar con los antiguos amos de los ahora anexionados.

Pero, de momento, la mayor parte de los convencionales se dejaron llevar por el entusiasmo de Gregoire. La política expansionista había, bruscamente, hecho explosión.

Brissot, que dirigía la Comisión diplomática, escribía a Servan, el 26 de noviembre : « Creo que nuestra libertad no estará tranquila en tanto que haya un Borbón sobre trono alguno de los existentes. Nada de paz con los Borbones y, desde luego, hay que pensar en la expedición contra España. No ceso de predicársela a los ministros. » Y no era solamente a España y a sus colonias a quienes quería sublevar sino a Alemania y a Europa entera. « No podemos estar tranquilos en tanto que Europa entera no esté en fuego... Si no llevamos nuestras fronteras hasta el Rhin y si los Pirineos no sirven sino para separar dos pueblos libres, nuestra libertad no estará asegurada. » Brissot enmascaraba con el gorro frigio la vieja política monárquica de las fronteras naturales.

La política expansionista de la Gironda se relacionaba estrechamente con su política de conservación social. Clavière, dice el señor Chuquet, tenía miedo a la paz. El 5 de diciembre escribía a Custine : « Se debe permanecer en el estado de guerra ; el retorno de nuestros soldados aumentaría en todos lados las perturbaciones y nos perdería. » Era ésta, también, la opinión de Roland. « Es preciso, confesaba un día, hacer marchar a los millares de hombres que tenemos sobre las armas tan lejos como les lleven sus piernas, pues, si no, volverán para cortarnos el cuello. »

Ahora bien, esta política costaba cara. « Cuanto más avanzamos en país enemigo, decía Cambon el 10 de diciembre, más ruinoso resulta la guerra, sobre todo supuestos nuestros principios filosóficos y de generosidad. Nuestra situación es tal que debemos tomar un partido decisivo. Se dice sin cesar que llevamos la libertad a la casa de nuestros vecinos ; pero también llevamos nuestro numerario y nuestros víveres, y no queremos llevar nuestros asignados. » Cambon fué encargado de proponer un proyecto de decreto sobre la conducta

a prescribir a los generales en los países ocupados. Lo presentó el 15 de diciembre. Declaraba al principio de él que el fin de la guerra revolucionaria era el aniquilamiento de todos los privilegios: « Todo lo que resulte privilegio, todos los que sean tiranos deben tratarse como a enemigos en los países en que entremos. » Por haber olvidado este principio, por haber tardado en conceder a Custine la autorización para destruir el régimen señorial, había sido posible que los renanos, entusiastas, al principio, se enfriaran y se hubieran producido las llamadas « Vísperas sicilianas de Francfort ». Si el pueblo belga permanecía pasivo u hostil era porque Dumouriez no había *acabado* con la opresión de que dicho pueblo era víctima. Sin duda, sería cosa atrayente el que los mismos pueblos de los países ocupados, imitando el ejemplo del francés, abatieran la feudalidad. Pero si ello no era, desgraciadamente, posible, precisaba el que los franceses se declarasen *poder revolucionario* y destruyesen el viejo régimen que tiene a los tan repetidos pueblos esclavizados. Francia ejercerá en su provecho la dictadura revolucionaria y la ejercerá a la luz del día y sin ambages ni rodeos: « Será inútil disfrazar nuestra conducta y nuestros principios: ya los conocen los tiranos... Cuando entramos en un país es para hacer sonar todos los toques de rebato. » Los generales franceses suprimirán, pues, sobre la marcha los diezmos, los derechos feudales y todas las especies de servidumbre. Depondrán a todas las autoridades existentes y harán elegir cuerpos administrativos provisionales de los que serán excluidos todos los enemigos de la república, ya que solamente participarán en la elección los ciudadanos que presten el juramento de ser fieles a la libertad y a la igualdad y de renunciar a los privilegios. Los impuestos antiguos serán suprimidos y los bienes pertenecientes al fisco, a los príncipes, a las comunidades laicas y eclesiásticas, a todos los par-

tidarios de la tiranía, serán secuestrados para servir de prenda a los asignados que se declararan de curso forzoso. Si los nuevos cuerpos administrativos juzgan conveniente el establecer nuevas contribuciones, ellas no pesarán sobre las clases trabajadoras. « Por este medio haremos que el pueblo ame a la libertad : no pagará nada y lo administrará todo. » Cuando Anacharsis Cloots, el 20 de octubre precedente, había propuesto medidas análogas no fué escuchado. Las ideas habían cambiado en el espacio de dos meses. Esta vez Cambon fué frenéticamente aplaudido y su proyecto fué aprobado sin discusión.

Los decretos del 19 de noviembre y del 15 de diciembre resumen la política exterior de la Gironda. Son complementarios el uno del otro. El primero acuerda protección a los pueblos, el segundo condiciona esta protección con una aclaración que será siempre de aplicación preliminar : los pueblos aceptarán la dictadura revolucionaria de Francia.

Para que una tal política estuviera acompañada del éxito era preciso que el gobierno que la formulaba tuviera la fuerza precisa para imponerla a los pueblos que no la habían reclamado, a las potencias enemigas cuya integridad territorial rompía, a los neutros, en fin, a quienes amenazaban en sus más vitales intereses. Dicho de otra manera : hubiera sido preciso que el ejército francés fuera un instrumento dócil y en manos de la Gironda y un instrumento de tal modo potente que resultase capaz de destruir las resistencias de casi la Europa entera.

Puede preguntarse si la guerra universal que, en germen, estaba contenida en estos dos decretos, era la consecuencia de la marcha fatal de los sucesos. Hay que confesar que la Gironda intentó, por un momento, negociar la paz, tratando con Prusia y con Austria. Pero ella sólo hubiera podido tratar con éxito con los

reyes al solo y único precio de haber adoptado en el proceso de Luix XVI una actitud clara y resuelta. Si, desde el primer día, hubiese invocado el interés nacional para perdonar al rey; si hubiera declarado, con valentía, que su proceso impediría la paz; si desde los primeros momentos de la proclamación de la república no le hubiera faltado valor para aconsejar la conducción del rey a la frontera, entonces tal vez le hubiera sido factible llevar a feliz éxito las negociaciones entabladas. La paz resultaría posible a base del mantenimiento del *statu quo*. Austria y Prusia aspiraban sólo a salir honrosamente del avispero de Francia para ocuparse de sus intereses en Polonia, amenazados por Rusia. Pero la Gironda no tuvo el coraje necesario para obtener la paz al solo precio con que podía lograrse. Es cierto que se hubiera visto obligada no sólo a reclamar la impunidad para Luis XVI, sino también a renunciar al propagandismo revolucionario que tanto y tan alto había celebrado.

Por lo que hace a la Montaña, que un año antes se había opuesto decididamente a la guerra, con Robespierre a su cabeza, si intentó moderar la actuación girondina, en la práctica de su política anexionista, si dejó oír algunas advertencias clarividentes, si Marat protestó en su periódico contra la anexión de Saboya, se abstuvo, sin embargo, de formular proposiciones precisas y concretas en oposición a la política de la Gironda. Y ¿cómo lo hubiera podido hacer, cuando instaba con premuras el proceso de Luis XVI, y cuando acogía en sus filas a los tráfugas de la Gironda, tales como Anacharsis Cloots, el abogado de los refugiados políticos y el apóstol de las anexiones?

Puede afirmarse, para concluir, que las luchas de los partidos contribuyeron tanto como el desarrollo de la situación exterior a impedir la paz y a intensificar la guerra.

CAPÍTULO VII

La primera coalición

Por sus decretos del 19 de noviembre y de 15 de diciembre, la Convención creyó fortificar la posición de Francia en los países ocupados, ligando a su causa a las masas de oprimidos. Los sucesos pusieron de relieve que sólo se lograba el efecto contrario. Las poblaciones se asustaron del « poder revolucionario » que se les imponía. Vieron, sólo, en él, un medio de expoliación de sus riquezas, un instrumento de arbitrariedad y de dominación y un atentado a su independencia.

En Bélgica, la mayor parte de los cuerpos administrativos provisionales, creados en el momento de la conquista, estaban compuestos de antiguos estatistas. Quisieron enarbolar en Bruselas los colores brabantones. Al prohibírseles respondieron con grandes manifestaciones. La que tuvo lugar el 7 de diciembre terminó en una seria refriega. Cuando fué conocido el decreto del 15 de diciembre, numerosos vonckistas sumaron sus protestas a las de los estatistas. Los que componían la administración del Hainaut declararon a la Convención, en una comunicación fechada a 21 de diciembre, que el poder revolucionario anunciado no sería nunca a sus ojos otra cosa « que un poder usurpado, el poder de la fuerza ». La resistencia se hizo, poco a poco, casi unánime, por entrar en juego, en ella, los intereses ma-

teriales. Nadie quería recibir los asignados en curso forzoso y eran muchos a los que lesionaba el secuestro de los bienes del fisco y de la Iglesia.

Ante esta resistencia imprevista, ciertos ministros, como Lebrun y Roland y algunos diputados, inspirados por Dumouriez, como Brissot, Guadet y Gensonné, se preguntaron si no era cosa de volver hacia atrás y anular el decreto del 15 de diciembre. Pero los comisarios en el ejército de Bélgica, particularmente Camus, Danton y Delacroix, sostenidos por Cambon y Clavière, exigieron la aplicación inmediata del decreto, incluso por la fuerza, en caso de necesidad. Este desacuerdo entre los elementos dirigentes, hizo perder un tiempo precioso y se lo dió a las masas de oposición para ponerse de acuerdo. La Comisión diplomática, dirigida por Brissot, retardó cuanto pudo — más de un mes —, el nombramiento de los agentes que el Comité ejecutivo debía enviar a Bélgica para proceder a las elecciones y a los secuestros. Estos agentes no salieron de París sino después de mediar enero. Pero Cambon forzó todas las resistencias dirigiéndose a la Convención, que le dió la razón, en 31 de enero.

Entonces el decreto del 15 de diciembre se ejecutó, pero por la violencia. Simulacros de asambleas populares deliberaron, a la sombra de las bayonetas, sobre la unión del país a Francia. No se atrevieron los comisarios, como se había hecho en Saboya, a convocar a una asamblea general de toda Bélgica. Las reuniones se hacían población por población y tuvieron lugar en el transcurrir del mes de marzo y en medio de una efervescencia amenazadora que se traducía por medio de atentados en contra de nuestros soldados, en Brujas, y por gritos subversivos en todas partes. Ya, el 17 de febrero, los comisarios en Bélgica habían advertido a la Convención que si las fuerzas francesas sufrían algunos descalabros «suponian cierto que las visperas

sicilianas sonarían, en contra de los franceses, en toda Bélgica, sin que los patriotas belgas, que bastante tendrían que hacer con mirar por ellos, pudieran prestarles socorro alguno ».

El país renano, formado por más de veinte Estados y señoríos diferentes, entrecruzados los unos con los otros, no sentía tan vivamente como Bélgica el patriotismo local. Pero sufría los males de la guerra. Los campesinos se quejaban de las tasas, de las requisas, de las prestaciones personales. Los sacerdotes les atemorizaban con el infierno si rompían el juramento que les ligaba a los antiguos príncipes, cuya vuelta predecían. Nadie quería los asignados. Temían que la unión a Francia les impusiera el servicio militar al que todos tenían horror. Bien pronto sólo quedaron fieles a Francia los miembros más comprometidos de los clubs de las ciudades y aun éstos, en algunos sitios como en Maguncia, se dividieron.

El decreto del 15 de diciembre sólo pudo aplicarse mediante la fuerza. Los comisarios de la Convención, Reubell, Merlin de Thionville y Haussmann, violaron la neutralidad del ducado de Deux-Ponts y lo hicieron ocupar, el 8 de febrero, por el general Landremont. El duque tuvo que huir y pudo salvarse; pero su ministro, de Esebek, fué conducido a la prisión militar de Metz, llevándole seguidamente a París, en donde, muy pronto, se le reunieron los príncipes de Linange. Los clubistas, apoyados por destacamentos de soldados, se dirigieron a las campiñas para dirigir las elecciones. Las abstenciones fueron muy numerosas. En algunos lados hubo conatos de resistencia, a los que se puso fin por detenciones y deportaciones en masa a más allá del Rhin. Y, ello no obstante, poblaciones enteras se negaron a prestar el juramento. Hubo levantamientos parciales cuando se supo el retroceso de los franceses en Bélgica. Nombrada en estas condiciones la Conven-

ción renana, que se reunió en Maguncia el 17 de marzo, votó, cuatro días más tarde, después de un discurso de Forster, la unión del país a Francia.

Los otros territorios conquistados fueron anexionándose por procedimientos análogos. El Porrentruy, convertido ya en república rauraciense, en el mes de diciembre, se transformó en departamento de Monte Terrible, el 23 de marzo, a pesar de la oposición de los bailiatos alemanes y aun de muchas poblaciones francesas.

Niza había sido anexionada por decreto del 21 de enero de 1793. A las reservas formuladas por Ducos, había respondido Lasource, convertido entonces a la política de Cambon, que los Alpes eran la frontera de la república y que, desde luego, la rada de Villefranche era indispensable a los franceses en caso de una ruptura con Inglaterra. Los habitantes de Niza, cada día más, se convertían en hostiles a Francia. El burgo de Sospello se sublevó en el mes de marzo. La población de los campos no era más segura. Se asesinaba a nuestros correos. Los hombres procedentes de la recluta militar, que recibían el nombre de *Salmonetes*, se reunían en bandas y eran el terror de las cercanías de las poblaciones.

Los propios saboyanos, tan unánimes en octubre, comenzaban a dar muestras de tibieza y de desafección.

Tales eran los amargos frutos de la política imperia- lista en los países ocupados. Desde luego, tal política nos enajenó numerosas simpatías en los países neutrales y servía de pretexto a los Gobiernos absolutos para ejercer una vigilancia y una represión cada día mayor y cada vez más rigurosa, sobre los periódicos y los libros sospechosos de propagar los principios franceses. Los más timoratos de los escritores extranjeros, que habían, al principio, aplaudido a la Revolución, se apartaron de ella como escandalizados. Así Klopstock,

Wieland, Koerner, Stolberg, Schlosser, en Alemania; Arturo Young y Watson, en Inglaterra; Alfieri y Pindemonte, en Italia. No les faltaban los pretextos; pero las matanzas de septiembre y el suplicio de Luis XVI, fueron los más frecuentemente invocados. Aquellos que, a pesar de todo, nos siguieron fieles, como los alemanes Fichte y Reuchardt y los ingleses Wordsworth, Coleridge, Godwin y Robert Burns, hubieron de refugiarse en el anonimato y el silencio o resignarse a las persecuciones.

Después de la conquista de Bélgica, que le parecía una amenaza para la independencia de Holanda, Pitt comenzó, poco a poco, a separarse de la política de neutralidad que, hasta entonces, había impuesto a la corte y a una gran parte de sus colegas de Gabinete. El 13 de noviembre hizo saber al estatúder que, en caso de invasión del territorio holandés por los franceses, el Gobierno inglés cumpliría todos sus deberes de aliado. La invasión por él temida no se producía; pero el 16 de noviembre el Comité ejecutivo proclamó la libertad del Escalda y, poniendo esta declaración seguidamente en vigor, una escuadrilla francesa remontó hacia las bocas del río y apareció ante Amberes. Constituía esto una manifiesta violación del tratado de Munster, confirmado muchas veces en el correr de los tiempos. Los partidarios de la guerra en Inglaterra poseían ya un motivo preciso y una razón en contra de Francia. Había ésta violado la neutralidad holandesa, garantizada por los tratados. El decreto del 19 de noviembre, que prometía amparo y protección a los pueblos que se sublevaran, les proporcionaba una segunda razón.

Los liberales ingleses se habían felicitado de las victorias francesas. Sus sociedades políticas — Sociedad de la Reforma Constitucional — habían enviado diputaciones a la Convención para presentarle comunicaciones entusiastas con millares de firmas recogidas,

casi todas, en los distritos manufactureros. A las dos diputaciones que comparecieron en la barra el día 28 de noviembre el presidente de la Asamblea, que lo era a la fecha Gregoire, respondió de una manera imprudente: «Las sombras de Pym, de Hampden, de Sidney, vuelan sobre vuestras cabezas y, sin duda, se acerca el momento de que los franceses vayan a felicitar a la Convención nacional de la Gran Bretaña.» Todos los ingleses que tendían a la monarquía, y eran numerosos, vieron en estas demostraciones la prueba de que Francia sostenía la agitación en su país y preparaba en él una Revolución.

Pitt convocó a las Cámaras a sesión extraordinaria para el día 13 de diciembre, y el discurso de la Corona reclamó el voto de medidas de defensa contra los mal intencionados, en el interior, y de armamentos para prevenirse contra las amenazas de expansiones francesas. En vano el agente secreto de Lebrun, Maret, recibido por Pitt el 2 y el 14 de diciembre, explicó que el decreto del 19 de noviembre no tenía el carácter que se le había atribuido y que no se aplicaría sino sólo a las naciones en guerra con Francia. Pitt siguió desconfiando, máxime cuando Lebrun quiso obligarle a seguir la negociación por medio de Chauvelin, nuestro embajador oficial, al que la corte no reconocía tal carácter desde el 10 de agosto. Después Lebrun estuvo desafortunado. Dando cuenta, el 19 de diciembre, del estado de nuestras relaciones con Inglaterra, intentó distinguir el ministerio inglés de la nación inglesa y amenazó con excitar a ésta en contra de aquél. Pitt repelió vivamente la ofensa y la amenaza y el 26 de diciembre y con toda facilidad hizo votar el *Alien bill*, bill de excepción, contra los extranjeros residentes en Inglaterra, que los colocaba bajo la vigilancia de la policía, dificultaba sus cambios de residencia y que permitía expulsarlos. Seguidamente Lebrun protestó contra esta violación

del tratado de comercio de 1786, que garantizaba a los franceses residentes en Inglaterra los mismos derechos que se reconocían a los ingleses residentes en Francia. Pitt tuvo por no hecha la protesta y embargó los cargamentos de trigo con destino a Francia.

Al tener noticias del suplicio de Luis XVI, la corte de Inglaterra vistió de luto y Chauvelin recibió la orden de abandonar seguidamente el país. Ya la Convención, ante un informe de Kersaint, había acordado, el 13 de enero, se armaran 30 navíos y 20 fragatas. Sin embargo, hasta el último momento, Lebrun y la Comisión diplomática intentaron mantener la paz. Maret volvió a Londres e intentó ver a Pitt. Parece ser que estaba autorizado, si hemos de creer a Miles, el agente de Pitt, a prometer que Francia devolvería todas sus conquistas sobre el Rhin y que se contentaría con la independencia de Bélgica, transformada en república. Maret podía aun dejar entrever que Francia estaba dispuesta a buscar el medio para volver sobre su acuerdo de anexionarse Saboya. Pitt se negó a recibir a Maret y se abstuvo de tomar la iniciativa en la declaración de guerra. Brissot la hizo votar a la Convención, a la vez contra Inglaterra y Holanda, el 1.º de febrero.

Esta vez era imposible imputar la guerra a las intrigas monárquicas. Pitt y Grenville no se dejaban guiar por preferencias políticas. El conflicto que surgía era enteramente de otro orden. Pertenecía al viejo estilo de las guerras por cuestiones de intereses, de las guerras para el mantenimiento del equilibrio europeo. Como en los tiempos de Luis XIV y Luis XV, los mercaderes de la *City*, de los que Pitt era el intérprete, no podían soportar que Amberes estuviera en poder de Francia. Y, por otra parte, los convencionales veían en la guerra en contra de Holanda, sobre todo, un medio de realizar una operación financiera, adueñándose de la Banca

de Amsterdam. Brissot tenía razón cuando advirtió a sus compatriotas que se empeñaba un verdadero duelo a muerte. La guerra no era, como antes, una lucha en contra de los reyes, de los nobles y de los sacerdotes, sino una guerra de nación a nación. Los reyes, tal vez alguna vez, pudieran tratar con la Francia revolucionaria; la nación inglesa sería la última en deponer las armas.

La ruptura con España no tuvo el mismo carácter que la ruptura con Inglaterra. Fué una verdadera cuestión de punto de honor monárquico y familiar la que la provocó. El rey Carlos IV y su indigna mujer eran personas pacíficas, porque su tesoro estaba vacío y porque la guerra perturbaría su tranquilidad. Carlos IV había intentado, sin éxito, salvar a su primo Luis XVI, negociando con Francia un mutuo desarme. Después del 21 de enero, el encargado de asuntos de Francia, Bourgoing, recibió del primer ministro Godoy, amante de la reina, una advertencia de que se abstuviera de visitarlo. Bourgoing le hizo remitir una nota de Lebrun en la que éste reclamaba una repuesta definitiva sobre la cuestión del desarme que había sido iniciada por España. La respuesta fué entregarle sus pasaportes. La Convención votó la guerra por aclamación el día 7 de marzo, a continuación de un informe de Barère. « Un enemigo más para Francia, dijo Barère, no es sino un triunfo más para la libertad. » La Convención hablaba a los reyes el lenguaje del Senado romano.

La corte borbónica de Nápoles había rehusado reconocer a nuestro agente diplomático Mackau. Su representante en Constantinopla había informado mal al sultán sobre Semonville, embajador que la república se proponía enviarle en reemplazo de Choiseul-Gouffier, que se había pasado a la emigración. Seguidamente nuestra escuadra de Tolón se presentó ante Nápoles.

Fernando IV, que reinaba en las Dos Sicilias, era tan envilecido como el Borbón que reinaba en España. Su mujer, María Carolina, hermana de María Antonieta, se deshonraba públicamente con el primer ministro Acton. La pareja real comenzó a temblar en cuanto, el 17 de diciembre de 1792, vió aparecer a la flota francesa. Se sometió a cuanto se solicitó de ella. « ¡ Hasta un Borbón en el número de los vencidos ! ¡ Los reyes están aquí a la orden del día ! » exclamó el presidente de la Convención, Treilhard, cuando el granadero Belleville le entregó los triunfales despachos de Mackau.

El Pontífice había hecho encarcelar a dos artistas franceses, alumnos de nuestra Escuela en Roma, Chinnard y Rater, a pretexto de que pertenecían a la masonería y por la emisión de palabras mal sonantes. Se dió orden a nuestra flota de hacer un crucero sobre las costas de los Estados de la Iglesia a su regreso de Nápoles. El Papa se apresuró a poner a los artistas en libertad. Pero el secretario de Mackau, Hugon de Bassville, que había marchado a Roma para dar valor a nuestros compatriotas, fué asesinado, el 13 de enero, por el populacho, que quiso, al día siguiente, quemar el barrio de la Judería por considerar a sus habitantes cómplices de los franceses. La Convención adoptó al hijo de Bassville y ordenó se tomara una venganza ostentosa de su asesinato. Pero la escuadra de Tolón acababa de sufrir un acerbo fracaso en Cerdeña, en donde había intentado desembarcar tropas en la Magdalena. Fué preciso dejar para más tarde el vengar el asesinato de Bassville.

Un mes después surgieron las « Vísperas sicilianas de Francfort », incidente que servía, también, para mostrar que, en la lucha que iba a enpeñarse, la Francia revolucionaria sólo podía contar con ella misma. Los pueblos no estaban maduros para la revuelta. Francia expiaba su avance espiritual sobre las demás

naciones. Cuando las operaciones militares recomenzaron, no tenía ya aliados. Y aun debía sentirse muy satisfecha con haber conservado la neutralidad de los suizos, de los escandinavos y de los Estados italianos. Sola contra las más grandes potencias de Europa, jamás, aun en los tiempos de Luis XIV, se había visto obligada a sostener lucha tan gigantesca, pues en los tiempos de Luis XIV, en los momentos más críticos había, al menos, tenido a su lado a España. Pero con Luis XIV se batía para sostener el orgullo de una casa real. Esta vez no era sólo su independencia lo que entraba en juego, sino su dignidad nacional, su derecho a gobernarse ella misma y, sobre todo, las inmensas ventajas que había obtenido de su Revolución.

CAPÍTULO VIII

La traición de Dumouriez

Las fronteras naturales, conquistadas en el otoño de 1792, fueron perdidas, en algunas semanas, durante la primavera de 1793. Toda Bélgica estaba evacuada a fines de marzo, después de la derrota de Neervinden, y la orilla izquierda del Rin sufría la misma suerte algunos días más tarde. A primeros de abril no poseíamos más allá de la frontera del NE. sino la plaza de Maguncia sitiada. ¿Cómo explicar tan rápidos reveses después de los prodigiosos éxitos que les habían precedido?

A causa de la falta de Dumouriez, que había rehusado el hacer marchar sus soldados hasta el Rin, las fuerzas de Custine estaban separadas del ejército de Bélgica por una zona de territorio que ocupaban los austriacos y prusianos. Éstos avanzaban, como una cuña, entre los dos principales ejércitos franceses, a todo lo largo del Mosela, desde Coblenza al Luxemburgo. Tenían, así, una posición central muy fuerte que les permitía maniobrar por líneas interiores.

A más, los coligados habían aprovechado el respiro que les concedió Dumouriez para aumentar sus efectivos y reafirmar sus alianzas. Federico Guillermo ardía en deseos de vengar la derrota de Valmy y dió orden a sus generales de colaborar más estrechamente con los austriacos.

En la fase precedente, los ejércitos franceses habían vencido gracias a su superioridad numérica y a las complicidades de una parte de las poblaciones belgas y renanas. Esta doble ventaja había terminado. Mal alimentados y mal vestidos, gracias a los robos de los proveedores protegidos por Dumouriez, muchos voluntarios, haciendo uso de la facultad que les confería la ley, se habían vuelto a sus hogares. Libre el territorio de invasores, creyeron terminada su misión. Los ejércitos franceses no tenían superioridad moral sobre los ejércitos contrarios y, a más, perdieron, también, según apuntamos, la superioridad numérica.

El 1.º de diciembre contaban con unos 400 000 hombres. El 1.º de febrero de 1793 apenas si tenían 228 000. El ejército de Bélgica estaba, tal vez, menos completo que los otros. « Hay batallones de voluntarios, dice Dubois Creancé, el 7 de febrero, que no cuentan con más de 100 hombres. » Había compañías compuestas de 5 números. Los que quedaban eran pobres diablos o profesionales que se entregaban al pillaje y al merodeo y que, sin ser precisamente modelos de disciplina, se batían aún como bravos.

¡ Si, al menos, el gobierno y el mando estuvieran unidos ! Pero jamás las divisiones y las rivalidades habían sido más agudas entre los hombres que dirigían al Estado. El Comité de Defensa general, creado el 1.º de enero de 1793 era demasiado numeroso — veinticuatro miembros —, deliberaba en público y era una verdadera greguería. El Consejo ejecutivo, que le estaba subordinado, no acababa de tomar resolución alguna. Los asuntos se eternizaban en sus despachos. Los generales, orgullosos con sus victorias, eran menos obedientes cada vez. Custine, largo tiempo respetuoso, empezaba a imitar a Dumouriez, y en sus cartas a Lebrun denunciaba también la supuesta incapacidad de Pache. Lebrun dejaba que escribiera sin hacer

comprender al general que debía reportarse a la disciplina y a las conveniencias. Dumouriez permanecía en París desde el 1.º al 26 de enero, dedicado a intrigas ambiguas, durante el proceso del rey. Si Cambon, al que trató de engañar, permanecía irreducible, Danton, Cloots y los jefes girondinos le prestaban el más cordial apoyo. Danton no esperó a más allá que al 21 de enero para tomar posiciones en contra de Pache, si bien alegando medidas hipócritas. A pretexto de que el ministerio de la Guerra era demasiado pesado para un solo hombre, Pache fué dimitido el 4 de febrero y reemplazado por Beurnonville, el amigo e instrumento de Dumouriez, al que se añadieron seis adjuntos que se repartieron los diferentes asuntos y servicios. La administración de la guerra estaba, pues, en plena reorganización en las vísperas mismas de volver a reemprender las hostilidades. Era esto el desorden en marcha. Los generales, habiendo hecho desaparecer a Pache, no estaban, tampoco, muy dispuestos a mostrarse dóciles con su sucesor. Custine no era amigo de Beurnonville.

Una de las grandes debilidades del ejército consistía en encontrarse dividido en regimientos de línea y en batallones de voluntarios, gozando, cada uno de estos dos diversos elementos constitutivos, de distinto estatuto, lo que hacía mostrarse celosos los unos de los otros. Los voluntarios elegían a sus oficiales y gozaban de mayor soldada, estando sometidos a una disciplina menos rigurosa. Para hacer cesar esta molesta dualidad de reclutamiento y de legislación, Dubois Creancé, propuso, el 7 de febrero, una reforma profunda, que recibió el nombre de *la amalgama*, y que consistía en reunir en un mismo cuerpo, que se denominaría « media brigada », dos batallones de voluntarios con un regimiento de línea. Los soldados de línea obtendrían las mismas ventajas y los mismos derechos que los voluntarios. Como éstos, concurrirían, también, a los empleos

vacantes. Un tercio de las plazas les sería reservado y para los otros dos tercios los nombramientos se harían mediante un ingenioso sistema de elección : cuando un empleo estuviera vacante, los hombres de los grados inmediatamente inferiores designarían tres candidatos, entre los cuales elegirían los oficiales o suboficiales del grado a proveer. Así el ejército sería « nacionalizado », animado de un mismo espíritu, provisto de iguales derechos y sometido a las mismas leyes. Las tropas de línea se penetrarían del espíritu cívico de los voluntarios y éstos se avezarían al contacto de los soldados veteranos. Todos los generales, salvo Valence, se mostraron hostiles a la reforma. La mayor parte de los girondinos y el propio Barère la combatieron desde la tribuna. A pesar de todo, la reforma fué aprobada gracias a los votos de los montañeses y particularmente a los esfuerzos de Saint-Just, pero con una tardanza tal que le impedía ser puesta en vigor antes de los comienzos de la nueva campaña. No alcanzaría su práctica sino en el invierno de 1793-1794, y dió los mejores resultados. Hasta que la reforma pudo aplicarse, voluntarios y tropas de línea quedaron separados.

A pesar de la inferioridad manifiesta en que las armas francesas se encontraban, la Comisión de Defensa general y el Comité ejecutivo adoptaron el plan de ofensiva preconizado por Dumouriez. Tratábase de una ofensiva a la desesperada. El general escribía, desde Amberes, el 3 de febrero : « Si el ejército de Bélgica no se adelanta al enemigo, está perdido. » Y añade : « Si se nos ayuda y, sobre todo, si se trata a los belgas con prudencia y fraternidad, me permito, aun, prometer la victoria ; si no sabré morir como soldado. » No tenía deseo alguno de morir, pero sí ansiaba que se tratase a los belgas con afecto, temiendo un levantamiento a la espalda de sus tropas. En tanto que dejaría a su derecha los cuerpos que mandaba Miranda, sitiando a

Maëstricht y guardando los pasos del Roer; mientras otros cuerpos de ejército, al mando de Valence, se situaban en el Meuse medio, dispuestos a hacer frente, ya a los austríacos del Luxemburgo, ya a los del Roer; él, Dumouriez, con un tercer ejército, llamado de Holanda o del Norte, se arrojaría, desde Amberes, sobre Holanda, siguiendo el bajo Meuse y en dirección recta hacia Dordrecht y Amsterdam. Los otros ejércitos del Rhin, del Mosela, de los Alpes, de Italia, de los Pirineos, permanecerían a la defensiva. Dumouriez explica en sus *Memorias* que si hubiera obtenido la victoria hubiera reunido Bélgica y Holanda en un solo Estado, del que pensaba proclamar la independencia, marchando luego sobre París para disolver la Convención y aniquilar al jacobinismo. Sólo conocían su proyecto cuatro personas entre las que se contaban, al decir de Miranda, Danton, Delacroix y Westermann.

El plan de Dumouriez tenía el defecto de dislocar las fuerzas, ya débiles, de la república en lugar de concentrarlas en un solo punto. Si Miranda cedía a la presión de los austríacos, sus comunicaciones estaban amenazadas y su expedición a Holanda dejaba de ser viable.

Al principio todo iba bien. Con 20 000 hombres entró en Holanda, el 16 de febrero, y se adueñó rápidamente de las tres plazas de Breda, Gertruydenberg y Klundert, que se rindieron casi sin resistencia. Pero el 1.º de marzo el ejército de Coburgo se lanzó sobre el ejército francés de Bélgica, disperso en sus acantonamientos del Roer, y lo sorprendió casi sin jefes. El desastre fué espantoso. Las tropas evacuaron Aix-la-Chapelle a la desbandada y sin combatir. Miranda hubo de levantar el sitio de Maëstricht casi precipitadamente. También fué evacuada Lieja en medio de un desorden inexplicable y Valence hubo de dedicarse, no sin trabajo, a recoger los restos de los demás ejércitos.

Después del desastre de que habían sido testigos. Danton y Delacroix regresaron a París, menos para sostener los espíritus que para sembrar la alarma. El 8 de marzo, Delacroix, desmintiendo brutalmente el optimismo de Beurnonville, trazó de la situación militar un cuadro sombrío que ratificó Danton. Hicieron adoptar a la Convención un acuerdo en virtud del cual se enviarían comisarios de la misma a las secciones de París y a los departamentos de Francia para activar el reclutamiento de 300 000 hombres, cuya leva acababa de acordarse. Aquella misma noche, en medio de una fiebre patriótica análoga a la que las había agitado a fines de agosto, a raíz de la toma de Longwy, se reunieron las secciones de París. Muchas, como la del Louvre, a instigación de un amigo de Danton, Desfieux, reclamaron la institución de un tribunal revolucionario para castigar a los agentes del enemigo en el interior. Carrier hizo la propuesta, en la Asamblea, al día siguiente, 9 de marzo. Danton la apoyó con todas sus fuerzas y la hizo adoptar a pesar de la oposición violenta de los girondinos. Aquella misma noche la agitación se intensificó en París. La Sociedad de los Defensores de la República, la sección de las Cuatro Naciones y el club de los Cordeleros, lanzaron un manifiesto amenazador en contra de Dumouriez y de los girondinos, a los que se hacían responsables de los reveses. Se formó un Comité insurreccional, que intentó arrastrar a su obra al club de los Jacobinos y al Ayuntamiento, que resistían. Grupos diversos saquearon las imprentas de la *Crónica de París* y de *El Patriota Francés*.

Al día siguiente, 10 de marzo, Danton subió a la tribuna para atacar al ministerio y pedir que fuera renovado y que pudieran entrar a formar parte de él los miembros de la Convención. Los jacobinos le acusaron de aspirar a la dictadura y su propuesta fué rechazada. A la noche se reprodujeron los disturbios. Agi-

tadores conocidos por sus relaciones con Danton intentaron sublevar las secciones. La lluvia, la negativa de Santerre y de Pache a secundar la insurrección, y la firme actitud de los federados del Finistère, dispersaron a los agitadores.

Los contemporáneos han creído que estas jornadas del 9 y del 10 de marzo habían sido organizadas por Danton de acuerdo con Dumouriez. En tanto que el primero acusaba a los ministros, desde la tribuna de la Convención, un agente del segundo, de Maulde, los atacaba en los Jacobinos. Danton, sin embargo, hacía un vivo elogio de Dumouriez, en tanto que los amotinados pedían su destitución y la expulsión de « los apelantes » de la Convención. Contradicción aparente y querida. Los revoltosos estaban conducidos por hombres como Desfieux y como Proli, que antes habían sido los más entusiastas encomiadores de Dumouriez y que mañana se mezclarían en sus turbias intrigas en las vísperas de su próxima traición. No se les creía sinceros cuando se les oía vituperar al general, que ellos mismos habían elevado hasta las nubes y con el que iban a entenderse al día siguiente. Se conocía su no claro pasado. Creyóse que, por dinero, estas gentes habían desempeñado el papel que Danton, que era quien les pagaba, habíales asignado.

Lo que acabó de dar cuerpo a las sospechas fué la actitud arrogante que adoptó Dumouriez en los momentos mismos de las revueltas. Valence, viéndose perdido, le había escrito el día 2 de marzo pidiéndole socorros : « Venid aquí, precisa cambiar el plan de campaña, los minutos son siglos. » Dumouriez no quiso darse por enterado. Pretendía que la mejor manera de defender Bélgica era seguir su marcha sobre Rotterdam. Cuando, el 10 de marzo, se puso, al fin, en marcha, para unirse a Miranda, siguiendo en ello órdenes expresas del Comité ejecutivo, partió solo, dejando en Holanda su ejército

que hubiera sido preciso para reparar el desastre. Y, en tanto que Danton infundía confianza a la Convención sobre sus actos, Dumouriez se conducía como dictador, colocándose fuera de las leyes. Por una serie de proclamas, que se sucedieron rápidamente, el 11 de marzo ordenó devolver la plata que se había tomado de las iglesias belgas, mandó que se cerraran todos los clubs, muchos de los cuales habían recibido, antes, sus visitas e hizo arrestar a varios comisarios del Comité ejecutivo, tales como Chépy. En una palabra, de un plumazo destruyó toda la obra revolucionaria llevada a cabo a partir del decreto de 15 de diciembre. Como los comisarios de la Convención, Camus y Treilhard, que se le unieron en Lovaina, le reprochaban su conducta, escribió el 12 de marzo una carta altamente insolente. Hacía responsable del desastre a los diversos departamentos del ministerio de la Guerra y declaraba que las reuniones populares se habían celebrado en Bélgica por el influjo y presión de los sables, y llegaba hasta evocar el recuerdo del duque de Alba. Su carta fué leída en el Comité de Defensa general el día 15 de marzo al mismo tiempo que un despacho de Treilhard y de Camus quienes llamaban la atención sobre los actos y amenazas del general que calificaban de « sucesos graves. » Barère pidió seguidamente al Comité se propusiera la acusación de Dumouriez. Pero Danton se opuso a esta medida que se imponía y que hubiera salvado al ejército. Dijo que Dumouriez tenía la confianza de los soldados y que su destitución sería desastrosa. El Comité se dejó convencer. Danton y Delacroix partieron para Bélgica. « Le curaremos o le agarrotaremos », habían dicho al partir. Palabras vanas.

Dumouriez, reuniendo las tropas de Valence y de Miranda, logró arrojar a los imperiales de Tirlemont, el 16 de marzo; pero dos días más tarde sufrió una grave derrota en Neervinden sobre el Geete. Sus fuerzas,

desmoralizadas, se batían en retirada hacia Bruselas, cuando Danton y Delacroix se le unieron, en Lovaina, la noche del 20 al 21 de marzo. Le pidieron se retractase de su carta del 12 de marzo a la Convención. Se negó a ello, esforzándose en enconar a sus interlocutores contra los girondinos. Todo lo que los comisarios obtuvieron de él fué un billete de unas líneas en que rogaba a la Asamblea no prejuzgase nada sobre su carta del día 12 de marzo antes de que ella conociese el resultado de sus conferencias con aquellos que se contentaban con tan poca cosa. En tanto que Delacroix seguía en el cuartel general, Danton regresaba a París para informar al Comité. Sobre este su retorno se cierne una extraña oscuridad. Hubiera debido darse prisa para estar en París y dar cuenta del desastre de Neervinden y de la rebelión del general. Y no apareció ante el Comité sino el día 26 por la noche, cuando, como máximo, sólo se tardaban dos días en hacer el trayecto Bruselas-París y constaba que había salido el día 21 de marzo, de madrugada. Durante cinco días desaparece y no hay quien lo encuentre. Dumouriez se aprovechaba de este respiro para arrojar la máscara y convertir su rebelión en traición. El 23 de marzo entró en relaciones con Coburgo, por conducto de su ayudante de campo Montjoye. Le expuso su proyecto de disolver la Convención por la fuerza y de restablecer la monarquía. Se comprometía a evacuar toda Bélgica y a entregar al enemigo las plazas de Amberes, Breda y Gertruydenberg. Esto fué inmediatamente ejecutado. El 26 de marzo Dumouriez se encontró en Tournai con tres jacobinos muy sospechosos, agentes secretos empleados por Lebrun. Eran Dubouisson, Pereira y Proli, que, como vimos, desempeñaron su papel en las revueltas del 9 y del 10 de marzo y que habían, muy probablemente, conferenciado con Danton antes de entrevistarse con Dumouriez. Según éste, tales tres hombres le propu-

sieron entenderse con los jacobinos para disolver la Convención. Según la versión de los comisionados fué Dumouriez quien hizo tal propuesta, que ellos rechazaron. En el curso de la conversión se trató de la libertad de la reina.

En tanto que Dumouriez conferenciaba en Tournai con estos tres sospechosos emisarios, Danton, aun este mismo día 26 de marzo, persistía en defenderle ante el Comité de Defensa general, en contra de Robespierre que reclamaba en vano su revocación inmediata. Sólo el 29 de marzo, por la noche, el Comité se decidió a tomar la medida que Danton había retrasado durante quince días. El Comité resolvió enviar al ejército cuatro nuevos comisarios, Camus, Quinette, Lamarque y Bancal, con el ministro de la Guerra, Beurnonville, para destituir al general Dumouriez y arrestarlo. Y los que resultaron arrestados fueron el ministro y los comisarios. Dumouriez los entregó al enemigo el día 1.º de abril, por la noche. Dos años permanecieron en cautividad.

Dumouriez intentó conducir a su ejército sobre París para restablecer la monarquía. Pero no habían sido arrestados todos los comisarios de la Convención. Los que habían permanecido en Lille le declararon fuera de la ley y relevaron a sus subordinados del deber de obedecerle. Le Veneur, que mandaba en el campo de Maulde, se apresuró a mandar a París a su ayudante de campo, Lázaro Hoche, para advertir a la Convención de las órdenes dadas por Dumouriez. Davout, que mandaba el tercer batallón de los voluntarios del Yonne, dió orden, el día 4, a sus soldados de disparar sobre el general. Éste, para escapar de las balas, tuvo que huir, a ña de caballo, hacia el campamento austríaco, y cuando el día 5 volvió al campo de Maulde, escoltado por dragones imperiales, su traición se hizo flagrante y sublevó en su contra a todo el ejército que, por su

propio impulso, se puso en marcha hacia Valenciennes. Dumouriez se refugió entre los austríacos, acompañándole Igualdad, hijo, Valence y un millar de hombres.

Los Comités creyeron que Dumouriez tenía cómplices en París y aun en la misma Convención. Reunidos, en la noche del 31 de marzo al 1.º de abril, los Comités de Defensa y de Seguridad general, hicieron arrestar a Felipe Igualdad y a su amigo el marqués de Sillery, ambos diputados. Invitaron al mismo tiempo a Danton para que regresase a París a fin de explicar la situación de Bélgica. Era esta invitación casi una citación en forma, ya que se empleaban los mismos términos que los usados en el asunto Igualdad-Sillery. Corrió el rumor de que Danton, también, había sido arrestado. Marat le reprochó aquella misma noche, en los Jacobinos, lo que él llamaba su imprevisión. El 1.º de abril, Lasource acusó claramente a Danton, en la Convención, de haberse puesto de acuerdo con Dumouriez para hacer prevalecer su golpe de Estado monárquico. Birotteau pretendió que Fabre de Eglantine había propuesto al Comité de Seguridad general restablecer la realeza. Ni Lasource, ni Birotteau, conocían las relaciones secretas que Danton había mantenido con el emigrado Teodoro Lameth y que éste ha contado después en sus *Memorias*. Danton echó mano de la audacia. De acusado se convirtió en acusador. Los amigos de Dumouriez, dijo, eran Brissot, Guadet, Bensonné, que se escribían con él con toda regularidad. Los amigos de la realeza eran aquellos que habían querido salvar al tirano, los que calumniaban a París, ciudadela de la Revolución. La Montaña cortaba sus violentos ataques con aplausos frenéticos. Marat apuntaba nuevas acusaciones: « ¿ Y las cenas, decía, a las altas horas de la noche ? » Y replicó Danton: « Sólo ellos han tenido cenas clandestinas cuando Dumouriez estaba en París. » Marat añadió: « Lasource, sí, Lasource, asistía a ellas. »

A lo que volvió a replicar Danton : « Sí, sólo ellos son los cómplices de la conjuración. » La maniobra dantoniana alcanzó éxito. El Comité de investigación, que los girondinos habían hecho votar al principio de la discusión, jamás llegó a formarse. En cambio, Danton y Delacroix entraron a formar parte del Comité de Salud pública, creado el 5 de abril, para sustituir al Comité de Defensa general y sobre nuevas bases. La Comisión que ahora se creaba se compondría de sólo nueve miembros, deliberaría en secreto y estaría revestida de poderes extraordinarios.

Un año más tarde los mismos montañeses que habían llevado a Danton en triunfo por haberlos vengado de la Gironda, repetirían en su contra las acusaciones de Lasource y Birotteau. Creyeron, también, en su complicidad con Dumouriez, y le hicieron comparecer, por realista, ante el Tribunal revolucionario.

La coalición había vengado sus desastres del año precedente. Sus ejércitos iban, otra vez, a llevar la guerra al propio territorio francés. Y, ante el inmenso peligro, Francia se desgarraba a sí misma. En la Vendée comenzaban las agitaciones.

CAPÍTULO IX

La Vendée

La insurrección, clerical y realista, que estalló en el departamento de la Vendée y limitrofes, el 10 de marzo de 1793, no es sino la manifestación suprema, el episodio más lamentable de las resistencias y de los descontentos que trabajaban a las masas populares de toda Francia. La fermentación fué, en efecto, casi general y, a no dudarlo, tuvo, en primer lugar, como causa razones de orden económico y social. Las razones de orden político y religioso vinieron seguidamente como consecuencia de las primeras. La abolición de la reglamentación de las subsistencias, por decreto del 8 de diciembre, y la muerte del rey, fueron seguidas por un rápido encarecimiento de todos los artículos y un recrudescimiento de la miseria.

En febrero, el asignado, por término medio, pierde la mitad de su valor. Todos los testimonios concuerdan en establecer que la desproporción entre los salarios y el precio de la vida se había agravado de un modo prodigioso.

El 25 de febrero, el diputado Chambon declara, sin que nadie le contradiga, que en Corrèze, el Alto Vienne y el Creuse, el pan negro vale de 7 a 8 sueldos la libra, y añade: « La clase indigente, en estos departamentos desgraciados, sólo gana 9 ó 10 sueldos por día, es

decir que su salario les permite justamente el comprar una libra de pan. En el Yonne, el precio del trigo ha triplicado y los salarios, aquí también, apenas si bastan para la compra de un pan.» Una prueba de que la alimentación absorbía casi por entero la jornada del obrero, se encuentra, según Porée, en que si ella corría a cargo del patrón o del cliente, su salario se reducía en dos tercios. El cerrajero que ganaba 3 libras, 10 sueldos, sin la comida, sólo percibía 1 libra, 10 sueldos, si estaba alimentado. La escasa paga que a la noche llevaba a su casa, apenas si, toda ella, era suficiente para el pan de la mujer y de los hijos.

Las poblaciones sufren más que los campos. En París la escasez era, casi siempre, el estado habitual. Las perturbaciones comenzaron después del proceso del rey. Las del 24, 25 y 26 de febrero, revisten una particular gravedad. Comienzan por una huelga de lavanderas que se quejan de no poder comprar jabón, cuyo precio había pasado de 14 a 22 sueldos la libra. Se saquean las tiendas de comestibles. Se tasan, revolucionariamente, los artículos de primera necesidad. Se suceden las peticiones amenazadoras, reclamando de la Convención el curso forzoso del asignado, la pena de muerte contra los acaparadores y el fijamiento de un máximo en los precios. Jacobo Roux, en los momentos agudos de la crisis, el 25 de febrero, justifica el pillaje de las tiendas de ultramarinos: «Pienso, dice al Ayuntamiento, que los tenderos no han hecho otra cosa que restituir al pueblo lo que, desde mucho tiempo, le estaba cobrando demasiado caro.»

En Lyon, la situación es más alarmante aún. El 26 de enero, 4000 tejedores de seda piden a la municipalidad el imponer a los fabricantes una tarifa de trabajo a destajo. Para resistir a los obreros, a los que el Ayuntamiento apoya, los fabricantes y los ricos se organizan. El alcalde girondino, Nivière-Chol, dimite. Es

reelegido el 18 de febrero y, en tal ocasión de las elecciones, el Club central, dirigido por Chalier, presidente del tribunal de distrito, es saqueado, la estatua de J. J. Rousseau, hecha pedazos, el árbol de la libertad, quemado. Los motines adquieren tal seriedad que la Asamblea envía a Lyon a tres comisarios: Basire, Rovère y Legendre, quienes ensayan vanamente mantener la balanza en su fiel al actuar entre los dos partidos, o más bien entre las dos clases en lucha. Los obreros, que pagaban el pan a 6 sueldos la libra, reclamaban un impuesto progresivo sobre el capital, al mismo tiempo que la tasa de los salarios y de los productos, y la institución de un ejército revolucionario para poner en práctica dichas tasas.

Sin esperar a que sus demandas se convirtieran en leyes, las autoridades locales, devotas al pueblo, y seguidamente los comisarios de la Convención obligados por el agujijón de la necesidad, tienen que ir delante de las peticiones de las masas. El distrito de Chaumont, a pesar de la ley del 8 de diciembre, continúa aprovisionando sus mercados por el camino de las requisas. En el Aveyron, los representantes, Bo y Chabot, someten a los ricos a un impuesto de guerra para alimentar a los necesitados. Saint-André, en el Lot, pone en vigor las leyes abrogadas, ordenando las declaraciones y requisas de granos.

Los comisarios, en sus informes, señalan, todos, el encarecimiento de la vida como la causa profunda de las alteraciones y de la desafección creciente de las poblaciones hacia el régimen. *Es imperioso hacer que el pobre pueda vivir si queréis que os ayude a acabar la Revolución*, decía Saint-André a Barère, el 26 de marzo. « En los casos extraordinarios sólo debe considerarse la gran ley de la salud pública. » Su carta es muy interesante porque subraya, al mismo tiempo que las razones económicas, las razones políticas del descontento general.

Éstas no son difíciles de definir. Las luchas violentas de girondinos y montañeses han propagado la incertidumbre, la desconfianza y el desaliento. Los propietarios no han hecho otra cosa que la de creer a los girondinos cuando, desde hace bastantes meses, les vienen asegurando que lo que los montañeses desean es incautarse de sus bienes.

Por temor a la anarquía y a la ley agraria, se van inclinando hacia la derecha. No están lejos de desear la vuelta de la monarquía, que comienza a aparecérselos como la más segura garantía del orden. Por lo que hace a los artesanos de las poblaciones y a los trabajadores de los campos, la penuria y la miseria en que se encuentran, les predispone a escuchar, alternativamente, las instancias de la reacción y los llamamientos de los que desean una nueva revolución. La formación de la primera coalición, seguida inmediatamente de los desastres de Bélgica y el Rhin, ha devuelto al partido realista la confianza y la energía. Tal es la atmósfera económica y moral en la que se incuba la insurrección de la Vendée, de la que la leva de los 300 000 hombres fué la señal.

Ante todo es preciso decir que la ley de reclutamiento, por su arbitrariedad, se prestaba a las más acerbas críticas. « En el caso de que la inscripción voluntaria, decía el artículo 11, redactado por Prieur de la Marne, no produjera el número de hombres fijado a cada Ayuntamiento, los ciudadanos estarán obligados a completarlo y, a este efecto, adoptarán, por mayoría de votos, los medios que encuentren más adecuados para ello. » « Sea cualquiera el medio que se adopte, decía el artículo 13, por los ciudadanos reunidos en asamblea para completar su contingente, el complemento será tomado de entre los jóvenes y viudos sin hijos, que cuenten de 18 a 40 años cumplidos. » Tanto valía todo esto como introducir la política y la cábala en la desig-

nación de los reclutas. El montañés Choudieu había llegado a proponer que los reclutas que faltaran para el contingente se designaran por elección. « Propongo la elección, dijo, porque supongo que los ciudadanos reunidos en elección para ello, escogerán con preferencia a los ricos, a aquellos cuyas familias están en la abundancia y pueden pasarse sin su trabajo, siendo de observar que los ricos, hasta la fecha, han hecho poco en pro de la Revolución y debía ser llegada la hora de que pagasen con sus personas. Después de todo es un honor el poder servir a su país, y como después se acuerda por un artículo que los designados como complementarios puedan buscar un sustituto, estimo que será un doble beneficio para los ciudadanos pobres el no ser escogidos en primer lugar, ya que, con la prima de sustitución que les entreguen los ricos, podrán ser útiles, desde el principio, a los suyos sin menoscabo del ya dicho honor de servir a su patria. » Infiel a los postulados de la Declaración de Derechos, la Convención se negó a imponer a los ricos el servicio personal y se vió a un montañés haciendo el elogio de las sustituciones.

Mas, este privilegio acordado a la riqueza no podía dejar de parecer abusivo e intolerable a un pueblo que había hecho, desde el 10 de agosto, tan grandes progresos en el sentimiento de la igualdad. Luego, dejando a la arbitrariedad de las mayorías el cuidado de designar los reclutas, la Convención entregaba el reclutamiento al libre juego de las pasiones políticas locales desencadenadas. Aun en los departamentos más patriotas hubo quejas y vivas resistencias provocadas por evidentes abusos. En el Sarthe, que, en agosto de 1792, había formado 14 compañías en vez de las 6 que ahora se le pedían, los jóvenes protestaron de la excepción establecida a favor de los funcionarios y de los casados. En muchos municipios quisieron que los adquirentes

de bienes nacionales, a quienes llamaban « los verdaderos favorecidos por la Revolución », fueran designados de oficio para ser los primeros en marchar. En casi todos los departamentos los abusos fueron muy graves. Allí donde los aristócratas tenían mayoría, los republicanos fueron los designados; en donde ocurría lo contrario, eran ellos los elegidos para cubrir el complemento. Existieron coaliciones de pobres y de ricos. No fué raro que en los departamentos partidarios del clero refractario, como en el Bajo Rhin, se designasen para partir a los curas constitucionales. Solamente en los municipios en los que las pasiones no estaban desencadenadas, se acudió al sistema del sorteo, que si bien recordaba a los antiguos tiempos, era menos expuesto a los abusos. En las poblaciones y en las villas, se acudió con frecuencia a imponer tasas a los ricos y a, con su producto, comprar hombres que completaran el contingente. Convencido de los inconvenientes de la ley, el departamento del Hérault, por su acuerdo del 19 de abril de 1793, queriendo cortar por lo sano, confió a un Comité especial formado por las autoridades, el derecho de designar los reclutas por medio de una requisita personal y directa. Una contribución establecida sobre los ricos permitía indemnizar a estos reclutas de tal modo designados. Este sistema de reclutamiento no había sido previsto por la ley, pero tenía la gran ventaja de poner el reclutamiento en las manos de las autoridades revolucionarias. Por ello la Convención, siguiendo un dictamen de Barère, lo aprobó, el 13 de mayo de 1793, y aun lo propuso como ejemplo a seguir. Numerosos departamentos como el Doubs, el Cher, el Allier y el Corrèze, así como el Alto Vienne, lo adoptaron. París mismo se sirvió de él cuando tuvo que designar 12 000 voluntarios para combatir en la Vendée. Cada uno de estos voluntarios, o para llamarlos por su verdadero nombre, cada uno de estos requisados, recibió una pri-

ma de 500 libras, razón por la cual fueron llamados « los héroes de a 500 libras ».

En el Oeste las resistencias a la ley sobre el reclutamiento provocaron una terrible insurrección. El día fijado para el sorteo, que lo fué el domingo 10 de marzo y siguientes, los campesinos se sublevaron simultáneamente, desde las costas del Oeste hasta las villas de Cholet y de Bresuire, al Este. Armados de mayales, de espetones, de algunos fusiles, frecuentemente conducidos por sus alcaldes, entraron en las villas a los gritos de : *¡ la paz ! ¡ la paz ! ¡ no más sorteos !* Los guardias nacionales fueron desarmados, los curas constitucionales y los municipales ejecutados sumariamente, los archivos y papeles oficiales quemados y las casas de los patriotas devastadas.

En Machecoul, antigua capital del país de Retz, las matanzas, ordenadas por un antiguo perceptor de gabelas. Souchu, duraron más de un mes y causaron 545 víctimas. El presidente del distrito, Joubert, hubo de sufrir que le cortaran las manos por las muñecas, antes de ser muerto a golpes de horca y de bayoneta. Hubo patriotas que fueron enterrados vivos. En un solo día, el 25 de abril, 50 burgueses, atados dos a dos y formando cuerda, fueron fusilados en una pradera vecina.

El campesino vendeano mataba con alegría : al burgués revolucionario que había encontrado frecuentemente en los reales de las ferias, al señor del que sentía el desprecio indulgente, al incrédulo que iba al club satánico, al hereje que oía las misas condenadas. « Tal era el furor popular, dice el clérigo refractario Chevalier, que bastaba haber asistido a la misa de los intrusos para ser desde luego preso y seguidamente muerto a golpes de maza o fusilado, a pretexto, como en el 2 de septiembre, de que las cárceles estaban llenas. »

A la cabeza de las primeras bandas figuraban antiguos soldados, contrabandistas, especialmente de sal,

viejos empleados en las gabelas que se convirtieron en enemigos de la Revolución al suprimir ésta sus destinos, ayudas de cámara de los nobles. Los jefes eran, al principio, hombres del pueblo : en los Mauges, el carretero Cathelineau, sacristán de su parroquia ; el guardabosques Stofflet, antiguo soldado ; en el Marais bretón el peluquero Gastón, el agente Souchu y el practicante Joly. Los nobles, mucho menos religiosos que sus aparceros, sólo aparecieron más tarde y muchos de ellos después de ser rogados insistentemente : el cruel Charette, antiguo subteniente de navio, en el Marais ; el caballeroso Bonchamp, en los Mauges ; también aquí, D'Elbée, un sajón naturalizado francés en 1757 ; en Bocage un antiguo teniente coronel, Royrand, el guardia de corps Sapinaud, Baudry de Asson y Du Retail ; en el Poitou propiamente dicho, Lescure y La Rochejaquelein. Pero éstos fueron los últimos en unirse a la revuelta y lo hicieron a principios de abril, después de la traición de Dumouriez, que fué el hecho que los decidió.

Los sacerdotes refractarios abandonaron, casi seguidamente, los sitios en que se ocultaban y fueron a inflamar el celo de los combatientes. Uno de ellos, el abate Bernier, tomó asiento en el Consejo del ejército católico y real. Otro, el aventurero Guillot de Folleville, se hizo pasar por obispo, *in partibus*, de Agra y presidía, con esta cualidad, los *Tedéum*.

Los rápidos éxitos de los sublevados no se explican solamente por el fanatismo y la sed del martirio que los animaba. Habitaban un país de acceso difícil ; un verdadero bosque cortado por setos y vallados, favorable a las emboscadas, casi desprovisto de rutas y caminos, en el que las aglomeraciones eran raras, estando la población diseminada en una multitud de alquerías aisladas. Los burgueses patrióticos que habitaban las escasas poblaciones, no constituían sino una minoría bastante pequeña.

La acción de los sacerdotes sobre el levantamiento es cosa que no puede negarse; pero hemos de confesar que sólo fué indirecta. Apenas si la cuarta parte de los que desempeñaban funciones eclesiásticas, al promulgarse la constitución civil del clero, había prestado el juramento constitucional. Una gran porción de parroquias no habían podido ser provistas en sacerdotes no refractarios. Una congregación de misioneros, los Muletins, cuyo principal asiento radicaba en el corazón del Bocage, en San Lorenzo sobre el Sèvre, había organizado multitud de peregrinaciones en 1791 y 1792, produciéndose varios milagros en diversas ermitas. Al sublevarse, el campesino vandeano quería no solamente evitar el odioso servicio militar, sino también batirse por su Dios y por su rey. Los revoltosos enarbolaron, casi desde los primeros momentos, un Sagrado Corazón de pañete, que llevaban, también, encima de sus chupas cortas. La jacquería tomó el aspecto de cruzada.

A los comienzos de su campaña, los campesinos se lanzaban al asalto poniendo delante de sí, a modo de muro protector viviente, los prisioneros que antes había hecho. Hábiles en ocultarse y buenos tiradores, utilizaban, especialmente, el sistema de guerrillas, procurando adelantarse a los *azules* y envolverlos con las líneas de sus tiradores. Los nobles que los mandaban habían tomado parte en otras guerras. Y así supieron adueñarse de los puntos estratégicos, hicieron cortar los puentes, tratando de establecer el orden y la disciplina en la barahunda de sus hombres. Organizaron consejos de parroquia y de distrito, una contabilidad y reservas. Se procuraron armas, cañones y equipos, en las poblaciones que habían tomado por sorpresa. Intentaron reclutar, de entre los desertores republicanos y de entre los prisioneros, como un esbozo y núcleo de ejército permanente. Pero nunca y sólo imperfectamente, lle-

garon a coordinar sus esfuerzos. Charette era rebelde a toda disciplina y no quería salir de su Marais. Los otros jefes tenían celos los unos de los otros. Para ponerse de acuerdo nombraron generalísimo al santo de Anjou, Cathelineau, que sólo fué un jefe nominal. Los campesinos sentían abandonar sus parroquias y les producía repugnancia el alejarse de sus campos. Desde luego la intendencia fué siempre embrionaria. Cuando el campesino había consumido sus víveres, se veía en la necesidad de dejar el ejército. Así, los jefes experimentaron siempre grandes trabajos para organizar operaciones extensas, seguidas y metódicas. Y se hubieron de reducir a golpes de mano. Esto salvó a la república.

A las primeras noticias que tuvo del movimiento, la Convención votó, el 19 de marzo, un decreto terrible que castigaba con la pena de muerte a todos los rebeldes que fueran aprehendidos con las armas en la mano, ordenando, también, la confiscación de sus bienes. El voto fué unánime. El propio Lanjuinais hizo agravar el primitivo texto que, por el contrario, encontró Marat demasiado severo. Pero los girondinos, en su conjunto, afectaron no tomar la sublevación muy en serio. Con anterioridad habían intentado ocultar la gravedad de las derrotas de Bélgica. Brissot, en su periódico, intensificó la campaña en contra de los anarquistas, y en el número del 19 de marzo presenta a los vandeanos como muñecos puestos en movimiento por los emisarios secretos de los montañeses, ellos mismos agentes de Pitt. La Gironda descuidaba la vigilancia de los revolucionarios y no parecía dispuesta a sacrificar sus odios ante el interés nacional.

La defensa de las fronteras, muy comprometidas, consumía casi todo el ejército de línea. No pudo destacarse a la Vendée, en los primeros momentos, más que un regimiento de caballería, alguna, poca, artillería y la legión 35 de gendarmería, compuesta de antiguos guar-

días franceses y de vencedores de la Bastilla. La mayor parte de las fuerzas republicanas, que no pasaron de 15 000 ó 16 000 hombres, se componían de guardias nacionales, reclutados, precipitadamente, en los departamentos vecinos.

Afortunadamente, los burgueses de los puertos se defendieron seria y victoriosamente. Los de Sables d'Olonne rechazaron dos veces, el 23 y el 29 de marzo, los asaltos furiosos de los rebeldes. Los de Pornic y los de Paimbeuf hicieron lo mismo. Así la Vendée no pudo comunicarse con Inglaterra, ni con los príncipes, quienes, por ello, ignoraron toda la importancia de la rebelión.

Después de las victorias de Cathelineau y de Elbée, en Chemille, el 11 de abril; de La Rochejaquelein, en los Aubrais, el 13 de abril; del ejército de Anjou, en Coron, el 19 de abril; después, sobre todo, de la capitulación del general republicano Quétinau, en Thuars, con 4000 fusiles y 10 cañones, el Consejo ejecutivo se decidió, al fin, a enviar al Oeste tropas regulares. Primero la legión del Norte, mandada por Westermann; después batallones especiales, formados por la elección de seis hombres por compañía, verificada en todos los cuerpos del ejército, obteniéndose, así, dos divisiones: la de las costas de Brest, al Norte del Loire, al mando de Canclaus, y la de las costas de la Rochela, al Sur, a las órdenes de Biron.

Pudo temerse en los primeros tiempos, que el incendio se extendiera a toda Francia. Los realistas realizaron grandes esfuerzos para así conseguirlo con ocasión del reclutamiento. En Ille y Vilaine, por el 20 de marzo, se formaron numerosos grupos y bandas armadas al grito de: *¡ Viva el rey Luis XVII, los nobles y los curas !* En el Morbihan, la situación fué más crítica aún. Dos jefes de distrito: los de La Roche-Bernard y Rochefort, cayeron en poder de los insurgentes, quienes cometieron

con ellos verdaderos horrores. Afortunadamente, los comisarios de la Convención, delegados por el decreto de 9 de marzo, Sevestre y Billaud-Varenne, estaban ya en su puesto cuando estalló la revuelta y desplegaron tal vigor que los campesinos fueron vencidos por los guardias nacionales en las poblaciones de Redon y Rochefort, quedando arrestados sus jefes. La Vendée bretona fué, así, aniquilada al nacer. Más tarde debía revivir al calor de la chuanería.

En el Indre y Loire, Goupilleau y Tallien tuvieron que recluir a todos los sacerdotes perturbadores y a los hombres sospechosos y concentrar a todos los parientes de los emigrados en la capitalidad del distrito. En Vienne se formaron grupos que hubo que disolver por medio de la fuerza. En el Bajo Rhin, país muy fanático, hubo una sublevación grave en Molsheim, que duró dos días: el 25 y el 26 de marzo. Pero fué en el Lozère y en los departamentos vecinos en donde, después que en la Vendée, el realismo se manifestó con más brío. Los mismos y sacerdotes y nobles que habían ya dado pábulo, a fines de 1790 y 1791, al campo de Jalès; los priores Claudio Allier y Solier, el antiguo constituyente Marcos Charrier, organizaron, a fines de mayo, una tropa de 2000 hombres que tuvo en confusión y en desorden a la campaña durante muchos días. Por poco tiempo, Marvéjols y Mende cayeron en su poder y los burgueses patriotas de estas poblaciones fueron víctimas de la matanza y el pillaje. Rápidamente se dirigieron al lugar de los sucesos refuerzos sacados del ejército de los Pirineos y los republicanos volvieron a sus pueblos casi seguidamente. Prendieron a Charrier y se vengaron de él mandándolo al cadalso.

La Vendée y las revueltas realistas con ella conexas, tuvieron sobre el desarrollo ulterior de la Revolución las más graves consecuencias. Los republicanos, aterrados, abandonaron en gran número al partido giron-

dino, al que repugnaban las medidas de energía, y se pasaron al partido montañés, que parecía, cada día más, el partido de la resistencia revolucionaria. Los mismos montañeses tuvieron que evolucionar hacia la izquierda. Hasta entonces se habían mostrado hostiles a las tasas pedidas por los *rabiosos*. El propio Marat había atacado a Jacobo Roux con ocasión de las revueltas ocurridas en París, con motivo de las subsistencias, el 25 de febrero. Los montañeses se dan cuenta de la gravedad de la crisis económica. Para mantener su contacto con las masas, adoptan, un poco, sin duda, de mala gana, y hacen votar la mayor parte de las medidas propuestas por los *rabiosos*: primero el curso forzoso del asignado — el día 11 de abril —, después la fijación del precio máximo para los trigos, el 4 de mayo.

Y no fué solamente en el dominio económico, sino también en el político, en donde se sucedieron las medidas extraordinarias o revolucionarias. Para tener a raya y vigilar a los aristócratas y a los agentes del enemigo, se crearon, el 20 de marzo, los Comités de vigilancia, que serán los proveedores del Tribunal revolucionario, creado diez días antes. Para permitir a los representantes en misión vencer todas las resistencias se aumentarán sus poderes y se les convertirá en próconsules, en dictadores.

La Vendée tuvo por contrapartida al Terror. Pero el Terror sólo podía funcionar en manos montañesas, ya que ellas habían creado sus resortes y, a más, los habían creado en su provecho. La Vendée aceleró, también, la caída de la Gironda.

CAPÍTULO X

La caída de la Gironda

Las derrotas de Bélgica y el Rhin, la traición de Dumouriez, la insurrección de la Vendée, exasperaron la lucha entre la Gironda y la Montaña. Los dos partidos, cada uno al otro, se acusaban de traición. Lasource había lanzado la acusación contra Danton, en la trágica sesión del 1.º de abril. Danton y los jacobinos la recogieron para lanzarla contra sus adversarios.

El día 5 de abril, los jacobinos invitaron a las sociedades que les eran filiales a que hicieran caer sobre París una verdadera lluvia de peticiones en demanda de la destitución, de la nueva consulta al pueblo, de aquellos convencionales que habían traicionado a éste, olvidando sus deberes y tratando de salvar al tirano. La idea de lo que pudiera llamarse revisión de poderes de los que recibían el nombre de *apelantes*, no era nueva. Ya los amotinados del 10 de marzo, los Varlet, los Defieux, los Fournier, o, dicho de otro modo, los *rabiosos*, la habían formulado en diversas ocasiones. Pero, hasta la fecha de que estamos hablando, los peticionarios habían encontrado, siempre, la repulsa de los montañeses. Las cosas parecen cambiar y cinco días después de la acusación de Danton por Lasource ponen de parte de la idea de la revisión todo el peso de su autoridad. Es fácil de conjeturar que entre los *rabiosos* y los ja-

cobinos hubiera mediado Danton para tratar de establecer un acuerdo que entendía necesario. Y este acuerdo se fortificó rápidamente. Los jacobinos y los montañeses para lograr el apoyo de los *rabiosos*, en contra de los girondinos, se adhirieron a la idea de que debía fijarse un precio máximo para los granos.

La invitación de los jacobinos de fecha 5 de abril era, por sus consecuencias, un acto grave. Hasta entonces habían sido los girondinos los que habían tomado la iniciativa de las demandas de exclusión contra sus adversarios; contra Robespierre, contra Marat, contra Danton. Ahora es la Montaña la que, a su vez, toma la ofensiva. Y ella tiene, en la ocasión presente, detrás de sí a los agitadores del populacho, a los jefes de las revueltas anteriores, a los guías habituales de las muchedumbres famélicas.

Si la posición moral de la Gironda había sufrido ya fuertes quebrantos a causa de los repetidos desastres de su política interior y exterior, la parlamentaria era, aún, muy fuerte. Sin duda que no estaba ya en posesión exclusiva del gobierno. El Comité ejecutivo que en los primeros días había ella formado su imagen y semejanza, había sido, casi totalmente, renovado. Roland hubo de abandonar la cartera al día siguiente del suplicio del rey, y su sucesor, Garat, es un hombre prudente que evita el comprometerse. Gohier, que desempeñaba el ministerio de Justicia, desde el 20 de marzo, no es más decidido que Garat. El sucesor de Beurnonville en Guerra, el coronel Bouchotte, es otro Pache que puebla sus oficinas de *rabiosos*. En fin, el nuevo ministro de Marina, Dalbarade, nombrado el 10 de abril en reemplazo de Monge, había sido designado por Danton.

La Gironda sólo puede contar como a su entera devoción con Clavière y con Lebrun que dirigen, respectivamente, los ministerios de Hacienda y de Negocios.

extranjeros. No olvidemos que el Consejo ejecutivo no tiene el poder de decidir, que se encuentra estrechamente subordinado al Comité de Salud pública, al que tiene que rendir cuentas, y que el Comité de Salud pública, nombrado el 5 de abril, había escapado de las manos de la Gironda. De los nueve miembros que lo componen al principio siete pertenecían al Centro y los otros dos, Danton y Lacroix, a la Montaña, y aun el último de éstos es un adherido recentísimo al partido jacobino.

Es, pues, el Centro — aquellos que se las daban de independientes, aquellos que rehusan el casarse con las pasiones de los otros dos partidos — quien tiene en su poder al gobierno. Barère y Cambon son sus jefes. Votan con la Montaña siempre que se trata de adoptar medidas enérgicas para obtener la salud de la república. En cambio, desconfían, con desconfianza invencible, del Ayuntamiento de París y de Danton, que fué frecuentemente su inspirador. En casi todas las votaciones en que se trata de cuestiones de personas o en que la política parisiense está en juego, votan con la Gironda. Y así se llega a que la Gironda, que no tiene en el gobierno sino representación bien escasa, tenga mayoría en la Asamblea. Antes de la traición de Dumouriez la Convención elegía sus presidentes, con alguna frecuencia, de entre los hombres del Centro; después del 1.º de abril y hasta el 31 de mayo todos los presidentes que se suceden son girondinos: Lasource el 18 de abril, Boyer-Fonfrède el 2 de mayo, Isnard el 16 de mayo. Y es que la circular de los jacobinos del 5 de abril dió por resultado el de amedrentar a la Llanura y el de hacerla revolverse desconfiada contra la Montaña. Cuando la Gironda, para salvar al rey, había recurrido a los departamentos, la Llanura le volvió la espalda y votó con la Montaña en contra de la apelación al pueblo. Ahora es la Montaña la que quiere dirigirse a las asam-

bleas primarias para pedirles excluyan a los girondinos de la Convención y la Llanura, fiel a ella misma, le volvió a su vez la espalda, como en la ocasión anterior lo había hecho con la Gironda. La Llanura da como razón la de ser representante y defensora del interés público en frente de las facciones.

La Montaña estaba debilitada con la marcha de 86 comisarios a la recluta de los 300 000 hombres. Casi todos estos comisarios se habían elegido de entre sus bancos con la intención premeditada, dirán los montañeses, de alejar de la tribuna a algunos de sus mejores oradores. Es de notar que el 14 de marzo escribía Brissot en su periódico: « En la Convención nacional la ausencia de cabezas de las más efervescentes permite deliberar con más tranquilidad y, como consecuencia, con más vigor. » Y, sin embargo, la Gironda no debía alegrarse de la partida de los comisarios montañeses, pues éstos — la Gironda no lo veía —, iban a lograr, con tal medida, ponerse en contacto con sus antiguos partidarios de los departamentos, disipar en éstos sus prevenciones contra París y atraerlos, poco a poco, a su partido.

La Gironda hubiera podido despreciar la circular de los jacobinos del 5 de abril; pero estaba impaciente no sólo de justificarse de la acusación de complicidad con Dumouriez, sino de aprovechar la ocasión, que creían propicia, para abatir a sus rivales. En los montañeses sólo veían agentes enmascarados del duque de Orleans y el arresto de Felipe Igualdad como cómplice de Dumouriez les infundió confianza.

El 12 de abril, Guadet fué a la Convención a dar lectura de la circular de los jacobinos, fecha 5 del citado mes, y, luego de hacerlo, pidió el decreto de acusación contra Marat, que la había firmado en su calidad de presidente del club. Después de violentos debates, la acusación fué aprobada por 226 votos contra 93 y

47 abstenciones, en votación nominal, celebrada el día siguiente. ¡ Triunfo sin precedentes ! Pero los jueces y los jurados del Tribunal revolucionario estaban todos afiliados a la Montaña. El Ayuntamiento y numerosas secciones parisienses se manifestaron en favor de El Amigo del Pueblo, lo mismo que muchos clubs de provincias, tales como los de Beaune y los de Auxerre. Un enorme gentío acompañó a Marat hasta el Tribunal. Interrogado, por pura fórmula, fué absuelto el 24 de abril, con pronunciamientos en la sentencia, altamente elogiosos. La multitud le coronó de flores y le llevó, sobre sus hombros, hasta su escaño de diputado, desfilando por en medio de la Convención. Marat se hizo popular y más temible que nunca. La represión girondina, impotente, no había hecho otra cosa que estimular el ardor de las represalias.

El 15 de abril, dos días después de acordarse el decreto de acusación contra Marat, 35 secciones parisienses, de 48, acompañadas de la municipalidad con el alcalde Pache a la cabeza, hicieron acto de presencia ante la Convención para deducir una amenazadora acusación contra 22 jefes girondinos de los más notables: Brissot, Guadet, Vergniaud, Gensonné, Grangeneuve, Buzot, Barbaroux, Salle, Birotteau, Petion, Lanjuinais, Valazé, Lehardy, Louvet, Gorsas, Fauchet, Lasource, Pont coulant, etc. La petición había sido leída por el joven Rousselin, notoriamente conocido por sus relaciones con Danton. Por ello Lasource no tardó en acusar a éste como redactor de la lista de los 22.

Los girondinos replicaron a la petición de las secciones proponiendo por boca de Lasource y de Boyer-Fonfrède, que se reuniesen las asambleas primarias para pronunciarse sobre todos los diputados sin distinción. El propio Vergniaud hizo que se desechase tal propuesta como peligrosa. Ella hubiera podido generalizar la guerra civil.

La Gironda realizó un supremo esfuerzo para lograr mayoría, aun en el propio París, y para oponer, de nuevo, los departamentos a la Montaña.

Petion, en una *Carta a los Parisienses*, publicada a fines de abril, requirió a todos los hombres de orden para la lucha: « Vosotros, propietarios, estáis amenazados y cerráis los ojos al peligro. Se excita a la guerra entre los que tienen y los que no tienen y no hacéis nada para prevenirla. Algunos intrigantes, un puñado de facciosos, os imponen la ley, os hacen objeto de medidas violentas e inconsideradas y no tenéis el valor de resistirlas, no os atrevéis a presentaros en vuestras secciones para luchar contra ellos. Veis cómo todos los hombres ricos y pacíficos abandonan París, veis cómo París se va aniquilando y permanecéis tranquilos... Parisienses, salid, al fin, de vuestra letargia y haced entrar a estos insectos venenosos en sus guaridas... » El mismo Petion, un año antes, en una *Carta a Buzot*, había, contrariamente, exhortado a ricos y a pobres, a las dos fracciones del Tercer estado, a unirse contra el enemigo común. Pero, para Petion, el enemigo no era ya la aristocracia, sino la anarquía.

Su llamamiento cayó en un terreno abonado. Los ricos estaban desesperados por los sacrificios pecuniarios de que se les hacía objeto con ocasión de los reclutamientos. Los Comités revolucionarios, nuevamente instituidos, comenzaban a funcionar y los sometían a una vigilancia rigurosa y a repetidas vejaciones. Se hicieron presentes en las asambleas de sección, intentaron adueñarse de las mesas presidenciales de ellas, el hacer entrar en los Comités revolucionarios a personas afectas a ellos y el librarse de los impuestos de guerra de que los descamisados les habían recargado. Durante la semana, los obreros, retenidos por suso cupaciones, no tenían posibilidad de frecuentar las reuniones políticas. Los ricos se aprovecharon de ello para hacerse de

la mayoría en muchas secciones, entre ellas las de Butte des Moulins, Mail, Campos Eliseos, etc. En el Luxemburgo y en los Campos Eliseos hubo manifestaciones de « petimetres » contra el reclutamiento. El periódico de Brissot les felicitó por haber protestado contra « los decretos inicuos de la municipalidad ».

Pero los descamisados se rehicieron. Se prestaron mutua ayuda de una a otra sección. Y fueron vigorosa y hábilmente sostenidos tanto por los jacobinos cuanto por el Ayuntamiento. Éste ordenó numerosos arrestos. Se dedicó, al mismo tiempo, a reanimar los gloriosos recuerdos de la época del 10 de agosto. Habiendo muerto uno de los vencedores de la Tullerías, Lazowski, antiguo inspector de manufacturas y capitán de los artilleros del barrio de Saint-Marceau, el Ayuntamiento celebró en su honor, el domingo 18 de abril, imponentes funerales de los que fué ordenador el pintor David. Los funerales de Lazowski sirvieron de ocasión para pasar revista a las fuerzas montaÑesas.

Robespierre, que no era un ideólogo sino un espíritu realista, muy atento a las menores manifestaciones de la opinión, había comprendido, desde el primer día, que no podía vencerse a la Gironda sino interesando directamente a los descamisados en la victoria. A fines de abril había dado lectura, primero en los Jacobinos, luego en la Convención, de una declaración de derechos que subordinaba la propiedad al interés social, lo que legitimaba, teóricamente y como consecuencia debida, la política de las requisas tan amada por los *rabiosos*. Contra « los calzones dorados », como ellos se llamaban y que se esforzaban en dominar las secciones, Robespierre no cesó de excitar a la multitud de los trabajadores. « Teneis aristócratas en las secciones, les decía desde la tribuna de los Jacobinos el día 8 de mayo, ¡Echadlos! Tenéis que salvar a la libertad, proclamad los derechos de ella y poned en esto todo vuestro

vigor. Existe un pueblo inmenso de descamisados, puros y vigorosos que no pueden abandonar el trabajo, haced que se lo paguen los ricos.» Y aconsejaba a las secciones el formar, a expensas de los ricos, como se había hecho en el departamento del Herault, un ejército revolucionario que sirviera de contención, y en caso necesario de defensa, para los aviesos y mal intencionados. Pidió, también, en el mismo discurso, el arresto de los sospechosos y, para facilitar a los proletarios el cumplimiento de sus deberes cívicos, que se indemnizara a los indigentes de todo el tiempo que hubieran de pasar en las asambleas de sección. El mismo día, 8 de mayo, Robespierre había propuesto en la Convención el guardar como rehenes a los sospechosos y pagar a todos los pobres que tuvieran que formar la guardia de estos detenidos.

Esta política social, expuesta por Robespierre con una notable precisión, era una política de clase. Bajo la Constituyente y la Legislativa, los descamisados habían puesto gratis sus brazos al servicio de la burguesía revolucionaria en contra del antiguo régimen. Habían pasado los tiempos del fervor idealista. Los descamisados habían visto enriquecerse a los burgueses con la compra de los bienes nacionales o vendiendo sus mercancías y productos a precios exorbitantes y se han aprovechado de la lección. No quieren que se les siga engañando. Creen que la Revolución debe alimentar a los que la han hecho y a los que la sostienen.

Robespierre no es sino el eco de la voz popular. La política social, el plan de organización asalariada de los proletarios, que él desarrolló en los Jacobinos, el día 8 de mayo, había sido ya expuesto por los demócratas lioneses amigos de Chalier, algunos días antes. Éstos, el 3 de mayo, lograron arrancar al departamento del Ródano y Loire un decreto que ordenaba la formación de un ejército revolucionario, compuesto

de 5000 hombres y pagados a razón de 20 sueldos diarios, mediante un impuesto extraordinario de 5 millones que habían de pagar los ricos. Chaliér pensaba alistar en este ejército a todos los obreros en paro forzoso. Es verosímil que Robespierre, que conocía al revolucionario lionés, fuese seguidamente informado de la medida. Pero en tanto que en París los descamisados obtuvieron ventaja en su actuar, en Lyon ocurría todo lo contrario. Y es que en Lyon los ricos tenían de su parte al departamento, que puso gran lentitud y mala voluntad en formar el ejército revolucionario que no existió nunca más que en el papel. Los girondinos lioneses no mostraron repugnancias en aliarse con los antiguos aristócratas. Gracias a su refuerzo llegaron a apoderarse de la mayoría de las secciones y de los Comités revolucionarios, anulando así la acción de la municipalidad montañesa, que tuvo que dimitir.

En París ocurrió de otra manera porque los descamisados, sostenidos por el Ayuntamiento y por el departamento, lograron mantenerse en posesión de los comités revolucionarios, es decir, de los órganos de vigilancia y de represión.

Los girondinos no solamente triunfaron en Lyon sino que se hicieron, también, dueños de los poderes locales de numerosas poblaciones comerciales, especialmente en Marsella, Nantes y Burdeos.

En Marsella, como en Lyon, los girondinos se aliaron con los aristócratas. Dueños de las secciones, protestaron de la destitución del alcalde Mouraille y del procurador del Ayuntamiento Seytres, declaradas inconsideradamente por los representantes Moisés Bayle y Boissel. Habiendo triunfado en un golpe de mano en contra de la Casa municipal, expulsaron de Marsella a los ingenuos representantes que fueron víctimas de su maniobra. Formaron un tribunal revolucionario que se dedicó a actuar en contra de los montañeses.

En Nantes y en Burdeos, por el contrario, la proximidad de la Vendée impidió la alianza de girondinos y aristócratas. La burguesía comercial, que sabía sería víctima del pillaje y de la matanza si los campesinos vandeanos vencían, permaneció fiel a la república. Pero dirigió a la Convención comunicaciones amenazadoras en contra de los anarquistas de la Montaña.

Es imposible dudar de que la resistencia o, aun más bien, la ofensiva girondina en los departamentos no haya sido resultado de un plan concertado en el mismo París por los diputados del partido. Vergniaud escribía a los bordeleses, el 4 y el 5 de mayo, cartas vehementes para reprocharles su indiferencia y llamarles a su socorro. « Si es preciso os encarezco acudáis a la tribuna para venir a defendernos. Es llegado el tiempo de vengar a la libertad exterminando a los tiranos. ¡ Hombres de la Gironda, levantaos ! Llenad de terror a nuestros Marios. » El llamamiento fué escuchado y atendido y los bordeleses enviaron seguidamente una delegación a París para que leyese en la barra de la Convención una violenta filípica contra los anarquistas, y Vergniaud consiguió que se imprimiera y fijara en los sitios públicos de las poblaciones todas de Francia. Barbaroux dirigió a los amigos suyos de Marsella cartas semejantes a las que Vergniaud escribía a sus compatriotas.

La resistencia girondina dificultaba, cada vez más, la acción de los representantes en el interior. Empezaba ya a tomar las formas del federalismo, es decir, del particularismo local en lucha contra el poder central. Garrau decía de Agen, el 16 de mayo : « No es raro oír decir, aun públicamente, que, pues París quiere dominar, es preciso separarse y formar Estados particulares. De aquí la dificultad de procurar armas a los reclutas que marchan a las fronteras. Nadie quiere deshacerse de ellas. » La lucha de clases se sobreponía a las necesidades patrióticas. Dartigoyte e Ichon, el 23 de mayo,

se quejaban, desde Lectoure, de la mala voluntad de las autoridades departamentales del Gers. Levasseur y sus colegas denunciaban, el 26 de mayo, las malquerencias del departamento del Mosela y sus indulgencias para con los enemigos de la Revolución. La lucha de los dos partidos paralizaba la defensa revolucionaria. Precisaba poner un fin a tal situación.

A principios de mayo la Gironda dispuso definitivamente su plan de campaña. Destituiría a las autoridades de París, llevaría de los departamentos fuerzas armadas para contrarrestar cualquier posible resistencia, se retiraría a Bourges en caso de mal éxito. ¡Plan absurdo! Destituir a las autoridades de París era correr el peligro de que se adueñaran del Ayuntamiento, en nuevas elecciones, los *rabiosos* quienes, por voz del lionés Leclerc, se quejaban ya, en los Jacobinos, de la blandura y debilidad de los montañeses. Empeñar la lucha con el Ayuntamiento era una locura cuando éste tenía en sus manos la única fuerza organizada, es decir la guardia nacional, y los Comités revolucionarios de sección. Contar con el concurso de los departamentos era una esperanza vana, cuando la recluta de los 300 000 hombres había levantado tantas resistencias, cuando la burguesía mostraba tantas repugnancias a alistarse. El plan girondino se puso en práctica sin embargo.

El 17 de mayo, el Ayuntamiento, tomando por base la dimisión de Santerre, que anunciaba su marcha a la Vendée, nombró para reemplazarle provisionalmente en la jefatura suprema de la guardia nacional a Boulanger, comandante segundo jefe de una de las secciones más revolucionarias, la del Mercado del Trigo, de la que había partido la iniciativa de la célebre petición del día 15 de abril, contra los 22. El mismo día, en los Jacobinos, Camilo Desmoulins hacía aplaudir su *Historia de los Brissotinos*, sangriento folleto en el cual, atendiendo sólo a los más ligeros indicios, se presentaba

a los girondinos como agentes asalariados de Inglaterra y de Prusia. Seguidamente, al día inmediato, 18 de mayo, Guadet denunció a la Convención a las autoridades de París, « autoridades anarquistas ávidas, a la vez, de dinero y de dominación ». Propuso su fulminante cese dentro de las inmediatas veinticuatro horas y la sustitución de la municipalidad por los presidentes de las secciones. Propuso, en fin, la reunión, en Bourges, de los diputados suplentes para reemplazar a la Convención en el caso de que ésta fuera violentada. Barère, en nombre del Comité de Salud pública, se interpuso en la discusión. Estimó impolíticas las medidas propuestas por Guadet. Si el Ayuntamiento conspiraba en contra de la Convención, lo que era preciso era investigar la conducta del Ayuntamiento y solicitó se nombrara, a este efecto, una Comisión de doce miembros.

La Comisión de los doce no se compuso casi nada más que de girondinos, muchos de los cuales, como Boyer-Fonfrède, Rabaut, Saint-Etienne, Kervélégan, Larivière, Boilleau, etc., habían sido colocados en el número de los veintidós acusados como traidores por el Ayuntamiento. La Comisión comenzó seguidamente sus investigaciones. En el curso de una reunión de delegados de los Comités revolucionarios, celebrada en la alcaldía, uno de los asistentes a ella, llamado Marino, propuso el matar a los veintidós. Pache rechazó tal propuesta con indignación. Pero el incidente se hizo público por haberlo denunciado a la Convención la sección girondina de la Fraternidad y sirvió de pretexto para que la Comisión de los doce tomara medidas de rigor. Ordenó, el día 24 de mayo, que todos los Comités revolucionarios le presentaran sus libros registros. Ello era prelude de una instrucción judicial contra los más ardientes revolucionarios. El mismo día, la Comisión hizo votar, sobre un informe de Viger, un decreto que anulaba el nombramiento irregular del sustituto de

Santerre, ordenando que el más antiguo de los jefes de batallón ejerciera el mando. El decreto reforzó la guardia de la Convención y fijó las 10 de la noche como hora a la que debían cerrarse las asambleas de las secciones.

Una vez este decreto votado, que lo fué, por cierto, sin gran resistencia por parte de la Montaña, la Comisión de los doce hizo arrestar a Hebert por un artículo del *Padre Duchesne*, en el que acusaba a « los hombres de Estado » de haber organizado el pillaje de las panaderías y tiendas de comestibles, provocando así el desorden, para luego tener ocasión de acusar a los parisien-ses. Varlet, apóstol de la Igualdad, que desde hacía muchos meses no dejaba de excitar al pueblo en contra de la Gironda, fué aquella misma noche a reunirse con Hebert en la prisión, lo mismo que Marino. Dos días más tarde, Dobsen, presidente de la sección de la *Cité* y juez en el tribunal revolucionario, fué, también, arrestado, así como el secretario de su sección, por haber negado a la Comisión de los doce la investigación de sus libros registros. Un nuevo decreto, votado el 26 de mayo, destituía al Comité revolucionario de la sección de la Unidad y prohibía a los Comités de vigilancia el tomar, desde entonces, el nombre de revolucionarios, limitando sus funciones a la vigilancia de los extranjeros y encargando al ministro del Interior el que instruyera un expediente sobre sus actuaciones.

Estas medidas de represión desencadenaron la crisis que estaba latente desde la traición de Dumouriez. El Ayuntamiento y las secciones montańesas se solidarizaron, seguidamente, con Hebert, con Varlet, con Marino, con Dobsen. El 25 de mayo, el Ayuntamiento se presentó a reclamar la libertad de su sustituto. « Las detenciones arbitrarias, dijo el Ayuntamiento, son, para los ciudadanos que las sufren, coronas cívicas. »

Isnard, que presidía la Convención, dió a los peticionarios una respuesta tan declamatoria como desafortunada: «Escuchad las verdades que voy a deciros... Si alguna vez la Convención fuera vilipendiada, si alguna vez, por una de esas insurrecciones, que, desde el 10 de marzo, se renuevan sin cesar y de las que nunca los magistrados obligados a ello dieron aviso a la Convención, si por estas insurrecciones, siempre renacientes, se llegara a atentar contra la representación nacional, os declaro, en nombre de Francia entera, que París sería arrasado; bien pronto se buscaría, en las riberas del Sena, si París había existido.» Era ello renovar, contra la villa revolucionaria, las amenazas de Brunswick.

Desde que la respuesta de Isnard fué conocida, la agitación aumentó en París. El 26 de mayo, el club de mujeres republicanas revolucionarias, que presidía Clara Lacombe, se manifestó en las calles a favor de Hebert. Dieciséis secciones parisienses reclamaron de la Convención su libertad. Por la noche, en los Jacobinos, Robespierre, que hasta entonces había siempre mirado con repugnancia todo atentado en contra de la integridad parlamentaria y el llevar a la Convención la unión por la violencia, excitó al pueblo a la rebelión: «Cuando el pueblo está oprimido, cuando no le queda más que él mismo, sería una vergüenza que no le aconsejara el insurreccionarse. Cuando todas las leyes son violadas, cuando el despotismo llega al colmo, cuando se pisotean la buena fe y el pudor, el pueblo debe sublevarse. Y tal momento ha llegado.» Los jacobinos se declararon en abierta rebelión contra los diputados corrompidos.

La intervención de Robespierre y de los jacobinos fué la gota de agua que hizo rebosar la copa. Al día siguiente, 27 de mayo, la Montaña, que había recobrado su energía, realizó un verdadero esfuerzo en la Conven-

ción. Marat pidió la destitución de la Comisión de los doce « como enemiga de la libertad y por tender a provocar la insurrección del pueblo, que está muy próxima por vuestra incuria en el problema de las subsistencias que ha permitido alcancen los géneros un precio verdaderamente excesivo ». La sección de la *Cité* compareció ante la Asamblea para solicitar la libertad de su presidente Dobsen y el decreto de acusación contra la Comisión de los doce. Isnard le replicó con una contestación altiva y burlona. Robespierre quiso intervenir, pero Isnard le negó la palabra y se produjo un enorme tumulto que duró algunas horas. Numerosas diputaciones estimularon el ardor de la Montaña. Esta, sola en la Cámara con la Llanura, votó a media noche una proposición de Delacroix por la que se anulaba el nombramiento de la Comisión de los doce y la libertad de los patriotas encarcelados. Hebert, Dobsen y Varlet entraron triunfalmente en el Ayuntamiento y en [sus secciones. No era ésta la única falta que la Gironda iba a cometer.

Se obstinó en su actitud. El 28 de mayo, Lanjuinais protestó contra el decreto, ilegalmente dado según él, que destituía a la Comisión de los doce. En votación nominal fué ésta restablecida por 279 votos contra 238. Danton comentó la votación en los siguientes términos: « Después de haber demostrado que tenemos más prudencia que nuestros adversarios, les probaremos, también; que tenemos más audacia y más vigor revolucionario. »

El mismo día, la sección de la *Cité*, la sección de Dobsen, convocaba a las otras secciones, para el día siguiente, en el Obispado, a fin de organizar la acción insurreccional. La reunión del Obispado, presidida por el ingeniero Dufourny, un amigo de Danton, que había sido el fundador del club de los Cordeleros, decidió nombrar un Comité insurreccional secreto, compuesto

de seis, luego de nueve miembros, a cuyas decisiones se prometió obediencia absoluta. Entre los nueve designados figuraban Dobsen y Varlet.

El 30 de mayo el departamento se adhería al movimiento y convocó, para el día siguiente, una asamblea general de las autoridades parisienses, a las 9 de la mañana, en el salón de los Jacobinos. Marat se presentó en el Obispado y el Comité insurreccional acordó que al día siguiente, desde primera hora, se hiciera sonar la campana de alarma.

La insurrección comenzó, pues, el 31 de mayo y se desarrolló bajo la dirección del Comité secreto del Obispado, según los métodos ya puestos en práctica el día 10 de agosto. A las 6 de la mañana los delegados de 33 secciones montañosas, conducidos por Dobsen, se presentaron en la casa Ayuntamiento, exhibieron los poderes ilimitados que les habían sido dados por sus comitentes y destituyeron al Ayuntamiento a la fecha imperante, cuyos miembros se retiraron a un salón próximo; después los delegados revolucionarios reintegraron provisionalmente a los destituidos en sus funciones. El Comité insurreccional, que seguía instalado en el municipio, prescribió al Ayuntamiento, reinvestido de la autoridad por el pueblo, las medidas a tomar. Fué la primera nombrar a Hanriot, comandante del batallón del Jardín de Plantas, jefe único de la guardia nacional parisiense. Se acordó que a los guardias nacionales pobres a los que se les obligase a estar en pie de guerra se les entregase un subsidio de 40 sueldos diarios. El cañón de alarma comenzó a funcionar al mediodía. La asamblea de autoridades convocada por el departamento y que, como indicamos, se celebró en el salón de los Jacobinos, acordó adherirse al Ayuntamiento y al Comité insurreccional y cooperar con ellos. El Comité elevó el número de sus miembros a 21 por la unión de los nombrados en la reunión de los Jacobinos. El Comité

de los 21 puso seguidamente a las propiedades bajo la salvaguardia de los ciudadanos.

Los girondinos amenazados sintieron miedo. Muchos no se atrevieron a dormir en sus domicilios la noche del 30 al 31 de mayo. Se abstuvieron de asistir a la sesión del día 30 de la Convención y su ausencia permitió a la Montaña adueñarse de la mayoría. Terminados los poderes de Isnard, el montañés Mallarmé fué elegido para la presidencia de la Cámara, el 30 de mayo, por 189 votos contra 111 que obtuvo Lanjuinais.

La Convención se reunió, el día 31 de mayo, entre el sonar de la campana de alarma y los toques de generala. Ésta vez los girondinos asistieron a la sesión en número mucho mayor que el día precedente. Protestaron del cierre de las barreras, y de los toques de la campana y del cañón de alarma.

La Asamblea flotaba desamparada cuando los peticionarios de las secciones y del Ayuntamiento aparecieron en la barra, a eso de las cinco de la tarde. Reclamaron la acusación de los 22 y de los 12, así como también la de los ministros Lebrun y Clavière, la creación de un ejército revolucionario central, el pan a 3 sueldos la libra en toda la república, mediante un impuesto sobre los ricos, el licenciamiento de todos los nobles que ocupasen grados superiores en el ejército, la creación de talleres de construcción de armas para armar a los descamisados, la depuración de todas las administraciones, el arresto de los sospechosos, el derecho de votar reservado, provisionalmente, sólo a los descamisados, abono de pensiones a los padres de los defensores de la patria, socorros a los inválidos y a los ancianos.

Estas peticiones constituían todo un programa de defensa revolucionaria y de medidas sociales. Una nueva diputación, compuesta por delegados de las autoridades parisienses y conducida por Lullier, se presentó, seguidamente, para protestar de las amenazas de Isnard

contra París. Los peticionarios penetraron en el recinto de la Asamblea y se sentaron al lado de los montañeses. La Gironda protestó contra esta intrusión y Vergniaud abandonó el salón con sus amigos, pero para volver a entrar casi seguidamente. Robespierre subió a la tribuna para apoyar la supresión de la Comisión de los 12, ya pedida por Barère, que había sido su creador; pero al hablar combatió la moción, también, presentada por el mismo Barère, que daba a la Convención el derecho de dirigirse directamente a la fuerza armada. Como Vergniaud le invitase a que terminara, Robespierre se volvió hacia él y le dijo: « Sí, voy a concluir y lo haré contra vosotros. Contra vosotros que, después de la revolución del 10 de agosto, habéis querido llevar a la guillotina a los que la habían realizado; contra vosotros que no habéis cesado de provocar la destrucción de París; contra vosotros que habéis querido salvar al tirano; contra vosotros que habéis conspirado con Dumouriez; contra vosotros que habéis perseguido con encarnizamiento a los mismos patriotas de los que Dumouriez pedía la cabeza... Y bien, mi conclusión es el decreto de acusación contra todos los cómplices de Dumouriez y contra todos aquellos que han sido designados por los peticionarios... » A este terrible apóstrofe Vergniaud permaneció callado. La Convención suprimió la Comisión de los doce y aprobó, a petición de Delacroix, el acuerdo del Ayuntamiento que concedía 2 libras por día a los obreros que permaneciesen sobre las armas. Las secciones montañesas fraternizaban, alrededor de las Tullerías, con la sección girondina de la Colina de los Molinos, acusada falsamente de haber enarbolado la escarapela blanca.

Esta jornada del 31 de mayo se acabó en medio del mayor equívoco. Aquella misma noche, en el Ayuntamiento, Chaumette y Dobsen fueron acusados de debilidad por Varlet. Hebert hizo constar que el día no

había dado su máximo rendimiento a causa de languidez. Billaud Varenne hizo presente, en los Jacobinos, su decepción : « La patria no ha sido salvada. había grandes medidas de salud pública que tocar y no se ha hecho ; es preciso dar hoy los últimos golpes a la facción. No concibo cómo los patriotas han podido abandonar su puesto sin haber logrado la acusación de los ministros Lebrun y Clavière. » Chabot censuró, seguidamente, el que Danton no hubiera mostrado más vigor.

El 1.º de junio, la guardia nacional continuó sobre las armas y el Ayuntamiento y el Comité insurreccional, que recibieron la visita de Marat, prepararon una nueva comunicación que fué llevada a la Asamblea por Hasenfratz. Terminaba pidiendo el decreto de acusación contra 27 diputados. Legendre solicitó que fuera extensivo a todos los apelantes. Cambon y Marat hicieron que la petición fuera enviada al Comité de Salud pública. Barère aconsejó a los diputados que figuraban en la lista de los que se pretendía fueran acusados « que tuvieran el valor de dimitir ». La mayor parte de los girondinos no habían aparecido por la sesión. Los jefes estaban reunidos en casa de uno de ellos, Meillan, en donde se esforzaban vanamente en ponerse de acuerdo sobre un plan de resistencia.

En tanto que los girondinos, según su costumbre, divagaban, el Comité insurreccional seguía decidido su camino. En la noche del 1.º al 2 de junio, ordenó el arresto de Roland y de Clavière. Roland pudo huir y en su lugar fué arrestada su mujer. El Comité insurreccional, de acuerdo con el Ayuntamiento, ordenó a Hanriot el « rodear a la Convención con una fuerza armada respetable de manera que los jefes de la facción pudieran ser arrestados dentro del día, en el caso de que la Convención no se decidiera a hacer justicia a las demandas de los ciudadanos de París ». Se dieron órdenes

para suprimir los periódicos girondinos y para arrestar a sus redactores.

El 2 de junio era domingo. La muchedumbre de los obreros obedeció las órdenes de Hanriot y 80 000 hombres armados, con cañones a su cabeza, rodearon seguidamente las Tullerías. La sesión de la Convención había comenzado por una serie de malas noticias. La capitalidad del departamento de la Vendée, Fontenay-le-Peuple, acababa de caer en poder de los revoltosos. Lo mismo había ocurrido con Marvéjols, en el Lozère. Mende estaba amenazado. En Lyon, las secciones realistas y girondinas se habían apoderado de la casa Ayuntamiento, después de un violento combate en el cual, se decía, habían encontrado la muerte 800 republicanos. La municipalidad montañesa y Chalier estaban en prisión. Saint-André sacó, en breves palabras, la lección de tan graves sucesos: « Precisan grandes medidas revolucionarias. En los tiempos de calma se puede detener una sedición con leyes ordinarias; pero cuando el movimiento es grande, cuando la audacia de la aristocracia se lleva al colmo, es preciso recurrir a las leyes de la guerra; tal medida es terrible, pero es necesaria; vanamente os ocuparíais en buscar otras. » Siempre valeroso, Lanjuinais, mal sostenido por la derecha más ilustrada, denunció la revuelta del Ayuntamiento y pidió su destitución. Legendre quiso lanzarlo violentamente de la tribuna. Una diputación del Comité insurreccional se presentó pidiendo, en términos amenazadores, el inmediato arresto de los 22 y de los 12. La demanda fué enviada al Comité de Salud pública.

Los peticionarios abandonaron el salón de sesiones mostrando los puños a la Asamblea y gritando: ¡ A las armas! Seguidamente consignas severas de Hanriot prescribieron a los guardias nacionales el no dejar entrar en el edificio de la Asamblea, ni salir de él, desde aquel momento, a ningún diputado. Levasseur de la

Sarthe justificó el arresto de los girondinos. Después Barère, de acuerdo, sin duda, con Danton, propuso, en nombre del Comité de Salud pública, una transacción. Los 22 y los 12 no serían arrestados, pero se les invitaría a que, voluntariamente, se dieran por cesados en sus funciones. Isnard y Fauchet renunciaron seguidamente. En cambio, Lanjuinais y Barbaroux rechazaron con energía esta solución bastarda. « No esperéis de mí, dijo Lanjuinais, ni dimisión, ni suspensión. » Y Barbaroux exclamó, a su vez : « No esperéis que yo dimita. He jurado morir en mi puesto y a mi juramento me atengo. » Marat y Billaud Varenne se opusieron, también, a toda transacción. « La Convención, dijo Billaud, no tiene el derecho de provocar la suspensión de alguno de sus miembros. Si son culpables es preciso enviarlos ante los tribunales. »

La discusión fué interrumpida por los clamores de muchos diputados que se quejaban de la consigna de Hanriot. Barère apostrofó la tiranía que ejercía el Comité insurreccional. Delacroix y Danton apoyaron a Barère. Delacroix hizo votar un decreto ordenando a la fuerza pública que se alejara. Danton hizo adoptar otro por el que se ordenaba al Comité de Salud pública investigara quién había sido el autor de la consigna dada a la guardia nacional y el que vengase, vigorosamente, el ultraje hecho a la majestad nacional.

Después, a instigaciones de Barère, la Convención entera se lanzó detrás de Héroult de Séchelles, que la presidía, para ensayar, en una salida teatral, el forzar el círculo de hierro que la rodeaba. Héroult avanzó hacia Hanriot quien, a las indicaciones del presidente de la Asamblea, contestó de modo irónico y gritó, en tono de mando : « ¡ Artilleros, a vuestras piezas ! » La Asamblea retrocedió a su palacio, rechazada constantemente por las bayonetas. Volvió a entrar, humillada, en el salón de sesiones y se sometió. A propuesta de

Couthon entregó a sus miembros, pero se convino en que el arresto lo sufrirían en sus respectivos domicilios, vigilados por un gendarme. Marat hizo borrar de la lista a Dussault, « viejo caduco », a Lanthenas, « pobre de espíritu » y a Ducos, « que se había engañado de buena fe ».

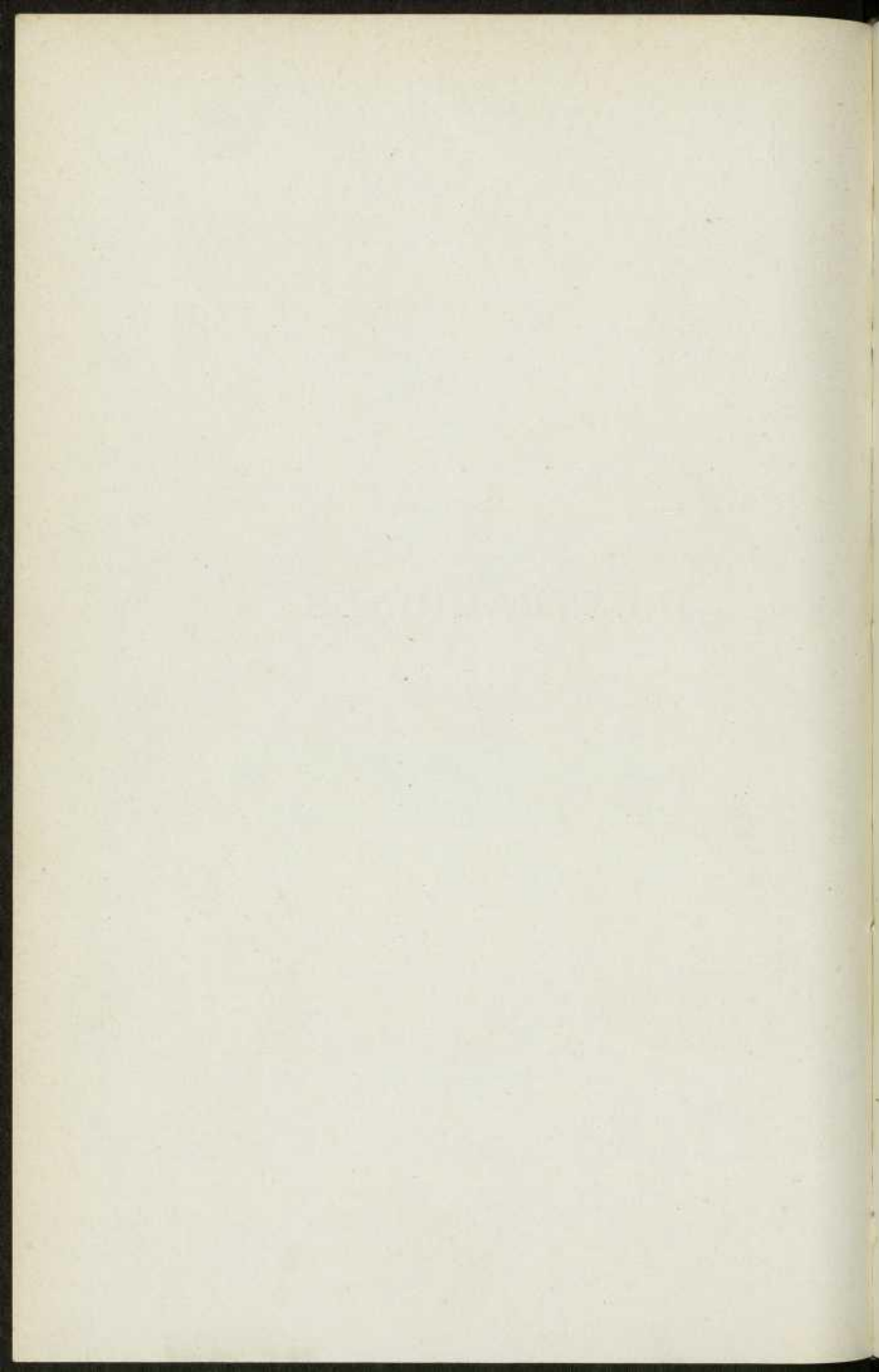
Así acabó, por el triunfo de la Montaña, la lucha comenzada desde la Legislativa. Los girondinos fueron vencidos porque habiendo desencadenado la guerra extranjera, no supieron procurarle la victoria y la paz; porque habiendo sido los primeros en denunciar al rey y en reclamar la república, no se resolvieron a destituir al uno y a proclamar la otra; porque dudaron en todos los momentos decisivos; en la vispera del 10 de agosto, en la del 21 de enero; porque dieron la impresión, con su política equívoca, de que alimentaban prejuicios egoístas, amor a los cargos ministeriales y tendencias a transigir con tan sólo cambios de dinastías o con regencias; porque en medio de la terrible crisis económica, que a todos afectaba, no supieron proponer remedio alguno y se pusieron en contra, dando pruebas de estrechez de criterio o de falta de comprensión, de todas las reivindicaciones de los descamisados, cuyas fuerzas desconocieron, así como sus derechos; porque se opusieron, con ciega obstinación, a todas las medidas extraordinarias que la situación exigía; porque, a más de haberles negado su voto, cuando se dictaban, intentaron poner trabas a su aplicación; porque, en una palabra, dieron al olvido las necesidades del bien público y se encerraron en los límites de una exclusiva política de clase, puesta únicamente al servicio de la burguesía.

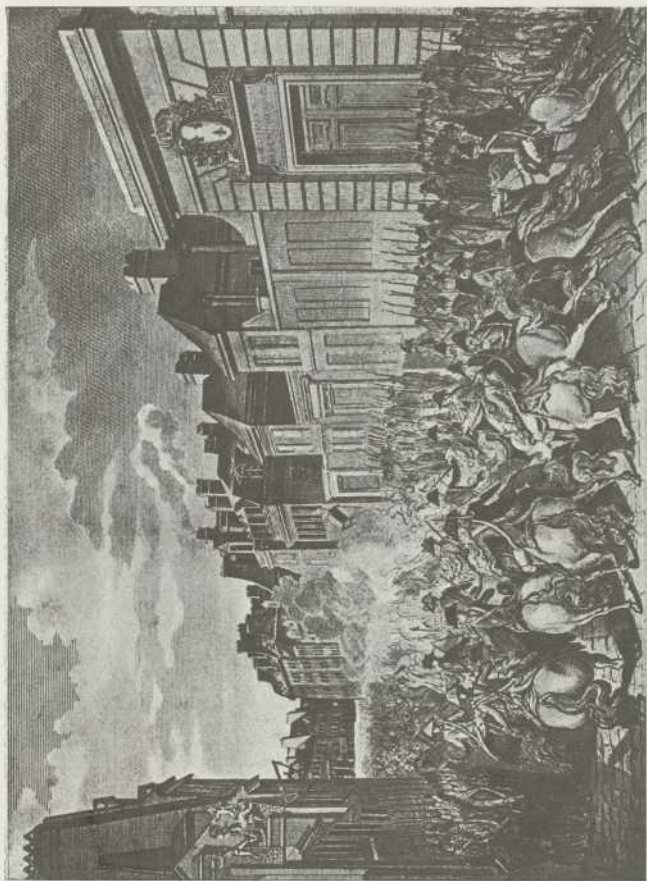
En su consecuencia, el 2 de junio fué algo más que una revolución política. Lo que los descamisados derribaron no es solamente un partido, es, hasta cierto punto, una clase social. Después de la minoría que represen-

taba la nobleza y que desapareció con el trono, la alta burguesía caía, también, a su vez.

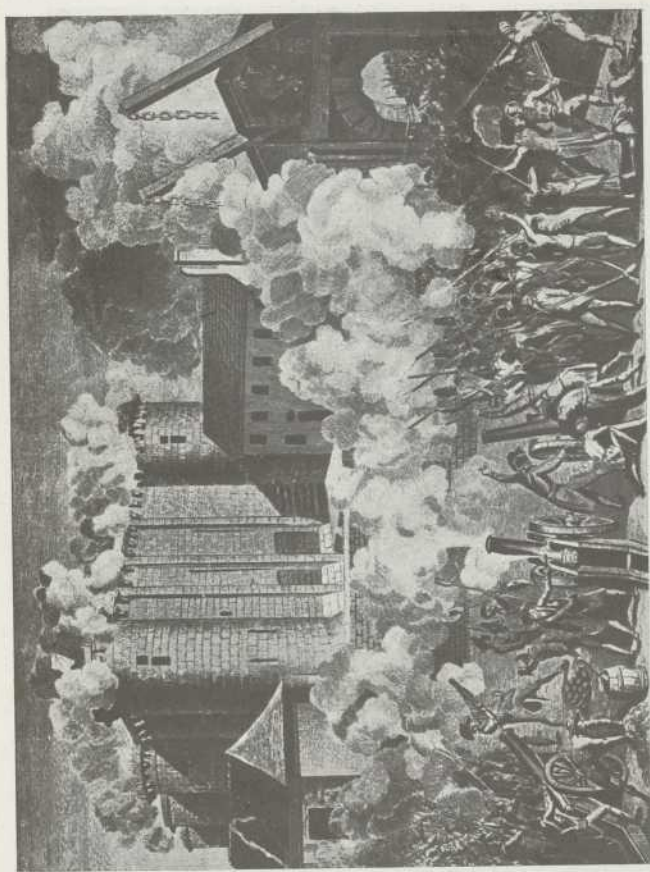
La revolución del 10 de agosto había sido, ya, impregnada de una cierta y evidente desconfianza hacia el parlamentarismo. Pero la revolución del 10 de agosto perdonó a la Asamblea y la conservó. Ahora, instruidos por la experiencia, los descamisados avanzaron más. No dudaron en mutilar la representación nacional, siguiendo las huellas marcadas por los mismos girondinos, sus adversarios, al acusar a Marat. Por otra parte, la política de clase que, a su vez, inauguraron los hombres del 2 de junio, no cabía bien en el cuadro de la legalidad anterior. La ficción del parlamentarismo quedaba quebrantada. Los tiempos de la dictadura estaban próximos.

ILUSTRACIONES

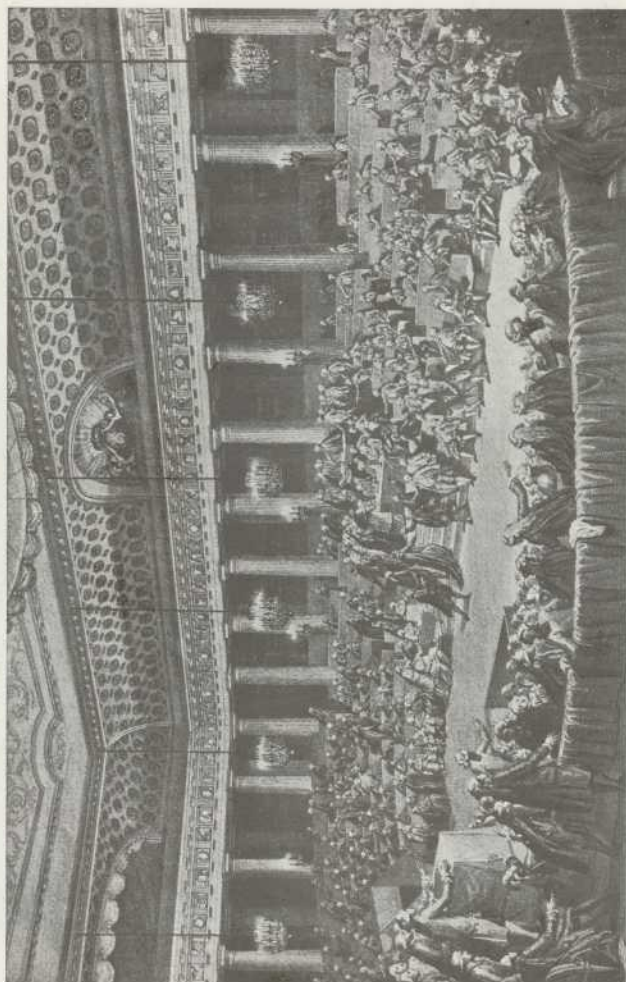




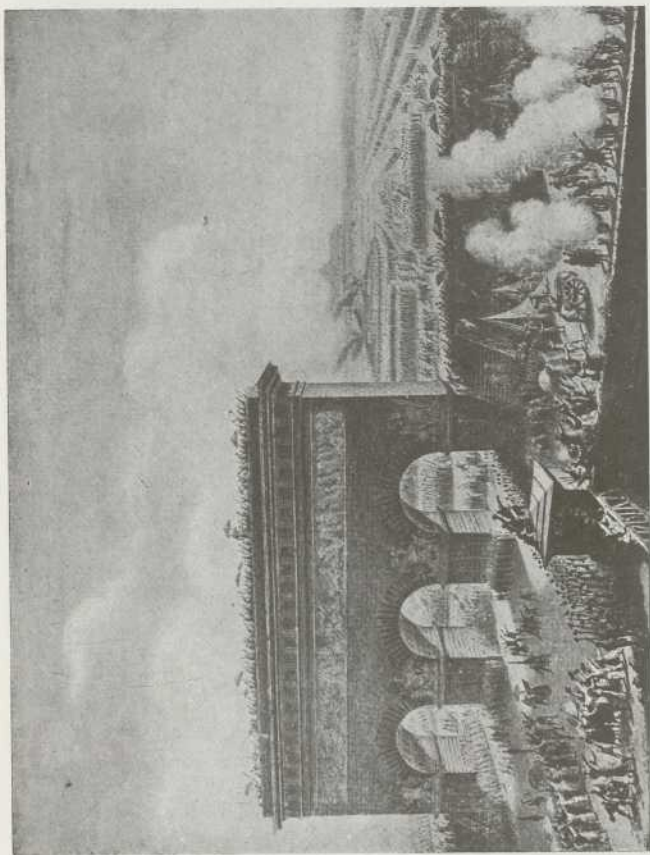
Primeros chispazos de la revolución en el arrabal Saint-Antoine, de París (28 abril 1789).
(Fot. Stoedtner)



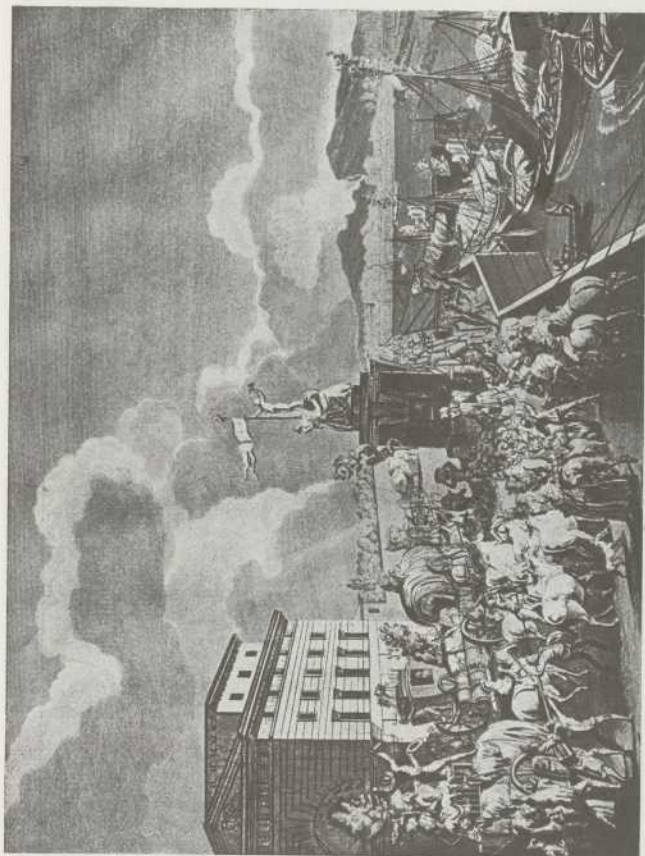
Toma de la Bastilla, el 14 de julio de 1789
(Fol. Stœdtner)



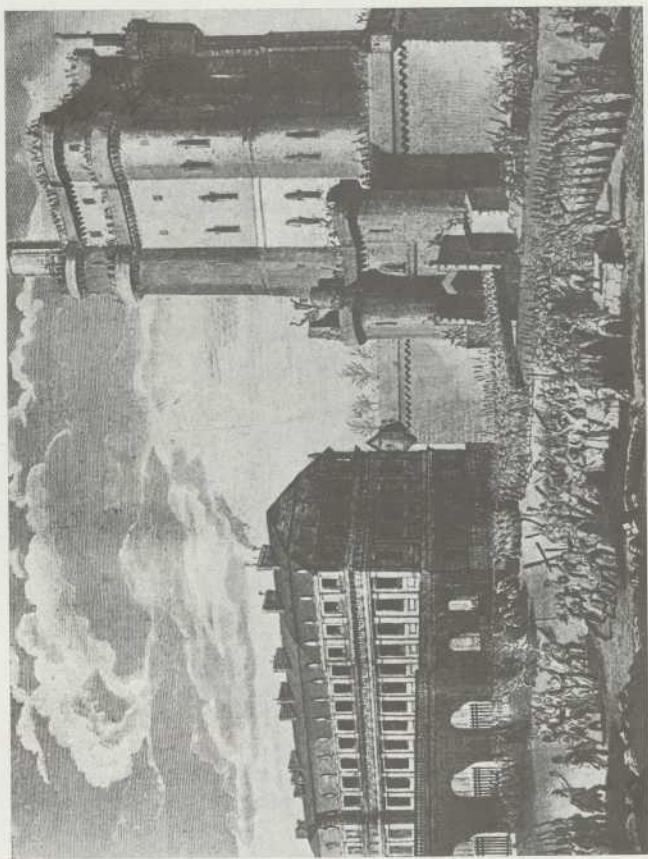
Sesión de la Asamblea nacional en la noche del 4 al 5 de agosto de 1789
(Fot. Stoedtner)



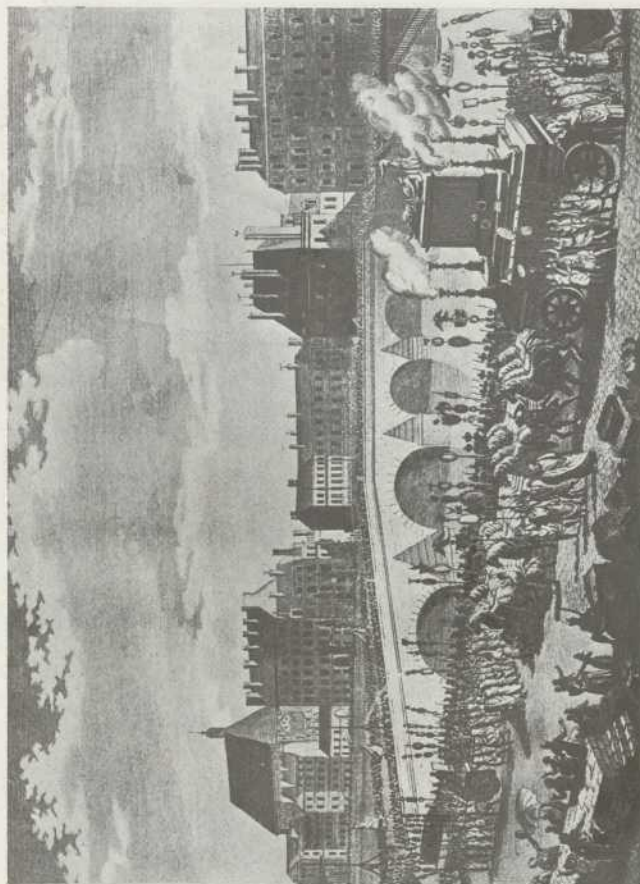
Fiesta de la Federación general en París, el 14 de julio de 1790
(Fot. Giraudon)



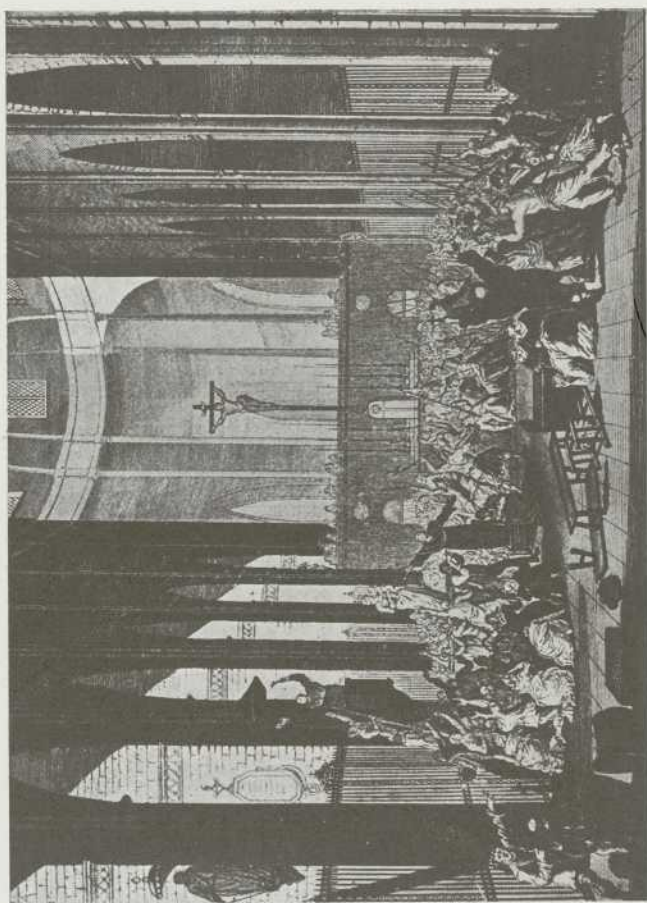
Una escena de París en 1791
(Fol. Stocdtner)



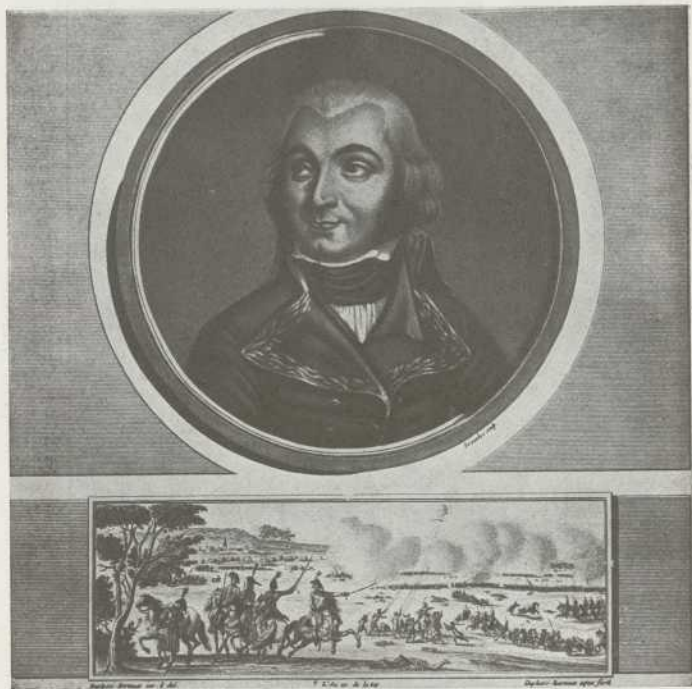
Sucesos en la fortaleza de Vincennes, el 28 de febrero de 1791
(Fot. Stoedtner)



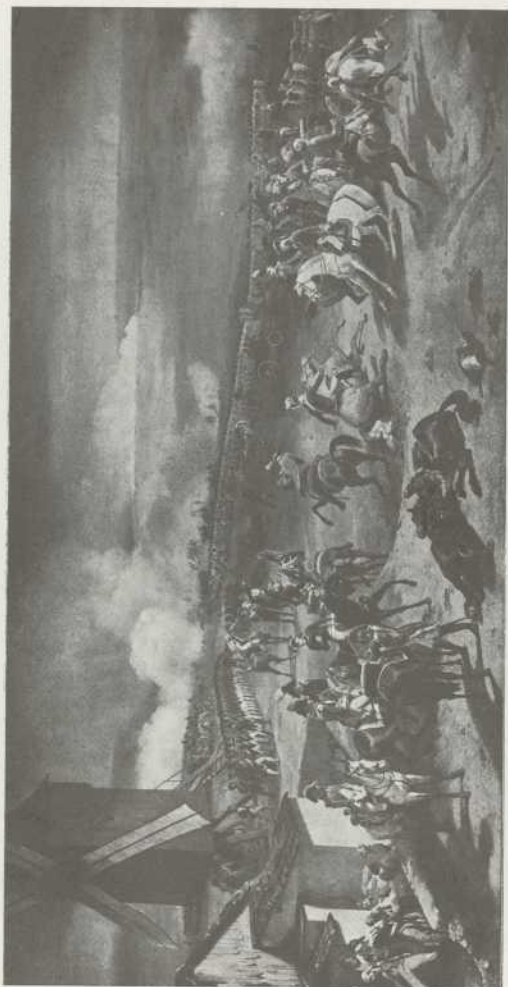
Triunfo de Voltaire: ceremonia del 11 de julio de 1791
(*Fot. Stœdtner*)



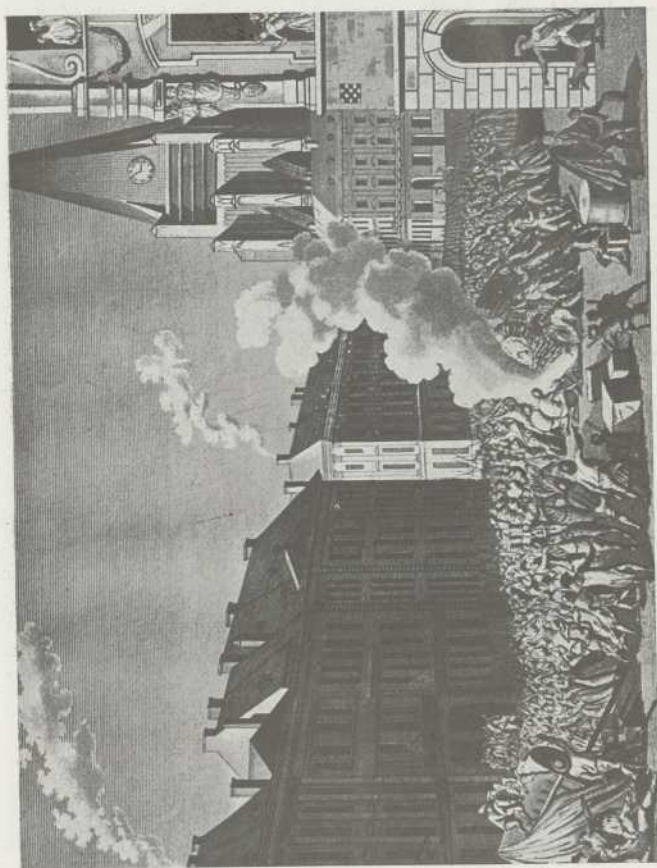
Asesinatos en la iglesia de los Descalzos de Avignon, el 16 de octubre de 1791
(Fol. Stœdthner)



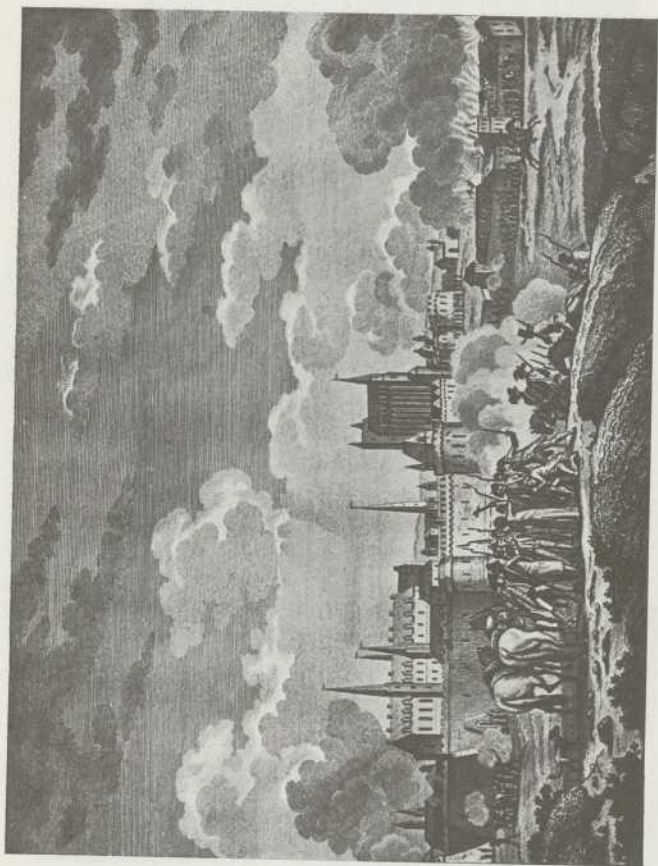
El general Jourdan
(Fol. Stödtner)



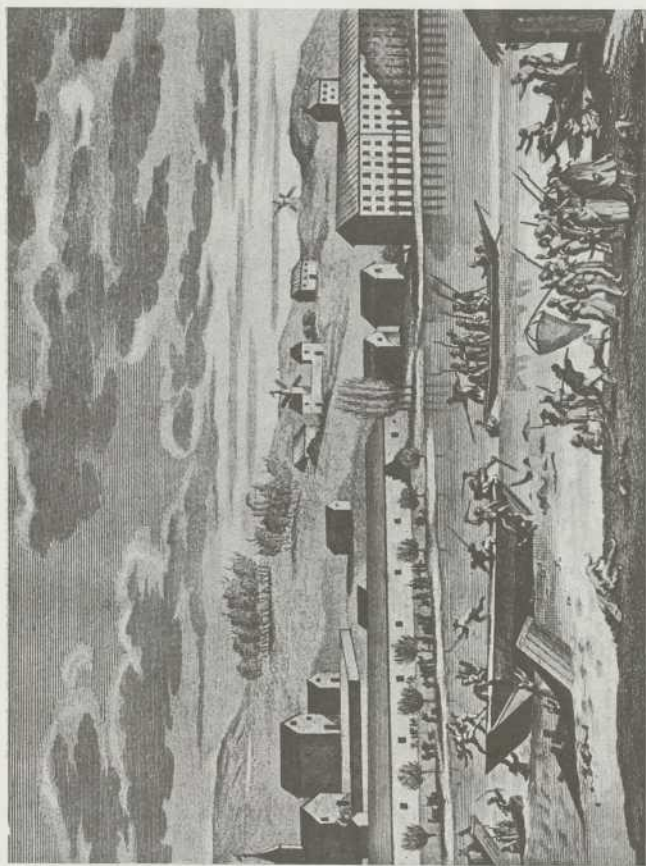
Batalla de Valmy: cuadro de Vernet, en el Museo de Versalles
(Fot. Neurdein)



Asesinato del general Dillon en Lille, en abril de 1792
(Fot. Stodtner)



Asedio de Nantes por los vendeanos, en junio de 1793
(Fol. Stœdtner)



Ciudadanos ahogados en el Loira, en 1793
(Fot. Stœdtner)



Juan Pablo Marat
(Fot. Stodtner)



Détención de Carlota Corday
(Fot. Stoedtiner)



Marat, asesinado : cuadro de David, en el Museo de Versalles
(Fot. Alinari)

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

- | | |
|---|---------------------------|
| 1. Introducción al estudio de la Química experimental (2. ^a ed.)..... | R. BLOCHMANN |
| 2. Introducción al estudio de la Botánica (2. ^a edición) | A. HANSEN |
| 3. Teoría general del Estado (3. ^a ed.)..... | O. G. FISCHBACH |
| 4. Mitología griega y romana (4. ^a ed.)..... | H. STEUDING |
| 5-6. Introducción al Derecho hispánico (2. ^a ed.)... | J. MONEVA |
| 7. Economía política (3. ^a ed.)..... | C. J. FUCHS |
| 8. Tendencias políticas en Europa en el siglo XIX (2. ^a ed.) | HEIGEL-ENDRES |
| 9. Historia del Imperio bizantino (2. ^a ed.)..... | K. ROTH |
| 10. Astronomía (3. ^a ed.) | J. COMAS SOLÁ |
| 11. Introducción a la Química inorgánica (2. ^a edición) | B. BAVINK |
| 12. La escritura y el libro (3. ^a ed.) | O. WEISE |
| 13. Los grandes pensadores (3. ^a ed.)..... | O. COHN |
| 14. Los pintores impresionistas (2. ^a ed.)..... | BÉLA LÁZÁR |
| 15. Compendio de Armonía (3. ^a ed.)..... | H. SCHOLZ |
| 16-17. Gramática castellana (2. ^a ed.)..... | J. MONEVA |
| 18. Hacienda pública, I: Parte general (3. ^a ed.) .. | VAN DER BORGH |
| 19-20. Hacienda pública, II: Parte especial (3. ^a ed.) .. | VAN DER BORGH |
| 21. Cultura del Renacimiento (3. ^a ed.) | R. F. ARNOLD |
| 22. Geografía física (3. ^a ed.) | S. GÜNTHER |
| 23-24. Etnografía (2. ^a ed.) | M. HABERLANDT |
| 25. Las Antiguas civilizaciones del Asia Menor ... | FELIX SARTIAUX |
| 26. Totemismo | MAURICE BESSON |
| 27. Concepción del Universo, según los grandes filósofos modernos (3. ^a ed.) | L. BUSSE |
| 28. La poesía homérica (2. ^a ed.) | G. FINSLER |
| 29. Vida de los héroes: Ideales de la Edad Media, I (2. ^a ed.) | V. VEDEL |
| 30. Historia de la Literatura italiana (2. ^a ed.) .. | K. VOSSLER |
| 31. Antropología (2. ^a ed.) | R. R. MARETT |
| 32-33. Zoología, I: Invertebrados (2. ^a ed.) | L. BÖHMIG |
| 34. Meteorología (2. ^a ed.) | J. M. LORENTE |
| 35-36. Aritmética y Álgebra (3. ^a ed.)..... | P. CRANTZ |
| 37. La educación activa (4. ^a ed.)..... | J. MALLART CUTÓ |
| 38. Islamismo (3. ^a ed.)..... | S. MARGOLIOUTH |
| 39. Gramática latina (2. ^a ed.)..... | W. VOTSCH |
| 40. Kant (2. ^a ed.) | O. KÜLPE |
| 41. Prehistoria, I: Edad de la piedra (2. ^a ed.) .. | M. HOERNES |
| 42-43. Historia de los Estilos artísticos (3. ^a ed.) ... | K. HARTMANN |
| 44. Introducción a la Química general (2. ^a ed.) ... | B. BAVINK |
| 45. Trigonometría plana y esférica (3. ^a ed.) ... | G. ESSENBERG |
| 46-47. Física teórica, I: Mecánica. Acústica. Luz. Calor (2. ^a ed.) | C. JÄGER |
| 48. Psicología aplicada (3. ^a ed.) | TH. ERISMANN |
| 49-50. Historia de la Literatura inglesa (2. ^a ed.)... | A. M. SCHRÖER |
| 51. Los Rusos..... | G. K. LOUKOMSKI |
| 52. Los Negros | M. DELAFOSSE |
| 53. Orientación profesional | A. CHLEUSEBAIRGUE |
| 54-55. Geología, I: Volcanes. Estructura de las montañas. Temblores de tierra (3. ^a ed.) | F. FRECH |
| 56. Historia de la Geografía (2. ^a ed.) | C. KRETSCHMER |
| 57-58. Historia del Derecho romano, I (2. ^a ed.) ... | R. VON MAYR |
| 59. Grafología (2. ^a ed.)..... | MATILDE RAS |
| 60. Derecho internacional público (2. ^a ed.) | TH. NIEMEYER |
| 61-62. Historia de las Artes industriales, I: Antigüedad y Edad Media (2. ^a ed.) | G. LEHNERT |
| 63. El Teatro (2. ^a ed.)..... | CHR. GAEHDE |
| 64-65. Historia de la Economía, I: Antigüedad y Edad Media (2. ^a ed.) | O. NEURATH y H. SIEVERING |

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

- | | |
|--|-------------------|
| 66. Introducción a la Ciencia (3. ^a ed.) | J. A. THOMSON |
| 67. Socialismo (4. ^a ed.) | R. MACDONALD |
| 68. Compendio de Instrumentación (2. ^a ed.) | H. REIMANN |
| 69. Historia de la España musulmana (3. ^a edición) | A. G. PALENCIA |
| 70. Historia de Inglaterra (2. ^a ed.) | L. GERBER |
| 71. El Parlamento (2. ^a ed.) | SIR C. P. ILBERT |
| 72. Orientación de la clase media (2. ^a ed.) | L. MÜFFELMANN |
| 73-74. La Pintura española (3. ^a ed.) | A. L. MAYER |
| 75. La era de los grandes descubrimientos | G. DE REPARAZ |
| 76. Cooperativas de consumo (2. ^a ed.) | F. STAUDINGER |
| 77. India (2. ^a ed.) | S. KONOW |
| 78-79. La escultura de Occidente (2. ^a ed.) | H. SIEGMANN |
| 80. Prehistoria, II : Edad del bronce (3. ^a ed.) | M. HOERNES |
| 81. Introducción a la Psicología (3. ^a ed.) | E. VON ASTER |
| 82. Cultura del Imperio bizantino (2. ^a ed.) | K. ROTH |
| 83-84. España bajo los Borbones (3. ^a ed.) | ZABALA LERA |
| 85. Prácticas escolares (3. ^a ed.) | R. SEYFFERT |
| 86. Tachumbres y artesanados españoles (2. ^a edición) | J. RÁFOLS |
| 87-88. Geología, II : Ríos y mares (2. ^a ed.) | F. FRECH |
| 89-90. Historia de Francia (2. ^a ed.) | R. STERNFELD |
| 91. Derecho canónico (2. ^a ed.) | E. SEHLING |
| 92-93. Geografía económica (4. ^a ed.) | W. SCHMIDT |
| 94. Arte romano (2. ^a ed.) | H. KOCH |
| 95-96. Psicología del trabajo profesional (2. ^a ed.) | A. CHLEUSEBAIRGUE |
| 97. Geografía de Bélgica (2. ^a ed.) | P. OSWALD |
| 98-99. Historia de la Literatura latina (2. ^a ed.) | A. GUEDEMANN |
| 100. Arte árabe (2. ^a ed.) | AHLENSTIEL-ENGEL |
| 101-102. Historia del Derecho romano, II (2. ^a ed.) | R. VON MAYR |
| 103. Geografía de Francia | E. SCHEU |
| 104. Política económica (2. ^a ed.) | VAN DER BORGH |
| 105. Romántica caballeresca : Ideales de la Edad Media, II (2. ^a ed.) | V. VEDEL |
| 106-107. Historia de la Pedagogía (3. ^a ed.) | A. MESSER |
| 108. Artes decorativas en la Antigüedad | F. POULSEN |
| 109. Psicología del niño (4. ^a ed.) | R. GAUPP |
| 110-111. Historia de Italia (2. ^a ed.) | P. ORSI |
| 112. La Música en la Antigüedad (2. ^a ed.) | K. SACHS |
| 113. Química orgánica (2. ^a ed.) | B. BAVINK |
| 114. Zoología, II : Insectos (2. ^a ed.) | J. GROSS |
| 115. Prehistoria, III : Edad del hierro (2. ^a ed.) | M. HOERNES |
| 116. Desarrollo de la cuestión social (2. ^a ed.) | F. TONNIES |
| 117-118. Física experimental, I (2. ^a ed.) | R. LANG |
| 119-120. Historia de la Literatura alemana | M. KOCH |
| 121. Teoría del conocimiento | M. WENTSCHER |
| 122. Fundamentos filosóficos de la Pedagogía (2. ^a ed.) | A. MESSER |
| 123-124. Historia de la Literatura portuguesa | F. DE FIGUEIREDO |
| 125. Arte indio | O. HÖVER |
| 126. Música popular española | E. LÓPEZ CHAVARRI |
| 127-128. España bajo los Austrias (2. ^a ed.) | E. IBARRA |
| 129. Geometría del plano | G. MAHLER |
| 130. Geometría del espacio | R. GLASER |
| 131-132. Historia del Derecho español (2. ^a ed.) | S. MINGULÓN |
| 133. Liberalismo | F. J. HOBHOUSE |
| 134. Historia del Comercio mundial | M. G. SCHMIDT |
| 135. Mineralogía (2. ^a ed.) | R. BRAUNS |
| 136-137. Física teórica, II (2. ^a ed.) | G. JÄGER |
| 138-139. Historia de las Matemáticas (2. ^a ed.) | H. WIELETTNER |
| 140-141. Física general | J. MAÑAS Y BONVÍ |
| 142. Petrografía (2. ^a ed.) | W. BRUHNS |
| 143. Bajo cifrado (Armonía práctica al piano) | H. RIEMANN |
| 144-146. Geografía de España (2. ^a ed.) | L. M. ECHEVERRÍA |
| 147. Pedagogía experimental (3. ^a ed.) | W. A. LAY |
| 148. Geografía de Italia | G. GREIM |
| 149. Historia de la Filología clásica | W. KOLL |

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

150.	Reducción al plano de la partitura de orquesta (2. ^a ed.)	H. RIEMANN
151.	Historia de la antigua literatura latino-cristiana	A. GUDEMANN
152-153.	Derecho político general y constitucional comparado (2. ^a ed.)	G. FISCHBACH
154.	Historia del Antiguo Oriente (2. ^a ed.)	ERICH EBELING
155-156.	La orquesta moderna (2. ^a ed.)	FR. VOLBACH
157.	Bergson (2. ^a ed.)	EDUARDO LE ROY
158.	Europa medieval (2. ^a ed.)	H. W. C. DAVIS
159-160.	Marfiles y azabaches españoles	J. FERRANDIS
161.	El Estado de los Soviets (2. ^a ed.)	M. L. SCHLESINGER
162.	Fraseo musical (2. ^a ed.)	H. RIEMANN
163.	La Escuela (2. ^a ed.)	J. J. FINDLAY
164-165.	Historia de la Literatura árabe-española	A. G. PALENCIA
166.	Los animales prehistóricos	O. ABEL
167-168.	Geometría descriptiva	R. HAUSSNER
169.	Los animales parásitos	E. F. GALLIANO
170.	Introducción al estudio de la Zoología	F. G. DEL CID
171.	Geografía del Mediterráneo griego	O. MAULL
172.	Teoría general de la Música (2. ^a ed.)	H. RIEMANN
173.	Ditado musical	H. RIEMANN
174.	Países polares	H. RUDOLPHI
175.	Lógica (3. ^a ed.)	J. GRAU
176.	Los problemas de la Filosofía (2. ^a ed.)	B. RUSSELL
177.	Filosofía medieval	M. GRABMANN
178.	El alma del educador (2. ^a ed.)	KERSCHENSTEINER
179.	El desenvolvimiento del niño (2. ^a ed.)	D. BARNÉS
180-181.	La escultura moderna y contemporánea	A. HELMEYER
182.	Manual del pianista (2. ^a ed.)	H. RIEMANN
183.	Citología y anatomía de las plantas	H. MIEHE
184.	Orígenes del régimen constitucional en España	M. F. ÁLMAGRO
185.	El Crédito y la Banca	W. LEXIS
186.	Estadística (2. ^a ed.)	S. SCHOTT
187-188.	Psiquiatría forense	W. WEYGANDT
189-190.	Arqueología española	J. R. MÉLIDA
191.	Los animales marinos	E. RIOJA
192-194.	Paleografía española, I-II	A. M. MILLARES
195.	Geografía del Japón	F. W. LEHMANN
196.	Geografía política	A. DIX
197.	La vida en las aguas dulces	C. ARÉVALO
198.	Direcciones contemporáneas del pensamiento jurídico (2. ^a ed.)	L. RECASÉNS
199-200.	Geobotánica	E. H. DEL VILLAR
201.	Comunismo (2. ^a ed.)	H. J. LASKI
202.	El Comercio	W. LEXIS
203.	Ética	J. B. MOORE
204.	Higiene escolar (3. ^a ed.)	L. BURGERSTEIN
205.	Manual del Organista	H. RIEMANN
206.	Historia de Portugal	A. SERGIO
207-208.	Historia de la Literatura rusa	A. BRUCKNER
209-210.	La Arquitectura de Occidente	K. SCHÄFER
211-212.	Composición musical	H. RIEMANN
213.	Geografía de Suiza	H. WALSER
214.	Geografía de las Islas Británicas	J. MOSCHELES
215.	Conservatismo	LORD HUGH CECIL
216-217.	Los fundamentos de la Biología	E. F. GALLIANO
218.	Introducción a la Bioquímica	W. LÖB
219-220.	Teoría y práctica de la Contabilidad	F. H. DEL VALLE
221-222.	Arte Italiano	A. VENTURI
223-224.	La Edad Media en la Corona de Aragón	A. GIMÉNEZ SOLER
225.	Introducción a la Psicología experimental	N. BRAUNSHAUSEN
226-227.	Introducción a la Ciencia del Derecho	TH. STERNBERG
228.	Aristóteles	F. BRENTANO
229.	Fuga	S. KREHL
230.	Contrapunto	S. KREHL

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

231. Federico Froebel	J. PRÜFER
232. Economía y Política agraria (2.ª ed.)	W. WYGODZINSKI
233. Países bálticos	M. FRIEDERICHSEN
234. Oceanografía física	G. SCHOTT
235-238. Historia de las ideas políticas, I - II (2.ª ed.) ..	R. G. GETTELL
239. Los idearios políticos de la actualidad	H. HELLER
240. Santo Tomás de Aquino	M. GRABMANN
241. La Psicología contemporánea (2.ª ed.)	J. V. VIQUEIRA
242. La Enseñanza científico-natural	KERSCHENSTEINER
243. La educación de la adolescencia (2.ª ed.) ..	D. BARNÉS
244-245. Historia de la Música (2.ª ed.)	H. RIEMANN
246. Historia de Rusia	A. MARKOFF
247. Instituciones romanas	L. BLOCH
248. Organización del Comercio exterior	R. MICHELS
249. Despoblación y colonización	S. AZNAR
250-252. Geografía de la Rusia soviética, I - II	E. F. LESGALT
253-254. Países escandinavos	H. KERP
255-256. Derecho mercantil comparado (2.ª ed.) ...	A. VICENTE Y GELLA
257. Metafísica	H. DRIESEH
258-259. Literatura dramática española	A. VALBUENA
260-261. Historia de la Literatura griega	W. NESTLE
262. Las escritoras españolas	M. NELKEN
263. La Pintura alemana	A. L. MAYER
264. Música bizantina	E. WELLESZ
265-266. Armonía y modulación	H. RIEMANN
267-268. Historia de Grecia	J. SWOBODA
269-270. Historia de Roma	J. KOCH
271. Geografía de la Argentina	FRANZ KÜHN
272-273. Geología, III	F. FRECH
274. Morfología y Organografía de las plantas ...	M. NORDHAUSEN
275. Geografía de México	J. GALINDO VILLA
276. Los vertebrados terrestres	L. LOZANO REY
277. Pestalozzi	P. NATORP
278. La doctrina educativa de J. J. Rousseau (2.ª ed.)	F. VIAL
279. Literatura sueca	H. DE BOOR
280. Literatura noruega	H. BEYER
281-282. Arte francés	P. GUINARD
283. Arte sumero-acadio	E. UNGER
284. Música de Oriente	R. LACHMANN
285. Manual de la Melodía	E. TOCH
286. Instituciones griegas	[R. MAISCH y F. POHLHAMMER
287. Los orígenes de la Humanidad	R. VERNEAU
288. Geografía de Bolivia y Perú	W. SIEVERS
289. Geografía de Ecuador, Colombia y Venezuela.	W. SIEVERS
290. Geomorfología	S. PASARGE
291. El Estado fascista en Italia	E. W. ESCHMANN
292. La Industria	W. SOMBART
293. El cuerpo humano	CH. CHAMPY
294. Los microbios	P. G. CHARPENTIER
295. Geografía humana	N. KREBS
296. El espíritu de las ciudades: Ideales de la Edad Media, III	V. VEDEL
297-298. Filosofía natural	F. LIPSIVS-K. SAPPER
299-300. Política social	L. HEYDE
301-302. Filosofía de la Historia	H. SCHNEIDER
303. Juan Federico Herbart	TH. FRITZSCH
304. Vida monástica: Ideales de la Edad Media, IV	V. VEDEL
305. Organización del trabajo intelectual (2.ª ed.) ..	P. CHAVIGNY
306. Historia de Polonia	A. BRANDERBURGER
307. Arte asirio-babilónico	E. UNGER
308. Mitología nórdica	E. MOGK
309. Arte egipcio	H. A. KEES
310. Fundamentos de la Política	H. v. ECKARD
311. Vida económica de los pueblos	F. KRAUSE

ÍNDICE DE LOS MANUALES PUBLICADOS

312.	La Escuela única	E. WITTE
313.	Educación de la mujer contemporánea ...	V. MIRGUET
314.	El Eneaje en España	C. BARJOA
315-316.	Historia de las Artes Industriales, II	G. LEHNERT
317-318.	Esmaltes españoles	V. JUARISTI
319.	La tonadilla escénica	J. SUBIRÁ
320.	Heráldica	A. ARMENGOL
321.	Geografía de Australia y Nueva Zelanda ...	G. A. MELON
322.	Derecho musulmán	J. LÓPEZ ORTIZ
323.	Sociología	L. VON WIESE
324-325.	Geografía de la Europa Central, I	F. MACHATSCHKE
326-327.	Geografía de la Europa Central, II	F. MACHATSCHKE
328-329.	Historia de la Colonización, I	G. DE REPARAZ
330.	La escuela nueva (2.ª ed.)	L. FILHO
331.	Anormalidades mentales y educabilidad difi- cili de niños y jóvenes	ERICH STERN
332.	Historia de la Química	HUGO BAUER
333.	Psicoteoría	FRTZ GIESE
334-335.	Arqueología clásica	J. RAMÓN MÉLIDA
336-337.	Historia de la Arquitectura española	ANDRÉS CALZADA
338.	Cerámica española	M. GONZÁLEZ MARTÍ
339.	Psicología del delincuente	P. POLLITZ
340-341.	Física experimental, II	R. LANG-B. CABRERA
342.	Derecho administrativo	LUDWIG SPIEGEL
343-344.	Derecho civil	P. ORTMANN
345.	Doctrina social católica	CUERVO-ARTAJO
346.	La situación espiritual de nuestro tiempo ...	KARL JASPERS
347.	Historia de la Colonización, II	G. DE REPARAZ
348.	Historia de Suiza	ANTON LARGIADÉR
349.	Esencia y valor de la democracia	H. KELSEN
350.	Nacional-socialismo	J. BENEYTO
351.	La herencia biológica	G. JUST
352-353.	Historia de la Física	A. KISTNER
354.	Educación cívica	G. KERSCHENSTEINER
355.	Práctica de la orientación profesional ...	A. CHLEUSEBAIRGUE
356-357.	Los ornamentos sagrados en España	A. P. VILLANUEVA
358-359.	Historia del grabado	F. ESTEVE BOTET
360.	Estética	F. CHALLAYE
361-362.	Historia de la Filosofía	E. V. ASTER
363-364.	Rogerio Bacon	A. AGUIRRE
365.	Pedagogía sistemática	W. FLITNER
366.	Psicología pedagógica	O. KLEMM
367-368.	Los orígenes neolatinos	SAVI-LÓPEZ
369-370.	Historia del Arte ruso	V. NICOLSKY
371-372.	Historia del Arte hispano-americano	MIGUEL SOLÁ
373-375.	La Revolución Francesa, I - II - III	A. MATHIEZ
376-377.	La Riqueza	EDWIN CANNAN
378-379.	La Economía nueva	MAURICE COLBOURNE
380.	Teoría económica de las explotaciones ...	K. MELLEROVICZ
381-382.	Filosofía moral	FÉLICIEN CHALLAVE
383.	Introducción a la Lógica moderna	DAVID GARCÍA
384-385.	Derecho español del Trabajo	A. GALLART
386.	Teoría del proceso	J. GOLDSCHMIDT
387-388.	Derecho internacional privado	M. WOLFF
389.	La Ley, de Santo Tomás de Aquino	C. FERNÁNDEZ ÁLVAR
390.	Metodología de las ciencias	FÉLICIEN CHALLAVE
391-392.	Arte precolombiano	MIGUEL SOLÁ
393.	Los Incas	A. CAPDEVILA
394.	Un milenio de vida griega antigua	E. BETHE
395-396.	Introducción al estudio de la Historia ...	E. BERNHEIM
397.	Teoría y prácticas ornamentales	F. PÉREZ DOLZ
398.	Filosofía del Derecho	M. E. MAYER
399-400.	Introducción a la Ciencia financiera	K. ENGLIS
401-402.	La Poesía lírica española	G. DÍAZ - PLAJA
403.	Los mayas	M. SOTO-HALL

NUEVOS VOLÚMENES EN PREPARACIÓN



21672

América: La Revolución Francesa, II

374